



Annabel Abbs
La hija de Joyce



Galaxia Gutenberg

LA HIJA DE JOYCE

ANNABEL ABBS

ANNABEL ABBS

La hija de Joyce

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Joyce's Girl*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre 2017

© Annabel Abbs, 2017
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: *Los bailes de Lucia Joyce*
© Berenice Abbott / Getty Images, 2017

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-17088-58-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi marido, Matthew

«Hay pecados, o más bien (vamos a llamarlos como los llama el resto del mundo) memorias perversas, que el hombre esconde en los lugares más oscuros del corazón, pero se quedan allí, esperando.»

JAMES JOYCE, *Ulises*, 1922

SEPTIEMBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

Estoy de pie en la cubierta, contemplando la estela de espuma blanca. Zúrich retrocede en el horizonte, y yo espero a que Küsnacht aparezca ante mí. En las orillas los árboles sacuden las hojas secas que empiezan a combarse. El aire tiembla levemente y por el lago se extiende un ligero olor a descomposición.

Llevo tres semanas visitándole en su casa de Küsnacht, cuadrada con contraventanas. Llego en barco tres veces por semana y me siento junto a él. Aún no he hablado. Pero hoy se mueve algo en mi interior y el silencio me resulta opresivo.

El lago está encendido de sol otoñal. Junto al ferry viran y se contonean peces diminutos, con sus escamas brillantes que relucen como estrellas caídas. Mientras los observo algo empieza a treparme por las piernas: me atraviesa las suelas de los zapatos y sube por los tobillos, los gemelos... Siento que me roza la espina dorsal. Mis caderas empiezan a contonearse, mis dedos a llevar el ritmo golpeando la barandilla. Es como si todo mi cuerpo, soso y apagado, quisiera recuperar su hermosura.

Hoy sí hablaré. Responderé a esas preguntas tuyas tan agobiantes. Y le diré que tengo que volver a bailar. Sí. Tengo que volver a bailar...

* * *

El doctor Jung se pone los dedos delante de la boca, apuntando hacia arriba, con las yemas rozándole el bigote perfectamente recortado.

—Durmió usted en la misma habitación que su padre hasta los dieciocho años. ¿Cómo se cambiaba de ropa?

Sus ojos son como pequeños aros de luz que nunca se apartan de mi cara.

—Dormía con la ropa puesta.

Me muevo, incómoda, sabiendo qué preguntas serán las siguientes. Y estoy cansada de esas preguntas. Cansada y harta.

—¿No se desvestía?

Sus palabras se quedan flotando en el aire. Me ajusto bien el abrigo de piel al cuerpo. Y esa doncella insignificante ha intentado arrebatármelo cuando entré. No dejaba de decirme lo caldeado que estaba el despacho del doctor, que ella misma había encendido la chimenea.

—Las ratas no se cambian de ropa para dormir, ¿verdad?

—¿Las ratas? —El doctor Jung retira la silla giratoria y comienza a recorrer la habitación—. Me alegra que se haya decidido a hablar por fin, pero tiene usted que explicarse, señorita Joyce.

—Vivimos en un centenar de sitios... habitaciones, apartamentos. Italia, Suiza, París. —Siento que se me empieza a secar la boca, como si ya hubiera hablado bastante, como si las preguntas interminables del doctor hubieran sido ya suficientes. Me paso la lengua rápidamente por el labio superior, como si quisiera obligarme a seguir—. Nos mudamos a la plaza Robiac cuando los que tenían dinero empezaron a dárnoslo... Los mecenas de mi padre. Antes de que eso sucediera Giorgio, mi hermano, decía que éramos ratas emigrantes.

—Tu padre lo llamaba «el exilio».

El doctor Jung se inclina, acerca su cara a la mía. Y yo me pregunto si puede ver mi interior, mi alma vacía, expoliada; si puede ver de qué manera me han robado y ultrajado.

—Hábleme del *Ulises*. Yo he de confesar que me quedé dormido cuando lo leía. —Se acomoda en la silla y garabatea algo en la libreta; luego vuelve a mirarme—. Prohibido por obsceno. ¿Cómo se sentía al tener por padre a un pornógrafo?

Afuera una nube recorre el cielo y oculta el sol.

—El *Ulises* —repito como un eco mientras busco en mi mente, comida por las polillas, alguna pista, algún recuerdo. Tenía el lomo grueso, azul...

letras doradas... Y mamá arrebatándomelo—. Mamá me vio cogerlo una vez y me lo quitó. Dijo que mi padre tenía la mente sucia y que ya lo leería cuando me casara. ¡Cuando me casara!

Suelto una risita exenta de júbilo.

—Entonces, ¿lo leyó usted?

—Por supuesto que lo leí. Es el libro más grande que se haya escrito jamás.

No le digo al doctor que también había encontrado la trama poco interesante, y que aquellos personajes extraños y nada familiares se me escapaban, que nunca encontré los «párrafos guarros» de los que todo el mundo hablaba. En lugar de eso, le suelto mi pregunta sobre Babbo, la pregunta que aún me corroe después de todos estos años.

—Doctor: ¿es mi padre un lunático y un perverso?

El doctor Jung me mira a través de sus gafas con montura dorada. Sus ojos se abren más mientras exhala el aire ruidosamente por la nariz. Se produce un prolongado silencio durante el cual asiento, moviendo suavemente la cabeza, como si esperase que yo hablara.

—¿Por qué me lo pregunta, señorita Joyce?

Tengo el abrigo tan ceñido al cuerpo que la caja torácica se me contrae y el aire se me queda estancado en la garganta.

—Lo vi en un periódico. Le llamaban lunático y perverso. Y del *Ulises* decían que era el libro más obscuro que se hubiera escrito jamás.

Mientras hablo me parece que la voz abandona mi cuerpo y se aleja, como si las palabras y los sonidos no tuvieran nada que ver conmigo.

—¿Por qué cree usted que su padre eligió, para casarse, a una criada?

El doctor se apoya en la mesa, se sube las gafas, se prepara para inspeccionarme otra vez.

—No le gustan las mujeres inteligentes. Eso lo dijo en una ocasión.

No le digo que yo sé *exactamente* por qué mi padre eligió a mi madre. Hay cosas que no pueden decirse. Desde luego, no a un suizo gordo con reloj de bolsillo que cobra por hora, como las vulgares prostitutas. No a todo el mundo.

El doctor Jung asiento y se mordisquea pensativo el pulgar, sin dejar de mirarme, mirándome fijamente, intentando escalar mi alma. Luego coge la

pluma y yo oigo cómo raspa la punta cuando escribe en la libreta. Yo acaricio la piel de mi abrigo, tan suave, tan acogedor. Es como un perro faldero que se acurrucara en mi regazo. La cara de mamá ya ha empezado a disolverse, a desaparecer de mi vista, toda ella va desapareciendo... las cejas, como las plumas de un cuervo, los labios finos, las mejillas aterciopeladas con ese amasijo de venitas rotas.

—No quiero hablar más de ella. Fue ella quien me hizo esto.

Me golpeo la sien tres veces con el dedo índice.

Él deja de escribir y frunce el ceño durante tanto rato que los músculos de alrededor de los ojos le empiezan a temblar.

—Hábleme de su relación con su padre. Antes de que compartieran el dormitorio.

—Siempre estaba escribiendo. Apenas me habló hasta que acabó el *Ulises*.

Bajo los párpados. Me miro los zapatos nuevos, del más suave tafilete italiano y siento cómo los dedos de los pies se pliegan dentro de ellos. No hay necesidad de decir más. No por el momento...

—Competía usted contra mucha gente, real e imaginaria, por el tiempo de su padre.

Los ojos del doctor Jung son ahora como molinetes que me perforan la cabeza.

—Sí, supongo.

Deslizo los dedos por la piel de mi abrigo, primero aplastándola y luego a contrapelo, mientras pienso en esos hermanos míos, tan egoístas. Todos esos personajes vagabundeando por Dublín. Sí, hermanos egoístas que me arrebataron a Babbo. Sostengo la mirada del doctor de un modo que resulta —espero— desafiante y confiado, pero bajo el abrigo el sudor me empieza a caer lentamente por el escote.

—¿Para qué estoy aquí?

Necesito escapar de estas preguntas interminables. El tiempo corre. La *Obra en curso* está sin terminar. Babbo necesita mi ayuda y mi inspiración. ¿De qué le sirvo encarcelada en Suiza? Los pies empiezan a temblarme, a darme pequeñas sacudidas desesperadas como si boquearan, buscando aire.

—Está usted aquí a petición de su padre, señorita Joyce. Pero como no ha

hablado hasta hoy tenemos que ponernos al día: vamos muy retrasados. Hábleme de Giorgio.

El doctor Jung enlaza los dedos, me mira, espera.

Al pronunciar él el nombre de mi hermano yo siento una punzada de amor. Durante diez años Giorgio y yo fuimos inseparables, como siameses. Me examino las manos esperando ver las huellas blancas de la presión de sus dedos, allá donde él había puesto los suyos para apartarme de los gatos esqueléticos a los que yo quería adoptar, para que no me fuera por las empinadas calles de Trieste, para que no me cayera del ómnibus. Pero no hay marcas, naturalmente. Sólo el fantasma arrugado y brillante de una cicatriz, en el pulgar. Aunque sí, hay otra cosa en los confines de mi memoria que empieza a dar tirones y empujones. Me detengo, esperando que se ponga donde pueda percibirla, pero nada. Lo único que siento es un dolor sordo que me sube desde la base del cráneo. Me froto las sienes durante algunos minutos que me parecen largos, mientras el silencio hierve y se arremolina en mis oídos y el dolor me estalla en el cerebro.

El doctor mira el grueso reloj dorado de bolsillo que guarda en el escritorio.

—Se nos ha acabado el tiempo, señorita Joyce. Pero me gustaría que escribiera usted un resumen de los años que vivió en la plaza Robiac. ¿Podrá hacerlo? Por mí.

—¿Por *usted*? Pensé que estas charlas curativas las teníamos por *mí*.

—Es para que yo pueda ayudarla.

Habla despacio, pronunciando cada palabra como si hablara con un niño o un idiota. Coge el reloj de bolsillo y lo observa, escudriñándolo.

—La próxima vez traiga el primer capítulo de sus memorias.

—¿Por dónde empiezo?

—Tiene ahora... ¿veintisiete años?

Deja el reloj y cuenta los dedos carnosos de una mano extendida con los de la otra.

—Dijo que un tal señor Beckett había sido su primer amor, ¿es correcto?

—Asiente, como para animarse a seguir—. Comience por él. ¿Recuerda la primera vez que le vio?

—Un momento —digo cerrando los ojos mientras ese recuerdo llega

flotando hacia mí, poco a poco, luchando por abrirse paso entre las tinieblas movedizas. Débil primero, luego nítido y definido. El aroma de las ostras y el *eau de parfum* y los cigarrillos turcos y el humo de los puros. El *¡pop!* del champán al descorcharlo, el golpeteo del hielo en las cubiteras de acero, el tintineo de las copas al entrechocar. Lo recuerdo todo: el resplandor y el bullicio del restaurante, a Stella con aquel turbante que parecía una calabaza pequeña, amarilla, el calor húmedo del aliento de Emile en mi oreja, la luminosidad de los ojos de Babbo cuando hizo el brindis en mi honor, las palabras exactas de mamá y Babbo. Ah... Sí. Todas aquellas palabras. Sobre el nacimiento y el matrimonio, sobre mi talento y mi futuro. La vida parecía extenderse ante mí toda rosa y oro, brillante, llena de posibilidades.

Abro los ojos. El doctor Jung ha apartado la silla del escritorio y se ha puesto de pie. Repiquetea impaciente con los dedos sobre la cubierta de piel de la mesa, como si quisiera avanzar más deprisa que su reloj de bolsillo.

—Ya sé por dónde empezar mis memorias —digo.

Comenzaré con las primeras manifestaciones de deseo y ambición que intentaron abrirse camino en mi corazón como los zarcillos glotones de un hierbajo. Porque ese fue el principio. No importa lo que digan los demás: *ese* fue el principio.

1. NOVIEMBRE DE 1928

París

—Dos genios en la familia. ¿Vamos a empezar a competir? —Babbo empezó a dar vueltas a la sortija sin levantar del *Paris Times* los ojos llorosos. Estaba mirando mi fotografía, escudriñándola como si nunca me hubiera visto, hasta entonces—. Qué hermosa eres, *mia bella bambina*. Igual que tu madre cuando nos fuimos juntos.

—Esto es lo que más me gusta, Babbo. —Le quité el periódico y leí sin coger aire unas líneas de la crítica de mi debut como bailarina: «Cuando alcance la cima de sus capacidades para la danza moderna, es posible que James Joyce sea conocido como el padre de su hija».

—¡Qué ambición tan virulenta tienes, Lucia! Y sin adulterar. La siguiente línea se me ha grabado en la memoria: permíteme.

Comenzó a recitar con su voz fina, aflautada:

—«Lucia Joyce es digna hija de su padre. Tiene el entusiasmo y la energía de James Joyce y una dosis aún sin determinar de su genialidad.»

Se detuvo y se llevó dos dedos manchados de tabaco al pelo recién engominado:

—Ofreciste una interpretación impresionante. Ese ritmo, esa evanescencia... He vuelto a pensar en el arcoíris. —Cerró los ojos brevemente, como si estuviera recordando la velada, y luego los abrió de repente—. ¿Qué más dice el indiscutible *Paris Times* sobre mi progenie?

—Dice: «Sus interpretaciones la han convertido en una figura del Théâtre des Champs-Élysées, corazón de la danza de vanguardia en París. Baila todo el día: si no está de gira con su compañía está estudiando danza o bailando

sola. Cuando no baila está planificando el vestuario, trabajando en la paleta de colores, diseñando efectos de color... y además, habla al menos cuatro idiomas con fluidez, es alta y esbelta, con una elegancia digna de mención, pelo castaño corto, ojos azules y piel clara. Todo un talento».

Tiré el periódico sobre el sofá y comencé a dar vueltas en círculo por el salón. Aún sonaba en mis oídos el aplauso y la euforia todavía corría por mis venas. Levanté los brazos y seguí haciendo piruetas junto a los retratos con marco dorado de los antepasados de Babbo, junto a los tomos apilados de la Enciclopedia Británica, que hacían las veces de taburetes cuando venían los aduladores de Babbo a oírle leer, junto a las macetas con helechos de mamá.

—Todo París está leyendo mi historia, Babbo. ¡*Mi* historia! Y... —Me detuve un momento, apuntándole con el dedo índice—, será mejor que *tengas* cuidado conmigo.

Babbo cruzó los pies y se recostó, perezoso, en la silla, sin dejar de observarme. Siempre observándome.

—Esta noche cenaremos en Michaud. Brindaremos por ti, hasta altas horas, *mia bella bambina*. Invita a esa amiga tuya, la bailarina americana. Que nos conceda el honor de su presencia. Yo invitaré a la señorita Steyn. —Volvió a atusarse el pelo, acariciándolo, pegándoselo a la cabeza, con cierto aire de preocupación—. Y supongo que debes invitar también a ese joven que compuso la música...

—Sí, se lo diremos a Emile... al señor Fernandez.

Me dio un vuelco el corazón cuando me puse de pie, me apoyé en el metatarso y empecé de nuevo a girar una, dos, tres veces antes de dejarme caer en el sofá. Miré a Babbo de soslayo. ¿Se habría dado cuenta de cómo se me aceleraba el pulso cuando mencionó a Emile? Porque tenía los ojos cerrados y estaba jugueteando con el bigote, aplastando los extremos con el dedo índice... Me pregunté si estaría pensando en la señorita Stella Steyn, que había ilustrado su libro, o en si se enceraba o no las patillas para ir a Michaud.

—El periódico... ¿no menciona al compositor? ¿Cómo has dicho que se llamaba? —Babbo abrió los ojos y me miró, con las pupilas flotando tras las gruesas lentes de sus gafas como si fueran renacuajos negros en una jarra de leche.

—Emile Fernandez —repetí.

¿Habría captado la suave inflexión de mi voz? Mientras trabajábamos en el estreno de mi espectáculo entre Emile y yo había surgido cierto afecto, y yo no estaba muy segura de cómo reaccionaría Babbo. Siempre había sido muy posesivo en lo referente a mí. Tanto mamá como él se pasaban la vida murmurando, diciendo cómo se hacían las cosas en Irlanda. Cuando yo protestaba y les recordaba que estábamos en París, Babbo lanzaba un profundo suspiro y mamá bajaba la voz y decía: «¡Rameras! No tienen ni pizca de vergüenza».

—Yo llamo a la señorita Steyn y tú al señor Fernandez y a tu encantadora amiga la bailarina cuyo nombre se me escapa siempre. —Se llevó la mano al cuello y se ajustó con cuidado la pajarita moteada.

—Kitten —respondí, y entonces recordé que mamá y Babbo se empeñaban en llamarla señorita Neel—. Ya sabes, la señorita Neel. ¿Pero cómo podéis olvidaros de cómo se llama...? Hace años que es mi mejor amiga.

—*Kitten was bitten by an ill-starred bittern, bewitched by a catten after...*¹ —comenzó a recitar, pero la voz se le fue apagando, y comenzó a rebuscar un cigarrillo en el bolsillo de su chaqueta de terciopelo: en el silencio oímos los pasos pesados de mi madre subiendo las escaleras.

—Estoy pensando que tal vez sea mejor para todos que tu madre no lea una y otra vez la crítica de tu debut. —Hizo una pausa y volvió a cerrar los ojos—. Ya sabes que tiene esa manía... Deléitame con una última pirueta, *mia bella bambina*.

Se colocó el cigarrillo con cuidado entre los labios y siguió rebuscando en el bolsillo. Yo hice una pirueta triple lo más rápido que pude: a mamá no le gustaba que bailase en el salón, y no quería que se enfadara y me ensombreciera el ánimo. Irrumpió en la sala cargada de paquetes, jadeando tras subir los cinco tramos de escaleras que había hasta nuestro piso. Babbo abrió los ojos, pestañeó y anunció que nos íbamos todos a Michaud porque teníamos «una pequeña celebración».

—¿Quiere decir eso que ha llegado el giro?

Vi cómo recorría la habitación con la mirada, comprobando que yo no había estado enredando con el mobiliario como hacía a veces, cuando ella salía de casa y Babbo me pedía que bailara para él.

—No, mi querida florecilla montañesa. —Hizo una pausa para encender

el cigarrillo—. Lo que ha llegado es mejor que el dinero. Todo París brinda hoy por Lucia, y nosotros tenemos que brindar también. Toca brindar y alardear.

Mamá se quedó de pie donde estaba, sin soltar las bolsas. Sólo movía los ojos, que se fueron estrechando hasta que quedaron convertidos en simples rendijas.

—No es por el baile, otra vez, ¿verdad, Lucia? Esto está acabando conmigo. Me vas a llevar a la tumba antes de tiempo, además de ese ascensor que no funciona nunca y estas escaleras que tengo que subir.

Tuve la impresión de que se tensaban los ánimos, pero ya estaba acostumbrada a las protestas y al victimismo de mamá, y Babbo seguía lanzándome miradas conspiratorias, y me guiñaba un ojo cuando ella no miraba. Así que le enseñé el *Paris Times* sin hacer caso de sus quejas.

—Voy a ser una bailarina famosa, mamá. Lee eso.

—Ya voy, Lucia. Pero primero tengo que vaciar estas bolsas y tomarme un té. Mira qué guantes tan finos, Jim.

Soltó los paquetes en el sofá, sacó de uno de ellos una caja blanca de cartón acharolado y empezó a apartar pliegos de papel de seda negro. Y de pronto la habitación se quedó fría, como si la hubiera atravesado una ráfaga de viento. Puse el *Paris Times* sobre el sofá y crucé los brazos. ¿Es que no era capaz de alegrarse por mí? ¿Ni siquiera esta vez?

Babbo me hizo un guiño rápido y luego soltó una enorme bocanada de humo.

—Son unos guantes preciosos, desde luego. Y en ningún sitio resultarán tan elegantes como en Michaud, sosteniendo una copa de ese champán suyo tan embriagador. —Hizo un gesto señalando al periódico que había quedado sobre el sofá—. Léelo, Nora. Describe el prodigioso talento de nuestra *bella bambina*. Me recuerda a ese refrán del palo y la astilla.

—Madre bendita del amor hermoso. Vaya dos. Parecéis un par de rapaces robando una caja de galletas. —Suspiró, contemplando sus guantes nuevos—. En fin, no tengo muchas ganas de cocinar y supongo que sí, que mis guantes causarán admiración en Michaud. —Inspiró y fue a coger el *Paris Times*—. Giorgio es quien debería salir aquí. ¿Por qué nadie escribe nada de Giorgio?

Golpeó el periódico con la punta del dedo.

—Ya escribirán, Nora. Ya escribirán. Quizás Lucia haya tenido uno de sus momentos de Cassandra, un sueño sobre Giorgio...

Babbo me miró expectante, pero antes de que pudiera responderle mamá interrumpió con uno de sus comentarios cáusticos sobre «oscuras profecías» y «Casandras alocadas».

—A Giorgio le llegará su momento, pero esta noche vamos a celebrar el triunfo de mi niña arcoíris.

Babbo lanzó un anillo de humo y yo lo contemplé mientras se movía y se elevaba, incierto, antes de quebrarse y desaparecer, disolviéndose en el aire.

—¿Qué es eso de las niñas arcoíris? No me digas ahora que... sean quien sean esas muchachas... ¿también adivinan el futuro?

Mamá insertó los dedos con violencia en los guantes nuevos.

—Personajes de mi libro... «Se van en estampida, se baten en retirada... Por que son estampadas.» Nada con lo que tenga que preocuparse tu cabeza indomable e imperiosa.

Babbo miró al techo y suspiró.

—¿Por qué no puedes escribir un libro normal, Jim? Esto me va a matar, así te lo digo. —Agarró de mala gana el *Paris Times* con las manos enguantadas—. Ponte algo colorido, Lucia. No queremos que esta noche la señorita Stella Steyn nos haga sombra. ¿En qué página habéis dicho?

* * *

Tan pronto como nos vio, el *maître* vino corriendo a nuestro encuentro, abriéndose camino entre la multitud. Los hombres paraban continuamente a Babbo para saludarle o para preguntarle por la *Obra en curso*. Mamá era la única que conocía el título verdadero de aquel libro al que Babbo llamaba *Obra en curso*, y había tenido que jurar que guardaría el secreto.

Mientras mis padres intercambiaban saludos con otros comensales apareció Giorgio, a mi espalda.

—Siento llegar tarde —dijo jadeando—. He estado horas esperando al tranvía. Pero he visto el periódico... qué crítica tan estupenda. —Me apretó contra él y me dio un beso en la cabeza—. ¡Qué hermana tan lista tengo! Esperemos que hagas fortuna enseguida, aunque sólo sea para pagarme las

lecciones de canto.

Hizo una breve mueca y giró la cabeza.

—Esperemos —dije, sin querer alardear—. ¿No van bien las lecciones de canto?

—No lo suficiente para llevar el tren de vida que espera padre.

Giorgio se pasó los dedos por el cuello almidonado de la camisa y yo advertí los círculos morados que tenía alrededor de los ojos y el olor a licor de su aliento.

—Tengo que pedirle dinero todos los días, y siempre me mira como un perro al que no han dado de comer. Luego suspira con ese desánimo típico de él.

Le puse una mano en el brazo en señal de conmiseración. No me gustaba verle tan desmoralizado, y nunca antes había oído a alcohol.

—Cuando empiece a ganar dinero, contribuiré.

Pero Giorgio, en lugar de responderme, hizo otra pregunta:

—¿Recuerdas al señor y la señora Cuddle-Cake?

Me eché a reír.

—¿Los padres que nos inventamos?

En su rostro se dibujó una expresión de nostalgia.

—La otra noche soñé con ellos. Venían, por fin, a adoptarnos, y el señor Cuddle-Cake me enseñaba a montar a caballo.

—Es un poco tarde para los padres imaginarios.

Volví a mirar a mamá y a Babbo, que intentaban atravesar el restaurante abarrotado escoltados por una falange de camareros en blanco y negro.

—Cuando éramos pequeños madre y padre no estaban nunca. Y ahora que somos adultos no nos dejan nunca solos. El señor y la señora Cuddle-Cake no habrían sido así, ¿verdad que no?

—No, pero no eran reales —respondí.

Yo no quería pensar en el pasado, así que me encogí de hombros exagerando un poco el gesto y le recordé que mamá pensaba que él era perfecto y que no podría hacer nada mal, cuando él exclamó:

—¡Ah, mira! Están todos.

Señaló una mesa junto a la ventana donde estaban, tranquilamente sentados, Stella, Emile y Kitten, entre la cubertería reluciente y la cristalería

abrillantada. El candelabro iluminaba la cara sonriente de Emile y yo sentí que mi pecho se agitaba levemente. Se había engominado el cabello oscuro y llevaba en el ojal un lirio naranja. Me saludó con la mano y vi la luz que despedía su gemelo de diamante, enviando por toda la mesa un destello pulverizado con los colores del arcoíris. Stella estaba sentada junto a él, vestida de seda en azul pavo real y adornada con tres filas de cuentas de ámbar que le llegaban a la cintura y un turbante amarillo limón con borlas que bailaban al ritmo de sus cejas. Babbo llegó en silencio detrás de nosotros y la examinó con los ojos forenses de un botánico que inspecciona una orquídea desconocida.

—Me gustaría poder vestirme así —susurré a Kitten mientras ella pegaba los labios a mis mejillas heladas.

Stella tenía una osadía, un descuido bohemio, que ya me hubiera gustado tener a mí. Mamá insistía en elegir —y comprarme— la ropa que, aunque siempre era elegante y de buen corte, nunca tenía aquella extravagancia de los conjuntos que lucía Stella.

—Pero tú no necesitas preocuparte por la ropa, cariño. Desde luego, no después de la crítica de tu debut. Me das mucha envidia. Y de todos modos... espera a ver lo que lleva puesto de cintura para abajo: ¡pantalones morunos con borlones! Nada prácticos si llueve. —Kitten me apretó la mano, afectuosa—. Pero Giorgio hoy no parece él, con lo tranquilo que es...

Bajé la voz y le hablé al oído:

—Está preocupado por el dinero. Creo que está harto de depender de los patronos de Babbo.

—Todo irá bien cuando tu padre consiga vender sus libros en Estados Unidos. ¿Por qué mira a Stella de ese modo?

—Está ilustrando un libro suyo. Puedes estar segura de que es su libro lo que tiene en la cabeza —bajé los ojos y añadí, en un murmullo—: seguro que está pensando en cómo describirla en flamenco, en latín o con un calambur rimado.

Me deslicé por el banco, para ponerme al lado de Emile. Sentía el calor y la solidez de su cuerpo, pegado al mío. Nos envolvía un remolino de sonidos, de charlas y risas, el tintineo de las pulseras y las perlas, el roce de las sillas contra el suelo, el estrépito de los platos y las copas, el choque de tenedores y cuchillos. Y en mi cabeza, todos ellos se fundieron en el aplauso que había

recibido en mi debut, estimulante y emocionante.

Babbo pidió que trajeran champán y ostras sobre hielo y, en cuanto nos llenaron las copas, apartó su silla y se puso de pie, agarrándose a la mesa con una de sus manos huesudas.

—Propongo un brindis por Lucia: ¡bailarina, lingüista, artista!

Ojos azules y piel clara.

Mamá estiró el cuello y giró la cabeza hacia el candelabro al levantar su copa. Tuve la súbita impresión de que me tenía envidia. Fue una idea absurda, que me pasó fugazmente por la cabeza. Pero había algo en el ángulo que formaba su cuello bajo aquella luz, como si quisiera dejar claro que mi existencia se debía a ella. Me di cuenta de lo raro que me resultaba en aquel tiempo ver los ojos de Babbo posarse sobre ella, o sorprenderle escuchando la cadencia de su voz. Todo eso estaba reservado para mí. Dirigí la vista hacia el otro lado de la mesa, donde estaba él con la copa en alto, parpadeando mucho, con la mirada vagando entre Stella y yo.

Entre tanto el champán burbujeaba en las copas, el olor a mar de las ostras se dispersaba por la mesa y de los comensales que teníamos al lado salían pequeñas nubes de humo de cigarro, mientras me sonreían y me aplaudían a mí. Sentía el muslo de Emile apretado contra el mío, firme y lleno de certezas. Y en ese instante me pareció que podría ser feliz para el resto de mi vida, y que nadie podría serlo más que yo. Me incliné hacia Emile y le acaricié la pierna con la mano.

—¿Dónde va a ser tu próxima actuación, Lucia? ¿Van a tener que quitar a Josephine Baker del programa para ponerte a ti? —Stella se ajustó el turbante, empaló una ostra con el tenedor y se la metió con elegancia en la boca.

—Menuda pieza es la Baker esa. Baila desnuda, sólo con unos plátanos. ¡Qué vergüenza! —Mamá cogió la servilleta y la sacudió, como si quisiera borrar todo rastro de conversación sobre la Baker, la bailarina que había tomado París por asalto con su osado espectáculo.

—Dicen que está amasando una fortuna increíble —dijo Giorgio, sacando la punta de la lengua y dejándola posada un momento en el labio superior—. Según parece, ahora ha cambiado la faldita de plátanos por una pluma rosa diminuta.

—¿Va desnuda, sólo con una pluma? —Kitten, asombrada, abrió unos

ojos como platos.

—Es una fulana, eso es lo que es —dijo mamá, con las aletas de la nariz temblando de desprecio.

—Es una mujer joven y moderna que se gana la vida. A mí me parece bien —dijo Stella levantando la copa de champán, que bajó rápidamente cuando vio cómo la miraba mamá.

—Ha tenido dos maridos y dicen que ahora tiene un amante. ¿Me puede usted decir qué clase de dama es una mujer que hace eso?

—Por eso puede bailar tapada sólo con una pluma. Si no estuviera casada, no le estaría permitido —afirmó Kitten con toda tranquilidad—. Mi padre dice que el matrimonio es la única vía para que una mujer pueda ser libre. Incluso hoy en día, incluso aquí en París. Todas esas mujeres liberadas, esas *flappers*... dice mi padre que en el fondo no son libres. En absoluto.

—Debe resultar muy liberador bailar desnudo —dijo Giorgio soltando el humo y apagando el cigarrillo—. Especialmente cuando te están pagando una fortuna por ello. No se puede ser más libre.

—¡Qué tontería! —Stella, con los ojos encendidos, apuñaló el aire con el tenedor—. Las mujeres ahora tienen una oportunidad real de ser libres. Mira a las parisinas: son pintoras, bailarinas, escritoras. Y no todas están casadas.

—¡Bravo, Stella! —grité yo, aplaudiendo.

Stella tenía lo que mamá llamaba «un pico de oro». Era otro aspecto de Stella que yo admiraba y envidiaba. Estaba a punto de interrumpir, de exponer mis propias opiniones sobre lo libre que puede sentirse alguien que se deja llevar por el movimiento y lo liberador que resultaba bailar, vestido o desnudo, fuese uno rico o pobre, cuando Giorgio me interrumpió a mí.

—Dicen que recibe centenares de ofertas de matrimonio todas las semanas. Quizás debería hacerle yo una proposición. ¿Qué te parece, Emile?

Se volvió hacia Emile y le dio un golpecito en el hombro.

—Yo estoy de acuerdo con Kitten. El matrimonio es la roca sobre la que se construye nuestra sociedad, y la única forma de ser libre para cualquiera de nosotros. Eso es lo que piensan los judíos, que el matrimonio es la base de todo. Aunque no estoy muy seguro de que eso sea el matrimonio para la señora Baker. —Emile se había encontrado con mi mano bajo la mesa y, mientras hablaba, me acariciaba los dedos con el pulgar—. ¿Qué piensa usted, señor Joyce?

Por el rabillo del ojo vi a mi madre revolviéndose en la silla y mirando fijamente a la copa de champán. Babbo, ausente, se deslizaba los dedos por la mandíbula, alisándose y atusándose la barba.

—Matrimonio, religión... Son convenciones e instituciones. Cadenas de las que debemos liberarnos.

Miró fijamente al plato que tenía delante, con las conchas vacías de las ostras.

—No hagáis caso a Jim. ¡Qué sabrá él de cadenas! —dijo mamá dejando un suspiro a medias, como si la exasperación la hubiera dejado sin aliento antes de terminarlo.

Yo lancé a Giorgio una mirada inquisitiva pero él, con un cigarrillo colgándole del labio, estaba muy ocupado buscando su encendedor.

—La libertad de la mujer y la institución del matrimonio no son incompatibles. Pero nadie puede negar la supremacía de la familia. Miraos a vosotros, por ejemplo, los Joyce —dijo Stella, señalando a mis padres por encima de la mesa, de las migas de pan y las pavesas de ceniza y las copas medio vacías—: tantos años casados, entregados a Lucia y Giorgio. ¿Habrían sido tan listos, habrían tenido tanto talento si vosotros no hubierais estado casados?

—Habríamos sido unos bastardos que viven en una alcantarilla —dijo Giorgio abriendo la boca en un aparatoso bostezo; cuando se llevó la mano para disimularlo me pilló mirándole y me guiñó un ojo—. Pero en lugar de eso somos estrellas de la escena... en ciernes... ¿verdad, Lucia?

—Bueno, yo soy de la opinión de que la señora Josephine Baker tendría que estar encerrada. En Irlanda, desde luego, lo estaría. Bajo llave. —Mamá apartó su copa y sacudió la cabeza, convencida.

—Y yo también, Nora. Yo también lo estaría —dijo Babbo como si hablara al nudo de la corbata, en un tono tan calmado que sólo le oí yo.

Emile se puso en pie de pronto, diciendo en voz muy alta:

—Bueno, ya está bien de hablar de alcantarillas y de celdas. ¡Otro brindis por Lucia, por su talento y su belleza!

Emile levantó la copa y todos volvieron a gritar mi nombre, una vez más.

Y entonces fue cuando le vi. Estaba en la calle, mirando furtivamente a través de la vidriera, tan cerca que casi tenía la nariz pegada al cristal. Tenía unos ojos grandes y curiosos y parecía estar mirando a Babbo, pero en ese

momento volvió la vista hacia mí. Y en esa fracción de segundo sucedió algo extraordinario: cuando nuestros ojos se encontraron pasó entre nosotros una corriente de emoción. El corazón me dio un violento vuelco. Luego él bajó la cabeza, encorvó los hombros, y desapareció por el bulevar. Sentí que Emile volvía a sentarse en el banco y volvía a pegar su pierna a la mía.

—¿Pero qué mira? ¿Lucia? ¡Lucia! Nosotros brindando por ti y tú mirando por la ventana como una posesa —dijo mamá, elevando la vista con un gesto de desesperación.

Babbo frunció el ceño, volvió a posar la copa de champán en la mesa y extendió la mano hacia mamá:

—Nora, déjala. Acaba de tener una visión. ¡Pido silencio para mi Casandra!

—Había alguien mirándome por el ventanal —respondí, deslumbrada y desconcertada por aquella experiencia sin par, por la intensidad de aquellos ojos, por el súbito sobresalto de mi corazón. Moví la mano como para quitarle importancia y me giré, agradecida, hacia Emile, con la esperanza de que Babbo dejara de hablar de Casandra.

—Será uno de tus nuevos admiradores, estoy segura. —Kitten se rió y me apretó el brazo—. Seguramente te ha visto en el periódico y te ha reconocido.

—Claro. El precio de la fama. Demasiado bien lo sé. —Babbo miró en torno a la mesa: las lentes de sus gafas iban lanzando destellos sobre los rostros de los comensales, uno tras otro—. Tendrás que llevarlo lo mejor que puedas, Lucia. No te quepa duda de que estarán fuera, haciendo cola para conseguir un autógrafo tuyo.

¿Estaría él? ¿Aquel hombre con los ojos brillantes de pájaro, la nariz ganchuda y las mejillas como las aletas de un pez? No. Se había fundido con la negrura. Todos los que estaban sentados a la mesa se rieron de la ocurrencia de Babbo. Todos, excepto Emile, que tenía los labios tan pegados a mi oído que yo sentía el chasquido de la saliva dentro de su boca cuando me susurraba:

—Tendrás varias colas de admiradores esperándote. Ya lo creo.

Entonces Babbo empezó a elucubrar sobre el vínculo indiscutible que existe entre los bailarines y las visiones, y nos contó la historia de una oscura tribu africana que bailaba y bailaba hasta que conseguía ver el futuro. Yo sabía que me estaba mirando a mí, pero no era capaz de prestar atención a sus

palabras.

—Y seguro que también bailaban medio desnudos —dijo mamá con tono poco entusiasta.

Todos se rieron, pero yo sólo podía pensar en el hombre que se me había quedado mirando a través del cristal. Sentí que me recorría una extraña sensación de desasosiego, como si algo estuviera eclosionando muy dentro de mí.

Y ahora, contemplando todo aquello desde los Alpes, donde el aire frío está empezando a mordisquearme y a atenazarme, veo con claridad que estaba en lo cierto. Por poco probable que hubiera parecido en su momento, algo *estaba* eclosionando, desenrollándose, muy dentro de mi plexo solar. Y allí fue donde empezó todo.

2. NOVIEMBRE DE 1928

París

—Anoche Emile no te quitó los ojos de encima.

Kitten se puso de puntillas y se quedó así hasta que los músculos de los gemelos adquirieron el aspecto de una soga gruesa y retorcida.

—Sería un partidazo, Lucia.

—¿Lo dices por el dinero que tiene?

Estiré la pierna; estiré hasta que distinguí todos los músculos, separándose de los huesos. El sol pálido del invierno entraba en tiras por las ventanas y dibujaba sombras irregulares en el suelo del estudio de danza. Mientras esperábamos al profesor los bailarines hacían estiramientos y giros y examinaban su reflejo en la pared cubierta de espejos.

—Dice mi padre que los Fernandez tienen una fortuna. Pero no, no estaba pensando en el dinero. Dice mi madre que Emile podría ser el próximo Beethoven. ¿Te imaginas? Podría componerte sinfonías enteras para ti sola...

Kitten echó la cabeza hacia atrás, giró los hombros, y suspiró pensativa.

—Tiene mucho talento, pero no creo que sea otro Beethoven —respondí.

Emile era primo de Darius Milhaud, uno de los compositores más celebrados de París, reconocido por su manera de combinar la música clásica y el jazz. Emile quería ser como él y hablaba a menudo, animadamente, de reconciliar el rigor de Bach con la energía del jazz. Pero... ¿y si la madre de Kitten tenía razón? Sentí tal orgullo que se me formó un nudo en la garganta.

—A mí me encanta trabajar con él, porque es uno de los pocos compositores a los que les gusta ver su música regida por mis coreografías. Todos los demás creen que debería ser al revés, que la coreografía va en la

estela de la música.

Me sacudí las manos con exasperación.

—Ah. A mí me parece que es algo más que el trabajo. Y tú lo sabes — dijo Kitten inclinando un poco la cabeza: fijó los ojos en mí y dibujó una sonrisa cómplice con sus labios de capullo de rosa, pintados a la moda.

—De acuerdo, lo reconozco. Siento algo por él. La semana pasada me llevó al Bois de Boulogne en su coche nuevo y estuvo horas besándome.

Recordé el tacto áspero de su barba incipiente y las cosquillas que me hacía en la nariz con el bigote, o cómo me había deslizado las manos, impaciente, por debajo del vestido.

—¿Y no fue una delicia, querida?

Kitten recuperó la postura y colocó los hombros, preparándose para mi siguiente confesión. Pero entonces oímos el repiqueteo de las teclas del piano y el roce de todos aquellos pies con el suelo, cuando los bailarines se giraron. Monsieur Borlin entró en la sala. Llevaba un terno blanco y unos guantes de cabritilla blancos también, y golpeó el costado del piano con la punta plateada del bastón. Exhalé, aliviada por no tener que decepcionar a Kitten en lo relativo a los abrazos obstinados de Emile, que me habían dejado fría y desconcertada: me hubiera gustado sentirme con él como una *flapper* descarada, pero no: notaba la sangre helada y que las entrañas se me cerraban como un puño.

—Tercera posición... estiren los brazos... levanten las palmas de las manos... y extiéndanlas —ordenó Monsieur Borlin.

—Tengo el presentimiento de que Emile se te va a declarar —susurró Kitten.

—¡No seas tonta! Soy pobre, tengo estrabismo y no soy judía.

Apunté con los dedos hacia el techo, estirándome hasta que me dolieron todos los músculos y tendones. Pero las palabras de Kitten me provocaron un hormigueo en el cuero cabelludo. ¿De verdad sentía Emile una pasión así por mí? Pensé en su enorme casa, con la fachada de piedra crema y los elaborados balcones con contraventanas azules. En las flores, colocadas con tanto estilo, y los cuadros de gruesas pinceladas que le encantaban a su madre. En sus tías y sus hermanas, entre quienes yo despertaba tanto revuelo como una mascota recién llegada. Y pensé en Emile, en sus manos recorriendo las teclas del piano, en su entusiasmo satisfecho, en sus ojos

dulces, amorosos.

—Muy bien, señorita Joyce. Manténgase así. —Monsieur Borlin golpeó el suelo con el bastón—. ¡El resto de la clase! ¡Observen a la señorita Joyce si son tan amables! Miren la posición de los pies, cómo mantiene el equilibrio, y contemplen la elegancia de los brazos.

—Creo que te equivocas —susurró Kitten—. Estoy segura de que Emile está enamorado de ti. ¿Y por qué no lo iba a estar? Eres hermosa, una de las bailarinas con más talento de París, eres inteligente y eres amable. Y tu padre es el escritor más admirado del mundo.

—Primera posición... levanten los brazos, extiéndanlos todo lo que puedan... ¡empujen! —Monsieur Borlin se desgañitaba para que su voz se oyera más que las notas que lanzaba el pianista—. Y ahora, levanten la pierna izquierda... más alto... ¡Más alto! ¡Giren!

El bastón golpeó la estufa de aceite, obligándola a expulsar una columna de humo negro. Yo sentía los músculos de las piernas ardiendo, y el sudor me caía por encima del labio. Y sin embargo, me encantaba esa sensación: la tirantez y el control, cada músculo con su curvatura perfecta, y mi cerebro pululante, tranquilo y concentrado en el esfuerzo.

—No puedes dar calabazas a Emile, querida. —Kitten volvió la cabeza para mirarme—. Es tan alegre, siempre sonriendo. Y muy guapo, además, al estilo judío.

—Los judíos no se casan con gentiles, sobre todo si su padre es un blasfemo famoso en el mundo entero y sin un penique propio.

Fijé los ojos en mi pie izquierdo, que apuntaba hacia arriba, intentando que se mantuviera firme y tratando de evitar la mirada inquisitiva de Kitten; mientras, me quitaba de la cabeza el millón de ideas que habían empezado a bullir dentro, como un enjambre.

—Perfecto, señorita Joyce. Estire esos dedos, señorita Neel. ¡Estire! —Monsieur Borlin levantó el bastón y golpeó con la punta de plata el pie izquierdo de Kitten—. Siga estirando, señorita Neel.

Cuando se marchó, Kitten volvió a bajar la voz.

—¿Cómo está Giorgio? Anoche no me estuvo mirando a mí, desde luego...

—Pues agotado con las clases de canto. Babbo se ha empeñado en que Giorgio tiene que llegar a ser un cantante de ópera famoso, porque esos eran

sus planes antes de ser escritor.

Me miré el pie izquierdo, que seguía flotando en el aire, y deseé que Giorgio hubiera elegido otro camino. Aún recordaba el día en que entramos los dos en el mismo conservatorio, un mes después de llegar a París. Babbo insistió en que fuéramos cantando todo el camino, incluso dentro del tranvía. Meses después a mí me pareció que había demasiados aspirantes a cantantes de ópera y preparé mi huida. Pero Giorgio perseveró. Dijo que cantar era lo único que sabía hacer.

—Me apuesto lo que sea a que el profesor de música de Giorgio no es ni la mitad de exigente que Monsieur Borlin.

Kitten bajó la pierna lentamente. Tenía la cara enrojecida y brillante, salpicada de pequeñas gotas de sudor.

—Bailarines, ¡descansen! Vamos a trabajar un poco la improvisación. Imaginen ustedes que son retratos cubistas. Tienen que formar con el cuerpo cuadrados, rectángulos, líneas. Quiero que sientan el gozo, el espíritu de la música de Debussy, sus ritmos sutiles y sus expresiones osadas. —Monsieur Borlin resopló con fuerza varias veces, como si estuviera tratando de mantener una canica sobre la nariz—. Sientan la geometría de la música. Imítienla con sus movimientos. Este es el atractivo de la danza libre. De la danza *moderna*.

Arqueé la espalda y me agarré los tobillos con las manos contrayendo las costillas, el estómago, el pecho. Oía los gritos de Monsieur Borlin entre sus resoplidos.

—Un hermoso triángulo, señorita Joyce. —Iba recorriendo la sala, pinchando y golpeando a los bailarines con su bastón, gruñendo instrucciones—. ¡Bailarines! Si no tienen inconveniente, observen el triángulo que ha formado la señorita Joyce. Dejen que la música fluya por sus brazos y sus piernas. Es lo que va a configurar su forma, sus líneas. Eso está muy bien, señorita Neel.

Respiré profunda y lentamente. Apoyé la frente contra la tarima del suelo, y pensé en Emile y en todo lo que había dicho Kitten. Emile nunca se casaría conmigo, pero era muy gratificante ser admirada. Y las palabras «Madame Fernandez» sonaban bien al pronunciarlas: curvilíneas y elípticas.

Luego pensé en el hombre de los ojos brillantes de pájaro y el corazón se me subió como propulsado y volvió a caer. ¿Debía contarle a Kitten que

había sentido aquella premonición? Ella creía en mi clarividencia casi tanto como Babbo. Pero incluso ella encontraría ridículo aquello... la mirada furtiva de un completo extraño. Recordé entonces la forma tan peculiar en que me había dado un vuelco el corazón. Muchos años atrás, la primera vez que Babbo se refirió a mí como «su Casandra», mamá se había dedicado a freírme a preguntas sobre mis «momentos de Casandra». Cuando describí las extrañas sensaciones físicas que acompañaban a cada experiencia Babbo cortó el aire con el abrecartas de peltre y con la voz ronca por la emoción preguntó: «¿Lo crees ahora, Nora?».

Pero no conté nada a Kitten. No quería pensar más en mis premoniciones. A veces me parecían una piedra sobre el pecho. Así que cerré los ojos y sentí la música recorriéndome por dentro. Oía el golpeteo del bastón de Monsieur Borlin sobre el suelo, sobre el piano, sobre la estufa. Le oía a él, resoplando y dando órdenes. Volví a abrir los ojos.

—El próximo fin de semana viene Margaret Morris de Londres para dar una clase magistral sobre el movimiento. ¿Quieres que vayamos? Creo que está causando furor en Inglaterra.

Kitten me miró por debajo de la axila y durante unos segundos me pareció que las lágrimas plateaban sus ojos. Pero pestañeó, y me pregunté si no habría sido, simplemente, que se le había metido un poco de polvo.

—Me encantaría, Kitten. Además, tengo una idea nueva para la coreografía de un baile. ¿Te la puedo enseñar cuando acabemos la clase?

Pensé en el nuevo baile que se estaba fraguando dentro de mi cabeza. Me había inspirado en un poema de Keats y quería incluir algún arcoíris, tal vez danzas tribales, para ayudar a Babbo con su libro. Quería crear una danza dominada por el frenesí del gozo, que hiciera sentarse a la audiencia en el borde de la butaca. Era una idea ambiciosa para la que necesitaba varias bailarinas, cada una de ellas vestida de uno de los colores del arcoíris. Pensaba en cómo las trenzaría, las anudaría formando tiras de colores, las haría dispersarse por el escenario formando suaves remolinos como semillas de sicómoro aladas que caen sobre la tierra. No había dicho nada de esto a Emile, pero esperaba que me compusiera otra pieza, algo contundente, con ese ritmo inquieto de los tambores tribales.

—¡Sí, por favor! ¡Ah! No sé de dónde sacas tantas ideas. A mí no se me ocurre nada.

Sus palabras se ahogaron con el sonido de la voz nasal de Monsieur Borlin que nos decía:

—¡Respiren! ¡Respiren! ¡No olviden respirar!

Sí. El baile era la respuesta. Nos diera la vida lo que nos diera, había que seguir bailando.

3. NOVIEMBRE DE 1928

París

—Llévalas una copa, Lucia. Son más de las cinco. —Mamá me pasó una botella helada de vino blanco y dos copas—. Lleva dos horas leyendo sin parar. Debe de estar seco, el pobre.

—¿Con quién está, con el señor McGreevy? ¿O con el señor McAlmon? —pregunté.

Las últimas semanas habían ido a leer a Babbo por las tardes, alternándose. Esperé que fuese el señor McGreevy. No era tan presuntuoso como el señor McAlmon.

—Ninguno de los dos. Ahora levántate y llévalas el vino. Si no, se irán al Café Francis y nos quedaremos sin ellos el resto de la tarde.

—No puedo moverme. Hoy he estado ocho horas bailando. Hemos estado practicando para esa película que te dije, y estoy medio muerta. He llegado a casa cojeando.

Y señalé con un gesto mis pies: la piel formaba pliegues que se asemejaban a las láminas de las setas.

—Vamos, menos lloriqueos. De eso eres tú la única culpable. —Hizo una pausa y señaló con la cabeza en dirección al despacho de Babbo—. Es muy guapo. Irlandés. Habla francés e italiano y todo. No hay muchos irlandeses así.

—¿Cómo se llama?

Me fui deslizado hasta quedarme sentada al borde del sofá.

—Pues no me acuerdo. Tu padre tiene a tanta gente revoloteando a su alrededor en estos tiempos... Sabe Dios de dónde vienen todos ellos. —

Suspiró, se sentó, y comenzó a hojear una revista de modas—. Si el mismo Dios bajara de los cielos, estaría ahí dentro, pasando a máquina el libro de tu padre.

* * *

Por el suelo del despacho de Babbo había un buen número de periódicos irlandeses esparcidos. Los libros se apilaban al azar por toda la habitación. Babbo llevaba puesta una chaqueta blanca con la que parecía un dentista y estaba sentado como de costumbre: con las piernas cruzadas y los dedos del pie de la pierna que tenía por encima metidos bajo el pie de la pierna que tenía debajo. Sentado frente a él, como si fuera la imagen de un espejo, un hombre alto y delgado con las piernas cruzadas exactamente en la misma posición, leyendo en voz alta el *Infiernode* Dante.

Le reconocí tan pronto como levantó la vista. Era el hombre del ventanal del restaurante. Le miré fijamente, pensando si no me habría confundido. Pero estaba segura de que era él. Sólo que ahora sus ojos parecían dos lagunas sin fondo de un color verde azulado. Llevaba unas gafas redondas con montura metálica idénticas a las de Babbo, aunque con lentes mucho más finas, y un traje gris de tweed. Y cuando me miró, entre los dos pasó una corriente que nos provocó un escalofrío, al reconocernos.

—Ah, vino blanco. Excelente.

Babbo se puso en pie y cogió la botella y las copas que yo llevaba.

Esta es mi hija, Lucia —dijo antes de volverse hacia mí; luego añadió—: el señor Beckett acaba de llegar de Alemania. Tenemos que ayudarle a instalarse, ¿no te parece?

—Claro, naturalmente. ¿Dónde se aloja, señor Beckett? —Traté de que mi voz sonara equilibrada y comedida, pero sentía cómo se me llenaba de aire la caja torácica.

—En la universidad, en la École Normal, que está en la *rue* d’Ulm. Doy clase allí —dijo con un suave deje irlandés que hizo temblar el aire por toda la habitación.

—¿Es agradable?

—El agua está siempre fría y la cocina infestada de cucarachas, pero la biblioteca es magnífica y tengo una cama y unos cuantos anaqueles.

Sus ojos sostuvieron mi mirada sin pestañear durante unos segundos, y luego bajó la vista y se miró los pies. Yo me di cuenta de que me había subido el color a las mejillas y tardé un buen rato, hasta que se me pasó un poco el nerviosismo, en preguntarme si también él habría sentido una emoción tan intensa en aquel primer encuentro.

—No se preocupe por las cucarachas, señor Beckett. París está lleno de sitios para comer. ¿Se queda a cenar con nosotros esta noche? Podemos ir a Fouquet. Lucia, corre: ve y dile a tu madre que esta noche vamos a Fouquet y que el señor Beckett nos acompaña.

* * *

Mamá se giró a un lado, luego a otro, frente al espejo.

—Lucia: ¿este sombrero? ¿O el negro?

Sus palabras flotaron en el aire como un vapor. Yo apenas las oía, porque estaba mirando por la ventana en dirección a la *rue* d'Ulm. De las ramas de los árboles colgaban las últimas hojas. Más abajo, las farolas de las calles dibujaban círculos irregulares de luz sobre la calle empedrada. El olor de las castañas tostadas de los braseros de la *rue* de Grenelle se colaba por la ventana, que no ajustaba bien, pero tampoco de eso me daba cuenta. Yo me movía como por un sueño, incapaz de sentir el suelo bajo los pies. Lo único que veía, por cualquier parte adonde mirase, era la cara del señor Beckett: los pómulos, en las ramas desnudas de los árboles; los ojos, que se reflejaban en la creciente oscuridad del cielo. Sentía cosquillas por toda la piel de mi cuerpo, y me sentía ligera y rígida al mismo tiempo. Decía su nombre sin pronunciarlo, una y otra vez. Señor Beckett. Señor Beckett. Señor Beckett.

—¡Lucia! ¿Qué diablos te pasa? ¿Es que no me oyes? Es como si hablara con una pared. Bueno, pues me he decidido por el sombrero negro. Creo que va mejor con el abrigo. —Mamá se colocó unos cuantos mechones de pelo detrás de las orejas—. ¿Qué miras, criatura? ¡Coge tu sombrero y tus guantes!

Se abrió la puerta del despacho de Babbo y de repente apareció en ella el señor Beckett. Se quedó frente a mí, sonriendo incómodo, recorriendo la sala con la vista, examinándolo todo: la bandera griega que teníamos clavada en la pared para que nos diera suerte, fotografías nuestras en las que aparecíamos

serios y adustos, vestidos con nuestras mejores galas, pilas de libros que esperaban a ser devueltos a la sección de préstamos de la librería de la señorita Beach. Mientras mamá acompañaba a Babbo a coger el bastón y el sombrero, el señor Beckett me preguntó por Fouquet.

—¿Es un sitio muy elegante? ¿Voy adecuadamente vestido?

Había en su voz un ligero temblor, cierta aprensión que no se percibía en la expresión de su cara. Le miré de arriba abajo. El pantalón estaba desgastado por las rodillas y le colgaba como si él fuera una percha. A la camisa le faltaba un botón. Llevaba la corbata con un nudo tan apretado que parecía que le fuera a dar garrote.

—S-siempre vamos allí —tartamudeé—. Está en los Campos Elíseos, así que supongo que cogeremos un taxi.

Sentí cómo me subía el color a las mejillas y el cuerpo me entraba en ebullición. ¿Por qué no podía controlar mi cuerpo como cuando bailaba? ¿Por qué me estaba comportando como una idiota? ¿Por qué parecía que se me había pegado la lengua?

—Tengo trajes mejores en la residencia —dijo el señor Beckett, bajando la vista.

—Tiene usted un aspecto fantástico —dije con un tono de voz exageradamente alto que, esperaba, ahogaría el latido de mi corazón—. Sencillamente fantástico.

Cuando me giré hacia la puerta sentí los ojos de Beckett recorriéndome el cuerpo de arriba abajo. Sí. Había acertado eligiendo aquel vestido color guinda con flecos en el bajo. Potenciaba mi figura de bailarina y la longitud de mis piernas, y hacía que mis pechos parecieran pequeños y planos, como se estilaba entonces.

Él fue hacia la ventana y se detuvo, miró hacia fuera, de espaldas a mí, erguido e inmóvil.

—Tienen una vista maravillosa de la Torre Eiffel, señorita Joyce.

Me puse junto a él, ante la ventana, y juntos contemplamos las luces de París. La ciudad parecía pestañear: brillaba con la iluminación de los bares y restaurantes, las luces vacilantes de las farolas, las estelas luminosas de los faros de los automóviles. Y sobre todo ello, las luces de la Torre Eiffel que nos hacían volver los ojos al cielo. De pronto fui consciente del olor del jabón de afeitar del señor Beckett y de la calidez de su cuerpo junto al mío. Y el

corazón seguía golpeándome las costillas.

—Esta es la ventaja de vivir en un quinto piso —respondí, y mi voz pareció rebotar en las paredes y en el techo.

—¡Cuánta cháchara, Lucia! Y todas las escaleras que tengo que subir cargada con la compra, día sí y día también...

Mamá y Babbo aparecieron a nuestras espaldas, cogidos del brazo.

—Ah, está usted echando un vistazo a la Torre Eiffel, señor Beckett. ¿Le ha contado Lucia cuando subimos a esa horrible Torre Eiffel?

—No, no señor.

El señor Beckett se volvió con expresión expectante hacia mí. Yo abrí la boca para responder, pero las palabras me rehuyeron, igual que cuando Babbo y yo subimos a la Torre Eiffel y, agarrados a la barandilla, miramos hacia abajo, a la ciudad encogida. La misma sensación de mareo, de estar dando bandazos, se apoderó de mí en ese instante, dejándome muda y temblorosa. De pronto alargué el brazo y toqué al señor Beckett, me acerqué a él como me había acercado a Babbo en la otra ocasión, y me agarré a él como me había agarrado a Babbo aquel otro día, en lo más alto de la torre.

—Siempre que pienso en la Torre Eiffel me acuerdo de un esqueleto, un cadáver, una carcasa que se cierne sobre nosotros —murmuró Babbo gesticulando con la mano que sostenía el cigarrillo, en dirección a la ventana.

—Qué tonterías dices, Jim —dijo mamá—. ¡Qué vas a pensar eso! Piensas en Irlanda, nada más, y lo sabes muy bien. Y ahora, vámonos hacia el restaurante o no encontraremos mesa. Lucia: cierra la boca, que te va a entrar una mosca. Ah, me gustaría que estuviera Giorgio. Últimamente siempre está fuera. Siempre con las lecciones de canto. Le diré que le enseñe París, señor Beckett.

Y dicho eso tiró de Babbo en dirección a la puerta y a las escaleras. Yo miré al señor Beckett con la cara ardiendo. Me pareció ver en sus labios el rastro de una sonrisa, pero él sólo dijo:

—Después de usted, señorita Joyce.

Al rozarme el zapato sentí el dolor punzante de la ampolla que tenía en el talón. Pero pensé en el señor Beckett, que iba justo detrás de mí, y el dolor cedió casi de inmediato, como si mis pies, llenos de callos y de ampollas, hubieran dejado de existir. ¿Dónde había ido el dolor? ¿Por qué ya no me escocían ni me dolían los pies? Intenté centrarme en el talón, sentir la

ampolla que apenas unos minutos antes latía y supuraba. Nada. No sentía nada. Mis pies parecían flotar y elevarse al seguir el rastro del bastón de Babbo con su punta metálica sobre los escalones de piedra.

Y entonces fue cuando me sucedió: ¡un portento! ¡Una profecía! Pensé en Michaud, donde había visto por primera vez al señor Beckett por el ventanal. Recordé cómo se habían encontrado nuestras miradas a través del cristal, la carga casi eléctrica que había pasado entre nosotros, el vuelco inexplicable de mi corazón. ¿No había dicho Babbo entonces que yo había tenido una visión? ¿No había levantado la mano como un sacerdote para que todo el mundo se callara? Él también lo había sentido: aquella fuerza extraordinaria en una fracción de segundo. Sentí que se me erizaba el cabello de la nuca. ¿Estaba el señor Beckett destinado a mí? ¿Era así como se estaba tejiendo mi vida?

* * *

Al entrar Babbo en Fouquet los camareros empezaron a murmurar, a abrirse paso a codazos para cogerle el sombrero o el bastón, para acompañarle a su mesa habitual u ofrecerle la carta. El señor Beckett me miró con las cejas levantadas y yo aproveché la ocasión para acercarme a él y susurrarle:

—Es famoso por las propinas tan generosas que deja... siempre bailan a su alrededor como monos de feria.

El señor Beckett abrió los ojos de par en par.

—Tiene mecenas ricos —expliqué—. Antes éramos muy pobres, pero ahora hay un americano rico y una inglesa rica que nos mandan dinero todos los meses. Así podemos cenar fuera cuando queremos.

Lo que no le dije fue que gastábamos el dinero con tanta displicencia que siempre teníamos que pedir más.

El señor Beckett lanzó una mirada rápida a su alrededor y, cuando vio a mamá y a Babbo hablando en el bar con otra pareja, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Es eso cierto, señorita Joyce?

Asentí con la cabeza, y me disponía a hablarle de nuestra casa de la plaza Robiac, de lo fantástico que era para Babbo tener un despacho propio, para mí tener una habitación propia, y un teléfono, luz eléctrica y cuarto de baño en el piso con grifos de latón, cuando cambió de tema bruscamente.

—Dice su padre que es usted una bailarina de gran talento, señorita Joyce.

—Bailo todo el día, todos los días.

Me quité el sombrero y me sacudí el pelo. El nerviosismo anterior se estaba disipando ahora que sospechaba que el señor Beckett podía ser para mí, ahora que había visto al destino jugar su mano.

—Me estoy preparando para ser bailarina profesional. Bailar es la cosa más divina del mundo. ¿Baila usted, señor Beckett?

Negó con la cabeza.

—Puedo enseñarle a bailar el charlestón. O el *bunny hug*.

Apareció ante mí la imagen del señor Beckett en mis brazos: su mano en la mía, su piel contra la mía, nuestras caderas cimbreándose una junto a otra, el aire crepitando y chisporroteando entre nosotros, como un fuego en el bosque.

—He enseñado a bailar el charlestón a todos los amigos de Babbo —añadí al observar la expresión aprensiva de su rostro.

—¿El señor Joyce también lo baila?

Miró con ojos brillantes en dirección a Babbo, que seguía hablando con alguien en el bar.

—Bueno, a él le gusta más la danza irlandesa —expliqué—. No dé por hecho que no puede usted bailar, señor Beckett. Cualquiera que sea capaz de sentir la música puede aprender a bailar. ¿Le gusta la música?

—Me encanta la música. —El señor Beckett se aclaró la garganta y bajó la voz un tono—. Llámeme Sam.

—Ah, es que somos muy formales aquí, en la residencia de los Joyce. Muy irlandeses, imagino. Mi padre insiste mucho en ello. Tal vez en privado...

El señor Beckett, Sam, me miró fijamente. ¿Estaba sorprendido por mi sugerencia de estar a solas los dos? ¿O era la insistencia de mis padres en no tutear a las personas, a la antigua usanza?

—Es una posibilidad.

Y asintiendo lentamente, se subió las gafas y yo me di cuenta de que se había puesto colorado de nuevo.

—¿Esperaba usted que mi padre fuera más moderno? ¿Se está

preguntando, señor Beckett, por qué el Gran Autor puede romper las reglas de la ficción, pero no las de la etiqueta?

Bajé la voz y, como si fuera una ocurrencia tardía, añadí: «Sam». Y aquella palabra sonó deliciosa. Tanto que la repetí varias veces en silencio, dentro de mi cabeza. Sam. Sam. Sam.

—Supongo que era eso, sí —respondió.

Apartó la vista de mí y la dirigió de nuevo a mis padres, que venían hacia nosotros aún agarrados del brazo. Me sorprendió entonces que, a pesar de la tímida intensidad de su mirada, había en ella algo inquieto que no tenía nada que ver con el nerviosismo.

—Vamos. La mayoría de la gente, aquí en París, es muy bohemia —dije con despreocupación—. Estoy segura de que habrá oído historias de todo tipo. Pero mis padres no son capaces de quitarse de encima esa educación irlandesa.

No le dije que querían que yo estuviera en casa a las nueve de la noche, ni que mamá no me dejaba asistir a los funerales. Asumí que estas eran prácticas irlandesas con las que estaría familiarizado.

—¿Qué edad tiene, señorita Joyce? Si no le importa que se lo pregunte...

Le tenía tan cerca que sentía su aliento en la mejilla, cálido y seco como el humo.

—Veintiuno. ¿Y usted?

—Veintidós —respondió.

Y su mirada se volvió más penetrante, como si yo tuviera la piel translúcida y él pudiera ver a su través, hasta la sangre que me corría por las venas.

Mamá y Babbo llegaron con una escolta de camareros que retiraron las sillas, anunciaron el menú, desplegaron las servilletas, retiraron los sombreros descarriados, las bufandas y los guantes. Apenas se había sentado Babbo, se giró hacia el señor Beckett y le lanzó una batería de preguntas sobre Dublín.

—Ah, ya estamos —protestó mamá—. No empieces a enumerar todas y cada una de las tiendas y los bares que hay en O'Connell. No creo que pueda soportarlo una vez más.

Volvió la cabeza para mirar quién había entrado en el restaurante:

—¡Mira, Lucia! Es esa actriz tan famosa. Madre de Dios, ¿pero qué lleva puesto? ¿Has visto cosa más desgarbada en tu vida?

Sentí que me clavaba el codo en las costillas, pero no quería apartar la mirada del señor Beckett. No me interesaba en absoluto la actriz tan famosa ni lo que llevaba puesto. La voz de mamá me siseaba al oído y ahogaba por completo la del señor Beckett.

—¿Has visto qué sombrero, Lucia? Hay gente que no tiene ni idea de cómo vestirse. Plumas de pavo real... con ese tono de piel... qué barbaridad... ¡Qué barbaridad!

Yo luchaba por oír lo que decía el señor Beckett. Él y Babbo seguían hablando, pegados, sentados sobre el mismo banco, pero el barullo de las demás voces y el cotilleo de mamá en mis oídos ocultaba sus palabras.

Me pegué a la silla. Sabía exactamente cómo se iba a desarrollar la velada. Todo muy predecible. Babbo y sus compatriotas recordando, bebiendo, recitando poemas irlandeses y, por último, cantando baladas irlandesas o tal vez bailando una danza irlandesa. Ya me sentía en el exilio. Pero no iba a rendirme tan fácilmente. Esta vez, no.

—Hace años que no voy a Irlanda —interrumpí en voz alta—. Me encantaría volver.

—No ha cambiado mucho.

El señor Beckett me miró a los ojos y yo me sentí como si los suyos, verde azulado, me estuvieran engullendo y yo, girando sin parar, cayera en sus profundidades.

Regresé sobresaltada, al oír la voz aguda de mi madre diciendo:

—No seas estúpida, Lucia. Irlanda es un lodazal, un pozo negro. Deja la adulación a tu padre. Puede hacerlo por los dos.

—Vamos, Nora —reprendió Babbo—. Puede ser una tierra de bárbaros con crucifijos, pero no es un pozo negro.

—¡Una banda de mendigos y fanáticos! —Mamá movió la cabeza—. No hay vuelta atrás, ni hablar de volver. Y a ti te arrestarían, Jim. Lo sabes muy bien.

Babbo asintió con aire sombrío, y el señor Beckett se revolvió, incómodo, en el asiento. Yo intenté pensar algo que aligerase los ánimos, pero mamá vio a otra actriz y comenzó de nuevo a murmurarme al oído, mientras Babbo recitaba el nombre de todos los bares de la calle O'Connell. Yo observaba al

señor Beckett con los ojos entornados, concentrada en su mirada seria y en su cabeceo solemne. Entonces fue cuando apartó la vista de Babbo y la fijó en mí, una mirada breve y nada comprometedor. Y el aire entre nosotros pareció revivir, crujir, crepitar, tensarse. Mis dedos comenzaron a recorrer espontáneamente el mantel de lino. Se dirigían al señor Beckett, como si una fuerza invisible tirase de ellos.

—¿Y qué me dice de The Brazen Head,² señor Beckett? ¿Ha cambiado mucho?

Las palabras de Babbo cortaron el aire, bajaron la tensión y neutralizaron la peculiar carga magnética que había tomado el control de mis manos.

Moví los dedos en el aire, como si quisiera borrar la pregunta de mi padre.

—Háblenos de su familia, señor Beckett. Queremos que nos cuente cosas de usted... todo, si no es una impertinencia.

Después me acordé de Emile. Durante un segundo luché por recordar su cara y luego, cuando la tuve claramente dibujada ante mí, me sentí tan cruel y tan culpable que tuve que apartarla para que desapareciera. Que se fuera. Lejos. Lejos.

* * *

A la noche siguiente me enteré de los planes de Babbo para el señor Beckett. Estaba yo sentada en la cocina mientras mamá me vendaba el pie, lleno de ampollas. Otras seis horas de danza me habían dejado los pies supurando un pus amarillo y espeso, y las zapatillas de baile manchadas de sangre por dentro.

Entonces apareció Babbo con un velo de humedad en los cristales de las gafas y la corbata torcida.

—No puedo seguir así —anunció con tono lastimero.

—¿Qué pasa ahora, Jim?

Mamá dio un tirón seco a la venda.

—¡Ay! No lo aprietes tanto, porque mañana no voy a poder meter los pies en los zapatos —gemí.

—¡Madre de Dios! Tú y tus pies, tu padre y sus ojos. Yo ya no sé si voy o

si vengo. ¿Dónde anda Giorgio?

Levantó la vista, como si esperase que Giorgio fuera a aparecer por la puerta, pero Giorgio no había estado en casa en todo el día. Ni en toda la noche. Yo no se lo había dicho, porque sabía que no le iba a gustar.

—Llevo todo el día al teléfono, hablando con los abogados. En Inglaterra y Estados Unidos se están vendiendo ejemplares pirata del *Ulises* a cuarenta libras.

Babbo se acarició el pelo, distraído, con ambas manos.

—Bueno, esa cantidad nos apañaría, Jim. Es mucho dinero.

—Esa es la cuestión. ¡A nosotros no nos llega ni un penique! Ni un solo penique. Además, están plagados de errores. Hay un tipo en Estados Unidos que se está haciendo rico con *mi* obra. Con mi obra *mutitada*.

En el tono de Babbo se coló un matiz de petulancia. Se quitó las gafas y las limpió con su pañuelo de seda. Sus ojos, recorridos por venas rosadas, se revelaron de pronto cansados y desanimados en sus cuencas grises.

—Soy escritor, no abogado. Todo esto me hace sentirme derrotado, acabado. Y ahora el señor McAlmon dice que se vuelve a América. —Se volvió a poner las gafas y suspiró profundamente—. ¿Quién me va a ayudar con el trabajo, Nora?

—¿No puede echarle una mano esa pinturera de la señora Fleischman? ¿O se ha pasado el tiempo mirándote, en lugar de darle a la tecla?

Mamá dio al vendaje otro tirón seco y comenzó a anudar los extremos.

—Está demasiado tirante —protesté yo—. No me lo voy a poder quitar en la vida. Me moriré con los pies vendados.

—Si no hicieras tanto baile no necesitaríamos tanto dinero. Así que deja de lloriquear, ¿te parece?

Mamá se puso en pie y empezó a enrollar la venda que no había utilizado con pequeños tirones malhumorados. Yo sentí una punzada de indignación: a Giorgio nunca le hablaba así, y eso que sus clases de canto eran mucho más caras que las mías de danza.

—No tiene el menor sentido de la decencia, esa pinturera. Con todo su empaque de judía, y todo. —Mamá resopló y luego se quedó callada.

—La señora Fleischman tiene otra utilidad —dijo Babbo—. Conoce a la gente adecuada y está encantada de trabajar sin recibir dinero a cambio,

porque no lo necesita.

—Se va a divorciar, Jim. Por el amor del cielo... Esto es... ¡una desgracia!

—Yo puedo ayudarte.

Estiré, para ver cómo estaba, un pie vendado; no quería que volviera la señora Fleischman: tenía algo que me resultaba inquietante. Cómo entraba en nuestra casa, con aquel abrigo de marta cibelina echado por los hombros, un bolso de piel de serpiente colgando de la muñeca, una sonrisa perfectamente ensayada, los labios carmesí... Llegaba haciendo pucheros, ronroneando y haciendo alarde de una inteligencia de la que carecía.

—Ya haces bastante, Lucia, escribiendo y contestando las cartas de la librería. Tal vez si hicieras menos actuaciones... Si bailaras más en casa... — La voz de Babbo fue bajando de tono.

—¡Dios nos asista! Yo no puedo tenerla todo el día en casa pegada a mis faldas. Con vosotros dos aquí juntos acabo por volverme loca del todo, con toda esa cháchara vuestra de las profecías y las muchachas arcoíris.

—Podrías aprender encuadernación, Lucia.

Babbo se apoyó en el marco de la puerta y miró al espacio vacío que había sobre mi cabeza. Con sus dedos finos jugueteaba con la corbata. Por un momento creí que estaba de broma. Esperé la risita plateada que me invitaría a participar de su júbilo. Mamá estaba llenando el hervidor y poniendo las tazas y los platos para el té. Nadie dijo nada.

—¿Encuadernar libros?

Me puse en pie y traté de atravesar la cocina caminando con los pies vendados, cojeando. No encontraba sentido a sus palabras. A Babbo le encantaba que yo bailara. Mis bailes le inspiraban, eso lo sabía todo el mundo. Pero... ¿prefería que yo fuese encuadernadora? ¿O lo que quería era que encuadernase *sus* libros? Me giré enfadada hacia donde estaba él, ahogando en la garganta amargas palabras de acusación. Entonces me di cuenta: ¡qué tonta había sido! No quería que bailara para nadie más. Por eso quería que me quedara en casa bailando, que hiciera menos actuaciones. Me quería sólo para él.

—La encuadernación de libros es la profesión ideal para una joven dama. Para una joven dama que ha decidido desempeñar una profesión, claro está. —Tosió, con una tos como de puntuación, como si quisiera que ese tema se

diera por zanjado de una vez—. No, Nora. Lo que yo necesito es que me ayude alguien que entienda mi trabajo. El señor McGreevy no tiene tiempo. Ahora está casi todo el tiempo ocupado, dando clases.

—Es una lástima, desde luego. El señor McGreevy siempre ha sido muy considerado. ¿Y el señor Beckett? ¿No podría ayudarte él?

Sentí que el aire se me agolpaba en el pecho. Por un momento se desvaneció mi pánico por la amenaza de la encuadernación. Me senté y me agarré a los brazos del sillón. El señor Beckett en nuestra casa de plaza Robiac. El señor Beckett trabajando con Babbo. ¿Era aquello otra señal? El destino, no cabía duda, hacía converger nuestros caminos.

—Ah, claro. El señor Beckett. Pues es una idea que ya se me había pasado por la cabeza. Pero ese trabajo sobre Proust que tiene entre manos tendría que esperar... y no puedo pagarle, naturalmente. —Babbo encendió un cigarrillo: iluminada por la llama de la cerilla la cara le brillaba más y sus ojos parecían más claros—. Sí, el señor Beckett. Desde luego es bastante capaz. Leído. Erudito. Reflexivo. ¿Tú cómo le ves, Nora?

—Pues cuando le vi no dijo gran cosa. Estaba demasiado ocupado bebiéndose todas y cada una de tus palabras, como todos los demás. —Mamá me acercó una taza de té—. ¿Qué te pasa, Lucia? Parece que has visto un fantasma. Toma un poco de té. Es bueno, y está fuertecito.

—A mí me gustó el señor Beckett —dije, tratando de sonar despreocupada—. Y parece inteligente.

—Tampoco sonrió mucho. Un hombre muy serio, desde luego —continuó mamá—. El señor McGreevy me hace reír. Tiene mucho sentido del humor, ese señor McGreevy. Y muy buenos modales. Siempre se da cuenta de si me he arreglado el pelo o si llevo un sombrero nuevo.

—Preguntaré al joven Beckett. Sí, se lo diré. A más de uno le parecería un gran honor, un enorme privilegio, ser mi secretario. —Los labios de Babbo temblaron como si quisiera evitar una sonrisa—. Y si a Lucia le gusta, estoy segura de que nos gustará a todos. Aunque no tenga ni el encanto ni los modales de nuestro buen amigo, el señor McGreevy.

—Hablando de encanto... —intervino mamá—. Hoy ha venido tu amigo el compositor a buscarte, Lucia. Un poco aturullado. Le dije que estabas demasiado ocupada bailando como para andar por ahí.

Mamá me miró fijamente.

—¿Emile? ¿El señor Fernandez?

Esperé a sentir la punzada de emoción que solía acompañar al nombre de Emile. Pero no llegó. Su rostro amable, sonriente, pasó fugazmente ante mí y escuché los compases que abrían su última composición, la que yo había bailado con tal euforia. Pero desaparecieron con la misma rapidez con la que habían llegado. Me sentí un poco culpable, pero unos segundos después mi pensamiento volvió al señor Beckett. El señor Sam Beckett aquí, en la plaza Robiac, todos los días. Mi sino, mi destino... ¡qué rápido avanzaba!

—Claro que el señor Fernandez. El mismo. Elegantemente vestido, con un traje de tweed de Donegal. A esos judíos no se les acaba el dinero ni aunque lo vayan tirando por ahí. —Se levantó con dificultad y se fue hacia el fregadero, exhalando un prolongado suspiro—. ¿Cuándo vas a pedir al señor Beckett que empiece, Jim?

—Voy ahora mismo a verle a la residencia. Tendrás que venir conmigo, Nora. Hoy tengo los ojos tan mal que apenas veo a una yarda de distancia. —Se puso en pie y se ajustó el chaleco—. ¿Quieres acompañarnos, Lucia?

Me miré con remordimiento los pies hinchados, envueltos en capas y más capas de vendas.

—No digas tonterías, Jim. La muchacha no puede ni dar un paso. Esta noche pon esos pies en alto, Lucia. O descansas los pies o no volverás a bailar en la vida. ¿No te tomas el té, Jim?

—No hay tiempo. Tengo que ir a hablar con el señor Beckett ahora mismo. Hay que golpear cuando el hierro está al rojo, Nora. Necesito tener al señor Beckett a mi entera disposición. ¿Me traes el bastón y el sombrero? ¡Vamos, Nora! ¡Date prisa!

Y con los brazos extendidos se dirigió a la puerta.

—¡Madre de Dios! ¿No me dejas ni terminar el té? —Mamá levantó los brazos en señal de desesperación—. Dile a Giorgio que tiene un filete estupendo en la nevera, Lucia. Se lo frías con unas cebollas y unas patatas.

Escuché sus pasos, que se alejaban. Luego fui cojeando hasta el horno y volví a poner el hervidor. En mi cerebro bullían los pensamientos, la emoción ante la posibilidad de que el señor Beckett viniera a diario a nuestra casa de plaza Robiac, la confusión al recordar a Emile y el enfado por la sugerencia de Babbo de que aprendiera encuadernación. ¡Así no podría bailar para nadie más que para él! ¿Por qué les molestaba tanto a mis padres que yo bailara en

público? Les encantaba la idea de que Giorgio cantara ante una audiencia... ¿por qué no sentían lo mismo en mi caso?

Sentí de pronto la necesidad imperiosa de bailar, pero las vendas que llevaba en los pies eran tan aparatosas que era imposible hacer nada con ellos. Así que me senté en el suelo y practiqué algunos movimientos de jazz, girando el torso, haciendo tijeretas con las piernas en el aire... Cuando el hervidor empezó a silbar ya me sentía más tranquila. Mientras medía la dosis de té y llenaba la tetera con el agua hirviendo no pensaba más que en el señor Beckett. Dios, por favor, que venga el señor Beckett a trabajar aquí. Por favor, Dios...

4. NOVIEMBRE DE 1928

París

Kitten fue la primera persona a la que se lo conté. Habíamos terminado un ensayo de dos horas: íbamos a hacer un baile a dúo en la nueva película de Jean Renoir. Nos dejamos caer en un banco del minúsculo vestuario que había en la parte trasera del estudio de danza, y yo empecé a mirarme los pies: los tenía en carne viva.

Kitten se quitó las medias con una mano mientras se tapaba la nariz con la otra. El olor familiar a cola de zapatero, crema facial y *eau de cologne* rancio tenía una nota penetrante y metálica.

—Estos deben ser los vestuarios más olorosos de todo París. ¿Qué olor es este tan asqueroso?

Respiré. Me llegó un olor a orina que hizo que se me removiera la bilis.

—Creo que es pis. Pis de hombre.

Busqué una ventana, para abrirla. ¿Por qué los vestuarios nunca tenían ventanas?

—¡Ah! ¡Qué asco!

Kitten seguía tapándose la nariz con la mano.

—Me recuerda alguno de los sitios donde vivimos en Trieste. —Sentí un escalofrío que me recorrió entera, y me detuve en seco—. ¿Te importa que nos cambiemos fuera? Se ha ido todo el mundo, y tengo que contarte una cosa.

—¡Lo sabía! —Kitten me miró triunfante—. No eres la única clarividente que hay por aquí. Lo sabía cuando te vi llegar con las medias así enrolladas hacia abajo. Y tarde. No es propio de ti llegar tarde, querida. Vamos al

estudio y me lo cuentas todo.

—Ah, Kitten. Estaba esperando el momento adecuado para contártelo. — Cogimos las bolsas y los abrigo y salimos al estudio; nos acomodamos junto a la estufa, y me pegué mucho a ella, incapaz de guardar el secreto por más tiempo—. Creo que me he enamorado. No puedo pensar en otra cosa. He tenido que ir a pasear por los Jardines de Luxemburgo para calmarme un poco, he empezado a dar vueltas y más vueltas a la fuente de los Medici... ¿He bailado muy mal?

—Has estado radiante, y has bailado con tanta energía que sabía que tenía que haberte ocurrido algo maravilloso. Emile Fernandez, ¿no?

Kitten inclinó la cabeza y me contempló un instante. Yo negué con los labios apretados para evitar que mi secreto los desbordara antes de tiempo y arruinara la emoción del momento.

—¿Serás bruja! ¿Cómo puedes haberme ocultado algo tan importante?

—Es que acabo de conocerle, Kitten. Hace un par de noches. Se llama Samuel Beckett. Le gusta que le llamen Sam, pero todos le llamamos señor Beckett, ¡y es maravilloso!

Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el hombro de Kitten y suspiré, mientras recordaba su mirada penetrante, cómo me había emocionado, cómo me había cautivado.

—¿Te has dado prisa, querida! Te perdono por no contármelo, pero ¿quién es?

—Más de lo que tú te crees. —Levanté la cabeza y volví la cara hacia ella—. Creo que nos vamos a casar. No por el momento, claro. Pero nos casaremos.

Kitten jadeó.

—¿Te lo ha pedido? ¿Ya?

—No, por supuesto que no. Primero tendrá que enamorarse de mí, pero tengo la extraña corazonada de que lo hará.

Levanté el pie hasta la altura del muslo y me quité una de las zapatillas de baile.

—Es una de tus experiencias como clarividente, no me cabe duda.

Kitten me acarició la espalda lentamente, como si intentara extraer más información. De pronto me di cuenta de lo ridículo que sonaba todo aquello.

Sabía que Babbo lo entendería. Ahora lo veía claro: aquella mirada de fervor suya, los dedos como arañas, buscando desesperadamente un lápiz y su voz que, deferente, bajaba de tono cuando me preguntaba algo. Pero no tenía ninguna intención de decírselo. No quería leer en uno de sus libros aquella historia mía, por críptica u oscura que él la volviera.

—Es el hombre que se quedó mirándome a través de la cristalera de Michaud, la noche que fuimos a celebrar la crítica de mi debut que salió en el *Paris Times*. —Me chupé el dedo y limpié una mancha de sangre de la zapatilla—. Ahora trabaja para Babbo. Y cuando pienso en él los pies me dejan de doler. Pero anoche soñé...

La voz me empezó a temblar, y yo empecé a frotar con más empeño la mancha de sangre.

—¿Sí...? —Kitten sacudió los hombros.

—Soñé que estábamos en la intimidad, ya sabes... como marido y mujer. Bañados por el sol —no dije que me había despertado temblando y dolorida sólo de pensarlo, ni que había tenido que pasarme casi media hora bailando por mi habitación para calmarme; dije otra cosa—: Nunca me había sentido tan cerca de alguien a quien apenas conozco.

Emitió un jadeo teatral, como si lo que le acababa de contar fuera demasiado fantástico para asimilarlo.

—Pero, ¿quién es? ¿De dónde es?

—Es irlandés. Tiene unos ojos que hipnotizan, del color del agua de mar pero luminosos de verdad, y muy penetrantes.

—Suena muy exótico. ¿Y qué hace aquí?

—Da clase de inglés. Pero por el momento sólo tiene un alumno. Es increíblemente inteligente y aspira a convertirse en erudito. Mi madre ha organizado una copa en el Café du Dôme para que se conozcan Giorgio y él. ¿Podrás venir?

Sentía el corazón latir más aprisa, y el cuerpo que me empezaba a bullir y a crepitar ante la idea de volver a ver a Sam.

—¿Ahora? Pero tengo que asearme un poco... y no tengo nada que ponerme. Y necesito un poco de colorete... Tendría que pasar primero por casa.

Miré el reloj de pared. Eran ya las seis. Me puse de pie, me pasé los dedos por el pelo recién cortado y me alisé el vestido.

—No hay tiempo, vamos. Por el camino te contaré más cosas de él.

—¿Y tus medias? ¿No te las vas a dejar un poco enrolladas hacia abajo, como antes?

—No. Giorgio se lo contaría a mamá y te aseguro que no quiero saber cómo terminaría eso. Antes estaba probando, a ver cómo quedaban.

Al coger la bolsa y dirigirme hacia la puerta me recorrió un pequeño escalofrío.

—Qué pena. Pues llevarlas así te daba un aspecto muy atrevido —dijo Kitten en tono de decepción—. Supongo que hace demasiado frío.

Cuando salimos del estudio sentimos la mordida del invierno, el aire cortante y frío nos hizo ajustarnos los abrigos al cuerpo y calarnos los sombreros hasta las orejas. El bulevar de Montparnasse se preparaba para otra noche de juerga. Los puestos de flores estaban abarrotados de ramilletes de acebo con sus bayas rojas y de jazmines de invierno, y el aroma de la cáscara chamuscada de las castañas asadas lo llenaba todo. Las canciones tristes que interpretaban los músicos callejeros se mezclaban con los gritos de los vendedores de periódicos y las cigarreras. Los vendedores de globos, los músicos callejeros y los titiriteros se preparaban para recoger sus bártulos y se llamaban a gritos unos a otros. Las viejecillas que vendían cordones para zapatos, que mostraban sobre un paraguas puesto al revés, bostezaban y estiraban los brazos agarrotados. Los comediantes, malabaristas, come fuegos y tragasables se preparaban para el espectáculo nocturno. Por todas partes salía gente de unos bares para meterse en otros, buscando a amigos con los que no se habían encontrado o, simplemente, un lugar donde la bebida fuese más barata.

—No puedo creer que me obligues a ver a Giorgio así vestida.

Kitten se señaló a los pies. En lugar de sus zapatos habituales, elegantes, de tacón, con hebillas y botones, llevaba puestos unos Oxford marrones, más cómodos, que eran los que usaba para ir a clase de baile.

—No le importará. No le digas nada de lo mío ni del señor Beckett, ¿de acuerdo? —Me detuve a dejar unas monedas en la jarra de latón de un mendigo que estaba sentado en la acera con las muletas de madera apoyadas en las rodillas—. Giorgio y mamá siempre se burlan de Babbo cuando me llama «su Casandra». Pero es que esto ha sido muy raro: primero le veo mirándome por un cristal, y luego aparece en nuestra casa. Y es irlandés y

habla italiano con fluidez, igual que nosotros. Y ahora va a empezar a trabajar con Babbo y va a venir a casa a diario.

Agarré del brazo a Kitten y la atraje hacia mí. Ante nosotras el Dôme derramaba su luz cálida por el bulevar. El pulso se me aceleró y tomé una bocanada de aire helado.

—Pero *¿todas* tus predicciones se cumplen? Todas y cada una de ellas, quiero decir —insistió Kitten.

Yo dudé, sin saber muy bien cómo explicar la certeza de Babbo, lo convencido que estaba de mi clarividencia.

—No son tanto predicciones como... intuiciones. El viernes pasado me desperté pensando en una vieja amiga que tenemos en Zúrich. Llevaba tres años sin saber nada de ella, y al cabo de una hora llegó el cartero con una carta suya en la que decía que venía a París.

Comencé a comerme una uña mientras recordaba aquella mañana. Me había despertado con una extraña sensación en la base de la columna y de pronto apareció en mi memoria una imagen de Jeanne Wertenberg, de la que no me había acordado al menos en un año. Cuando llegó la carta se lo conté a Babbo, que se mostró muy sorprendido y empezó a hacerme preguntas. ¿Qué aspecto tenía, en mi recuerdo? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué decía la carta? ¿Cuánto me duró aquella sensación en la espina dorsal? Luego cerró los ojos y murmuró algo de los manejos misteriosos de las mentes somnolientas.

—A veces llegan en forma de sueños —expliqué.

Me detuve ante un puesto de flores por el que pasamos, y hundí la nariz en las varas amarillas de jazmín que tenían colocadas en unos cubos esmaltados.

—Yo sé que lo que soñaste de mí se hizo real. Fue asombroso. Lo dijo hasta mi padre, que es muy incrédulo con la mayoría de las cosas. —Kitten hizo una pausa, como si quisiera recordarlo todo—. ¿Te acuerdas, Lucia? Soñaste que iba a ser primera bailarina en *La Création du Monde*, en Saint-Paul-de-Vence. Y me dieron el papel.

—Son los más vívidos los que se hacen realidad, esos de los que puedo recordar cada detalle, los olores, los sonidos y los colores, con tal nitidez que me hacen daño a la vista. Cuando soñé conmigo y con el señor Beckett desnudos, sentía el calor del sol en la piel, toda dorada, y sus huesos apretados contra mí. Y había de fondo un extraño sonido, como el tictac de

un reloj. No dirás ni media palabra de esto, ¿verdad, Kitten?

—Por supuesto que no, querida. —Kitten se volvió a mirarme y me sonrió—. Pero si vuelves a soñar conmigo no dejes de contármelo, ¿de acuerdo? Aunque sea horrible. Aunque aparezca yo en un ataúd.

La solté el brazo e hice unas cuantas piruetas al pasar junto a los vendedores de ostras, que invadían la terraza del Dôme con sus cestas y sus navajas.

—No soy más que un profeta de la felicidad, Kitten —dije.

Pero mis palabras se ahogaron entre las risas y los gritos que salían del café al abrir la puerta.

Vimos enseguida a Giorgio y al señor Beckett. Estaban de pie en la barra, exhalando largas columnas de humo de cigarrillo.

—Hola, *flappers*. —Giorgio me abrazó y me estampó un sonoro beso en cada mejilla—. Le estaba diciendo al señor Beckett cuáles son los mejores garitos de jazz de París, pero resulta que a él le va más lo instrumental. ¿No es así, señor Beckett?

Giorgio hizo una pausa para besar a Kitten y hacerle un cumplido por su excelente aspecto. El señor Beckett se quedó de pie, apoyando el peso del cuerpo primero en un pie, luego en otro, nervioso, dando rápidas caladas al cigarrillo.

—En París todos nos besamos, señor Beckett —dije yo, sintiendo cómo me subía el calor por la garganta.

Me estiré para darle un beso en cada mejilla, dejé que su barba incipiente me raspara los labios y que el humo de su cigarrillo se arremolinara delante de mi cara. Al apartarme agaché la cabeza con la esperanza de que el señor Beckett no se hubiera dado cuenta de que me ardían las mejillas.

—Ah, claro, sí: así se hace en París. Soy Kitten. —Se inclinó, por delante de mí, y ofreció la mejilla al señor Beckett—. Es una de las cosas que me encantan de esta ciudad —añadió mientras se quitaba los guantes—. ¡Todos esos besos! Y si lo que busca usted es música, Giorgio canta como un ángel.

—Gracias, Kitten. Estas dos no hacen más que bailar —dijo Giorgio volviéndose hacia el señor Beckett.

Cuando nos señaló, sin soltar el cigarrillo, advertí que tenía la boquilla dorada: no era uno de aquellos cigarrillos de liar que solía fumar, y pensé que tal vez le habrían dado dinero por algo. Pero antes de que yo pudiera

preguntarle, él comenzó a hablar de nuevo.

—No hacen otra cosa, día y noche. Bailar, bailar, bailar. A mis padres les vuelve locos.

—«Cuerpo que se mece al son de la música, mirada que ilumina, ¿cómo podremos distinguir al bailarín del baile?»³ —recitó el señor Beckett.

Sus ojos se habían posado en mí, y yo me olvidé en el acto de la fortuna de Giorgio. Arqueé las cejas.

—¿Eso lo ha escrito usted, señor Beckett?

—Me temo que no. Es un poema irlandés que he estado leyendo. ¿Le gusta la poesía, señorita Joyce?

—Naturalmente. Precisamente ahora estoy preparando la coreografía para un nuevo baile inspirado en un poema de Keats que tal vez conozca.

Dudé, pero luego vi la luz de su mirada animándome a que continuara. Iba a hacerlo cuando Giorgio me interrumpió.

—Cuéntale cómo es París, Lucia. Háblale de las fiestas y los clubs nocturnos. Tiene que hacer amigos: sólo nos conoce a nosotros, a Thomas McGreevy... y McGreevy se asemeja más a un ratón que a un hombre.

Giorgio apagó el cigarrillo de boquilla dorada y llamó al camarero para pedirle otra ronda de Martinis.

Me volví hacia el señor Beckett.

—Me alegro mucho de que haya aceptado la oferta de trabajo de Babbo. No se encontraba bien. Ha tenido días de no ver nada. Tenía que escribir con lápices enormes y ponerse dos pares de gafas, uno encima de otro. La luz le hace mucho daño a los ojos, así que no olvide mantener las cortinas echadas.

—¿Y cómo voy a leerle? —protestó el señor Beckett.

—Tendrá que sentarse al lado de la ventana y abrir las cortinas sólo una rendija, para que la luz que entre dé directamente en el libro, y sólo ahí. Así lo hago yo.

—Es un gran honor trabajar para su padre —dijo con tono grave.

—Espero que quiera usted a asistir a algún salón literario. Babbo ha ido un par de veces, una al de la señorita Stein y otra al de la señorita Barney. Todos los grandes artistas van. Si quiere, puedo conseguirle una invitación.

—¿Pero si son todas lesbianas! ¿Por qué demonios iba a querer ir? A no ser que desee observar cómo se divierten los americanos ricos...

Giorgio levantó la tapa de su encendedor y lo prendió. Yo pensé en lo amargas que sonaban sus palabras. Pero no dije nada. Me mordí la lengua. Me volví hacia Kitten con ademán desesperado, y la vi cansada y triste. Fue entonces cuando bajé la vista y me fijé en los zapatos de Giorgio. Los había abrigado con tal vigor que parecían irradiar luz.

—¿Quién te ha limpiado los zapatos, Giorgio? —pregunté.

Ni siquiera mamá, con toda su devoción maternal, empeñaría tanto esfuerzo en los zapatos de Giorgio. Me respondió con una mueca infantil:

—¡Déjalo, Lucia! —Se giró hacia el señor Beckett—. Yo le llevaré a los clubs de jazz. Lucia le puede mostrar los *bal-musettes* y los teatros de danza y mi padre la ópera y el Sena. ¿Le dijo que pasea a diario por la orilla del Sena? No, creo que no. Tiene que ir acompañado... se acostumbrará usted.

—Bueno, no es que yo viva en la soledad más absoluta —dijo el señor Beckett con un amago de sonrisa—. Me he apuntado al equipo de rugby de la universidad. Soy medio melé.

—Ah, ha hecho muy bien, señor Beckett —dijo Kitten aplaudiendo—. ¿Le gusta el deporte?

El señor Beckett asintió.

—En Dublín jugaba mucho al cricket. Y al tenis, y al golf. Probé suerte incluso con el motociclismo y el patinaje sobre ruedas.

Luego tosió, incómodo, como si pensara que había hablado más de la cuenta. Giorgio le miró de arriba abajo.

—Nunca hubiera dicho que tiene usted planta de jugador de rugby.

Sentí que se me paraba el corazón. ¿Y si el señor Beckett, Sam, resultaba herido o moría aplastado en una melé de un partido de rugby? Contemplé con aprensión su cuerpo delgado: bajo la tela del traje se le marcaban los huesos.

—No tengo unos pulmones excepcionales, es cierto —dijo al fin, dándose golpecitos en el pecho y moviendo la cabeza, pensativo: luego volvió a toser, como para probar su tesis.

—Será el clima irlandés —dijo Giorgio ofreciéndole uno de sus cigarrillos con boquilla dorada—. Aquí notará que mejoran esos pulmones. La última vez que estuvimos en Irlanda llovió a diario. ¿Recuerdas, Lucia? Lluvia, gente tratando de dispararnos, y patatas cocidas llenas de ojos negros. ¡Qué horror de sitio, Irlanda!

Yo asentí, recordando el ruido de los disparos mientras Giorgio, mamá y yo nos montábamos en un tren para huir de la lucha que acababa de estallar. Mamá y yo nos habíamos tirado al suelo del vagón, pero Giorgio, valiente, se quedó sentado en el asiento diciendo que pararía con su cuerpo las balas para que no nos alcanzaran a nosotras.

—Pero la campiña es hermosa —dijo el señor Beckett aspirando profundamente su cigarrillo, contrayendo las mejillas—. Esas puestas de sol rosas y verdes no las he visto en ningún otro lugar.

Traté de recordar una puesta de sol irlandesa, pero Kitten saltaba de un tema a otro a toda prisa y yo, apurada, me olvidé de Irlanda.

—Lucia es una gimnasta increíble, ¿verdad, Lucia? —Me dio un golpecito en la espalda, como si fuera una actriz que ha olvidado el papel y necesita que se lo recuerden—. De hecho, antes de ser bailarina era gimnasta. Y canta, y toca el piano, y también pinta, ¿verdad, Lucia?

—Lucia tiene talento para muchas cosas. Es un misterio para todos nosotros por qué eligió la danza. —Giorgio me miró y sonrió como un padre orgulloso, con el pecho henchido.

El señor Beckett se volvió hacia mí y me miró. La luz de sus ojos relucía de nuevo. Yo me puse colorada y moví la cabeza, negando.

—Y todo el mundo sabe que es la musa de Joyce, ¿verdad, Giorgio?

Ahora era Kitten quien interrogaba a Giorgio, asintiendo con exagerados movimientos de cabeza. Pero Giorgio estaba agitando la mano para saludar a alguien a quien había visto en el bar, y no respondió.

—Seguro que es usted una musa espléndida —murmuró el señor Beckett con los ojos pegados a mí, como si yo fuera una mariposa exótica que hubiera atrapado inesperadamente y no supiera qué hacer con ella.

—Hora de mostrarle los gozos de Montmartre, señor Beckett. Las *flappers* que se vayan a casita. Dile a madre que llegaré tarde, Lucia.

Giorgio tiró al suelo la colilla del cigarrillo y la aplastó con el tacón de su zapato reluciente.

—¿No podemos ir nosotras también?

Sentí que se me retorció el estómago, y luego frío y resentimiento: Giorgio nunca se había librado de mí de esa manera. Se me ocurrió entonces, de pronto, que nuestro antiguo vínculo se estaba desgastando, rompiéndose por los bordes, como un trozo de tejido que empieza a deshilacharse ¿Tan

inmersa en la danza había estado que no me había dado cuenta de qué le pasaba a Giorgio?

—Madre y padre no lo aprobarían.

Lanzó un montón de billetes de cinco francos con indiferencia sobre la barra del bar y en ese gesto, en su forma de hacerlo, indolente y despreocupada, percibí algo que me revolvió el estómago por segunda vez. Qué diferencia con los tiempos en que cualquiera de los dos rebuscaba alguna moneda en los bolsillos del otro: las contábamos y les sacábamos brillo y nos apresurábamos a salir para evitar el gesto de disgusto de los camareros porque no dejábamos propina.

Entonces el señor Beckett se acercó a mí y me dio un beso en cada mejilla. Cuando me aparté su rostro tenía una expresión infantil, orgullosa y triunfante, y me olvidé de Giorgio.

—¡Eeeeh, señor Beckett! —Kitten se puso delante de mí y le ofreció la mejilla, expectante—. Ya actúa usted como un caballero parisino. Apuesto algo a que en Irlanda no hacen eso.

Mientras besaba a Kitten el señor Beckett seguía sin apartar los ojos de los míos; el corazón empezó a latirme tan fuerte que parecía golpearme las costillas, y tuve que apartar la mirada por miedo a que viera el latido reflejado en mis ojos.

—Nos vemos mañana, Lucia —dijo con calma, mientras Kitten y yo nos poníamos los abrigos y los gorros—. A lo mejor puede contarme más cosas de esa coreografía que está preparando, y llevarse al aire mi aliento silencioso...⁴

—¡Ah! Sí, Keats —exclamé agitada—. Nos vemos mañana.

Mientras caminábamos, cogidas del brazo, en dirección a la parada del tranvía, Kitten no hablaba más que de cómo me miraba el señor Beckett.

—¿Por qué no le dices lo maravillosa que eres, querida? ¡Eres demasiado modesta!

Hizo un movimiento de cabeza, como si yo no tuviera remedio.

—¿No lo encuentras guapo? —pregunté.

—Demasiado huesudo y flaco para mí. A mí me gustan los hombres un poco más llenitos. —Se echó a reír—. ¿Sabes a quién me recuerda?

—¿A un dios romano? ¿A Lord Byron?

Y di un saltito al pensar en el cuerpo seco y fibroso del señor Beckett y en su rostro, que parecía tallado en mármol, en su pelo engominado hacia atrás donde todavía se apreciaban las marcas del peine.

—Se parece a tu padre. Si se cambia las gafas y se deja un poco de barba... y se agencia un traje un poco mejor cortado... podría pasar por tu hermano. —Kitten soltó una risita; luego, su expresión se ensombreció—: Giorgio estaba raro hoy.

—Sí —corroboré, recordando el brillo de los zapatos de Giorgio, el fajo de billetes, nada habitual, que había dejado sobre la barra del bar, los cigarrillos caros, la forma en que me había mandado marchar.

Llegó entonces el tranvía de Kitten: bajaba el bulevar de Mont-parnasse contoneándose con su cascabeleo, y me libró de seguir hablando de Giorgio.

* * *

A la mañana siguiente, cuando me disponía a marcharme a clase de danza, apareció Giorgio en la cocina bostezando y frotándose los ojos somnolientos, rodeados de dos círculos oscuros.

—¿Ya te vas? —preguntó amodorrado.

—Sí. Llego tarde. ¿Qué tal en Montmartre?

Metí los zapatos de baile en la bolsa y eché a andar hacia la puerta. Quería hacerle un montón de preguntas, pero no había tiempo.

—Estuvo bien. —Giorgio bostezó y se estiró de nuevo—. Beckett se pone a tono en cuanto se toma un par de copas. Tiene mucho sentido del humor cuando bebe un poco. Y eso me recuerda algo, Lucia. —Se detuvo y hundió las manos en los bolsillos, buscando el tabaco—: tienes un admirador.

Me giré, a punto de salir por la puerta. El corazón me bombeaba como un pistón.

—¿Quién?

—No puedo divulgar esa información. —Se puso un cigarrillo entre los labios y comenzó a buscar el encendedor—. ¡Maldita sea! Me dejé el encendedor en ese bar de mierda.

—¿Quién? —repetí.

—Un admirador. No puedo decirte más. —Se dirigió, tambaleándose,

hacia mí y me dio un tímido empujón—. Vas a llegar tarde, Lucia. No puedes desviarte un poco y pasar por Montmartre a recoger mi encendedor, ¿verdad?

Pero yo ya me había ido. Embelesada, con la cabeza en las nubes, bajé al trote los cinco tramos de escalera apoyándome sólo en las puntas de los pies. Salí a la luz del día, limpia y brillante, llena de promesas, y fui haciendo piruetas y remolinos todo el camino, hasta llegar a clase.

SEPTIEMBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

—¿Es nuevo ese abrigo de piel, señorita Joyce?

El doctor Jung está de pie detrás de su escritorio de madera pulida, mirándome de arriba abajo con sus ojos de lagarto.

—Me lo ha comprado Babbo. He perdido el otro.

Una lágrima pugna por salirme por el rabillo del ojo. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Ya tenía bastante Babbo, como para comprarme otro abrigo porque he perdido el que tenía. Si nunca termina su gran obra será culpa mía. Todo culpa mía. Me subo el cuello del abrigo de zorro y hundo la barbilla en la suavidad de sus pliegues.

—No es necesario que se asfixie, señorita Joyce. Aquí no creo que se le vuele.

El doctor cruza la sala y cierra la ventana, como si creyera que una ráfaga de aire pudiera arrancarme el abrigo del cuerpo.

—¡No se me voló! —respondo, indignada—. Me lo dejé en el zoo. Estaba viendo a los osos con esa mujer a la que usted paga para que me espíe, y me lo dejé en un banco.

Me callo, miro por la ventana, más allá de la extensión plana y cristalina del Lago Zúrich. Oigo el grito estridente de las gaviotas y el débil resoplar del transbordador que se acerca al embarcadero.

—¿Qué tal se lleva con Madame Baynes?

El doctor Jung vuelve a su escritorio y recoge los primeros capítulos de mis memorias.

—Sé que es su espía. Y me niego a contarle mis sueños. En cualquier

caso, ¿qué le parece mi historia? ¿Le ha gustado?

Jugueteo nerviosa con los botones del abrigo, los paso por el ojal y los vuelvo a sacar, uno por uno. El doctor Jung asiente:

—Esperaba que se pareciese más a las obras de su padre.

Dejo de jugar con los botones y me retrepo en el asiento, estirándome todo lo que puedo.

—Imagino que eso es un cumplido, porque ya sabemos todos lo que piensa usted de la obra de Babbo.

La voz se me torna helada cuando recuerdo cuánto daño le hizo a Babbo que el doctor Jung dijera públicamente que el *Ulises* era un libro frío, aburrido y sin sentimientos, una especie de tenia: sí, utilizó esa palabra.

—Entonces, ¿no es una especie de tenia, doctor?

Recorre las páginas con los dedos, al tiempo que mueve la cabeza, asintiendo, y aspirando ruidosamente.

—¿Dónde nació usted, señorita Joyce?

—Ya se lo he dicho. En un hospital para indigentes, en Italia. Babbo también estaba allí. No me irá a preguntar por esa historia...

—¿Estuvo su padre presente en el alumbramiento? —El doctor Jung levanta mucho las cejas.

—¡Por supuesto que no! Estaba muy enfermo, en otra zona del hospital. Mi madre decía siempre que había estado a punto de morir.

El doctor saca del bolsillo un pañuelo y se limpia la nariz, sin que sirva de nada.

—¿Sabía usted que su madre no la amamantó durante mucho tiempo? En fin, si es que lo hizo en algún momento...

Me encojo de hombros.

—¿Y?

—A su hermano, sí. Casi hasta que nació usted. Eso lo escribió su padre en el resumen que me entregó. ¿Le provoca eso algún sentimiento, señorita Joyce?

—Giorgio siempre lo tuvo todo: así fueron las cosas. Mi madre le adora. Babbo me adora a mí.

Me vuelvo a encoger de hombros: ¿por qué insiste el doctor Jung en hablar de mí cuando era un bebé?

—Mi historia —insisto—. ¿Tiene alguna pregunta que hacerme?

—Me han fascinado los poderes proféticos que menciona usted aquí. —Golpetea mi manuscrito con las puntas de sus dedos gruesos—. ¿Puede contarme algo más? ¿Hubo otras ocasiones en las que predijo el futuro? ¿Todavía lo ve?

Hago una pausa, dudando si responder o no a sus preguntas. Me doy cuenta entonces de que no me queda nada. Nada, salvo mis secretos. Y él muestra un interés excesivo, una avidez excesiva.

—Tendrá que esperar a la próxima entrega, pero no cuente con que su espía le diga algo. Voy a tener mucho cuidado para que no se me escape ni uno de esos secretos.

No le digo que nada tiene sentido mientras no adquiere forma en esas memorias, mientras no se va enredando en una madeja hecha de palabras. Me quedo de pie y me dirijo a la ventana, con los brazos en cruz delante del pecho y las manos sobre los hombros, con la cabeza muy erguida. El jardín, con los arbustos perfectamente recortados, del doctor Jung se prolonga hasta el lago, donde patos y cisnes salvajes nadan en libertad, formando remolinos en el agua. En el cielo pelean las gaviotas, se lanzan en picado y se zambullen.

—No quiero seguir encerrada —digo, volviéndome hacia el interior de la habitación—. Babbo me necesita. El futuro de la literatura depende de mí.

Vuelvo a pensar en los osos enjaulados del zoo, en la forma en que recorren su jaula, en sus cuerpos blandos e inútiles.

—Está usted haciendo grandes progresos, señorita Joyce, pero esto es sólo el principio. Madame Baynes cree que no está usted tan confundida como pensábamos. La encuentra bastante lúcida. Y para haber escrito esto...

—Hace una pausa, coge el manuscrito y lo sostiene en el aire—. Supongo que ha tenido muchos momentos de claridad y remembranza.

—Cuando me pongo a escribir lo recuerdo todo. La oscuridad se disuelve, y es como si hubiera sucedido ayer.

Empiezo a caminar por la habitación. Estoy cansada de estar sentada: sentada en las consultas, sentada en los gabinetes médicos, sentada en coches o en bancos, en camas, a la mesa. Quiero moverme, quiero volver a bailar. ¿Por qué nadie lo entiende?

—Siéntese, por favor. —La voz del doctor Jung suena tensa y se

entrecorta.

—¿Le dijo mi padre que detesto a los médicos?

Continúo dando vueltas por la habitación. Rodeo al doctor y le miro desde todos los ángulos. Si el gran doctor Jung puede andar por esa sala y examinarme como si fuera una mariposa muerta, colocada sobre un cristal de laboratorio, ¿por qué no puedo yo hacer lo mismo con él?

—Sí, lo hizo. ¿Cómo le va con el doctor Naegeli?

—Me ha sacado tanta sangre que debo estar ya vacía. Dice que tengo leucocitosis. Una superabundancia de corpúsculos blancos de la sangre. Me está haciendo pruebas...

No quiero pronunciar esa palabra. No ante el doctor Jung. Ante nadie.

—¿De qué, señorita Joyce? —La voz del doctor se suaviza: se recuesta en su sillón y el estómago abultado le sobresale como si tuviera dentro un globo —. Olvida usted que puedo preguntar personalmente al doctor Naegeli. No hay problema.

Vuelve a aspirar el aire y a limpiarse la nariz.

—No se lo voy a decir.

Yo también me recuesto en el sillón, me ciño el abrigo al cuerpo, encorvo los hombros. Estoy segura de que va a empezar otra vez con su vieja ráfaga de preguntas sobre mí y Babbo, y cuando compartíamos dormitorio. Pero no lo hace: me pregunta si me encuentro a gusto en el sanatorio privado del doctor Brunner.

—Es como esto.

Hago un gesto señalando la habitación, los paneles de caoba, las pinturas originales sobre las paredes blancas y limpias y los grabados de mandalas apoyados en la repisa de la chimenea

—Burgués —añado con desdén.

—Y ¿se encuentra cómoda aquí?

—No. Sólo cuando miro por la ventana.

No puedo explicar por qué esa blandura, esa comodidad conseguida a base de muebles caros me hacen sentir alienada, que el grueso terciopelo de las cortinas y las flores de parquet brillantado me provocan intranquilidad y me hacen sentir fuera de lugar. Que me recuerdan cierto piso parisino que quisiera olvidar.

—Señorita Joyce. —El doctor Jung hace una pausa y se suena la nariz tan fuerte que oigo el barboteo de los mocos—. Tiene usted veintisiete años y nunca ha vivido fuera del hogar familiar. Incluso ahora, que está con Madame Baynes en el sanatorio, no puedo separarlos, a su padre y a usted. Contrariamente a mis instrucciones, él se niega a marcharse de Suiza. —Se detiene de nuevo, e inspecciona el contenido del pañuelo, como si Babbo estuviera rondando por él—. ¿Por qué nunca se marchó de casa?

Mis ojos regresan a la ventana.

—Antes me imaginaba que yo era Stella Steyn. Pensaba en ella, despertándose todas las mañanas, poniéndose aquel abrigo verde de terciopelo y el sombrero con las plumas naranjas. Sin nadie que le dijera qué tenía que ponerse ni a qué hora tenía que volver a casa.

—Siga —me insta el doctor: sus ojos, muy abiertos, me atrapan en su haz luminoso.

—Mis amigas iban a clubs nocturnos y tenían amantes. Yo salía a cenar con mis padres. Un día pregunté a Babbo si podía irme a vivir fuera de casa. Le dije que mi madre me odiaba.

Me detengo. Cierro los ojos, intentando que regrese ese recuerdo. Oigo al doctor sorbiéndose la nariz y aclarándose la garganta, pero al cabo de unos segundos tengo ante mí la escena completa: el despacho de Babbo, con libros por todas partes, periódicos, revistas, cómics, libros de fotografías, enciclopedias, mapas, diccionarios... todos desperdigados por el suelo, apilados contra la pared, sobresaliendo de los anaqueles. Babbo con la cabeza inclinada sobre el escritorio. Silencio, salvo por el chirrido de la pluma sobre el papel. Y yo estirando el cuello y arqueando la espalda, disponiéndome a bailar.

«—¿Babbo?

»—¿Sí?

»—Quiero irme a vivir fuera de casa, por mi cuenta. Como mis amigas. —Eché los hombros hacia atrás, primero el derecho, luego el izquierdo—. Tengo casi veintiún años.

»—Ya lo sé, Lucia. Nos lo has dicho un montón de veces y nuestra respuesta siempre ha sido que no. —Soltó la pluma y, por el rabillo del ojo, vi que me estaba mirando.

»—Pero ¿por qué no? Soy la única bailarina que todavía vive con sus padres. Bueno, Kitten también. —Arqueé la espalda hacia delante, hasta que mi cabeza quedó colgando sobre mis rodillas.

»—*Saltan sutiles y van a la luz... yendo y viniendo a la luz en su vuelo...*⁵ ¿Qué tal suena eso?

»—Mamá me odia, Giorgio está siempre cantando con el coro y tú siempre escribiendo.

»Sentí que los músculos de detrás de las rodillas se me tensaban al apoyar las palmas de las manos en el suelo. Giré la cabeza un punto y miré a mi padre por entre mis piernas. Me estaba observando con la cabeza ladeada, el rostro imperturbable e inexpresivo.

»—*No es más que una buscona, que pega y azota, que bate briosa, taimada, vivaz como un ave.*⁶ ¿Les gustará eso, Lucia, a esos filisteos que se burlan de mí, que desfiguran y mutilan mis obras? —Suspiró y regresó al trabajo.

»—Quiero vivir mi propia vida, ser más independiente.

Alargué la espalda y me quedé estirada, en posición erguida. Luego eché la cabeza hacia atrás hasta que no vi más que el techo, antaño blanco, que había adquirido una tonalidad beige apagado gracias a los cigarrillos de Babbo.

Me miró con uno solo de sus ojos, recorridos por venas rosadas.

»—Pareces tan felina en esa postura... *pussypussy plunderpussy*

»—No es por ti, Babbo. Vendré a visitarte, lo sabes.

Yo seguía mirando al techo.

»—En Irlanda las chicas buenas no viven por su cuenta. Te quedarás con tu mamá hasta que te cases.

La pluma volvió a arañar el papel.

»—¿Qué tiene Irlanda que ver en todo esto? Estamos en París. Y si Irlanda era tan maravillosa ¿por qué os fugasteis mamá y tú, y os casasteis en Italia, y no os quedasteis en Dublín?

»—Bueno, ya vale de tonterías. Tengo que seguir trabajando. Date prisa: coge estas cartas y ve a echarlas. *Coge, recoge, el paquete, y vete.*

Volví a poner el cuello y la cabeza en su posición natural, disfrutando la sensación de laxitud en los músculos, pero irritada por sus palabras. Tendría

que haber preguntado a mamá. Ella sí que me quería lejos. Mi baile le parecía intrusivo e indecoroso. Y cuando veía a Babbo observándome los ojos se le encogían y la expresión del rostro se le blindaba. Mamá se hubiera mostrado de acuerdo.

Babbo dejó de nuevo la pluma sobre la mesa y me miró, meditabundo.

»—Tal vez, si vivieras con alguien...

Lo dijo despacio, como si fuera una idea que se estuviera formando en ese momento en su cabeza.

»—¿Y con quién iba a vivir? ¿Con alguien como Stella Steyn o Kitten?

Traté de mantener un tono de voz calmado.

»—No. No quiero decir eso —respondió—. Quiero decir con alguien que fuera como una madre para ti.

»—¿Una madre? No necesito una madre. Tengo edad para ser madre yo...

»—Me refiero a alguien como...

Se calló y me miró, como si estuviera decidiéndose entre continuar o no. Luego sacudió la cabeza, nervioso.

»—Ve a echar estas cartas al correo, Lucia, por favor.

»—Sólo si me dices en quién estás pensando.

»—Estoy pensando que tal vez podríamos convencer a tu tía Eileen.

Al decir esto me miró con atención.

»—Yo le pagaría por vivir contigo aquí en París, y no hay duda de que necesita el dinero.

Babbo se atusó la barbita de chivo un momento, y luego volvió a la tarea.

»—Podría traerse a sus hijos —dije—. A fin de cuentas, son mis primos.

»—Ah, no —respondió él rápidamente—. No puedo permitirme eso. Pero sí pagarles un internado en Irlanda. Le preguntaré cuando venga por aquí, la semana próxima.

Entonces cogió el mazo de cartas que había sobre la mesa con su mano, parecida a una garra, y en la que llevaba un enorme anillo:

»—Y ahora, por favor, Lucia, ve a poner estas cartas en el correo. Y date prisa. Necesito que vuelvas pronto y sigas bailando para mí».

Abro los ojos desconcertada, parpadeo. El olor penetrante a hierbas de

charca me recuerda que no estoy en París, a punto de bailar para Babbo, sino en el estudio del doctor Jung, que me está observando e interrogando. Entonces él me devuelve a la historia de la enfermera espía y del sanatorio con las ventanas con barrotes.

—¿Qué ocurrió entonces?

El doctor asiente y sonríe como si yo fuera una niña pequeña que le ha parecido simpática.

—Ella aceptó, pero la familia que tenía Babbo en Irlanda se enfadó mucho. La obligaron a volver allí y cuidar de sus hijos. ¿Sabe? Sus hijos eran todavía pequeños y su marido acababa de pegarse un tiro.

Mi voz se debilita. El doctor Jung frunce el ceño y apoya la barbilla en la mano.

—¿Su padre pidió a una hermana suya que cuidara de usted, que era ya una mujer de veintiún años, y que para ello dejara a sus hijos, que acababan de quedarse huérfanos, en un internado? ¿Lo he entendido bien, señorita Joyce?

Afirmo, moviendo la cabeza, y las palabras empiezan a salir atropelladas de mi boca, involuntariamente, incontrolables.

—Mi tío se pegó un tiro mientras mi tía Eileen estaba con nosotros. Babbo cogió el telegrama, pero a ella no se lo dijo... se la llevó a hacer turismo. Cuando ella volvió a casa, a Trieste, a mi tío ya lo habían enterrado. Ella no creyó que se había pegado un tiro e hizo exhumar el cuerpo.

Puedo sentir los huesos del cráneo girando y el aire soplando dentro de la garganta. ¿Por qué desentierro este recuerdo?

—¿Esa ha sido la única vez que ha intentado usted marcharse a vivir fuera de casa?

Estoy sentada, inmóvil y sin palabras, dando tironcitos a algún mechón de la piel de zorro de mi abrigo. Con qué facilidad se quitan... a este paso tendré un abrigo calvo, sin pelo, como un anciano, sin tardar mucho.

—¿Sus padres la trataban a usted como a una niña porque se comportaba como una niña?

—Babbo me necesitaba. Dependía de mí. ¡Usted no lo entiende!

—¿Porque estaba casi ciego? ¿Es eso? ¿La necesitaba a usted para que le hiciera los recados? ¿Para echar las cartas al correo y recoger los libros de la

biblioteca?

El doctor Jung se pone en pie, aparta su silla y viene hacia mí.

Yo sacudo la cabeza con vigor.

—¡Yo era su musa! Me necesitaba para inspirarse. ¡Usted no lo entiende!

—¿Y eso cómo lo sabía usted?

Se inclina sobre mí, balanceándose y aspirando.

—¡Lo sabía todo el mundo! La gente lo comentaba en los bares de Montparnasse. No me quitaba la vista de encima. Espere a que salga su libro. Allí me encontrará. ¡En todas las páginas!

Me estalla la cabeza. Los pelos sueltos del abrigo de zorro se me pegan a la piel sudorosa. ¿Y si me equivoco? ¿Y si no aparezco en el libro? ¿Y si quería verme bailar no para inspirarse, sino por un impulso libidinoso y repugnante? Pugno por ponerme en pie. Necesito aire, oxígeno. El doctor parece haberse inflado y expandido tanto que no cabe en la habitación y yo siento que me empuja contra las paredes, que su presencia me aplasta, que no puedo respirar.

—Voy a llamar a la enfermera, para que la acompañe al sanatorio. —Me acompaña a la puerta con gesto amable, y añade—: el doctor Naegeli viene a cenar aquí esta noche. No voy a olvidar preguntarle por sus análisis de sangre, señorita Joyce.

Doctor Naegeli. Cenar aquí. Análisis de sangre. Sus palabras giran dentro de mi cabeza y siento un repentino impulso de ira; los pulmones se me llenan del aire azul hielo de las montañas, y detrás de los ojos me bulle la sangre.

Me giro, apoyándome en los talones. El inesperado golpe de furia me hace levantar la voz.

—Se lo diré yo misma. No voy a consentir que esté usted cotilleando mientras degusta sus quesos suizos.

El doctor Jung alarga el brazo, abre la puerta y me echa de la sala. Un perro ladra sin cesar en algún lado, y el sonido me rebota en todo el interior del cráneo.

—¿Es que no puedo tener secretos? ¿No puedo tener intimidad? ¡Nada es mío, sólo mío!

Me giro hacia el doctor, avergonzada de mi súbita explosión de ira. Mi

recuerdo, llevando puesta una camisa de fuerza, tiene la agudeza y el brillo de una hoja de navaja. *No me van a volver a poner una camisa de fuerza, jamás...*

—Naturalmente, cabe la posibilidad de que el doctor Naegeli no me lo diga.

La voz del doctor Jung suena calmada y tranquilizadora, pero yo sé que me está sermoneando, que me está mintiendo.

—Se lo diré yo misma.

—Excelente idea.

Me acaricia el brazo con su mano gruesa, como quien acaricia el lomo de un perro.

—Sífilis —escupo la odiosa palabra y respiro profundamente: en la sala, amplia y aireada, con vistas a las montañas, el doctor parece haberse reducido y yo consigo volver a respirar—. Me ha hecho pruebas para ver si tengo sífilis. Todos están convencidos de que la tengo.

—Así que tiene usted que seguir escribiendo sus memorias. —Me da unos golpecitos en el hombro—. Y no pierda su abrigo nuevo, señorita Joyce. Se acerca el invierno y hace mucho frío en las montañas.

5. DICIEMBRE DE 1928

París

El día en que el señor Beckett empezó a trabajar para Babbo me marché enseguida de la escuela de danza, fui a casa a toda prisa y me planté en el vestíbulo como por casualidad. Sabía que él llegaría puntual, no sólo porque había dejado clara la admiración que sentía por mi padre, sino porque había algo en él que le convertía en un hombre correcto. No podía señalar qué era, pero intuía que el señor Beckett valoraba el orden y la exactitud. No había terminado de dar el reloj la hora cuando sonó el timbre de la puerta y allí estaba él: con sus ojos brillantes, su aspecto honesto y un grueso libro bajo el brazo.

—Hola, Sam —dije, tratando de parecer tranquila.

—Buenas tardes, señorita Joyce... Lucia.

Entró en el vestíbulo y se quedó allí, mirándome.

—¿Trae esto para Babbo?

Incliné la cabeza en dirección al libro que traía.

—*Grandes esperanzas*. Hay un párrafo sobre el Támesis que quiero leer a su padre.

Se detuvo, y miró en dirección al estudio de Babbo, a mi espalda, como si con la mirada quisiera abrir la puerta. Como si fuera la gruta de Aladino.

—Ah, claro. Le gustará. Dice mamá que si menciona otro río se volverá loca. Ya los conoce todos: todos los ríos del mundo. Y cuando menos se lo espera uno, comienza a enumerarlos, uno tras otro.

—¿De verdad?

El señor Beckett se volvió hacia mí, y luego miró de nuevo la puerta del

estudio de Babbo.

Bajé la voz hasta dejarla en un suspiro teatral.

—El Nilo, el Po, el Amazonas, el Yang-Tsé, el Missisipi, el Támesis, el Avon, el Sena... Por no hablar del más grandioso de todos... ¡el Liffey!

—Claro, el Liffey —repitió el señor Beckett con la vista, ahora, puesta en el reloj.

—Cuando le vi la semana pasada olvidé hablarle de la librería de la señorita Beach, y su sección de préstamo de libros. Es la señora que publicó el *Ulises*. La mejor librería de París, y también su sección de préstamo. Se llama Shakespeare and Company y está en la *rue* de l'Odeon.

El señor Beckett empezó a mover los pies como si tuviera alfileres.

—Sin ella, no seríamos nada —continué—. ¿Está usted disfrutando de la Ciudad de la Luz, Sam?

El señor Beckett miró, de nuevo, nervioso a mis espaldas.

—No quiero llegar tarde a la cita con su padre. ¿Llamo a la puerta?

Entonces oímos una voz desconocida, como un chisporroteo, que llegó flotando hasta nosotros. El señor Beckett frunció el ceño. Yo me reí.

—Está aprendiendo español de oído, con el gramófono. Esta mañana tuvo clase de ruso con el señor Ponisovsky y ahora, la de español.

Los ojos del señor Beckett se agrandaron.

—¿Cuántos idiomas habla?

—Siempre está estudiando uno nuevo. De vacaciones vamos cada vez a un sitio diferente, donde puede investigar para sus libros y cuyo idioma intenta aprender. Flamenco, galés, provenzal...

Levanté la vista y alcé los hombros con gesto de desesperación, como explicándole a qué pruebas se sometía quien vivía con un genio.

El señor Beckett se aclaró la garganta y miró de nuevo al reloj. Yo estaba a punto de agasajarle con alguna anécdota de Babbo y mía aprendiendo neerlandés, cuando apareció mamá gruñendo, con los dedos relucientes de espuma de jabón.

—Lucia, acompaña al señor Beckett al estudio. Ya. Jim lleva cinco minutos esperándole. Señor Beckett, pase enseguida.

Sacudió las manos enjabonadas como si estuviera espantando a un par de gatos callejeros.

—Está con la lección de español —protesté—. Y de todas maneras, le estaba hablando a Sam de la librería de la señorita Beach.

Pero el señor Beckett ya había atravesado el vestíbulo y estaba llamando a la puerta del estudio de Babbo. Y mamá, mirándome con furia.

—En esta casa se le llama señor Beckett —dijo en tono firme—. Y ahora, por el amor del cielo, ayúdame con la colada. Tu padre necesita que le cambie a diario la funda de la almohada, porque los ojos no paran de supurarle. Y el dolor de estómago me está matando. Mañana mismo podría morirme.

Airada, se limpió las manos en el delantal y regresó a la cocina. Una hora después me pilló delante de la puerta del estudio, escuchando la voz sonora del señor Beckett, que leía en alto.

—¿Qué demonios estás haciendo ahora, criatura? Espiando, seguro —dijo, moviendo la cabeza con ademán de desesperación.

—Estoy esperando que terminen, para ofrecerles algo de beber —respondí indignada.

Oí por fin el sonido de las sillas arañando el suelo y al señor Beckett diciendo que tenía que marcharse. Mi corazón empezó a latir con ese galope ya familiar. Cogí aire para tranquilizarme, pero mamá ya había empezado a freír riñones y el olor de la grasa de la carne se me metió en los pulmones, haciéndome sentir una leve náusea.

—Hola de nuevo —dijo el señor Beckett.

Al salir del estudio de Babbo parecía sorprendido y complacido a un tiempo, con un aspecto mucho más relajado que cuando llegó.

—¿Le gustó Charles Dickens a Babbo?

—Creo que lo ha apreciado mucho.

Se acarició el pelo con cautela, y terminó dibujando con la mano la silueta de su propia nuca.

—¿Qué tal en su residencia? ¿Necesita algo?

Me quedé tan cerca de él como permitía mi osadía, maldiciendo a mamá por ponerse a freír riñones exactamente en el mismo momento en que yo podía estar aspirando el olor del señor Beckett.

—La habitación es fría. —Tiritó un poco—. Y sigo quedándome fuera, por las noches.

—¿Fuera?

—Cierran con llave las puertas a las once. Yo rara vez consigo llegar a tiempo, antes de que cierren. Así que tengo que saltar la valla.

Me regaló una tímida sonrisa que le hizo parecer, a mis ojos, hombre y niño al mismo tiempo. Sentí el impulso de tocarle, pero no lo hice. Crucé las dos manos y le pregunté si podía ayudarle a saltar.

—Como bailarina que soy, se me da muy bien saltar —añadí, recordando las palabras de Kitten sobre mi modestia.

—¿Es eso cierto?

Inclinó la cabeza hacia mí y me contempló desde esa postura. Durante un minuto tuve la sensación de estar nadando en sus ojos azules y quietos, una sensación extraña pero no desagradable. Y me llamó la atención que, aunque dijo muy poco, en sus ojos había algo que parecía llegar a mí.

Hice un pequeño *chasse*.

—Lo más importante es la caída. Si no aterriza uno correctamente puede hacerse daño, en las rodillas y en los tobillos. Además, el salto ha de ser vigoroso, si pretende pasar al otro lado de una valla. Tendría que ser un *grand jetté*, ¿quiere que le enseñe?

El señor Beckett se apartó y retrocedió hasta la pared, como si pensara que le iba a golpear.

—¿No puede llegar antes de que cierren las puertas?

Sentía que los pies se me levantaban del suelo por cuenta propia. Nuestra conversación sobre saltos, en aquel espacio reducido del vestíbulo y con el olor penetrante de las vísceras, me obligaba a moverme.

—No duermo bien por las noches. No me queda otra que saltar.

—¿Tiene insomnio? —le pregunté, comprensiva, mientras hacía un par de cruces con las piernas—. ¿O es que es usted un ave nocturna?

—Las dos cosas.

Fue hacia la puerta principal y sentí que los brazos se me estiraban instintivamente en dirección a él. Entonces él se giró sosteniendo en las manos su ejemplar de *Grandes esperanzas* con tanta fuerza que las venas le sobresalían, azules.

—¿Le gustaría venir a tomar un té a la residencia? ¿Dentro de quince días, por ejemplo?

—Me encantaría, señor Beckett. Sam.

Traté desesperadamente de hablar despacio y sin altibajos, porque sentía que la sangre me corría, rápida y caliente, bajo la piel. Entonces él se fue, y el vestíbulo se quedó en silencio, salvo por el tictac del reloj. Levanté los brazos y empecé a avanzar formando espirales hasta la ventana del salón. Allí apoyé la cara contra el cristal y le vi salir del edificio y doblar la esquina, hacia la *rue* de Grenelle. Las palabras de Monsieur Borlin sobre cómo debíamos expresar nuestras emociones más intensas a través de la danza se colaban por mis oídos, y empecé a deslizarme por el salón con los brazos en alto.

—Nada de bailar en mi salón de las grandes ocasiones.

Las palabras agrias de mamá cortaron el aire. Pero no me importó. Por una vez no me importó un bledo: iba a ir a tomar el té con Sam Beckett y nada de lo que pudiera urdir lo impediría.

* * *

El señor Beckett llegaba todos los días puntualmente, a las cinco de la tarde. Y todas las noches, cuando salía de nuestro piso, era como si se hubiera apagado alguna luz. Yo me quedaba unos minutos hundida en las tinieblas, ajustándome al espacio que él había dejado de ocupar. Era una sensación peculiar y deprimente. Pero su invitación a tomar el té y la certeza de que nuestros destinos estaban entrelazados me mantenía animada.

Pasaron unas cuantas tardes. Un día, cuando empezaba a apoderarse de mí esa peculiar sensación de abatimiento, sonó el timbre. Creyendo que era el señor Beckett, que regresaba a recoger un libro o se había olvidado la bufanda, corrí a abrir la puerta. Pero no era el señor Beckett. Era Emile Fernandez. Sentí una punzada de decepción, pero sólo duró unos segundos: hacía un tiempo que no veía a Emile y no quería herir sus sentimientos, así que puse mi mejor sonrisa, la que Babbo llamaba mi «sonrisa de dependienta».

Entonces entró mamá en el vestíbulo, con el pelo cepillado y recogido y los labios recién pintados.

—Buenas tardes, señor Fernandez. Hace un lustro que no le vemos.

Estaba de pie, erguida, estirándose todo lo que podía y con la barbilla adelantada.

—Discúlpenme. He estado muy ocupado, componiendo una ópera nueva, señora Joyce. —Emile hizo una pequeña reverencia—. Espero que se encuentren bien de salud.

—Pues yo no. He tenido unos dolores terribles, y el problema de los ojos del señor Joyce es tremendo también. No sé qué va a ser de él. Ni de mí. —Mamá lanzó un suspiro teatral—. Dentro de un momento llegará la señora Fleischman para mecanografiar lo que ha escrito a lápiz. Pero podemos tomar una taza de té, ¿verdad, Lucia?

Emile nos siguió a mamá y a mí: entró en el salón y esperó a que doblásemos los mapas que Babbo había dejado extendidos encima del sofá.

—No sé qué pasa con los ojos en esta familia.

Mamá se incorporó y miró, acusadora, hacia donde yo estaba.

—Nos preocupa que Babbo pueda quedarse ciego antes de que acabe el año —dije yo.

Le señalé el sofá recién despejado. Emile se quedó de pie, agarrando el sombrero con las dos manos y pestañeando deprisa. Me hizo sentir muy incómoda aquel tic suyo. Nunca le había visto comportarse así.

—Siéntate, por favor —añadí—. Quiero que me cuentes lo de esa ópera que estás componiendo.

—Ve a hacer un poco de té, Lucia. —Mamá estaba a punto de sentarse en la mecedora cuando volvió a sonar el timbre—. Tiene que ser la señora Fleischman. Espera aquí, Lucia, no vaya a ser que la señora Fleischman quiera también tomar un poco.

Emile se sentó en el borde del sofá y empezó a pasarse la lengua por los labios, mientras con los dedos doblaba el ala del sombrero.

Esperé, a ver si me contaba algo de su ópera, pero no dijo nada. El silencio se volvió incómodo.

—Mamá no ha estado bien —dije al fin—. Es posible que haya que llevarla a un hospital: el médico cree que tal vez haga falta operarla.

—Lo siento mucho. Tiene que ser muy duro para ella —dijo Emile—. Y *tú*, ¿cómo estás, Lucia? Giorgio dice que no paras de bailar. ¿Estás trabajando en algo nuevo?

Cuando dijo «bailar» hizo un movimiento con los dedos, como si fueran polluelos.

—Sí —respondí aliviada de que se rompiera el silencio—. Estoy intentando crear un baile nuevo para mi compañía, en el que todas las bailarinas se transforman en arcoíris. Quiero que haya una tela impermeabilizada que cubra todo el escenario, que caiga del techo. Y tal vez utilice luces de neón para sugerir la salida del sol que atraviesa la negrura de la tela.

Estaba a punto de preguntar a Emile si le gustaría componer la música cuando percibí en su rostro una expresión de sorpresa.

—¿No te gusta cómo suena? —pregunté, dolida.

—No, no es eso. Es que tengo que preguntarte una cosa.

Apartó los dedos del sombrero que tenía sobre las rodillas y se los llevó a la corbata rayada. Jugueteeó con los pliegues y luego tragó saliva.

—¿Quieres comer algo? —pregunté.

Tenía una expresión debilitada, como si llevara mucho tiempo sin comer nada. Había visto muchas veces aquella expresión en mis compañeras de baile y sabía lo que venía detrás.

Emile abrió los ojos, sorprendido. Dijo algo, con tal rapidez que no pude entenderlo. Cuando vio mi expresión confundida se levantó del sofá y fue hasta la puerta, donde yo me había quedado de pie esperando a que volviera mamá y me diera orden de llevar el té a la señora Fleischman. Puso una rodilla en el suelo y me cogió la mano.

—Lucia: quiero que seas mi esposa.

Yo seguía de pie, mirándole sin decir palabra. En ese momento todo lo que sabía de Emile pasó por mi mente: su enorme casa, llena de sol y de alfombras persas, de excelentes pianos y flores de estufa; su abuela, sentada todo el día en el salón de baile, con sus joyas puestas, su celebrado primo, también compositor, y la esposa actriz de éste.

—Lucia. ¿Lucia? ¿Qué sucede?

—Lo... lo siento —tartamudeé.

Apareció ante mí una imagen de Emile y yo trabajando juntos que apartó de mi mente la de su hermosa casa y su famosa familia. Me vi bailando por aquel salón, mientras sus dedos recorrían las teclas del piano. Vi nuestras cabezas inclinadas sobre la partitura, yo llevando el ritmo con el pie y él agitando el lápiz en el aire, como si fuera la batuta de un director. Y Babbo en una esquina, aplaudiendo. Aquel era el futuro que yo misma había predicho

para mí. Pero la imagen se fue retirando, acabó por desvanecerse con el recuerdo de los ojos del señor Beckett, azules como el océano, sus manos morenas y huesudas, su pelo claro, que apartaba del rostro como si lo hubiera depositado allí una ráfaga de aire irlandés. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Intenté dejar de pensar en el señor Beckett, pero no lo conseguí.

—No quiero entristecerte. —Volvió a tragar saliva y me cogió las manos otra vez—. Yo... pensé que te gustaba... Giorgio me dijo... Giorgio estaba seguro...

Ahí se detuvo, confuso. Oíamos hablar a mamá en el vestíbulo, luego acercándose al salón, acompañando la señora Fleischman. Me mordí el labio y me sequé los ojos a toda prisa. Tenía que hablar antes de que ella y la señora Fleischman entrasen.

—Pero tú eres judío, Emile —barboteé—. Espera, siéntate como si no hubiera pasado nada. Rápido. Antes de que entre mamá.

Emile volvió a sentarse en el sofá, titubeando. Tenía un aspecto dolido y sorprendido a la vez.

—No pensé que eso te importara.

—*No puedes casarte conmigo*. Yo no soy judía. Ahora siéntate, rápido. Viene mamá.

—Pero mi familia quiere que me case contigo. A nadie le importa que no seas judía.

—No puedo, Emile. —Sacudí la cabeza y él se apartó cuando aparecieron mamá y la señora Fleischman.

—El señor Fernandez se marcha ya. —Quería haber sido más amable, pero las palabras salieron así de mi boca, cortantes y descontroladas.

La expresión de Emile se ensombreció y apareció en sus ojos un nubarrón de dolor.

—Adiós, señora Joyce. Adiós, Lucia.

Cogió el sombrero y el bastón y me lanzó una última mirada suplicante.

Yo miré al suelo, tratando de encontrar algún sentido a todo aquello. ¿Por qué había sido tan expeditiva, tan insensible? Un segundo después oí que se cerraba la puerta principal. Y supe que Emile se había ido, quizás, para siempre. Mamá me miraba intrigada.

—Se ha ido de una manera muy repentina. ¿Es que no quería té, Lucia?

—Se volvió a la señora Fleischman—. Pase directamente donde Jim: tiene muchísimo que mecanografiar hoy... si es que logra usted leerlo. Es ese lápiz azul. No me cabe en la cabeza cómo se las arregla usted.

La señora Fleischman me miró con curiosidad, como si pudiera ver el rastro de las lágrimas en mis mejillas.

—¿Estás bien, Lucia? —preguntó, alzando y bajando la voz, fingiendo comprensión.

No respondí. Me quedé mirando su vestido de terciopelo gris paloma, con un ribete de encaje y botones diminutos de nácar. Miré las hileras de perlas que lucían delicadamente en torno a su cuello y el abrigo de marta cibelina que llevaba colgando, despreocupadamente, de un brazo. Contemplé el aplomo y la desenvoltura que sólo da el dinero. Negué con la cabeza, y salí.

* * *

Giorgio fue el primero en enterarse de la proposición de matrimonio de Emile y mi subsiguiente negativa. Unos días antes de mi cita para tomar el té con el señor Beckett, Giorgio entró de golpe en mi dormitorio. Yo estaba en camión, sentada en el tocador, cepillándome el pelo y pensando en los pasos de la coreografía de lo que llamaba «mi Danza del Arcoíris». Kitten había bailado un breve fragmento aquella tarde sobre un recuadro de tela encerada negra que yo me había agenciado adulando un poco a la mujer del pescadero. Aunque reflejaba perfectamente la luz, me preocupaba que pudiera distraer a las bailarinas. ¿Interferiría eso con el juego de pies que tenía pensado para la coreografía? ¿Cómo podía asegurarme de que no se deslizara durante la representación? Alrededor del espejo tenía clavadas fotografías de los bailarines a quienes más admiraba: Anna Pavlova, Isadora Duncan con su hermano, Raymond, y su hermana, Elisabeth; Madika, Vaslav Nijinsky, L'Argentina... Y mi nueva heroína, la inglesa Margaret Morris. Las recorrí con la mirada como si buscara su aprobación. Entonces apareció Giorgio, con la cara sombría y abotargada.

—He visto a Emile.

Empezó a moverse, inestable, a mi alrededor mientras con una mano se aflojaba la corbata.

Quise preguntarle por Emile, pero la expresión de Giorgio no invitaba a la

curiosidad. Así que no dije nada y seguí cepillándome el pelo.

—Me dijo que te había pedido que te casaras con él y tú le rechazaste. ¿Es eso cierto, Lucia?

Asentí y abrí la boca para explicarle que no estaba enamorada de Emile. Sabía que Giorgio lo entendería porque cuando éramos más jóvenes inventábamos historias de amor con Napoleón y Josefina y las comparábamos con la romántica fuga de mamá y Babbo. Pero antes de que pudiera abrir la boca Giorgio vino tambaleándose hasta donde yo estaba. En mi brazo desnudo cayeron las gotas de saliva que le salían disparadas de la boca.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo ricos que son los Fernandez? ¿Sabes lo rica que serías tú? ¿Lo ricos que podríamos ser *nosotros*? —hablaba con dificultad, y el olor a licor y a sudor le rodeaba como una nube tóxica—. ¿Qué pasa, entonces? No creo que sea por Emile. Emile le gusta a todo el mundo.

Sacudí la cabeza, sorprendida por la decepción y por la rabia, apenas contenida, de la voz de Giorgio.

—Crees que vas a recibir otras ofertas, ¿no es eso? ¿Mejores ofertas, tal vez? —resopló con desprecio—. Ah, vamos, Lucia. ¿Ya has olvidado la guerra? ¿Has olvidado cómo dejó a tantos hombres?

Abrí la boca para protestar, pero antes de que pudiera tomar aliento Giorgio empezó a preguntar otra vez:

—¿Sabes cuántas muchachas hermosas se casarían con Emile sin más? Chicas judías, ricas, sin estrabismo. Emile puede conseguir a cualquier muchacha que se proponga. —Se agarró el nudo de la corbata y dio un violento tirón—. Has tenido la oportunidad de escapar, de traer dinero a esta casa. Dinero de verdad. Su familia podría habernos ayudado de muchas formas. ¿No habías pensado en eso?

El aliento caliente de Giorgio seguía golpeándome, en ráfagas furiosas, pero su voz se suavizó un poco.

—¿Es que no te gustaría tener todo lo que siempre has soñado?

Sacudí de nuevo la cabeza, con expresión triste. Quería preguntarle cómo estaba Emile, preguntarle si lo había perdido para siempre como amigo. Pero la agresión de Giorgio me dejó tan trastornada que tuve que imaginar la cara del señor Beckett y aferrarme a esa imagen: como si me estuviera ahogando y me encontrara una rama a la que agarrarme.

—Podrías tener abrigos de piel, un automóvil con chófer. Piensa en lo que la familia Fernandez podría ayudar a padre. La familia de Emile podría ayudarnos a *todos* de muchas formas.

Se detuvo, y yo supe que no estaba pensando sólo en el dinero de los Fernandez, sino en las conexiones de Emile con el mundo de la música, en lo que podrían suponer para *su* carrera como cantante. Tras un largo instante dijo, con voz persuasiva:

—A lo mejor aún estás a tiempo. Podemos decirle a Emile que has cambiado de opinión.

—No puedo casarme con Emile —susurré.

—¿Y por qué no, si puede saberse? —Giorgio levantó la voz, y su tono se hizo más duro: comenzó a recorrer mi dormitorio de una esquina a otra, golpeando el suelo con fuerza con los pies—. ¿Qué tiene de malo Emile?

—No tiene nada de malo. Es que no estoy enamorada de él.

Me pasé el cepillo con tanta fuerza por el pelo que sentí que las cerdas se me clavaban en la cabeza.

—¿Pero es absurdo! ¿Has olvidado ya todo lo que hemos sufrido? Todos estos años en los que no teníamos para comer, vivíamos en habitaciones mugrientas, pasando de una cama llena de pulgas a otra...

Giorgio cesó en sus pasos perdidos y se acercó a mi tocador. Se agachó, me clavó los ojos, y su mirada se volvió más dulce, más amable, como si quisiera recuperar la intimidad y la camaradería de antaño. Mi cabeza volvió al pasado, a aquellos tiempos grises y deprimentes en los que mi madre se ganaba la vida lavando y Babbo dando clase; escribía el resto del día y bebía durante toda la noche. Giorgio y yo pasábamos las horas muertas escuchando a los ratones que había tras las paredes y jugando al dominó. Yo, cuando perdía, tiraba todas las fichas al suelo en un ataque de rabia y Giorgio las recogía, las volvía a colocar y me dejaba ganar la siguiente partida. ¿Dónde estaba ahora aquel Giorgio?

Se inclinó de nuevo junto a mí y volví a oler el brandy en su aliento. Y algo se removió en una de esas cavidades anónimas y oscuras de la memoria: temblé, y reulé. Pero volvió a insistir:

—¿Recuerdas los días de Zúrich, Lucia, cuando padre y madre salían a tomar una copa y nos dejaban en casa, como si fuéramos cerdos en un establo? ¿Te acuerdas de esa vez que casi te caes por el balcón, cuando los

estábamos llamando a gritos?

Las palabras de Giorgio me llevaron de regreso a aquellos tiempos de un modo tan vívido que durante un segundo pensé que estábamos en el viejo piso de Zúrich. Moví la cabeza violentamente, porque no quería pensar en el pasado. El pasado, pasado estaba. Se había terminado.

—Te salvé la vida.

Dejé el cepillo sobre el tocador y le miré de soslayo. ¿Por qué se empeñaba en recordarme aquello? ¿Era su nuevo ardid, recordarme lo pobres que habíamos sido antes, lo pobres que fácilmente podríamos volver a ser?

—Pensé que te caías por aquel balcón y te perdía, Lucia.

Me puso la mano en la rodilla y la dejó allí. Durante unos instantes me pregunté si debía ser sincera con él, ignorar la brecha que se había abierto entre nosotros, y contarle lo del señor Beckett, pero entonces su mirada adquirió un tinte de hostil curiosidad.

—Hay otro, ¿verdad? Ese es el motivo por el que has rechazado a Emile. Lo veo en tus ojos. Estás esperando otra oferta. —Se quedó allí de pie, triunfante y engreído—. ¿Quién es, Lucia? ¿Para quién, *exactamente*, te reservas?

Moví la cabeza, negando. No sabía qué decir. Quería recuperar a mi viejo Giorgio, y quería que se marchara aquel Giorgio ebrio: había algo en él que me asustaba.

—Sólo espero que sea rico.

Lo dijo con un tono amargo, como si le hubieran estafado de algún modo. Agarré el cepillo con tal fuerza que me dolieron los nudillos.

—¿Por qué tiene que estar el dinero en todo? ¿Qué hay del amor? ¿Te acuerdas de cuando hablábamos de enamorarnos? ¿Qué te ha pasado, Giorgio?

Se fue hacia la puerta.

—Porque el dinero lo es todo. Nuestra pobreza fue humillante y vergonzosa. Y me persigue, Lucia. Me persigue. —Se dio la vuelta, en lugar de salir de la habitación: a pesar de la penumbra vi la expresión de sus ojos, velada por el alcohol, la oscuridad y el miedo—. Mira cómo anda padre, mendigando dinero. A él le parece bien aceptar el dinero de otros y despilfarrarlo. Pero a mí me parece una degradación.

Me salió de la garganta un sonido de muda compasión. Pero Giorgio se acercaba de nuevo a mí, tembloroso, diciendo:

—Nosotros no somos genios. No tendremos unos patronos como los de padre. ¿No puedes fingir que estás enamorada de Emile? Los aristócratas lo hacen así. Se casan por dinero. Se reproducen. Y el amor les importa un bledo.

Me quedé con la boca abierta.

—¿De verdad crees que debo casarme con Emile sin estar enamorada? ¿Sólo por su dinero?

—Y por sus contactos —susurró—. Para ayudarnos a todos. ¿De verdad quieres pasarte la vida siendo la recadera de esta familia?

Se dio la vuelta y volvió a encaminarse hacia la puerta.

—Soy bailarina —protesté, sorprendida por su desconsideración y por la crueldad de sus palabras—. Y voy a triunfar. Ayudo a Babbo porque no está bien y me necesita, pero eso no significa que yo sea la recadera de la familia. —Las fotografías de mis ídolos de la danza me miraron y me instaron a continuar—: Mi baile le ayuda, y tú lo sabes. Y eso es lo más importante para mí.

Giorgio resopló, enfadado, dejando caer gotas de saliva por la comisura de la boca.

—Me refería a todas esas cartas que escribes en su nombre, todos los recados que le tienes que hacer. Emile te ofreció una salida y tú, como una estúpida, la rechazaste. ¡Cómo has podido ser tan egoísta! —Se volvió de nuevo hacia mí, parado en el umbral de la puerta—. Piénsalo, Lucia.

Y entonces fue cuando recordé aquellas palabras, en tono de chanza, sobre mi admirador secreto. Y sentí que el cuerpo se me desinflaba. ¿Quería decir Emile? ¿Era él a quien se había referido siempre? ¿O aún me atrevía a creer que hablaba del señor Beckett?

—Mi admirador secreto —grazné.

Pero las palabras se me quedaron medio ahogadas en la garganta, y ya no oí nada más que el portazo de Giorgio y sus pasos furiosos, que iban hacia el vestíbulo.

* * *

Aquella noche soñé con Irlanda. Verde y suave por la lluvia. Y con el señor Beckett, con su boca que parecía una ciruela madura y su pelo, que le sobresalía como si fuera una corona. Me llamaba, envuelto en una bruma marina tan espesa y salvaje que yo no veía nada salvo las llamaradas azules de sus ojos. Y entonces vino a mí su rostro, separado del cuerpo, flotando en el aire salado. Se detuvo. Flotaba en los pliegues húmedos de la niebla. Me llamaba para que fuera hacia él. Yo oía su respiración: respiraba a grandes bocanadas, como si estuviéramos peleando con la propia bruma, como si la bruma estuviera luchando por abrirse camino para llegar a sus ojos, a su nariz, a su boca, inhalando y exhalando, entrando en su garganta, en sus pulmones, en su corazón... Asfixiándole. Le llamé por su nombre, una y otra vez. Estiré los brazos para tocarle a través de los remolinos de niebla. Pero había llegado tarde: la neblina se lo había llevado consigo, se había pegado a él como un abrigo fantasmal y le alejaba, cada vez más, de mí. Se adentraba con él en el mar. Y yo me quedé allí de pie, en la hierba húmeda, llamándole, diciendo su nombre sin parar. Y escuchando el eco de mi propia voz, que me respondía.

Miré a mi alrededor y todo estaba limpio y verde. La neblina se había disipado. El señor Beckett estaba a mi lado, y tenía la mano apoyada en mis riñones. En el mar había una figura pequeña, pegada a un piano.

—Saluda a Emile —indicó el señor Beckett: yo sentí sus dedos recorriéndome la espalda—. Saluda, Lucia. Siempre hay que saludar a los hombres que se ahogan.

La voz del señor Beckett era tan imperiosa, tan dominante, que saludé. Pero el hombre había desaparecido con su piano y el mar estaba liso y brillante como un cristal.

6. DICIEMBRE DE 1928

París

El señor Beckett había comprado unos *macarons* diminutos de limón, pistacho y rosa, que me ofreció directamente de la caja. Preparó un té Lapsang Souchong y lo sirvió en unas tazas desportilladas con unas rodajas de limón que cortó, muy finas, con una navajita. Nos sentamos en su salita de estar, en un sofá con muelles que gruñían y se quejaban cada vez que nos movíamos. En la esquina eructaba una estufa, lanzando nubes de humo esporádicas que llenaban la habitación de un leve olor a quemado.

—Tiene esto muy desangelado: ¿por qué no pone unos almohadones, o una alfombra? ¿O algún cuadro?

Volví a mirar a mi alrededor, fijándome en las paredes grises de la sala de estar —se estaba levantando la pintura—, los escasos anaqueles donde el señor Beckett había dispuesto sus libros por orden alfabético, la condensación que había florecido en la ventana.

—Ese es el plan.

El señor Beckett se acarició el cuello de la camisa y se lo ahuecó con breves tirones.

—¿No tiene su madre algo que pueda prestarle? Incluso una manta vieja, para tapar este sofá. Aunque unos almohadones quedarían mejor. Mire, está muy desgastado. —Le mostré la tela raída que cubría el sofá, a través de la cual amenazaban con salir en tropel, en cualquier momento, los muelles metálicos y el pelo de caballo que servía de relleno—. Y cuadros. Necesita algún cuadro que anime estas paredes. Esto parece la celda de un monje.

El señor Beckett se quedó unos segundos en silencio, observando la

habitación con tanto interés que parecía que no la hubiera visto hasta ese momento.

—Dice usted que sus padres tienen una casa grande. ¿No tienen algún cuadro de Irlanda que pudieran prestarle? ¿No le gustaría despertarse y ver Irlanda? —suspiré, soñadora—. Cuénteme otra vez cómo es su casa, su gran jardín, sus perros y sus gallinas.

Me encantaba escuchar las historias que contaba el señor Beckett del hogar donde había crecido. La normalidad de su infancia me emocionaba. Podía perfectamente imaginarme allí, dando maíz a los pollos y recogiendo manzanas del manzano.

—Cuénteme otra vez lo de sus perros. ¿De qué raza son?

—Normalmente teníamos Kerry Blues.

El señor Beckett se puso melancólico un instante. Luego me ofreció de nuevo la caja de *macarons*.

—¿Cómo se llamaban?

—Pues teníamos... hmm... A Bumble... y a Badger. Ah, y a Wolf... y este... Mac. Mi madre prefiere a los perros antes que a las personas.

Se quitó las gafas y las limpió con el borde del jersey, distraído.

—¿Y su padre construyó la casa en la que nació usted? ¿Aún viven allí? ¿Sólo ha vivido en esa casa en su vida?

El señor Beckett asintió.

—¡Quiero saberlo todo! ¡Cuéntemelo todo!

Dejé con cuidado la taza de té en una banasta de madera que el señor Beckett había colocado al revés para que sirviera de mesa. Luego me acomodé en el sofá, haciendo sonar los muelles.

—Ya se lo he dicho.

—Cuéntemelo otra vez. Hábleme de sus caminatas con su padre, por las mañanas. Hábleme de su madre. Quiero saberlo todo de ella...

«... porque un día será mi suegra», estuve a punto de añadir. Pero me di cuenta de que habría parecido presuntuoso por mi parte y me detuve justo a tiempo de ver al señor Beckett mostrando cierta resistencia.

—Le gustan los burros —titubeó, casi como si no fuera capaz de decir otra cosa—. Los perros y los burros.

Bajó la vista; miró sus gafas, que había dejado sobre el regazo, y se me

ocurrió pensar que tal vez había venido a París para huir de su madre y de Irlanda. Como Babbo, en el fondo. Decidí no presionarle con el tema de su familia.

—Pues vuelva a hablarme de su jardín. De la hierba luisa que crece alrededor del porche y los narcisos, y las rosas. Yo nunca he tenido un jardín. —Lancé otro suspiro pensativo—. ¿Cuál es su primer recuerdo, Sam? ¿Está usted metido en su cesto, a la sombra de un manzano?

—No —dijo brevemente—. Estoy en el útero. Recuerdo cuando estaba en el útero.

El sofá chirrió y gruñó al moverse el señor Beckett, incómodo. Volvió a ponerse las gafas y a coger la caja de *macarons* para ofrecerme otro.

—¿Y cómo era? El útero...

Cogí un *macaron* de color verde pálido y comencé a mordisquear los bordes, consciente de que el señor Beckett estaba intentando ponerse cómodo y deseando que se relajara un poco más.

—Terrible. Oscuro y sofocante.

—¿De verdad? ¿Ocurrió algo allá dentro? ¿Oía algún sonido del exterior? ¿Oía algo?

Me incliné hacia delante como para mostrarle mi interés, y me pregunté si el señor Beckett tenía también el don de la clarividencia.

—No recuerdo ningún olor, pero sí voces. Oía hablar a mis padres, y el choque de la loza, de los cuchillos y los tenedores.

Había juntado tanto las manos que parecían una pelota sobre sus piernas.

—Es extraordinario. ¿Qué decían? ¿Podía usted distinguir sus palabras?

—Con claridad, no.

Soltó las manos y las alargó para coger los cigarrillos. Sacó uno del paquete y lo golpeó varias veces antes de ponérselo entre los labios, donde lo dejó durante unos segundos de perplejidad.

—Tiene que contárselo a Babbo —dijo al fin—. Esto le va a fascinar.

—Nací el día de Viernes Santo —añadió el señor Beckett—. Viernes 13, además.

Encendió una cerilla, acercó la llama temblorosa al cigarrillo e inhaló con fuerza cuando lo prendió.

—¿De verdad? Entonces es mejor que eso no se lo diga a Babbo. Es muy

supersticioso, y su madre murió en trece.

Desde mi asiento miré al señor Beckett, mientras me dejaba empapar por su discurso. Nacido en Viernes Santo, en viernes trece, y con recuerdos de cuando estaba en el útero de su madre. Llevaba además sobre los hombros la carga de la expectativa y de la historia. En cierto modo, era un hombre muy especial y, a diferencia de otros, marcado desde la cuna.

—Cuénteme cosas de usted, Lucia. —El señor Beckett soltó una bocanada de humo y luego tosió durante unos segundos—. Sus viajes, cómo es crecer junto a su padre...

—Sí. Demasiados viajes, y demasiadas casas. Pero ninguna con porche.

Le sonreí con mi sonrisa de cartel publicitario. No tenía intención de agriar aquel ambiente recordando mi infancia en aquella conversación. Moví la cabeza como si quisiera espantar el pasado, pero el señor Beckett insistió: quería saber qué ciudades habían inspirado más a mi padre, y dónde había ido yo al colegio.

—Uf, en todas partes. Ocho colegios distintos, ¿o fueron nueve? O diez. No lo recuerdo. Tres en Trieste, dos en Zúrich, uno en Locarno, otros dos en París. Casi uno por año.

Di un mordisco al *macaron*. Recordaba bien los primeros días en cada una de aquellas nuevas escuelas, en las nuevas ciudades, Giorgio llevándome de la mano, la plétora de caras nuevas hablando en idiomas desconocidos, la sensación de vacío en el estómago.

—No ha tenido que ser fácil —dijo el señor Beckett en tono amable.

Me miró con tanta ternura que por un momento pensé en contarle todo, descargar aquellos recuerdos que había ido arrastrando, anclados en mi interior. Pero me limité a tragarme el *macaron*, me sacudí una miga del vestido y no dije nada.

—¿Qué idioma le gusta más?

Se levantó y metió más carbón en la estufa. La habitación se llenó de un humo denso.

—Cuando estamos sólo nosotros cuatro, hablamos en italiano. Cuando viene algún amigo irlandés de Babbo, en inglés. Giorgio y yo hablamos en alemán cuando no queremos que nos entiendan los amigos de Babbo. Y ahora, claro, como estamos en París... cuando vamos por ahí hablamos en francés. Pero el que más me gusta es el italiano. Babbo dice que es el idioma

del amor.

Dije la palabra «amor» en voz alta, para que la oyera bien a pesar del soniquete del cubo del carbón. El señor Beckett volvió al sofá con la cara enrojecida, aunque no supe si había sido del calor de la estufa o de pensar en el amor.

—Realmente políglota. La envidio por ello. Yo he estado intentando aprender alemán, que es el idioma de la filosofía. ¿Habla su padre alemán con fluidez?

Se sentó de nuevo, ajustando su postura a las protuberancias que formaban el relleno de pelo de caballo y los muelles, secándose el sudor de la cara.

—Sí —respondí; pero estaba harta de hablar de Babbo, así que añadí—: Hoy es Santa Lucía, ¿lo sabía?

Alargué la mano para coger otro *macaron* de la caja, uno rosa. Lo mordí con toda la delicadeza de la que fui capaz.

—¿Hoy es Santa Lucía?

El señor Beckett cruzaba y descruzaba sus largas piernas. Me recordaba a un grillo o a una cigarra, todo líneas y ángulos.

—Irónico, ¿verdad? Es la patrona de los ciegos y Babbo está casi ciego. Giorgio ya tiene que usar gafas y yo... yo tengo un problema ocular.

Ahí me detuve, y miré hacia otro lado. ¿Por qué había dicho aquello? ¿Por qué había desviado su atención hacia mi estrabismo de esa manera? Ahora no tendría más remedio que contárselo, y cada vez que me mirase, a partir de ese momento, no vería nada más que mi ojo estrábico.

—¿Ah, sí?

Sentí los ojos del señor Beckett como si fueran de fuego.

—¿No se ha dado cuenta? El término médico es estrabismo. Dice Babbo que puedo operarme. —Incliné la cabeza hacia la luz que se filtraba por la ventana y le señalé mi ojo izquierdo—. La he heredado de mi madre, pero la suya es muy leve y apenas se nota.

El señor Beckett dejó la taza de té sobre la mesa, colocó el cigarrillo con cuidado en el borde del cenicero y me miró con sus ojos escondidos bajo las cejas gruesas, con la cabeza girada como si fuera un pájaro.

—No me había dado cuenta, pero ahora que lo dice...

—¿Qué le parece, Sam? ¿Cree que debo operarme? A Babbo le han operado tantas veces, y no ha servido de nada... Y es tan caro...

—Yo creo que es usted... —Hizo una pausa y volvió a coger la taza; oí el leve choque de la taza contra el plato—. Muy hermosa —dijo al fin.

Me quedé tan sorprendida, tan tocada, que dejé caer el *macaron* que tenía en la mano y comencé a buscarlo por el suelo, intentando disimular la confusión y el nerviosismo que sentía. No creo que el señor Beckett pretendiera ser tan directo, porque también él se azaró un poco y vertió la mitad del té en el plato.

Yo sentía cómo me iba poniendo colorada: el calor me invadía todo el cuerpo. Me alegré de que el *macaron* se hubiera ido rodando y me hubiera dado un pretexto para arrodillarme a buscar por debajo del sofá y poder así ocultar mi rubor. ¡Muy hermosa! ¡El señor Beckett pensaba que yo era muy hermosa! De repente todo empezó a dar vueltas, como si alguien me hubiera metido una cucharilla en el cerebro y lo estuviera removiendo. Estiré la mano, aparté una capa de polvo, y me di cuenta de que guardaba sus trabajos debajo del sofá. En lugar de mi *macaron* encontré pilas y pilas de sobres abultados, metidos bajo los muelles que salían de la tela. La palabra «hermosa» seguía resonando en mis oídos, pero el polvo de debajo del sofá me distraía, se me metía en los pulmones y me secaba la garganta, produciéndome picor. Oía toser al señor Beckett, que me preguntaba si me encontraba bien, me decía que no me preocupara por el *macaron*. Me levanté, me alisé el vestido y me sacudí el polvo de los brazos.

—Creo que el *macaron* sigue por ahí debajo —dije antes de soltar una risita estúpida—. No quería revolver su... su trabajo.

—Déjelo para los ratones.

Volvió a ofrecerme la caja de *macarons*, pero mantenía los ojos bajos. Me di cuenta de que había perdido el color de las mejillas, y sus gruesas cejas se movían como las alas de un pájaro. Tenía la nariz ganchuda, como el pico de una lechuza. Y parecía incómodo, como si su cuerpo enteco no encontrara la postura en el sofá. Deseé que me cogiera entre sus brazos y me estrechara contra él. Tragué saliva y volví a sacudirme el vestido, como si quisiera apartar también mis anhelos, su incomodidad y la timidez de ambos. ¿Por qué no era yo como esas *flappers* parisinas? ¿Por qué no podía resultar atractiva y osada como mis compañeras de baile, como Stella? Maldije a mis padres por

haberme inculcado aquella moral irlandesa, y luego recordé que seguramente el señor Beckett estaba sufriendo los mismos impedimentos, y sentí una punzada de comprensión.

Seguía ofreciéndome la caja de *macarons*, pero rechacé el ofrecimiento con un movimiento de cabeza.

—¿Va a volver a Irlanda por Navidad, Sam?

—Unos días. —Dejó la caja sobre una pila de libros y añadió—: Después tal vez vaya a Alemania, donde mis tíos.

—¿No estará mucho tiempo fuera, verdad? A mamá la ingresan en enero. El médico cree que podría ser cáncer. Estamos muy preocupados todos. Y Babbo necesitará su ayuda. —Cogí el abrigo y los guantes que había dejado en el escritorio del señor Beckett, e intenté dejar a un lado mis preocupaciones—. Babbo nos invita a cenar para celebrar el día de Santa Lucía.

—¡Ah!

El señor Beckett recuperó la compostura y me miraba con calma, sin pestañear, mientras me ponía los guantes.

—Unos soldados le arrancaron los ojos y, cuando le hubieron dado muerte, en las cuencas vacías había otros ojos, perfectamente nuevos.

Me pregunté si debía decirle que Santa Lucía era clarividente, que había visto el futuro en sueños, y que yo también veía a veces el futuro en sueños. Pero decidí que no, no era el momento.

—Sí, es cierto, ahora lo recuerdo, se negó a obedecer a su marido —apuntó.

El señor Beckett fue hacia la puerta y la abrió para que yo saliera. En el pasillo flotaba un olor a cebollas que estaban friendo, y se oía correr el agua de un grifo y una cisterna que se vaciaba en el cuarto de baño común, en la puerta de al lado.

Yo bajé la voz.

—Y la deshonraron en un burdel. Todo horrendo.

El señor Beckett miró hacia un lado por un momento. ¡Qué sensible era! Aunque también era irlandés, e Irlanda es un lugar donde nunca se habla de esas cosas.

—Babbo me puso el nombre de Lucia por Lucia di Lammermoor, de la

ópera de Donizetti —añadí, cambiando rápidamente de tema.

—¿Cuál es su historia?

El señor Beckett me acompañó al pasillo; se encaminó hacia el gran portón de madera que daba a la *rue d'Ulm*. El aire del pasillo era frío y, bajo el olor a cebollas fritas, se podía percibir el de la humedad y el moho.

—Se volvió loca y se quitó la vida. —Me ceñí el abrigo, preparándome para el aire frío de la noche—. Traicionada por su hermano... su enamorado se mató también, para poder reunirse con ella en el cielo. Es muy triste, pero la música es maravillosa. Es una de mis óperas favoritas.

—La buscaré, entonces.

El señor Beckett hizo una seña al conserje, que estaba sentado envuelto en una manta y leyendo el periódico. Abrió el portón de madera que daba a la calle y yo sentí en la cara el aire helado.

—Tiene que acompañarnos: voy a averiguar cuándo la ponen en el Palais Garnier.

Me acerqué a él y le di un beso en cada mejilla. Al besarle, respiré su olor y dejé que el calor de su rostro me acariciara los labios. No dejaba de oír su voz cuando dijo «Creo que es usted muy hermosa». La oía una y otra vez.

Durante todo el trayecto hasta mi casa no oí nada, ni el traqueteo de los tranvías, ni el estrépito de las bocinas de los automóviles, ni las orquestas que empezaban a tocar en los locales de música, ni los gritos de los vendedores de periódicos. Nada. Sólo el sonido de sus palabras, sus palabras gloriosas, una y otra vez. Mi admirador secreto, después de todo.

* * *

Una semana después sucedió algo maravilloso. Estaba yo en el estudio de Monsieur Borlin, con sus peculiares ventanas de ojo de buey que daban al Sacré-Coeur y sus suelos desnivelados que gemían al caminar sobre ellos. Habíamos terminado la clase, pero Monsieur Borlin sabía que a mamá no le gustaba que yo bailara en casa, así que cuando no tenía más alumnos me permitía quedarme un rato a practicar.

Ese día estaba trabajando en la coreografía del arcoíris, tratando de sincronizar algunas de las secuencias más complicadas. Se lo había explicado

a Babbo la noche anterior y se había entusiasmado mucho: me había hecho mostrarle algunos de los pasos más difíciles y había ponderado lo novedoso de los movimientos y su energía. Hasta que apareció mamá, e insistió en que me pusiera algo de ropa y me comportase como una dama. Pero cuando me inclinaba sobre la barra me venían a la cabeza algunas de las palabras de Babbo sobre las vueltas y la conexión con la luz. Por el ojo de buey, en lo alto, entraba la luz frugal de un rayo de diciembre que caía sobre el suelo formando una trémula línea. Fui bailando hacia ella, elevé los brazos y doblé el torso, formando un arco perfecto.

—Ah, señorita Joyce. Me alegro de que aún esté aquí. Temía que se hubiera ido.

Monsieur Borlin se quedó en pie en la puerta, alisándose la parte delantera del chaleco con las manos, enfundadas en sus guantes, y mirándome a través de su monóculo.

Me estiré y bajé los brazos, pegándolos al cuerpo. Había algo en su expresión que me puso en guardia. Aparte de que era poco dado a la cháchara.

—Siéntese.

Sacó del bolsillo superior un abanico con el borde ondulado e hizo un gesto, señalando a la silla de mimbre barnizada que había junto al piano.

—Pero esa es su silla, Monsieur.

Me dirigí hacia la silla, vacilante. Nadie se sentaba jamás en la silla de mimbre barnizada, salvo él.

—Voy a estar toda la noche sentado. Voy al Théâtre des Champs-Élysées.

Me senté en el borde de la silla, preguntándome qué iría a decirme. ¿Qué podía ser tan terrible como para tener que sentarme? Se me pasó por la cabeza que fuera a expulsarme de su clase. Era famoso por expulsar a aquellos alumnos que no mostraran talento o disciplina. Sentí que se me agarrotaban los músculos.

—Me he tomado la libertad de inscribirla en el Festival Internacional de Danza, que se celebra en abril. No hay mucho tiempo, pero no tengo ninguna duda de que está usted a la altura de ese desafío.

—¿Qué? —fruncí el ceño.

¿A mí? ¿Le habría oído bien?

—Voy a serle franco: es usted, de todos mis alumnos, la que más talento tiene. La danza moderna es el alfabeto de lo indescriptible, y usted lo entiende, señorita Joyce.

Abrió el abanico y lo agitó delante de su cara, mientras yo meditaba sus palabras.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tendrá que bailar dos solos, para los que tiene también que preparar la coreografía usted misma, el vestuario y la puesta en escena. Tiene talento para ganarlo, señorita Joyce. —Cerró el abanico de golpe, y comenzó a agitarlo en el aire, como si pintara—. Los bailarines son los pioneros del nuevo amanecer del arte. Y eso lo veo en usted. La manera de moverse, esa libertad, esa elocuencia... y sin embargo, un control absoluto. ¿Cómo ha llegado a ese dominio?

—Tengo formación de gimnasta —respondí sin convicción, deseando tener una historia más distinguida que contarle.

—Es notorio. Hay veces que su trabajo es más acrobático, menos clásico. Pero no me refería a eso. Bailar es escribir con el cuerpo y usted, instintivamente, lo comprende. Percibo en usted una emoción sin adulterar, ordenada, destinada a algo que puede llegar a ser extraordinario. Eso es un don, señorita Joyce. Un don.

Volvió a guardar el abanico en el bolsillo y achinó un poco el ojo del monóculo.

—Gracias, Monsieur.

Quería cantar a voz en grito aquel triunfo, pero mi voz era un tartamudeo aturdido. Quería bailar en círculos por todo el salón, dando grandes saltos, salir bailando del estudio y subir al Sacré-Coeur, donde todo París pudiera verme girar y hacer piruetas. Quería gritar a la luna y las estrellas: «¡Tengo talento! ¡Dice Monsieur Borlin que tengo talento!».

—Tres meses, y podrá competir con los mejores bailarines del planeta. Todavía no se ha confirmado quiénes serán los jueces, pero puede estar segura de que serán los bailarines más excelsos del mundo. —Emitió una serie de breves resoplidos y se dispuso a salir—. Cierre cuando se marche, señorita Joyce. Y deje la llave donde siempre.

Tan pronto como salió Monsieur Borlin hice un salto tocándome las puntas de los dedos de los pies: salté lo más alto que pude. Volví a saltar, una

y otra vez. Tenía que empezar a planificar las coreografías del concurso, pero tenía la cabeza demasiado embrollada y el corazón demasiado pletórico. Lo único que quería era bailar. Hice algunas volteretas laterales, tres, cuatro, cinco. Por todo el estudio. Y vuelta a empezar. De pronto sentí que la túnica que llevaba puesta pesaba demasiado. Daba mucho calor. Las zapatillas de baile, de lona, me resultaban incómodas y apretadas. Me las quité, y la túnica también. Me quedé sin ropa, sólo con unas bragas de baile y una camiseta. El aire fresco del estudio me acarició los brazos y las piernas. La estufa se había apagado, pero yo estaba ardiendo y durante un instante enloquecido se me pasó por la cabeza quitármelo todo y bailar desnuda.

Pero no lo hice. Recorrí toda la sala haciendo volteretas en el aire, hacia atrás, y al elevar un pie sobre mi cabeza oí una tos. Sorprendida, aterricé con torpeza, enganchándome en la barra. Sentí un calor que me subía por el cuello y deseé haberme dejado puesta la túnica. Tenía que ser Monsieur Borlin, que había olvidado su abanico. O tal vez el monóculo, que se le había caído. Pero no era Monsieur Borlin. Era el señor Beckett.

—Esperaré fuera —sonaba ronco, como si tuviera brasas en la garganta—. Me dijo su padre que estaría aquí... y pasé por delante...

Algo crujió en mi interior cuando me di cuenta de que llevaba puestas aquellas bragas enormes, pero el señor Beckett, discreto, se había retirado. Oí el sonido de sus pasos en la tarima del pasillo.

—No se preocupe —grité mientras me metía la túnica por la cabeza y cogía el vestido de la barra—. No suelo bailar en ropa interior, pero hoy tenía mucho calor. He recibido muy buenas noticias.

—¿Ah, sí? —El señor Beckett volvió a aclararse la garganta.

—Mi profesor de baile me ha inscrito en un concurso de baile... el más importante de Europa. Estoy nerviosa, y emocionada y feliz y asustada, todo al tiempo.

—¡Felicidades! —gritó desde el umbral de la puerta.

—Cree que tengo talento de verdad. —Incluso entonces, al repetir las palabras de Monsieur Borlin, me temblaba la voz. ¿Era eso lo que había dicho?

—Eso me ha dicho el señor Joyce —dijo Beckett—. Y quise verlo con mis propios ojos.

—Ya estoy vestida. Puede pasar. —Me sacudí el borde del vestido y me

aparté el pelo de la cara—. ¿Quiere ver un fragmento de mi danza del arcoíris?

—¿Es posible? —El señor Beckett apareció, lentamente, por la puerta.

Asentí, mientras pensaba si debía quitarme el vestido y bailar con la túnica. Entonces oí en mi cabeza la voz de mamá y me detuve.

—Imagine la música, imagine que yo soy sólo una de seis bailarinas. E imagine que voy vestida de arcoíris.

Me coloqué en la posición inicial, eché hacia atrás la pierna derecha y comencé la primera secuencia. Recorrí todo el estudio girando, deslizándome. Bajando en picado y elevándome de nuevo. Un arco efímero de color que se mecía y se disolvía. Destellos de luz aprisionada. Bucles temblorosos en movimiento. Un arcoíris desgastado por el viento, las bandas de color de mi vestido temblando y fundiéndose. Me agaché, me retorcí. Agujas de lluvia afiladas y duras. Me estiré, alargué los dedos, suaves rayos de cálida luz solar. Me había convertido en una tira de color luminoso. Era la tejedora de piel dorada del viento. La soberana del mundo, cubierta de sol y lentejuelas.

—Y esto es lo que tengo preparado.

Esperé el veredicto del señor Beckett y me sentí de pronto nerviosa e insegura. ¿Qué me había ocurrido? ¡Las alabanzas de Monsieur Borlin se me habían subido a la cabeza!

—Increíble —dijo, estupefacto—. No tenía ni idea... El señor Joyce dijo que era usted buena, pero...

Movió la cabeza, como si no encontrara las palabras. Yo tampoco dije nada, sin saber qué decir. Pero entonces la boca se me abrió por su cuenta, y empecé a barbotar cosas tan atrevidas, tan seductoras, que era como si una *flapper* parisina hubiera tomado posesión de mis cuerdas vocales.

—Me encantaría enseñarle a bailar, Sam.

Por un momento ninguno dijimos nada, y yo empecé a mirar al suelo y esperé a que él se sonrojara y, amablemente, declinara el ofrecimiento. Pero no lo hizo. Para mi sorpresa, dijo:

—A mí también me gustaría. Mucho.

Me lanzó una de sus miradas largas e intensas, como si pudiera ver a través de mi cuerpo: ver mi corazón palpitante, el aire atrapado dentro de mis pulmones, la sangre caliente corriendo por mis venas.

Traté de modular la voz para que no se diera cuenta de lo eufórica que estaba.

—Podemos empezar con el charlestón. Todo el mundo lo baila en París.

—Muy bien. Pues empecemos con el charlestón. —Me regaló una media sonrisa y señaló a la ventana: la lluvia había empezado a golpear el cristal. Las gotas, como dardos, sonaban como un escupitajo—. Tengo que marcharme. Iba camino de Montmartre.

—No puedo enseñarle hasta que pase el concurso. ¿Podrá esperar hasta entonces?

—Creo que sí.

Lo dijo con un tono de voz timorato, que no conseguí descifrar.

Al salir del estudio cada uno siguió su camino. Cuando llegué al final de la calle me volví para verle por última vez. Estaba subiendo las escaleras que llevan al Sacré-Coeur, y el viento le revolvía el pelo formando con él un pequeño halo alborotado. Pero mis pensamientos regresaron de inmediato a la danza, a las palabras de Monsieur Borlin, al Festival, al charlestón con el señor Beckett... ¿Cómo iba a hacerlo todo?

7. ENERO DE 1929

París

Cuando el señor Beckett volvió de su descanso navideño Giorgio y yo habíamos salido de nuestra casa, en la plaza Robiac, y habíamos ido a vivir con la señora Helen Fleischman. Su marido estaba fuera y mamá en el hospital, así que la señora Fleischman se había ofrecido a cuidarnos, y dijo que sería «como una madre» para nosotros. Babbo había aceptado con un entusiasmo que me cogió por sorpresa; tanto, que cuando iba a decir que Giorgio tenía veintitrés años y yo veintiuno, las palabras se me congelaron en la boca. En todo caso, esperaba que Giorgio se resistiera más, que intentara convencer a Babbo de que éramos perfectamente capaces de vivir solos unas cuantas semanas. Pero no lo hizo. Se limitó a asentir y farfulló unas palabras sobre la generosidad de la señora Fleischman.

—¿Por qué no te empeñaste en que nos quedáramos en casa? —pregunté a Giorgio después—. Creí que estabas harto de que Babbo nos tratara como a críos. Y sabes que no aguanto a la señora Fleischman.

—¿Por qué iba a querer quedarme aquí si no está madre? Al menos la señora Fleischman tiene un ejército de criados.

Y dicho eso golpeó el marco de la puerta con la punta del bastón y salió de la casa.

Así que cerramos el piso de la plaza Robiac y Giorgio y yo hicimos las maletas y nos encaminamos al piso de la señora Fleischman, en la *rue Huysmans*. Espacioso y suntuoso, era muy distinto del nuestro, tan hogareño. Cubrían las altas ventanas unas cortinas de seda de color amarillo canario, y los suelos de parquet unas alfombras orientales en ocres apagados y verdes

esmeralda. Las paredes estaban cubiertas también: las de un lado, por cuadros al óleo con marcos dorados, y las del otro, por una profusión de estanterías cargadas de libros encuadernados en piel. La luz tenue del invierno atravesaba los cristales y caía en tiras sobre los muebles antiguos pulidos, las colecciones de cuencos en porcelana fina y las esculturas de bronce, de estudiada colocación. Todas las habitaciones olían a zapatos recién brillantados y al *eau de cologne* de la señora Fleischman. Las criadas iban en silencio de una habitación a otra, retirando alguna flor marchita, cerrando una ventana, echando un leño al fuego. Y es que hasta las doncellas eran perfectas, con el pelo recogido atrás, muy tirante, despejados sus rostros bien frotados, uniformes almidonados en blanco y negro y los pies diminutos calzados con unas zapatillas negras relucientes.

Babbo se negó a apartarse del lado de mamá cuando la operaron: se trasladó al hospital con sus libros y sus papeles. El señor Beckett pasaba la mayor parte del tiempo yendo del hospital o de nuestro piso de la plaza Robiac a la librería de las señorita Beach, buscando libros o papeles que no estaban donde tenían que estar, devolviendo enciclopedias y diccionarios prestados que Babbo ya no necesitaba. Yo anhelaba verle, pero la señora Fleischman nos mantenía ocupados todas las noches con salidas al teatro o a cenar u otras actividades sociales que a mí me parecían indescriptiblemente tediosas y a Giorgio fascinantes.

Por el día yo bailaba, bailaba, me preparaba para el Festival Internacional de Danza. Monsieur Borlin me hacía mostrarle los solos a diario, y yo tenía la determinación de llegar a la final. Babbo ya había invitado al señor Beckett a que le acompañara, y saber que iba a bailar delante del señor Beckett había impreso un ímpetu nuevo a mis entrenamientos. Mientras me estiraba o saltaba me imaginaba al señor Beckett, con sus ojos llenos de admiración fijos en mí y sus manos largas y delgadas aplaudiéndome con tal vigor que no sería capaz de escribir en varios días. Babbo me avisó de que era posible que mamá no se encontrara bien, todavía, después de la operación, y tal vez no pudiera asistir y, aunque eso me llenaba de tristeza, no pude evitar recordar todas las representaciones en las que había estado presente, siempre mirando a la audiencia de reajo para ver quién había ido, con sus ojos pequeños y duros como monedas, sus manos entrelazadas con resolución sobre el regazo. Pero aquella interpretación sería diferente. Estaría presente el señor Beckett.

Un domingo por la mañana, mientras practicaba, me di cuenta de que había algo que me inquietaba, que dejaba caer una sombra sobre mi recién estrenada eclosión. Estaba de pie, con la mano en el respaldo de la silla, practicando *pliés*, hasta que sentía todos los músculos de los muslos tensos y bajo control. Solté la silla y levanté ambas manos, las elevé sobre mi cabeza, contando las respiraciones. Me detuve y eché la cabeza hacia atrás, con los brazos extendidos. Oía sólo mi respiración uniforme y controlada. Todos los tendones de mi cuerpo estaban quietos y tenían la curvatura perfecta. Mientras mantenía la postura imaginé a Monsieur Borlin y al señor Beckett observándome.

Fue entonces cuando oí una risa ahogada y amortiguada que venía de la habitación de al lado. Era la habitación de Giorgio. Contuve la respiración y esperé. La risa se detuvo. Exhalé y arrugué la nariz, intrigada. ¿Me lo estaba imaginando? A lo mejor Giorgio se había ido a la calle y las criadas estaban gastando alguna broma mientras arreglaban el dormitorio y hacían la cama. Miré al reloj. Las siete y media. No era muy propio de Giorgio levantarse tan pronto. Nada propio de Giorgio. Él y la señora Fleischman y algunos amigos suyos habían vuelto tarde de su recorrido por los clubs de jazz de Montmartre.

Volví a agarrarme al respaldo de la silla y estiré una pierna, antes de elevarla todo lo que podía. La balanceé, adelante y atrás, solté los brazos... era mi propia variación del giro *en attitude*. Empecé a contar las respiraciones. Inspirar, espirar. Ahora era más rápida: entraba a pequeños golpes y yo sentía una leve agitación en los músculos. Entonces volví a oírlo: era el sonido inconfundible de una risa, era la risa de Giorgio mezclada con otra risita furtiva. Giorgio estaba con alguien en la habitación. ¿Era una doncella? ¿Una mujer que se había traído de Montmartre? ¡No habría sido capaz de traerse una puta a casa de la señora Fleischman!

Caminé de puntillas por el pasillo, hasta el dormitorio de Giorgio. Llamé despacio con los nudillos. Giorgio abrió la puerta un poco: con el cuerpo tapaba toda la abertura, y no conseguía ver qué había más allá. ¿Estaba... desnudo? Levantó las cejas con gesto de interrogación.

—¿Giorgio? ¿Estás bien?

—Pues... ocupado. Me estoy vistiendo.

Intentó cerrar la puerta pero yo sentí una punzada de rabia inesperada e inarticulada, como si varios centenares de fuegos de artificio me hubieran explotado, furiosos, dentro de la cabeza. Supe que me estaba mintiendo, y en aquel momento le odié.

—¡No te creo! —grité, poniendo el pie entre la puerta y el marco para que no pudiera cerrar sin pillarme.

—¡Ah, Lucia! ¡A ver cuándo maduras! Salgo en un momento.

Y golpeó la puerta, a propósito, contra mi zapatilla de baile.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro?

Por el rabillo del ojo vi a la doncella vestida de blanco y negro, con la cabeza baja, que avanzaba silenciosa por el pasillo, y pasaba por detrás de mí. Pero ni siquiera eso me hizo poner los pies en la tierra ni me sacó del torbellino de emociones en el que me había sumergido.

—¡Me estoy vistiendo! —La cara de Giorgio se puso negra de ira—. ¡Así que lárgate!

Retiré el pie de la puerta y Giorgio me dio con ella en las narices. Estupefacta, incapaz de moverme, me quedé allí con los ojos fijos en el picaporte. Entonces se abrió de nuevo y apareció la señora Helen Fleischman con su bata de cachemir violeta, con su sonrisa de serpiente, indicándome que entrara.

—Siéntate, Lucia —dijo mostrándome una silla.

Muda y rígida de ira avancé hacia la silla; advertí que había prendas de ropa desperdigadas por el suelo, la cama con la ropa echada hacia atrás, y un olor penetrante flotando en el aire. Giorgio se había puesto una bata y estaba sentado en el borde de la cama, mirándome.

—Siento no habértelo dicho. —La señora Fleischman tosió delicadamente; jugueteaba con el cinturón de la bata—, pero con tu madre en el hospital, y...

Dentro de mí se produjo otra explosión de ira, un fogonazo de luz cegadora. Los pulmones pugnaban por coger aire. ¿Cuánto tiempo llevaban así? ¿Cuánto duraba ya aquella traición, aquel engaño, a mis espaldas, a las espaldas de Babbo, a las espaldas de mamá? La pinturera de la señora Fleischman, que hacía como que nos cuidaba, y mientras seducía a Giorgio.

—¡Está usted casada! ¡Tiene edad para ser nuestra madre! —La apuntaba con el dedo sin disimular mi ferocidad—. ¡Tiene un marido! ¡Un hijo!

¡Dinero! ¡Lo tiene todo! ¿Por qué tiene que quedarse también con Giorgio?

—Mi matrimonio está acabado, Lucia. Ahora no es más que un trámite. El divorcio, quiero decir. Y yo no tengo edad para ser vuestra madre. No soy tan mayor.

Soltó una risita incómoda.

—A mis padres no les va a gustar esto. No lo van a aprobar, y lo sabes, Giorgio. —Me detuve y me volví hacia Giorgio, que había encendido un cigarrillo y estaba fumando con fruición. Volví a fijar los ojos en la señora Fleischman—. Babbo no la necesita. Hay por ahí cientos de mujeres deseosas de mecanografiar sus manuscritos y leer para él. No la necesita.

—Puede que tengas razón, Lucia, pero nosotros no hemos hecho nada malo, ¿verdad, Giorgio?

Se giró hacia Giorgio, que acababa de exhalar una delgada columna de humo del cigarrillo, y gruñó algo.

—Pero está usted casada y tiene un hijo. ¡Y es demasiado mayor! Y se queda con Giorgio porque no puede conseguir a Babbo. Se cree que puede hacer lo que quiera sólo porque tiene dinero.

—¡Lucia! —Giorgio me apuñaló con los ojos—. ¡No seas tan grosera! ¿Qué te pasa?

Le ignoré.

—Yo sé por qué empezó a trabajar para mi padre. La he visto ponerle ojitos y tratar de tocarle una mano cuando recoge los papeles. Lo he visto todo. Me di cuenta de lo que se proponía: estaba allanando el camino para entrar en nuestras vidas. Quería un poco del famoso genio Joyce sólo para usted. ¡Pero a mí no me la da!

Oía mi propia voz, que subía cada vez más de volumen. Gritaba y chillaba como si fuera otra persona la que hablaba: una persona poseída por la amargura y la ferocidad.

—Y ahora pretende comprar a Giorgio con su asqueroso dinero americano. Sólo porque a mi padre no logró sobornarlo.

—Lo cierto —dijo la señora Fleischman con toda tranquilidad— es que fue al revés. Pero no creo que debamos hablar de eso ahora. Lo único que queremos Giorgio y yo es que se calmen las cosas para que podamos seguir viviendo juntos con sensatez hasta que tus padres vuelvan del hospital, así que ¿por qué no nos portamos todos como adultos?

Estaba de pie junto a Giorgio —que seguía sentado al borde de la cama, con la cabeza baja y fumando con furia aquellos cigarrillos de punta dorada — con actitud posesiva.

—Y puedes empezar pidiendo disculpas a Helen —dijo Giorgio, ya más calmado, aunque su rostro seguía siendo una fría máscara de ira.

—Siento mucho que te sientas traicionada —dijo la señora Fleischman, tocando primero distraída, con sus manos arregladas, el cordón de la bata, y después el collar de perlas que llevaba puesto—. En cuanto tus padres vuelvan a casa puedes marcharte tú también. Pero primero tenemos que esperar a que se resuelva lo de la operación de tu madre. Hasta entonces, vamos a tener que arreglarnos así.

Fulminé a Giorgio con la mirada.

—¿Y quién le va a contar lo vuestro?

—Yo. Cuando llegue el momento. Esto no tiene nada que ver contigo.

Llegué a duras penas a la puerta, salí, y la cerré de un golpe. Una vez en mi dormitorio me tiré en la cama y empecé a sollozar. Sabía que Giorgio se había ido. Aquello, lo que fuera que nos tenía fuertemente cosidos el uno al otro, se había soltado. Naturalmente, la culpa era de la señora Fleischman: ella había persuadido a Giorgio de que me mintiera para engañar a mamá y a Babbo. El aire ya no estaba cargado de los aromas de la cera y el perfume. Ahora me parecía ligero, blanco, deslustrado. Pero a medida que se me iba pasando el sollozo me di cuenta de que me había equivocado: no tenía por qué haber sido la señora Fleischman quien sedujo a Giorgio. ¿Y si había sido Giorgio el que sedujo a la señora Fleischman? Me recorrió un escalofrío de ansiedad: ¿me había equivocado en todo? ¿Había sido él, fría y deliberadamente, el que la había utilizado para sus fines? Sus palabras de un mes atrás, cuando rechacé la proposición de Emile, volvieron a duras penas a mi memoria. Me había acusado de estar loca y de ser una egoísta... ¿Era yo una egoísta? ¿Era aquello culpa mía? ¡No! Negué con la cabeza con tal fuerza que me dolieron los ojos. Esto era culpa de la señora Fleischman, me dije. Cualquier otra cosa era impensable.

OCTUBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

—No me interesa su hermano —dice el doctor Jung, agitando la mano en el aire como si estuviera espantando a una mosca—. El problema es su padre.

—Babbo no es un problema. Es el único que me entiende, la única persona que ha estado a mi lado durante toda esta... *crise de nerfs*.

Intento apartar un poco la silla, pero pesa demasiado. El doctor Jung se ha sentado en el sillón que hay junto al mío y se me ha acercado tanto que puedo oler su aliento acre.

—Y eso, ¿por qué es, señorita Joyce? ¿Por qué sucede eso?

Acerca más la silla y yo trato de alejar la mía. Como no logro moverla, me hundo contra el respaldo convencida de que la tapicería acabará tragándome.

—Porque ahora él es el único que me quiere.

El doctor Jung se levanta airado de la silla y empieza a caminar por la habitación, suspirando; se dirige a mí en todo enfurruñado:

—La transferencia es imprescindible: su padre tiene que abandonar Zúrich. Tiene que apartarse de usted. Y mientras usted no me transfiera a mí los sentimientos que tiene hacia él, yo no puedo hacer nada. No nos ayuda que ande por aquí, vigilándola.

—Se *ha* marchado —digo, acariciando el abrigo de piel y deseando que el doctor deje de gritarme y de picotear entre mis secretos.

—No, no se ha marchado. —El doctor Jung camina hacia su escritorio y coge mi manuscrito, que sacude como burlándose de él—. Y esto no sirve de nada si su padre sigue interfiriendo en el tratamiento.

Me resisto. He pasado horas y horas, días y días, escribiendo la historia de mi vida y ahora el gran doctor Jung me dice que «no sirve de nada».

—De modo que Madame Baynes ha seguido espíandome, ¿verdad?

—No es una espía —responde el doctor; lanza un pesado suspiro y acomoda sus gruesos muslos en la silla giratoria—. Está para ayudarla. Y para ayudarme a mí. Todo el mundo ha visto a su padre en Zúrich. Todo el mundo le conoce, señorita Joyce.

Escribe algo con sumo cuidado en su libreta, que luego cierra de golpe. Vuelve a levantarse.

Miro a la calle, a través de la ventana. El cielo plateado del invierno y las colinas curvilíneas. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo es posible que Giorgio esté en Nueva York, a punto de cantar por la radio? ¿Y que tenga un chófer, una esposa y un hijo? ¿Y cómo es que yo, con mucho más talento que él, yo que trabajé de un modo tan diligente, estoy aquí, intimidada por un gordo suizo con reloj de bolsillo, espiaada, sin amigos y sin esperanzas... Encarcelada? ¿Cómo hemos llegado a esto?

El doctor Jung sigue la dirección de mi mirada.

—¿Le gustan las colinas, señorita Joyce? ¿Le recuerdan a algo? ¿A su padre?

Hago un mohín.

—¿A mi padre? ¿Es que usted no sabe pensar en otra cosa?

—Tengo que insistir: ha de marcharse de Zúrich. No tengo otra opción.

Gira lentamente, sentado en su silla, sin apartar los ojos de mí. Yo me encojo de hombros.

—Haga lo que quiera. A mí ya me da igual.

—Señorita Joyce. —El doctor duda y tamborilea con los dedos amenazadores sobre el cuaderno—: creo que esto no es más que una manera de llamar la atención de su padre. Finge usted que necesita ayuda psiquiátrica, y así le obliga a prestarle esa atención.

Me paro a pensar en sus palabras. ¿Quiere decir que estoy *fingiendo* encontrarme como me encuentro? ¿Que los espacios vacíos que hay en mi cabeza, el miedo y la desesperanza que ahora, con tanta frecuencia, se apoderan de mí... son un invento? ¿*Sólo para llamar la atención de Babbo?*

Se le suaviza la voz.

—¿El tipo de atención que él le prestaba cuando compartían dormitorio, tal vez?

Le miro, muda, atenazando el abrigo de piel con los dedos congelados.

—Veo que se ha quedado perpleja, señorita Joyce. Bueno, si prefiere hablar de su hermano imagino que no nos causará ningún perjuicio. ¿Por qué le afectó tanto su flirteo con la señora Fleischman?

El doctor Jung golpea mi manuscrito con su grueso índice. Yo parpadeo deprisa, como si quisiera con ello apartar sus estúpidas teorías. Luego cierro los ojos e imagino a Giorgio. Se abre paso lentamente en el recuerdo, como si saliera del océano, hasta que queda perfectamente enfocado. Tiene el cuerpo delgado como una cinta, las piernas largas y desgarradas, el pelo echado hacia atrás y las gafas de búho. La viva imagen de Babbo, todo el mundo lo decía. Empiezo a acariciar de nuevo el abrigo, mantengo firme y sostenida la presión de las yemas de los dedos.

—Porque algo había cambiado. Habíamos sido inseparables, los mejores amigos. Durante veinte años lo habíamos hecho todo juntos, nos cuidábamos el uno al otro cuando íbamos a un colegio nuevo, jugábamos juntos cuando no teníamos amigos. Hasta Babbo dijo que el amor que nos teníamos era «un amor fuera de lo común».

Hago una pausa y miro al doctor Jung.

—Continúe, señorita Joyce.

—Yo pensé que le estaba traicionando al no casarme con Emile. Pensé que había intentado salvar la economía familiar convirtiéndose en amante de la señora Fleischman, porque así conseguiría de ella dinero y contactos.

—Exactamente lo mismo que hubiera conseguido usted de Emile Fernandez.

—Sí.

Asiento, invadida por la tristeza. Querido Emile, era tan amable. Siempre animado y sonriente. ¿Por qué no me había casado con él? ¿Por qué tuve que hacerlo todo tan mal?

El doctor Jung se pone en pie y comienza de nuevo a caminar por la sala; sus manos enormes cuelgan, sueltas, a ambos lados de su cuerpo.

—Nunca hago ejercicio, así que aprovecho para caminar un poco por aquí. Le ruego que me disculpe si esto la distrae, señorita Joyce. Pero volvamos a Giorgio. ¿Tenía celos de sus sentimientos por el señor Beckett?

¿Fue la señora Fleischman su venganza?

Cierro los ojos brevemente, invocando esos recuerdos que la semana pasada, sin ir más lejos, habían llegado a mí claros y nítidos como un cristal.

—En aquel momento él no sabía nada de eso. La única que sabía lo mío con el señor Beckett era Kitten.

El señor Jung camina en círculos a mi alrededor con las manos metidas en los bolsillos.

—Todo se reducía al dinero —continúo—. Me di cuenta, en París, y en Zúrich, y en Trieste, de que la gente rica es diferente. Se mueven de otro modo, caminan más erguidos y con más elegancia. La señora Fleischman tenía un porte que no teníamos ni mamá ni yo. Y Giorgio también era consciente de eso.

—Ninguno de sus problemas tiene nada que ver con el dinero —dice el doctor sin rodeos—. Deje de dar vueltas al asunto, echando la culpa a otras cosas. Su padre no permitió que la falta de dinero le detuviera, ¿verdad?

Sus palabras me hieren. No es la primera vez que el doctor Jung se vuelve agresivo y grosero conmigo.

—Hasta hablan de otro modo, los ricos. Sus voces son... más llenas, más rotundas, más fuertes. ¿No se ha dado cuenta de eso, doctor?

Pero no me está mirando. Ha bajado los ojos y está contemplando el suelo... me está mirando los pies, la parte baja de las pantorrillas...

—¿Lleva usted algo debajo de ese abrigo, señorita Joyce?

—¡Por supuesto!

Me pongo en pie y me estiro todo lo larga que soy. Levanto la barbilla. ¿Quién se ha creído que es? No le digo que no llevo nada debajo del abrigo, salvo unos *culottes* de seda. Por lo demás, voy desnuda. Siento el dobladillo peludo del abrigo rozándome la piel desnuda de las piernas. ¡Me encanta sentirlo! Me da tal sensación de libertad... ¿Será esta la única libertad que tengo ya...? Aparece ante mí una imagen de mi madre con la cara borrosa. ¡Cómo se enfadaría si me viera ahora, vestida sólo con la ropa interior! Se avergonzaría de mí... ¡Una ramera!

—Disculpe un momento, señorita Joyce. —El doctor va hacia la puerta y la abre—. Vuelvo enseguida.

En el mismo instante en que el doctor Jung sale de la habitación yo voy

hacia su escritorio. Tiene allí su libreta con tapas de piel, que me susurra, que me llama, que me ruega que la abra. Puede entrar en cualquier momento. ¿Y si me pilla? No tengo ni idea de qué me haría. ¿Me mandaría a un manicomio? ¿Me pondría una camisa de fuerza? ¿Me ataría a Madame Baynes?

Abro la libreta, con cautela primero. Mis ojos van de la puerta al cuaderno. Estoy lista para regresar de un salto a mi sillón. Hojeo la libreta hasta llegar a la última página. Tiene una palabra. Una sola palabra en esa caligrafía dentada e irregular del doctor. Aprieta tan fuerte la pluma contra el papel que casi lo atraviesa. Enormes letras arañadas, justo en el centro. ¿Qué dice?

Oigo sus pasos, suaves, sobre las baldosas refrotadas del vestíbulo. Está en la puerta. Veo cómo se mueve el picaporte. Cierro rápidamente la libreta y corro, rumbo a mi sillón.

En ese vistazo fugaz he visto una palabra que carece de sentido para mí. Necesito más tiempo. Tengo que verla otra vez. Pero el doctor ya va camino de su escritorio, y los ojos le brillan de determinación. Coge la libreta, la mete en el cajón de la mesa de caoba y echa la llave, que se mete en el bolsillo.

Esa palabra que he visto... ¿era «insecto»? ¿Le parezco un insecto? ¿Invertebrada, sin espina dorsal? Al menos, sin los riñones suficientes para marcharme de casa. ¿Se trata de eso? Me quedo sentada en el borde del sillón, perpleja y desconcertada. ¿Insecto? ¿Es que ya no soy más que un insecto?

8. FEBRERO DE 1929

París

—Están discutiendo por el dinero —susurré, mientras me acercaba más al señor Beckett.

Estábamos en el pasillo que daba al vestíbulo, medio a oscuras. Las voces airadas de Babbo y Giorgio pasaban a través de la puerta abierta del despacho de Babbo y llegaban hasta el vestíbulo, donde nos habíamos quedado el señor Beckett y yo.

—¿Debo marcharme? —preguntó el señor Beckett, dando un paso atrás, hacia la puerta principal.

—Cree que porque él sea un genio el resto de los mortales se lo tienen que pagar todo. Y nunca es suficiente. Yo ya he dicho que no cenemos fuera todas las noches, pero mamá no quiere ni oír hablar del asunto, aunque me he ofrecido a hacer la compra y a cocinar. También estoy segura de que podría gastarse menos en ropa. La señora que paga todo esto vive en la más absoluta austeridad.

Me miré sin disimulo los zapatos adornados con varias filas de botones de nácar y tacones decorados.

—Todos los grandes artistas han tenido un mecenas —dijo el señor Beckett, con un tono de voz apenas audible.

Entonces la de Giorgio se elevó hasta convertirse casi en un grito:

—¿Entonces por qué has regalado los ejemplares de coleccionista que tenías del *Ulises* a los médicos de madre? ¡Cuatro nada menos! ¡Encuadernados en piel! ¿Cómo van a ser ejemplares de coleccionista si vas regalándolos por ahí a cualquiera?

—Esos médicos se han ocupado de tu madre de manera intachable.

El tono de Babbo era seco, entrecortado.

—Y bien que lo han cobrado. El Hospital Americano es el doble de caro que cualquier hospital local.

Oímos a Babbo suspirar cansado, en respuesta al comentario. El señor Beckett clavó los ojos en la puerta principal, pero yo le puse la mano suavemente en el brazo y le dije:

—Casi han terminado. Déles un minuto y le haré pasar.

—O que se queden en la familia: esa es la alternativa —dijo Giorgio con voz estridente.

—Ah, tu herencia. De eso se trata en el fondo, ¿verdad Giorgio?

—¡Por supuesto que no! —soltó Giorgio—. Estoy pensando en ti y en mamá. Tendrías que ser menos generoso y cobrar más. ¿Sabes lo que está cobrando Picasso ahora por sus cuadritos? Pues tú eres como él. Y te pagan una miseria. ¿Has visto cuánto trabajas? Todos los días, de la mañana a la noche. ¿Para qué?

—Pues dime una cosa, Giorgio: ¿por cuánto vende Picasso sus cuadros?

Babbo no podía disimular su curiosidad.

—Según parece la semana pasada vendió un cuadro bastante pequeño de la amante de turno a Gertrude Stein por quinientos dólares —dijo Giorgio, e hizo una pausa.

Miré al señor Beckett con los ojos bajos. El aire se había vuelto denso: estaba incómodo y yo me preguntaba si no era mejor dejarle marchar. Pero algo me lo impidió. Era como si quisiera que nos viera tal como éramos: los famosos Joyce, al desnudo. Y el avaro de Giorgio luchando por lo único que parecía importarle en el mundo.

Giorgio empezó otra vez a levantar la voz, cargada de indignación.

—Pues a raíz de eso va diciendo por ahí que sólo tardó cuatro horas en pintarlo. ¡Cuatro horas! Tú trabajas diez veces más por una mínima parte de lo que gana él. ¿Y es que no eres tú tan grande, no, más grande incluso, que Pablo Picasso? Todo el mundo dice que eres un genio. Entonces, ¿por qué no te pagan dignamente? Tus palabras quedarán para la eternidad en la mente de millones de personas. Cambiarán vidas. Pero los cuadros de Picasso se quedarán pasmados en la pared de quien sea y los apreciará mucho... no sé

quién... ¡Gertrude Stein!

Pronunció su nombre como si lo escupiera. Como si se le hubiera metido una mosca en la boca.

—No tengo intención alguna de defender a la señorita Stein, pero acepto tu comentario sobre mi valor. ¿Cómo se pone precio a eso?

—Creo que deberías empezar por los capítulos de la *Obra en curso* que está publicando Black Sun Press. ¿Cuánto te han ofrecido?

—Mil dólares. No es mucho para Picasso, supongo.

—Eso serían ocho horas del tiempo de Picasso. ¡Ocho horas! ¿Y cuántas has pasado esclavizado a esas páginas, padre?

Giorgio volvía a levantar la voz, cargada de una ira apenas sofocada.

—Es la obra de mi vida, Giorgio. Toda mi vida está ahí. Todo lo que me quedaba.

—Claro. Tienes que insistir para que doblen o tripliquen la cantidad que te han ofrecido. Nunca debes aceptar la primera oferta de nadie. ¡Nunca!

—Pero se han portado muy bien conmigo. ¿Te conté lo de la bombilla gigante que fabricaron para que pudiera leer el texto? Y también han aumentado la letra para que no tenga que forzar los ojos mientras reviso. Cuando a uno le rechazan sus libros tantos editores como me los han rechazado a mí, estos rasgos de bondad se aprecian.

—Eso forma parte del pasado, padre. De antes de que reconocieran tu talento. Ahora tu referencia tiene que ser Picasso. Está claro que no tiene el menor empacho en exigir lo que considera suyo por derecho. Así que *tú* tendrás que pedir lo que es *tuyo* por derecho. Trae una pluma: yo mismo escribiré a Black Sun Press y les pediré dos mil dólares. Y cuando intenten negociar, que lo intentarán, nosotros no lo aceptaremos. ¿Lo entiendes, padre?

—Creo que debería irme —anunció el señor Beckett, y empezó a andar por el vestíbulo en dirección a la puerta.

—Ah, no, Sam. Babbo le recibirá enseguida. Y yo le haré pasar. —Le cogí la mano delgada y huesuda, y tiré de él mientras nos dirigíamos al despacho de Babbo y yo gritaba—: ¡Babbo! ¡Está aquí el señor Beckett!

—Pase, señor Beckett. —Por la puerta del despacho asomó la cabeza de Babbo: llevaba el parche del ojo puesto, bajo las gafas—. Giorgio me está

escribiendo una carta. Salga del vestíbulo... con esa luz tan tenue que hay ahí... y venga hacia la luz. Cierra las cortinas, por favor, Lucia.

En el silencio se oía la pluma de Giorgio arañando el papel, y al señor Beckett aclarándose la garganta.

—Tenue —repitió Babbo, pensativo—. Tenue. Tonto. Terminado. Maldito.

El señor Beckett se aclaró de nuevo la garganta, esta vez con más fuerza.

—Lucia, ¿has terminado de agarrar la maldita mano de ese tonto del señor Beckett?

—Ah, lo siento.

Solté la mano del señor Beckett con gesto aturullado y fui hacia la ventana. Cerré las cortinas, dejando una abertura lo suficientemente amplia para que cayera un haz de luz sobre el libro que el señor Beckett fuera a leer esa tarde.

—Creo... —Babbo hizo una pausa y se colocó el parche del ojo—. Creo que es hora de que dejemos de llamarle «señor», ¿no te parece, Lucia?

Me di la vuelta y entré de nuevo en la habitación. Un vertiginoso gozo me recorrió entera.

—Claro, Babbo. El señor Beckett ya es casi de la familia.

—A partir de este momento será usted Beckett en esta casa. Sólo Beckett. Babbo se levantó de la silla y tendió la mano al señor Beckett.

—Es un gran honor, señor.

El señor Beckett se quedó allí de pie, sonriendo y con los ojos brillando en la penumbra. Dio la mano a Babbo y yo hice una pequeña pirueta, con mucho cuidado de no golpear las torres de libros y mapas y periódicos que había por el suelo. Babbo volvió a sentarse mientras asentía y jugueteaba con la pajarita que llevaba al cuello como una mariposa empalada.

—Cierra la puerta cuando salgas, Lucia. *Del arco de la costa a donde dobla la bahía.*⁷ ¿Qué le parece eso, Beckett?

Al cerrar la puerta se me dibujó una sonrisa en la boca. Babbo nunca había llamado a nadie por el apellido, sin el tratamiento de señor o señora, salvo que se tratase de un familiar cercano. Hasta sus adúladores predilectos eran el «Señor Tal» y la «Señorita Cual». Y ahora, el señor Beckett se convertía en Beckett, simplemente Beckett. ¿Era aquello otra profecía? ¿Otra

señal de que nuestro destino era estar juntos? ¿Un presagio de mi futuro como señora de Beckett?

9. ABRIL DE 1929

París

Durante todo marzo y abril no hice nada más que bailar y coser. Estaba llena de ampollas de la cabeza a los pies. Me dolían los pies de bailar todo el día, y tenía los dedos en carne viva, enrojecidos, de coser toda la noche. Sólo quedaban dos semanas para que se celebrara el Festival Internacional de Danza en el Bal Bullier de Montparnasse, y yo ya me estaba empezando a estremecer de emoción.

Había pensado mucho, y durante mucho tiempo, en mi actuación. Babbo quería que hiciera una danza del río Liffey. Yo sabía que el Liffey era una parte importante de su *Obra en curso*, pero por alguna razón no deseaba que fuese el tema central de mi coreografía. Al final decidí reservarme el papel de sirena: así tranquilizaba a Babbo, sugiriéndole que saldría de las profundidades de su bienamada Bahía de Dublín.

Diseñé y confeccioné un traje en moaré azul y verde, cubierto de lentejuelas plateadas, que me transformaría de Lucia, la hija de James Joyce, en Lucia, pez danzarín y sirena contorsionista. Tendría escamas, aletas y branquias, pero también largas trenzas de algas marinas que me llegarían a la cintura. Me hice las aletas con plumas de paloma que recogí en los Jardines de Luxemburgo y teñí de un tono azul luminoso y salobre. En la cabeza llevaría un gorro ajustado de escamas, dentro del cual escondería mi propio cabello.

Cada vez que me pinchaba un dedo sin querer o introducía la aguja y el hilo por debajo de la piel cerraba los ojos y me veía sobre el escenario, reluciendo y brillando al meterme en el agua y volver a salir, saltando, girando, haciendo espirales. Imaginaba los gritos arrobados de una audiencia

en éxtasis. Imaginaba los ojos de Beckett sobre mí, salvajes y apasionados. Imaginaba a Monsieur Borlin agitando el abanico y gritando: «¡Es la que más talento tiene de todas mis alumnas!». Y a Babbo, de pie, con las manos irritadas de aplaudir, la garganta seca de animar.

Mamá aún se estaba recuperando de la operación, así que pasábamos la mayoría de las tardes sentadas, juntas, haciéndonos compañía en silencio, oyendo rechinar la pluma de Babbo sobre el papel y la voz de Giorgio, subiendo y bajando, cuando practicaba. Giorgio iba a debutar como cantante la semana antes de mi representación: sería su primer recital como solista. Mamá y Babbo estaban tan entusiasmados con el concierto de Giorgio, tan preocupados porque nada le afectara a la voz, que a mí me dejaron bailar y coser en paz. Si supiera mamá lo de la señora Fleischman, pensaba yo. Pero no tenía intención alguna de contarle el secreto de Giorgio.

Un domingo por la mañana estaba yo sentada en el salón cosiendo mi gorro de sirena, atravesando con cuidado aquel tejido tieso y brillante con la aguja, cuando llegó Beckett para ir a dar un paseo con Babbo al Bois de Boulogne.

—¿Vienes con nosotros?

Dejó caer su cuerpo largo y flaco en el sofá, junto a mí. Mamá estaba cepillando el abrigo de Babbo en el vestíbulo, y Babbo buscando su bufanda y sus guantes.

—No puedo, Sam. —Di un tirón seco a la aguja—. Tengo mucho que coser y necesito practicar una vez más mi papel. Esta mañana no he practicado.

—Ah.

Beckett me miró. No, no me miró: me clavó los ojos y los dejó clavados en mí durante mucho más tiempo que el que permite la cortesía. El corazón me empezó a dar saltos y la sangre a correrme bajo la piel.

—Tiene que estar precioso ahora el Bois de Boulogne... los narcisos, el crocus, la candelilla... No tan hermoso como Irlanda, claro está, pero a Babbo le levantará el ánimo igualmente. Yo últimamente he estado bastante recluida. —Empujé la aguja para que atravesara el tejido, consciente de que Beckett me estaba quemando con la mirada—. Y tú, ¿qué has estado haciendo, Sam?

—No gran cosa —respondió cauteloso—. Cuéntame algo de tu baile. El

señor Joyce dice que te niegas a incluir el río Liffey en la coreografía.

—Sólo lo he visto una vez en mi vida, y estaba tan sucio y tan cubierto de niebla mugrienta que, la verdad, no podría. Ni siquiera por Babbo. ¿Está muy desilusionado?

—Es estoico. ¿De qué es el baile?

—Es un secreto. Sólo Babbo lo sabe... pero te diré una cosa. Llevo una pierna completamente desnuda —dije, levantando la vista de la labor y chocando fríamente con la suya—. No te voy a decir más. Tiene que ser una sorpresa.

—¿Desnuda?

—Sólo una pierna. Así la otra parecerá una cola.

En ese momento me disponía a decir, otra vez, que era un secreto y que tendría que esperar a la gran noche: y fue entonces cuando se acercó a mí y recorrió con los dedos mi perfil, definiendo la mandíbula como si estuviera dibujándola de un trazo. La sorpresa me hizo emitir un sonido parecido a un gemido, pero cuando me volví hacia él había retirado ya la mano. Lo había hecho con tal premura que me pregunté si no lo habría soñado. Entonces apareció Babbo por la puerta, bastón en mano, preguntando a Beckett si estaba listo.

—Sí, señor —respondió Beckett poniéndose en pie de un salto.

Luego fue hacia la puerta y se volvió a mirarme. Supe entonces que no lo había soñado. Sus ojos tenían una expresión hambrienta y abandonada, como los de un niño mendigo. Me ofreció una de sus medias sonrisas y dijo:

—Te veré la semana que viene, en el concierto de Giorgio.

Asentí y traté de concentrarme en el movimiento de la aguja. Pero tan pronto como oí cerrarse la puerta principal tiré la labor al suelo y comencé a girar y hacer piruetas por todo el salón, con los brazos abiertos de par en par y la cabeza hacia atrás. ¡Ah, aquella caricia! Las puntas ásperas de sus dedos en mi mejilla. Aquella emoción que había pasado entre nosotros como una corriente eléctrica. Y pronto empezaría a enseñarle a bailar, le tendría en mis brazos, sentiría su cuerpo mecerse junto al mío. Me abracé, yo misma, y fui hacia la ventana. Una euforia incontrolable se había apoderado de mí, como si aquella fuera mi última interpretación. Y se me antojaba que estar enamorada de Beckett no era muy diferente de bailar: la misma sensación de ser invencible que corta la respiración, la sensación de que el tiempo y el

espacio se desmoronan.

—¡Lucia! ¿Qué estás haciendo? ¡Sabes que no se baila en mi salón de las visitas! —Mamá estaba de pie en la puerta, con los brazos cruzados—. Giorgio necesita paz para sus ejercicios de canto, ¡así que deja de bailar ahora mismo! ¿Y por qué está tu dormitorio lleno de rodajas de patata?

—Ay, mamá —dije casi sin aliento—. Acabo de vivir un momento de perfección absoluta.

—Pues hay quien está intentando recuperarse de una operación —refunfuñó—. Así que ya está bien de «perfección absoluta» por hoy. Limpia esas patatas de tu cuarto y sigue cosiendo.

—Son para el ojo. —Volví a hundirme en el sofá y recorrí con mis dedos mi perfil, justo como lo habían hecho los dedos de Beckett—. Kitten dice que me ponga rodajas frías de patata en el ojo estrábico. Es un remedio antiguo.

—¡Menuda sandez! —Mamá entró en el salón, recogió mi costura del suelo y me la dio—. Mejor será que te olvides de ese ojo por ahora. ¿Cómo vamos a pagarte una operación si estamos mendigando dinero para operar a tu padre?

—¿Has vivido alguna vez en tu vida un momento de puro gozo, mamá? —pregunté mientras volvía a pasarme los dedos por la mejilla izquierda.

—¡Jesús bendito! Todo esto de la danza y el escenario te está volviendo vana y egoísta, Lucia.

—¿Lo has vivido alguna vez? —insistí—. Tienes que haber vivido aunque sea sólo un instante de gloria total... ¿Cuándo conociste a Babbo, por ejemplo?

Agarré un almohadón y me abracé a él con ademán sugerente.

—¡Qué sabrás tú de la vida! —Para mi sorpresa, los ojos de mamá estaban en llamas: me arrancó el almohadón de las manos y comenzó a golpearlo—. No sabes nada de los hombres, no sabes nada de lo que he tenido que hacer para mantener a esta familia unida. ¡Y todavía tienes la poca vergüenza de hablarme de gloria!

Volví a hundirme en el sofá, herida y sin habla.

—Ya te he visto, soñando despierta con el señor Beckett. Y lo que tienes que hacer es olvidarte... —se detuvo un momento y luego escupió las palabras siguientes—: de la gloria y la perfección.

Sacudió el cojín con tanta fuerza que salió una tupida nube de polvo.

—Los hombres son animales y tienen sus apetitos. Recuerda eso cuando se te ponga esa sonrisita de suficiencia, pensando en el «puro gozo».

—¿Por qué tienes que ser siempre tan horrible? —grité, mientras me empezaban a correr las lágrimas por el rabillo del ojo.

—Yo he trabajado muy duro para criaros como es debido. ¡Y mírate! No haces más que desfilar delante de las narices de tu padre... o del público, subida a un escenario... medio desnuda. En Irlanda sólo las ramera se suben a un escenario sin corsé y con las piernas al aire. —Volvió a golpear el cojín y luego lo lanzó sobre el sofá—. Y todo este rollo de las visiones... En Irlanda las únicas que ven visiones son las monjas locas. Así que es mejor que te decidas ya: ¿quieres ser una monja, o una puta? ¿O es que eres Juana de Arco?

—Babbo lo entiende. Pero tú no tienes el menor espíritu creativo, ni pizca de genialidad. No eres más que una criada. ¡No sé cómo se le ocurrió casarse contigo!

Salté del sofá y tiré el cojín contra ella. ¡Cómo podía ser tan odiosa! Me froté los ojos con los nudillos: una lágrima me bajaba ya por la mejilla.

—¡Yo también podría haber sido bailarina, ya lo creo! Si no me hubieran molido a palos, sacado del colegio y puesto a trabajar, a cambiar sábanas llenas de mierda...

Se agachó a coger el almohadón del suelo, y lanzó un grito de angustia.

—¡Mamá! ¿Estás bien?

Corrí hacia ella. Se había apoyado en el borde del sofá.

—Sí, Lucia, sí. Estoy bien. Es de la operación.

Se llevó las manos al vientre y me pregunté si debía disculparme. Nunca le había hablado de ese modo.

—Lo siento, mamá.

Me miré las manos y todas sus palabras regresaron a mis oídos. Ramera. Puta. Eso era lo que pensaba de mí. Me odiaba. El que yo bailara —que era lo que más me gustaba hacer en la vida— era una vergüenza para ella. Esperé a que ella también se disculpara. ¿Ha de disculparse una madre por decir cosas así?

Un silencio sepulcral se apoderó de la habitación. Luego, ella se levantó

del sofá con cierta dificultad y se marchó arrastrando los pies, diciendo que se iba a echar un poco.

Yo traté de recordar de nuevo el tacto de los dedos de Beckett en mi cara. Intenté revivir el instante en que sus ojos y los míos se encontraron, aquel momento de perfección absoluta. Pero era demasiado tarde. Mamá había logrado arruinarlo.

* * *

No estaba dispuesta a que aquellas palabras airadas de mamá se me enconaran y se me quedaran dentro mientras hacía mis ejercicios, así que intenté olvidar lo que había dicho. Lo achaqué a que seguía dolorida aún por la intervención, y cuando esto no me resultaba lo bastante convincente me decía que seguía traumatizada por haber perdido el útero. Acabé por decirme que, simplemente, tenía envidia. Pero no me sirvió de nada. Aquellas palabras suyas seguían repitiéndose como un alimento rancio, rompiendo el ritmo de mis pasos de baile y desbaratando la secuencia de movimientos que estaba intentando dominar, sin interrupciones. No eran sus acusaciones lo que me incomodaba, sino las referencias veladas a todo lo que había tenido que hacer para mantener a la familia unida. ¿Qué había querido decir con aquello?

Yo estaba segura de que seguía enfadada conmigo porque resoplaba sin disimulos cada vez que yo hablaba de mi danza. Y si mencionaba a Beckett, empezaba a refunfuñar y se marchaba. Pero no decía nada, y yo sabía que era porque no quería preocupar a Giorgio. El ambiente estaba tan tenso en la plaza Robiac que podía estallar en cualquier momento: debutaba en el Studio Scientifique de la Voix, donde había estado estudiando con el aclamado profesor Cunelli.

Cuando llegó, por fin, la noche de su debut, Giorgio tenía los nervios destrozados. Mamá y yo andábamos por la casa de puntillas mientras él ensayaba sus escalas delante del espejo.

Mientras cantaba, Babbo (que había estado a punto de ser tenor profesional y aún se atrevía a cantar algo después de un par de copas) dejó clara su opinión. Cada vez que Giorgio fallaba en una nota mi padre soltaba un suspiro innecesariamente fuerte. Si estaba en algún lugar donde Giorgio

podiera verle, movía la cabeza con teatral displicencia. Yo, mientras bailaba, reflexionaba sobre todos estos datos y me di cuenta de que Babbo rara vez había prohibido algo a Giorgio: se había limitado a suspirar, adoptando una expresión enlutada o diciendo alguna palabra escogida con precisión, y había dejado claros sus deseos implícitos e indiscutibles. Algunas veces se sentaba sin decir nada y su expresión de desaprobación era entonces la de una piedra, su silencio capaz de expresar lo que muchos volúmenes de texto. Conmigo, cuando bailaba, era distinto. Se acariciaba la perilla y golpeaba el suelo con los pies, tarareaba o llevaba el ritmo con palmas. O anotaba algo en su cuaderno.

Ahora, cada vez que Babbo suspiraba, Giorgio se ponía tenso, lo que hacía que su voz crujiera como una mecedora vieja. Al final se acercó mamá y le dijo a Babbo que fuera a cambiarse, que se pusiera el chaleco floreado y la chaqueta con el forro de seda púrpura.

—Y tú, Lucia, puedes ponerte ese vestido nuevo que te he comprado. El señor Beckett está a punto de llegar.

Mamá agarró a Babbo del brazo y lo sacó de la habitación. Giorgio se dejó caer en el sofá y se quedó allí postrado, con un almohadón sobre la cara.

—¿Y si no me sale la voz? ¿Y si se me cierra la garganta? ¿Y si me da la tos nerviosa? ¡Dios mío! ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Por qué?

Giorgio se retiró el almohadón de la cara y me miró con desesperación. Luego se incorporó, se quedó sentado, y empezó a pasarse las manos por el cabello sin darse cuenta de que mamá ya se lo había engominado antes, para que estuviera preparado para la actuación. Parecía tan vulnerable, tan asustado, que sentí una punzada de lástima. Volvía a ser mi viejo Giorgio. Giorgio antes de convertirse en un obseso del dinero y de la señora Fleischman.

—Lo vas a hacer muy bien.

Me senté junto a él, le cogí la mano grasienta y le acaricié los nudillos, como canicas, con el pulgar. Tenía en el aliento una nota de licor que me dejó preocupada. Monsieur Borlin no dejaba de repetirnos que no bebiéramos nada antes de actuar, ni siquiera para calmar los nervios. Pero entonces pensé en Babbo, que siempre cantaba perfectamente tras echarse al colete varias botellas de vino.

—¡No! Padre me saca de quicio. ¡Ayúdame, Lucia! Tú tienes mucha más

experiencia que yo en esto del escenario.

Comenzó a resollar y a pestañear, y durante un espantoso momento creí que iba a echarse a llorar.

—Respira hondo varias veces justo antes de salir, e imagina que me estás cantando a mí. O a mamá.

—¿Eso es lo que haces tú?

Le temblaba la voz.

—Sí. Eso es lo que nos enseñó Monsieur Borlin para dominar los nervios. Nos dijo también que nos imagináramos a la audiencia desnuda.

—Uf —tembló—. Eso es demasiado. Imaginar a padre y a madre desnudos.

Nos echamos a reír un momento, brevemente, como en los viejos tiempos, cuando éramos amigos inseparables. Antes de que la señora Fleischman me lo robara. Me pregunté si estaría presente ella. No, seguro que no. No podía arriesgarse a exponer su *affaire*. Desde luego, no en la gran noche de Giorgio. O puede que se deslizara a alguna butaca de la última fila y saliera antes de que nadie la viera. Al pensar en ella recordé que venía Beckett y sentí un delicioso escalofrío de emoción recorriéndome la espalda.

—Lo cierto es que no soy el tipo de cantante que Babbo quiere que sea. —Giorgio apartó su mano de entre las mías y se puso en pie bruscamente.

—Lo vas a hacer muy bien —repetí.

Negó con la cabeza.

—Tú eres una gran bailarina y yo soy un cantante de segunda fila. Cualquier tonto es capaz de verlo.

Se llevó los dedos a la boca, como si no quisiera decir nada más y, al hacerlo, volví a sentir aquel olor a alcohol.

—Tú sólo recuerda mi consejo —le dije—. ¿Me lo prometes?

* * *

Cuando estuvimos todos sentados en aquellas sillas de madera tan dura, en el estudio del profesor Cunelli, yo me sentía tan alterada que no podía estarme quieta. Intenté pensar en el ambicioso juego de pies que había diseñado para la coreografía de mi baile de sirena, la pieza final, y lo practicaba moviendo

los pies por debajo de la silla. Pero ni eso conseguía distraerme. Beckett percibió mi inquietud y me apretó el brazo, intentando tranquilizarme.

—No te preocupes. Tiene una voz maravillosa —murmuró.

—Por el amor de Dios, ¿quieres estarte quieta, Lucia? —susurró mamá—. No puedo concentrarme, y tu silla cruje cada vez que te meneas. Si sólo va a cantar... Lo único que vas a conseguir con tus vaivenes es distraerle.

Me fulminó con la mirada, se recompuso el sombrero y luego miró a la audiencia, para ver a quién conocía. Yo seguí su mirada, esperando ver a la señora Fleischman con su abrigo de marta. Pero no había ni rastro de ella. Tal vez Giorgio le había pedido que no fuese, bien para mantenerse tranquilo, bien para preservar su dignidad en caso de humillación de sus cuerdas vocales.

Cuando apareció Giorgio yo ya estaba a punto de explotar de ansiedad, convencida de que se había emborrachado entre bambalinas y estaba en shock. Al anunciar las dos piezas de Handel que iba a interpretar mi mano saltó por su cuenta y agarró con fuerza la de Beckett. Al darme cuenta de lo que acababa de pasar me puse colorada, pero ya era tarde. Así que apreté fuerte y rogué que el debut de Giorgio se desarrollara sin sobresaltos. Yo sabía que tenía la mano húmeda y pegajosa, pero no me importaba.

Giorgio se aclaró la garganta, hizo una seña con la cabeza al pianista y abrió la boca. En la primera nota le salió un leve gallo y se detuvo. El pianista se detuvo también. Yo hundí los dedos en las palmas blandas de Beckett. Giorgio se volvió a aclarar la garganta. Volvió a hacer una seña al pianista y abrió la boca. Pero en lugar de cantar emitió un sonido como de yodel, seguido de una tos ronca. Babbo y mamá estaban sentados ambos muy erguidos, como un par de escoplos. Apreté más la mano a Beckett y recé en silencio por Giorgio. El profesor Cunelli apareció en el escenario con un vaso de agua. Giorgio se lo bebió, le devolvió el vaso y se aclaró de nuevo la garganta. Luego miró a la audiencia y me sorprendió ver en su rostro el destello de una sonrisa. Tragó, volvió a hacer la seña al pianista, y abrió la boca. Esta vez en su voz no hubo fisuras, ni tos nerviosa. Sólo notas, profundas y hermosas, una tras otra, que llenaron el estudio hasta que el aire tembló.

Una vez que terminó, cuando se hubo extinguido el aplauso, Beckett me enseñó la palma de la mano, marcada con una línea de medias lunas rojas.

—¿Son mis uñas? —pregunté, horrorizada.

Beckett se rió y luego enseñó la mano a Babbo. Oí que decían la palabra «estigma», y luego a los dos riéndose como colegiales.

Aliviada, al ver que la interpretación de Giorgio había sido un éxito, acerqué más mi silla a la de Beckett. Él estaba demasiado ocupado riéndose con Babbo y no se dio cuenta, así que me senté tranquilamente disfrutando del calor de su muslo contra el mío, de la dureza y tersura de los músculos. Había algo en aquella proximidad física que daba seguridad, que reconfortaba. De alguna extraña manera las palabras del padre de Kitten empezaron a flotar en mi recuerdo. Sólo las mujeres casadas son libres de verdad. Y me pregunté si no querría decir, en realidad, que el amor es lo que proporciona un andamiaje a la vida. ¿Habría escrito Babbo todas sus obras maestras sin mamá? Pero... si eso era lo que quería decir el padre de Kitten, ¿por qué no había dicho «sólo las *personas* casadas son libres de verdad»?

La llegada de Giorgio puso fin a mis cavilaciones. Después de muchas palmaditas en la espalda de Babbo y muchos abrazos de mamá, ella le preguntó por qué había sonreído a la audiencia después de beberse el vaso de agua.

—Lucia me dijo que imaginara a la audiencia desnuda. —Sonrió mientras buscaba sus cigarrillos—. Y eso hice. Si eso no te pone en situación, no sé qué te pone...

—¿Dónde cenamos hoy, Jim? —preguntó mamá, mientras salía la primera del estudio del profesor Cunelli y se dirigía al bulevar.

—En Fouquet. —Babbo se giró y levantó el bastón en dirección a los Campos Elíseos, blandiéndolo en el aire como si fuera la espada de un samurái—. Tenemos que seguir celebrando la oración de Giorgio.

—¿No será, más bien, la peroración, señor Joyce? —sugirió Beckett.

—¡Ah! Creo que recitación es la palabra exacta, desde el punto de vista técnico. —Babbo se volvió hacia Beckett y le puso una mano en el hombro como si fuera una garra—. Beckett, tú me entiendes tan bien que estoy empezando a pensar si habrá en marcha alguna siniestra forma de brujería.

—¿Brujería, señor? ¿Y en qué forma sería? —preguntó Beckett con fingida curiosidad.

—¿Pecó ella, por ventura?

Y Babbo lanzó otra risotada, con tan desenfrenado regocijo que yo misma

me vi riendo también, aunque no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—En nombre de Dios, ¿queréis dejar la cháchara, los dos?

Y mamá agarró del brazo a Babbo, sonriendo, a pesar de que había levantado los ojos en señal de desesperación.

Junto a nosotros las luces de las gabarras y los barcos de pesca se reflejaban en las aguas negras del Sena, que se movían formando ondas con el aire de la noche. Sobre el río flotaban pálidos jirones de bruma, y en la otra orilla un par de patos se agazapaban, inmóviles, con la cabeza hundida entre sus plumas. Yo pensé en mi danza de la sirena, en la forma en que estaba planeando azotar y golpear con mi cola. Tal vez era excesivamente enérgica. Tal vez debería moverme más como la bruma. Flotando, deslizándome.

—Es hipnótico, ¿verdad?

Era Beckett, en mi hombro, que seguía mi línea de visión.

Sí, pensé yo. Y así es como quiero que sea mi baile. Hipnótico.

* * *

Kitten entró a toda prisa en el estudio de danza, riéndose y jadeando, mientras me enseñaba un trozo de papel que llevaba en la mano. Quedaban pocos días para el concurso de Bal Bullier y yo ya estaba practicando día y noche.

—¡Es la lista definitiva de jueces, Lucia!

Me quedé donde estaba, anclada al suelo y muda.

—¡Charles de Saint-Cyr y Emile Vuillermoz!

Ambos eran críticos de danza muy respetados, y yo sentí que me recorría un escalofrío de emoción.

—Pero espera a oír el resto. —Kitten hizo una pausa dramática y luego empezó a soltar de carrerilla los nombres de algunos de los más eminentes artistas de París—. Uday Shankar, Marie Kummer, Djennil Annik, el músico Tristan Klingsor... Pero hay uno más... —Y adoptó una pose de estatua, con los ojos muy abiertos.

—¿Quién?

—¡Madika! ¡El último juez es Madika!

Sentí que las piernas se me aflojaban, como si se hubieran convertido en cintas de tela. Me fui resbalando hasta caer al suelo, y tuve que apoyarme en

las manos. El corazón me latía a toda prisa de los nervios, la expectación y el miedo. «Madika», repetí en un susurro. Podía verla delante de mí, mirándome desde la pared de mi dormitorio. Con Anna Pavlova a un lado e Isadora Duncan al otro.

—Madika lo es todo para mí. No puedo creer que vaya a verme bailar. ¿Sabes que se formó como bailarina clásica y lo dejó, para iniciar una carrera en el baile moderno?

—Sí, sí, lo sé todo de Madika —dijo Kitten con impaciencia—. Es tu oportunidad, Lucia.

Moví la cabeza con aprensión.

—No soy lo bastante buena, Kitten. ¿Y si no paso? ¿Y si no le gusta cómo bailo? ¿O el traje? ¿O nada de lo que haga?

—Seguro que no, querida. —Kitten me apretó la mano—. Eres la mejor. Tú baila para Madika. Olvida la audiencia, olvídale todo y baila sólo para ella.

—Vendrá Sam, y un montón de amigos de Babbo. Y Stella Steyn. No quiero decepcionar a ninguno. —Una oleada de ansiedad empezó a recorrerme por dentro—. Ay, Kitten, no tenía ni idea de que los jueces iban a ser personas tan célebres.

Me eché las manos a la cabeza, superada de pronto por el terror.

Kitten se arrodilló a mi lado y me rodeó con el brazo.

—Eres una de las mejores bailarinas no profesionales de París. Puedes hacerlo. ¿Recuerdas lo que decía de ti el periódico? ¿Recuerdas lo que le dijiste a tu padre el año pasado? ¿Recuerdas cuando le dijiste que tu nombre aparecía en los titulares de la primera plana antes que el suyo? Pues eso es porque eres una gran bailarina y una gran coreógrafa. Y ayudaría un poco el que yo pudiera contemplar tu danza «secreta». Nadie tiene por qué enterarse. ¿Qué música es?

—De acuerdo. Me siento mejor cuando bailo. La música está allí.

Mientras Kitten iba hacia el gramófono yo, agachada en el suelo, cerré los ojos y me coloqué en la postura de inicio. Respiré hondo cuatro veces. El oxígeno se movía por mi cuerpo como agua de mar. Mis brazos y piernas se fundieron con la respiración. El agua me rodeaba, manaba a mi alrededor. Con los primeros acordes de *Feu Folletyo* volví a ser la reina volátil del inframundo marino, el espíritu de los océanos, la emperatriz del mar verde y

salado.

Cinco minutos después Kitten estaba aplaudiendo con furia y gritando:
—¡Otra!

* * *

El Bal Bullier era un lugar amplio, con mucho eco y techos altos. Unos focos intensos lanzaban su haz de luz directamente sobre mi cuerpo cubierto de lentejuelas mientras yo seguía doblada en el suelo del escenario, oyendo la charla y las risas del público tras el pesado telón de terciopelo. Ya había actuado dos veces, y las dos veces me habían anunciado como una de las ganadoras. Cuando estaba recibiendo el galardón y saludando al público oí la voz de Babbo que se elevaba en el auditorio y vi a Monsieur Borlin agitando los guantes en el palco donde se sentaba con su amante, Monsieur de Maré. Pero no había sentido aún el brillo del éxito, porque sabía que la parte más difícil del concurso no había llegado todavía.

Sólo quedábamos seis participantes que tendríamos que competir en la última ronda, también la más difícil. Este era el baile que había estado practicando horas y horas. Mi Danza de la Sirena. Sólo Kitten y Monsieur Borlin lo habían visto. Naturalmente, Kitten no escatimó en halagos, pero Monsieur Borlin había mordisqueado el extremo de su abanico mientras decía:

—Muy ambicioso, señorita Joyce. Muy atrevido y muy valiente.

Sus palabras me dejaron pensando si no me habría excedido.

En el escenario me imaginé que era una sirena. Vi la cola agitándose a mi espalda; sentí su peso, firme y carnoso, sobre las olas. Imaginé el océano sorbiendo y masticando mis escamas, la sal acumulándose en mi pelo granuloso, el choque y el chisporroteo de las conchas bajo mis manos. Y respiré, todo lo lenta y sostenidamente que me fue posible. Dejé de pensar en el público, en los jueces, en mis adversarios. Yo ya no era Lucia, hija, hermana, chica de los recados. Era una sirena que había surgido del mar embridado por el viento.

La orquesta empezó a tocar y el telón siseó suavemente al abrirse. Yo comencé a desplegarme poco a poco y comencé la serie de saltos y brincos con la cabeza echada hacia atrás y las tijeretas en el aire con los brazos.

Las luces del escenario eran tan fuertes que cuando miraba a la audiencia sólo veía oscuridad. Un océano negro que me esperaba. La música iba subiendo, llenando el auditorio, mientras yo giraba por el escenario con la mandíbula hacia arriba, la espalda arqueada, los dedos extendidos. Era un pez volador que se sumergía y bajaba en picado, formaba un arco y hacía una pirueta en el aire. Era una sirena que saltaba y se zambullía. Era mitad ave marina, mitad anguila, mis brazos ondeaban y se agitaban cada vez que bajaba la cabeza o cruzaba, saltando, el escenario.

Al entrar la pieza musical en la última fase yo me desplomé sobre el suelo para terminar igual que había empezado, tensa de pronto y llena de ansiedad. ¿Le habría gustado al público? ¿Apreciarían los jueces el componente gimnástico, el intrincado juego de pies, la complejidad y la variedad de los ritmos? Yo esperé el acorde final y, según se fue fundiendo, el sonido de los aplausos y de los pies golpeando el suelo llenó el auditorio y mis preocupaciones se desvanecieron. Me quedé en el escenario. Los latidos del corazón me retumbaban en los oídos y esperé a que cesaran los aplausos. Pero no cesaron. Durante dos minutos enteros (Babbo lo cronometró con su reloj de bolsillo) el público aplaudió y gritó y golpeó la tarima del suelo con los pies. Las aletas hechas de plumas de paloma me estaban haciendo cortes en la piel, pero ya casi no los sentía, tal era la euforia que se había apoderado de mí. Cuando Kitten me llamó desde un lado del escenario me puse de pie a duras penas, crucé el escenario tambaleándome y caí en sus brazos.

—¡Cariño! ¡Has estado... eléctrica! —gritó—. ¡Eléctrica!

* * *

En los camerinos el aire era escaso y denso, se sentía la tensión. Seis de nosotras habíamos pasado a la final: una bailarina noruega, otra griega y tres francesas. Intercambiamos sonrisas dubitativas y jugueteamos con nuestros trajes, nuestro pelo, los chismes que se acumulaban en los tocadores... La noruega se puso a estirar los músculos con ostentación, mientras la griega se chupaba la punta de la trenza. Nadie hablaba. Desde allí oíamos al público gritando a los jueces que se dieran prisa. Sus gritos y los golpes que daban en el suelo con los pies se hicieron más fuertes. La chica griega dejó de chupar la trenza y empezó a mordisquearla. Yo le ofrecí un caramelo de tofe que

llevaba en la bolsa, pero lo rechazó señalándose el estómago. La orquesta comenzó a afinar, como si se estuviera preparando para el siguiente concierto. Nos miramos unas a otras, nerviosas. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué tardaban tanto los jueces?

Oímos por fin los compases de una pieza de Beethoven. El público se aquietó y nosotras empezamos entonces a golpear el suelo con los pies, nerviosas, esperando que los jueces dieran su veredicto. Cuanto más tiempo pasaba más deseaba ganar. Nunca me había sentido tan reconcomida por la ambición, y la voracidad de mi deseo me sorprendía y me desconcertaba a la vez. Lo que más ansiaba era que Madika me dedicase una palabra de elogio. Pero también quería otra cosa: ¿qué era? ¿Reconocimiento? ¿Confirmación? En ese momento desquiciante me vino a la mente: quería ganar para bailar de por vida. Así Babbo nunca volvería a mencionar lo de la encuadernación. Así el señor Beckett sabría que mi lugar estaba en el escenario. Así mamá no volvería a llamarme ramera ni puta.

Una fanfarria de trompetas cortó el aire. Nosotras nos colocamos el pelo, nos secamos el sudor de la cara y nos alisamos las arrugas de los trajes. La chica griega se tapó los oídos con las manos, diciendo que no podría soportar salir del camerino. Yo la cogí de la mano y la llevé hasta un lateral del escenario, donde nos habían dicho que esperásemos a que los jueces emitieran su veredicto.

Estaban sentados, formando una hilera, en un extremo del escenario. Sólo pude distinguir a Madika, con el pelo recogido en la coronilla y unas enormes criollas de oro. Hasta la curvatura de su cuello resultaba elegante.

El primer juez se puso de pie. El público estaba tan callado que yo oía perfectamente a la chica griega masticar la trenza. El juez removi6 unos cuantos papeles que tenía delante, emiti6 unas toses que pretendían sonar importantes y comenzó a hablar. El cuerpo se me contrajo como si estuviera a punto de caminar sobre hielo muy fino.

—Una decisión imposible, *Messieurs et Mesdames*. Pero hemos llegado a una conclusión. —Hizo una pausa y miró a la audiencia—. En tercer puesto, Agata Giannoulis, de Atenas.

El corazón me dio un vuelco. ¿Sería yo la primera? A mí me habían aplaudido más que a Agata. A mí me habían aplaudido más que a ninguna otra. Le saqué la trenza de la boca y la abracé, mientras la audiencia aplaudía

discretamente.

—En segundo puesto... —anunció, y miró sus papeles como si hubiera olvidado a quién debía nombrar. Yo sentí que los pulmones se me quedaban sin aire. La multitud se estaba inquietando otra vez, y algunos habían empezado a agitar el programa de mano ante los jueces—. En segundo puesto... Lucia Joyce, de París.

Ahí me hundí. Un segundo puesto significaba que Madika no alabaría mi trabajo. Un segundo puesto significaba que no era lo suficientemente buena. Significaba que había dejado en la estacada a Monsieur Borlin. Y a Babbo. ¿Y al señor Beckett? Sentí el dolor de la decepción. Mi profesor de danza había dado en el clavo. La coreografía era demasiado ambiciosa, demasiado arriesgada para alguien como yo, que no era profesional. Agata empezó a dar saltos e intentó rodearme con los brazos. Entonces oí al juez pronunciar el nombre de la ganadora, pero no lo distinguí bien. Era una de las francesas, que me golpeó con su abundante cabellera al salir al escenario a toda prisa.

Cuando hizo la reverencia el juez volvió a decir su nombre. Mademoiselle Janine Solane. Esperé un estallido de aplausos, flores y programas que caerían sobre el escenario. Pero no ocurrió nada. Janine estaba a punto de hacer una segunda reverencia cuando algo la detuvo. Se giró hacia los jueces, confundida. Yo agudicé el oído, y pude oír mi nombre. ¿Quién lo decía? Desconcertada, me volví hacia Agata. Ella sonrió y señaló a la audiencia. Yo estiré el cuello y miré a la oscuridad. La multitud se había puesto de pie, gritando, protestando. Mi nombre. Gritaban mi nombre. ¿Y qué más decían? Me esforcé por oír aquellas palabras, y entonces las capté:

—¡Lucia! ¡La irlandesa! *Un peu de justice, Messieurs!*

Agata me empujó al escenario. Antes de que pudiera darme cuenta de lo sucedido estaba de nuevo bajo aquellos focos intensos, sorprendida y embriagada. Janine se había apartado hacia el lateral opuesto y los jueces estaban de pie, tras la mesa, encogiéndose de hombros y gesticulando.

Mi cola de sirena me impedía hacer una reverencia, así que me limité a inclinarme. Llovieron sobre mí corolas de tulipanes y narcisos. Entre el público, Babbo agitando su bastón y Monsieur Borlin inclinándose peligrosamente sobre la barandilla de su palco, lanzándome besos. Y yo deseaba que aquel momento durase por siempre jamás.

No leí, hasta pasado un tiempo la valoración que el primer juez había

hecho de mi actuación: «La única concursante con habilidades propias de una bailarina profesional. Sutil y salvaje. Una artista notable».

* * *

En el vestuario hacía calor y el aire era opresivo. Los trajes estaban arrugados por el suelo, los pañuelos y las pelucas colgados descuidadamente de las sillas. El olor a sudor e hidratante facial y zapatos de baile y pies sin lavar se había intensificado al cambiarnos. Las bailarinas estaban desmaquillándose, cepillándose el pelo o buscando su ropa cuando un repentino silencio se apoderó de la sala. Levanté la vista y vi a Madika abriéndose paso entre los trajes tirados por ahí. Todos los ojos se fijaron en ella mientras pasaba junto a Janine Solane, ganadora del Festival Internacional de Danza, y cuando se detuvo ante mi tocador. Iba toda vestida de negro, salvo unas cuantas hileras de perlas largas y unidas por una borla hecha de cientos de abalorios diminutos que le llegaban a la cintura.

—Todo un triunfo, señorita Joyce. Tendría usted que haber ganado, sin duda. El público lo dejó bastante claro —hablaba con un fuerte acento inglés, pero no hizo ningún intento de bajar la voz—. La música negra está de moda y todos nos rendimos a ella, ¿no le parece?

—G-gracias —tartamudeé, superada por la presencia de mi ídolo, mi heroína.

—Tal vez excesivamente acrobático, pero por lo demás, impecable desde el punto de vista técnico. ¿Es usted tal vez una fugitiva del ballet clásico, como yo?

Sus ojos oscuros me estaban evaluando, me inspeccionaban: los pies, las piernas, los brazos y el pecho.

—No, Madame. Comencé a bailar en el Instituto de Jacques-Dalcroze y luego me formé en la escuela de Raymond Duncan.

La voz se me empezó a adelgazar al ver el brillo oscuro en la mirada de Madika.

—¡Ah, él! —dijo en tono de desdén—. Su hermana, Isadora, era el genio de la familia. Y él había hecho algo de danza rítmica, creo. ¿Dónde más has bailado?

—Ahora en el estudio de Monsieur Borlin y con Elizabeth Duncan,

Madame. Y hago algunos talleres con Margaret Morris.

Pensé contarle lo de mi compañía de baile, pero Madika comenzó a hablar de nuevo.

—Tienes un talento natural. Genial, posiblemente. Tienes que estar en el Festival de Danza del próximo año —dudó un momento, jugueteando con las perlas—. Yo te entrenaré. Reconozco que me sorprende mucho que no tengas formación clásica. Es algo que se considera bueno, en general. Déjame ver tu pie izquierdo.

Para mi sorpresa, se arrodilló, me agarró el pie, lo retorció e inspeccionó el puente.

Luego se puso en pie, asintiendo vigorosamente:

—A veces los modernistas ignoran la deuda que tenemos con el ballet. Yo misma abandoné la tradición, pero no puedo ignorar sus beneficios a la hora de conseguir una buena condición física. No te preocupes. Si entrenas conmigo ganarás la competición del año que viene. Avísame.

Me puso en la mano una tarjeta y se marchó, dejándome con la boca abierta.

* * *

Babbo estaba fuera de sí de emoción y de furia. Para celebrarlo nos llevó a todos a cenar a la Closerie des Lilas, frente al Bal Bullier. Mamá no estaba. Una hora antes de mi actuación se empezó a quejar de dolor en el abdomen y se marchó a acostarse. Babbo dijo que «estaba volviendo a la vida tras su reciente ataque de nervios». Se refería, naturalmente, al debut de Giorgio, que había culminado en una subida de la tensión nerviosa en nuestra casa de plaza Robiac, y había dejado agotada a mamá. Yo al principio me había sentido herida, pero luego me pregunté si su ausencia —la ausencia de una mirada acusadora entre el público— había contribuido a mejorar mi interpretación.

Así que allí estábamos los ocho, en torno a una mesa llena de bandejas de conchas de ostra y huesos de pollo relucientes. Bebimos copa tras copa de champán mientras Babbo protestaba por la decisión de los jueces y repetía varias veces las palabras que había gritado la audiencia. Cada vez que decía «*Nous reclamons l'Irlandaise!*» emitía una risita ahogada. Y como mamá no estaba allí, con su ojo vigilante sobre la botella, Babbo bebía el champán a

toda prisa, como si fuese agua.

Las palabras de Madika me siguieron desde el vestuario hasta el restaurante, donde se las repetí a Beckett. Él, como Babbo, estaba henchido de orgullo y alegría por mí. Pero había algo en lo que había dicho que me irritaba: la forma en que me inspeccionó el pie, por ejemplo, me había incomodado. El regusto de sus halagos tenía una nota agria que lanzaba una fina sombra sobre aquella noche de triunfo.

—Tendrías que haber ganado tú —dijo Beckett por décima vez—. Has estado magnífica. Todo el mundo lo pensaba.

—Gracias, Sam. —Sentí que la cara me brillaba, y me empezaba a doler la mandíbula de sonreír.

—Has estado extraordinaria. Entonces, ¿vas a entrenar con la loca esa?

—Se llama Madika. Y es mi ídolo. —Le golpeé el brazo, jugueteando—. Claro que voy a entrenar con ella. Es una bailarina excelente.

—¿Y te irás de París?

Se me borró la sonrisa. No se me había ocurrido pensar que tendría que irme de París para entrenar con Madika. ¿Cómo iba a marcharme de París en ese momento? ¿Cómo iba a dejar a Beckett?

—Bueno... quiero decir... Ella es húngara, ¿no?

Beckett cogió su copa de champán y, al hacerlo, su mano rozó la mía. Una descarga me recorrió todo el cuerpo y la retiré involuntariamente, como si me la hubieran pinchado. Beckett me lanzó una mirada sesgada, y me pregunté cuánto champán había bebido: no solía estar tan hablador.

—Sí, es húngara, pero trabaja aquí. París es el centro del mundo en materia de danza. Estamos forjando toda una filosofía del movimiento, del ritmo. Y yo quiero formar parte de eso. —Las palabras me salían a borbotones, con tal fervor y pasión que parecía uno de los apóstoles de Babbo—. ¿Verdad?

Llamé a Kitten, que estaba enfrascada en una conversación con Stella, al otro lado de la mesa.

—¡Nosotras, las muchachas irlandesas, podemos hacer lo que sea! —gritó Stella, enarbolando la boa de plumas por encima de su cabeza.

—*Vive l'Irlandaise!* —gritó Kitten guiñándome un ojo mientras levantaba la copa.

—*La plus belle Irlandaise* —dijo Beckett mirándome por encima de la copa que sostenía en la mano.

Me acerqué más a él, sintiendo su pierna en la mía, su cadera en la mía, su brazo en el mío. Apenas habló con nadie aquella noche, salvo conmigo y con Babbo. De hecho, apenas me quitó los ojos de encima en toda la velada. Pero entonces Babbo empezó a tirarme de la manga y a señalar su reloj.

—Tu madre, la v-venerable e imperial señora Joyce, está sola en casa, esperándonos. Y esperando noticias —dijo con voz pastosa de borracho. Luego se puso en pie, retiró la silla y Beckett hizo lo mismo.

—Tendría que haber venido —dije yo, irritada.

—Se está recuperando —me reprobió Babbo antes de lanzar un discreto eructo.

Yo me negué a enfadarme o amargarme la noche. Era *mi* noche, así que me volví hacia el señor Beckett y nuestros ojos se encontraron durante un segundo.

Babbo, de camino a la puerta, iba depositando monedas indiscriminadamente en la mano de los camareros. Mientras, Beckett se adelantó y cogió la mía. Achispada por el champán, me caí sobre él. Las sillas y las esquinas de las mesas se apretaban contra nosotros. Los camareros y comensales nos empujaban al pasar. Oía a la gente pidiendo más vino, gritando que le trajeran la cuenta, diciendo adiós o *au revoir* también a gritos, las sillas y las mesas arañando el suelo y las botellas vacías entrechocando cuando las retiraban de las mesas. Y a lo lejos, el sonido enlutado de un acordeón.

Beckett me puso una mano en cada mejilla y acercó su boca a la mía. Pero en un santiamén se retiró, empezó a toser, a pestañear y a gesticular

—Sí, Babbo está esperando —dije para tranquilizarle—. No dirá nada. Está hablando con los camareros y de todos modos, está medio ciego.

Estiré el brazo para agarrar a Beckett, y ya estaba a punto de hacerlo cuando sus palabras quebraron el alboroto que había a nuestro alrededor.

—Después de ti —dijo con voz ronca, señalando por encima de mi hombro—. Ese hombre: parece que quiere decirte algo.

Me volví en dirección a la mesa, donde los invitados de Babbo seguían bebiendo y riéndose. Y allí, de pie, mirándome, estaba Emile Fernandez.

—Perdóname, Lucia. Sólo quería felicitarte. —Emile se pasó la lengua

rápidamente por el labio superior—. Nunca había visto una danza tan exquisita.

Se levantó el sombrero y se giró abruptamente hacia la puerta. Yo le miré mientras se confundía con la masa de mesas, pasaba junto a Babbo y desaparecía en medio de la noche.

—Lo siento —dijo Beckett, mirándose torpemente a los pies—. ¿Querías que te hubiera dejado a solas con él?

—No es más que un antiguo amigo.

Cogí los guantes de encima de la mesa y comencé a ponérmelos. Mi anterior sentimiento de euforia ahora se había cubierto de culpa. ¡Pobre Emile! Parecía triste. Me pregunté si debía tirar de Beckett de nuevo hacia mí o tal vez lanzarme yo contra su pecho. Pero el momento había pasado ya. Babbo estaba en la puerta principal, moviendo el bastón en dirección a nosotros, y la cara de Emile, con aquella expresión apesadumbrada seguía apareciendo en mi recuerdo, una y otra vez.

Cuando llegamos a la puerta principal Beckett me cogió suavemente del brazo y dijo:

—Espero con impaciencia que empiecen nuestras clases de baile. Buenas noches, sirena bailarina.

Y, de nuevo, me sentí perdida. Completamente perdida.

* * *

A la mañana siguiente desperté tarde, con la cabeza embotada por el champán de la celebración. Casi inmediatamente volvió a mí el sonido de los aplausos y los gritos de la multitud protestando. Sonreí y me estiré bajo la manta. Recordé la conversación con Beckett durante la cena, el tacto de su mano en la mía, sus miradas de admiración, que parecían invadir todo mi cuerpo, su intento de besarme, sus palabras de despedida, afectuosas e íntimas. Recuerdo las palabras de Madika, su propuesta de entrenarme para el siguiente Festival Internacional de Danza y, finalmente, su pregunta. Cuando me preguntó si había recibido formación de ballet clásico fue como si una pequeña nube oscura apareciera en medio de un cielo claro de verano.

Pocos minutos después la nube se aclaró y mi futuro se mostró, de súbito, obvio. ¡Naturalmente! ¿Por qué no me había dado cuenta? ¿No había dicho

que yo era como un edificio con cimientos inestables? Bueno, tal vez no tanto. Pero estaba claro que se refería a eso. Los cimientos no estaban en su sitio. Y sin cimientos yo no sería nada. Sería poco más que un árbol sin raíces, movido por el viento.

Y al aparecer en mi mente esa imagen del árbol sin raíces recordé un sueño reciente. Un castaño bajo un cielo inquieto, con las ramas moviéndose en el aire. Sus raíces nudosas se extendían sobre una tumba aislada, sin nombre. Me aferré a ese recuerdo. ¿Era una profecía? ¿Una señal de que yo necesitaba unas raíces más profundas? Cuando lo soñé, lo había ignorado: se trataba de un sueño insignificante, tan poco sólido, tan indescifrable... Carecía de la viveza y de los colores brillantes que normalmente acompañaban a mis sueños de clarividente. Pero ahora me daba cuenta de que ese retazo de sueño me estaba diciendo algo: ¿me estaba diciendo que sin unas raíces bien ancladas al suelo podía morir? ¿Era eso? ¿Era aquella imagen inquietante un símbolo de que mi espíritu podía morir si no afianzaba mi técnica con la práctica del ballet clásico?

Salté de la cama, me puse la túnica de baile, me pasé un cepillo por el pelo y corrí por toda la casa, bajé los cinco tramos de escalera y salí a la plaza Robiac. Bajé por la *rue* de Grenelle, pasando junto a los porteros que frotaban de rodillas los escalones de entrada a las fincas, junto a los carniceros y los panaderos que extendían sus toldos, al pescadero gordo que sacaba de las cajas de madera unas anguilas resbaladizas, a los camareros con delantal blanco que disponían las hileras de sillas en la acera, a aquella tienda rancia donde compré mis primeras zapatillas de baile. Fui corriendo todo el camino, hasta el Sena. Los ciclistas hacían sonar los timbres para avisarme, bramaban las bocinas, los automóviles daban volantazos, un gendarme con gorra sopló el silbato. Espanté a una bandada de palomas. Pero seguí corriendo. Por todo el margen del Sena pasé junto a los librereros que estaban montando sus puestos y a los carritos de flores: allí el aire se volvía denso con el olor de los jacintos. Y pasé junto a las jaulas donde los loros, confinados, aleteaban y chillaban.

Corrí hasta llegar a la *rue* de Sèvres, donde me detuve a alisarme un poco el vestido y a limpiarme el sudor de la cara. Sabía dónde estaba su academia, pero era muy pronto y seguramente no habrían empezado las clases. Yo conocía a Madame Egorova lo suficientemente bien como para saber que

estaría allí preparando a sus alumnas, arreglando el estudio, frotando los espejos con un pañuelo. Abrí la puerta, subí varios tramos de escaleras y allí, arriba del todo, estaba su estudio. ¡Ya estaba! El mejor lugar de toda Francia para formarme como bailarina. Y allí estaba ella, Madame Egorova, frente al espejo, haciéndose el moño.

* * *

—¿Que estás haciendo qué? —Kitten casi no podía ocultar su incredulidad.

—Estoy yendo a clases de ballet clásico —repetí, empujando hacia ella la taza de café.

—Entonces, ¿no vas a entrenar con Madika?

—No. Primero tengo que dominar los rudimentos de la técnica. Fue Madika quien me hizo ver eso.

A mí me parecía que estaba perfectamente claro, y no entendía cómo podía Kitten ser tan estúpida.

—Pues es lo mismo que está haciendo Zelda Fitzgerald. Y habrás oído lo que dice de ella la gente. ¿No crees que eres demasiado mayor para eso?

Kitten soltó un terrón de azúcar en su taza de té y lo removió, sin dejar de mirarme con los ojos entornados.

—¡Claro que no! Soy mucho más joven que la señora Fitzgerald. Madame Egorova ha bailado con los ballets rusos, con Diaghilev y Nijinsky. Sabe lo que hace.

—Sí, eso ya lo sé. —La voz de Kitten era un poco cortante—. *Ella* sabe lo que hace, ¿pero lo sabes tú? Todo el mundo dice que tienes un don para la danza, pero para la danza rítmica, para la danza moderna. Es totalmente distinto.

Kitten estiró los labios hasta que formaron una delgada línea y movió la cabeza como si yo fuera idiota. Le expliqué que yo era como un hermoso edificio sin cimientos. Y señalé, por la ventana, a la Torre Eiffel, como para sostener mi tesis.

—¡Bobadas! —dijo Kitten, sacudiendo la cabeza—. ¿Tienes idea de lo duro que te hará trabajar? ¿Tienes alguna idea de las horas y horas que espera que dediques a practicar?

La vehemencia de las opiniones de Kitten me dejó de piedra. Seguía removiendo el té, raspando con la cuchara el fondo de la taza una y otra vez, como si quisiera encontrar algo que confirmara sus palabras—. ¿Qué dicen tus padres?

—Ah, a ellos no les importa. Su cabeza está ahora en otras cosas. Babbo está a punto de publicar una colección de ensayos y mamá planeando un gran viaje para él. Y si no, esperando órdenes de Giorgio para servirle en todo. Creo que están encantados de que me aparte de su camino. Y además, ya es tarde. Ya le he dicho a Madika que este año no entrenaré con ella, y le parece una buena idea lo que voy a hacer. Me ha ofrecido incorporarme cuando haya terminado un año entero de ballet.

—¿Has tenido uno de tus momentos de Casandra? ¿Por eso estás tan convencida de que este es el camino?

—No —dije, mientras jugueteaba con el collar.

No quería hacer a Kitten partícipe de aquel extraño sueño mío del árbol y la tumba cuando su estado de ánimo era tan hostil. Probablemente lo habría interpretado de un modo totalmente distinto al mío. Podría incluso decir que significaba que si empezaba aquellas clases de ballet moriría.

—Bueno, a mí me parece un error. Lo siento, pero eso es lo que me parece. —Kitten sacó la cucharilla de la taza de té y la dejó con cuidado sobre el platillo; al cabo de unos minutos de silencio entrecortado continuó—: Pero soy tu amiga, y te apoyaré hagas lo que hagas. Y qué hay de la compañía de danza... ¿seguirás bailando con nosotros?

—Si puedo, sí. Pero no puedo prometer nada. Madame Egorova ha dejado muy claro lo que espera de mí.

Me tembló la voz al recordar mi reunión con Madame, sus ojos oscuros y brillantes como pequeños guijarros pulidos, su pelo recogido atrás, tan tirante que dejaba a la vista la línea del cuero cabelludo. Madame había impuesto «no menos de seis horas al día, todos los días, aquí en mi estudio». Yo no me había opuesto. Llevaba seis años bailando, horas y horas la mayoría de los días. Sus ojos de guijarrillo destellearon, y Madame habló de «la necesidad de dominar al cuerpo» y dijo que debía prepararme para «llevar mi cuerpo más allá de su límite físico». Había pronunciado la palabra «disciplina» al menos cinco veces. Yo decidí no contar a Kitten nada de esto.

—¿Viste allí a Zelda Fitzgerald? —preguntó Kitten—. ¿La conoces?

La señora Fitzgerald era famosa por su glamour americano y su tempestuoso matrimonio con un escritor estadounidense. Su vida siempre daba motivo para las habladurías y Kitten, compatriota suya, estaba al tanto hasta del último cotilleo.

—Madame dijo que la señora Fitzgerald se estaba preparando en su academia —dije yo dubitativa, intentando recordar lo que sabía de los Fitzgerald—. Creo que mis padres cenaron con el matrimonio en una ocasión. Sí, el señor Fitzgerald quiso tirarse por una ventana. Creo que están un poco locos. Están locos, ¿no? Yo no he leído ninguno de sus libros... ¡no tengo tiempo de leer! Demasiado baile. Y de todos modos, ella es mucho mayor que yo. Aunque a Madame no le pareció que eso fuera un problema.

Tomé un gran sorbo de té y me preparé para otra retahíla de condenas por parte de Kitten.

—Tengo entendido que dedica ocho horas diarias a bailar, que se ha convertido en una obsesión para ella. Mi madre dice que de niña era una bailarina extraordinaria, cuando vivía en Alabama. —Kitten me miró fijamente—. ¿Tú has hecho ballet alguna vez?

—Sabes que no —respondí—. Y acabas de decir que me apoyarías, hiciera lo que hiciera.

—Pero me parece que tú eres más bien gimnasta, acróbata. Lo siento, querida. —Kitten me atrajo hacia sí y me abrazó—. Sé que serás maravillosa haciendo lo que te propongas. Yo no soy tan valiente como tú, ni tan aventurera —lanzó un suspiro y luego añadió—: Hablando de aventuras, ¿cómo va tu aventura amorosa?

—¡Vamos, Kitten! —Le agarré las manos—. Beckett es quien me ha insuflado la confianza necesaria para hacer esto.

—¿Beckett cree que debes formarte como bailarina clásica? —Kitten elevó mucho las cejas, hasta esconderlas bajo el flequillo.

—¡No, tonta! Me refiero a mi amor por él y a su amor por mí. Me siento como si pudiera acometer cualquier cosa, sabiendo que él está ahí, que le importo a alguien. No puedo explicarlo. Tienes que enamorarte, Kitten.

Le estreché las manos y deseé ser más elocuente, deseé ser capaz de explicar cómo las perspectivas de liberación inminente me impulsaban a avanzar, me obligaban a hacerlo, me daban valor y audacia.

—Tienes mucha suerte. —Kitten miró, melancólica, por la ventana del

salón—. Tienes de padre a un escritor mundialmente famoso, a un hombre guapo enamorado de ti, y ahora Madika quiere convertirte en una bailarina célebre.

—No creas que todo es maravilloso. —Hice una pausa y tragué saliva—. Giorgio se ha liado con una mujer casada que podría ser su madre. Nadie lo sabe. Pero pensé que tú deberías saberlo. Lo siento mucho, Kitten.

—Sabía que no estaba interesado en mí. Una chica sabe esas cosas. —Me estrechó la mano—. Pero ¿seguís estando unidos, como antes?

—No —respondí, mordiéndome el labio—. No creo que me haya perdonado por no casarme con Emile. Y no me gusta la mujer con la que tiene el lío —bajé la voz—. Ya intentó liarse con Babbo cuando trabajó con él. Aquí mismo, delante de las narices de mamá.

—Pero tu padre nunca haría una cosa así. No puede vivir sin tu madre. ¿Y cómo es la nueva conquista de Giorgio?

—Vieja. Tiene una cara que parece una manzana que se ha asado más de la cuenta. Pero es rica, muy rica. Su padre hizo fortuna vendiendo ollas y sartenes en Estados Unidos, y ahora ella se la está gastando en Giorgio. Eso acabará con mamá. —Sacudí la cabeza con tristeza—. No soporta a las divorciadas, y Giorgio siempre ha sido su debilidad.

—Bueno. No te preocupes por mí. Hay un montón de hombres que quieren salir conmigo. —Se puso de pie y se sacudió la falda, antes de añadir—: Tú sí que me preocupas. No quiero que te vayas bailando a la tumba, como diría mi madre. Y menos, antes de tiempo.

—Ya me he decidido. —Me apoyé en los dedos de los pies e hice una pirueta, estirando todo el cuerpo—. Y tengo que poner los cimientos adecuados.

10. JUNIO DE 1929

París

El aire del autobús estaba muy cargado, por el humo de los cigarrillos y el murmullo de las conversaciones: todo el que no estaba fumando estaba hablando. El sol entraba por las ventanas, en lo alto, añadiendo un toque de emoción.

—Madame Egorova se va a volver loca cuando vea que no aparezco — susurré a mamá, que iba sentada a mi lado inspeccionándose las uñas y quejándose por la falta de aire—. Yo no tendría que estar aquí: tendría que estar bailando.

Dejé de hablar y empecé a escuchar la conversación de los ocupantes de los asientos de atrás. Beckett no decía nada. Lo único que oía era al señor McGreevy hablando sin parar.

—Claro, Lucia. Pero ya hemos pasado por esto. Hoy es un gran día para Jim y quiere tener a su familia con él. Un día libre no te hará daño —dijo mamá.

Luego se volvió hacia la ventana y miró al exterior.

—Los bailarines no se toman días libres. ¿No lo entiendes? —Apreté los dientes, exasperada—. ¿Dónde vamos, exactamente? ¿Podré practicar allí?

—Ha sido idea de la señorita Beach, Lucia, ya lo sabes. Así que deja de echarme a mí la culpa. Tu padre dice que ha encontrado un sitio donde podemos comer, cerca de Versalles, que se llama Hotel Bloom, Hotel Leopold, o algo así. Sabe Dios el tiempo que habrá pasado buscándolo. Menos mal que está en Versalles, y no en Tombuctú.

¡Claro, la buena de la señorita Beach! ¿Qué habría sido de nosotros sin la

señorita Beach? Sin su librería, su sección de préstamo, su crédito inagotable y su devoción por Babbo... Había sido idea de la señorita Beach celebrar la publicación del *Ulises* en francés, precisamente el día en que transcurre la acción del *Ulises*. Ella había organizado el transporte y las invitaciones. Ella se había asegurado de que todos los traductores del *Ulises* al francés estuvieran presentes y de que todos los aduladores de Babbo fueran invitados a lo que llamó el «*Almuerzo Ulises*». Y me enfadaba mucho que estuviera incluida la señora Fleischman, cuya voz no podía dejar de oír, hablando sin parar, mientras se congraciaba con el resto de los acólitos presentes.

Al volverse mamá a mirar por la ventanilla tuve la ocasión de apoyarme en el respaldo y escuchar a Beckett. Había estado tan ocupada con mis clases que apenas le había visto desde el concurso de baile. Cuando no estaba bailando, estaba planificando nuestras clases de charleston, eligiendo la música, trabajando el tono que emplearía para instruirle, intentando maquinando la manera de que mamá y Babbo pasaran una tarde entera fuera de casa.

Allí estaba, sentado, tan bello y taciturno como siempre, fumando y asintiendo mientras el señor McGreevy seguía con su cháchara. ¿Intentaría volver a besarme, ese día? ¿Encontraría yo la manera de que nos viéramos a solas? Lejos de los ojos vigilantes de mamá y de Babbo, lejos de los ojos entrometidos de los aduladores, lejos de los fisgoneos de Giorgio y la señora Fleischman. Si tenía que perderme una sesión de baile con Madame, sólo podía encontrar una justificación adecuada: hacer algún progreso con Beckett.

En el restaurante del Hotel Leopold teníamos reservada una mesa larga. Yo estaba dispuesta a sentarme al lado de Beckett, así que dejé que se sentara él primero. Luego me abrí paso a codazos y di la vuelta a la mesa, apartando violentamente al señor McGreevy y empujando a la señorita Beach tan fuerte que hice que se le cayera el sombrero de paja. Demasiado tarde. Helen Fleischman se deslizó despacio hacia el asiento que había junto a Beckett y dejó su bolso de cuentas doradas en el de al lado. Miró a su alrededor como si buscara a alguien, con esa actitud que tienen los ricos, levantando la mandíbula. Vi que captaba la atención de Giorgio, levantó la mano, haciendo brillar las sortijas de diamantes que llevaba, y le hizo una seña.

Me pasé toda la comida atrapada entre dos de los aduladores de Babbo. Se pasaron la mayor parte del tiempo hablando uno con otro, ignorándome,

incluyéndome sólo cuando empezaron a hacer cábalas sobre el título de la *Obra en curso*. Según me pareció, pretendían saber si tenía alguna idea de cuál iba a ser.

—¡No! —grité.

Varias personas levantaron la cabeza de la sopa. Mamá me lanzó una mirada de advertencia. Yo agarré la cuchara con fuerza y respiré hondo. Había sacrificado un día de clases con Madame Egorova para sentarme en un autobús con mi madre, para ser ignorada por dos anfibios medio seniles y apartada por Helen Fleischman. Cada vez que miraba a la mesa, al asiento que tendría que haber ocupado *yo*, veía a la señora Fleischman haciendo gestos y muecas a Giorgio, o riéndose histérica de algo que había dicho Beckett. Me sorprendió, porque Beckett no solía decir gran cosa. Hasta Babbo le había descrito como «hombre de pocas palabras». Pero ese día debía de lanzar un chiste tras otro, si juzgamos por las risitas interminables de la señora Fleischman. Tenía que llegar hasta donde estaba él. Tenía que rescatarle de sus modales de pécora, antes de que le deslumbrara con el brillo de sus diamantes.

Tras el almuerzo tuvimos que posar para una fotografía. Babbo, naturalmente, estaba en el centro del grupo, y la señorita Beach detrás de él. Yo me estaba colocando detrás de mamá cuando la señora Fleischman se me puso delante y se apoyó en uno de los aduladores, un hombre muy alto, tapándome casi por completo. Furiosa, estiré el brazo y le tiré de un mechón del pelo que se había escapado del moño. Me quedé tan pasmada de mi propia temeridad que cuando se giró y vio la expresión de mi cara no se creyó que había sido yo, y dijo:

—¿Has visto, Lucia? ¡Alguien me ha tirado del pelo!

—¡Qué bárbaro! —apostillé, mirando fijamente al famoso poeta que estaba a mi lado.

El fotógrafo comenzó a gritarnos, a decirnos que estuviéramos quietos y mirásemos a la cámara. Yo miré a mi alrededor inquieta, buscando a Beckett, pero no estaba por allí.

Después nos dirigimos al autobús para regresar a París, y ahí me di cuenta de que Beckett seguía sin aparecer.

—Babbo —dije, tirándole de la chaqueta—. Beckett no está. No podemos irnos sin él.

Babbo miró hacia la cola de aduladores que se estaba formando junto al autobús. La señora Fleischman estaba la primera, con los labios separados para mostrar sus encías rosadas y sus dientes de porcelana. Giorgio estaba a su lado, complaciente, lanzando anillos de humo que hacía subir por encima de la cabeza de ella.

—Tampoco está el señor McGreevy —dijo Babbo—. Ve a buscarlos al bar. Diles que si no vienen se quedarán aquí, abandonados con ignominia.

—¿Al bar? —le miré perpleja.

—En el bar los encontrarás. —Se dibujó en su rostro una sonrisa cómplice—. Son irlandeses, Lucia. Siempre dispuestos a beber.

En el bar del hotel no había nadie. El camarero me sugirió que lo intentara en el café que había al volver la esquina, en la plaza: era uno que tenía manteles a cuadros blancos y rojos. Indicó la dirección y yo fui corriendo, preguntándome si no sería aquella mi oportunidad de tener un encuentro amoroso con Beckett. Ya sentía el corazón laténdome un poco más fuerte, con la expectación.

El café estaba vacío. Había una barra al fondo donde el propietario estaba sirviendo brandy en unas copas, con un delantal blanco mugriento. Oí hablar a Beckett y al señor McGreevy antes de verles. Estaban cantando una canción irlandesa, a voces y a destiempo. Doblé la esquina del café (que tenía una forma de “L” un poco extraña) y allí estaban los dos, apoyados en la mesa, cantándole al mantel. Me recorrió un escalofrío de decepción.

Beckett dejó de cantar y levantó la cabeza de la mesa.

—¿Cuándo podremos bailar, encantadora Lucia? Lucia, encantadora Lucia.

—*Garçon! Où sont les cognacs?* —preguntó, exigente, el señor McGreevy.

—Se va el autobús —dije en tono petulante.

Nunca había visto a Beckett borracho, y no sabía qué hacer. Naturalmente, Babbo volvía borracho a casa al punto del alba con cierta frecuencia, y yo me despertaba con el estrépito de los muebles cuando se caía sobre las mesas o las sillas. Oía la punta metálica de su bastón golpear contra el suelo de madera. Y a él, cantando baladas irlandesas, siempre baladas irlandesas. Y mi madre, resoplando por el esfuerzo y la humillación, le acompañaba al dormitorio.

—¿Venís? —Me quedé en pie junto a su mesa, con los brazos cruzados como hacía mamá con Babbo cuando había bebido.

—No, hasta que me beses, encantadora Lucia. No hasta que me enseñes a bailar el charleston. Me lo prometiste.

Beckett volvió a apoyar la cabeza en la mesa, pero la levantó rápidamente cuando el propietario del bar trajo las dos copas de brandy.

—¿Te parece muy sensato esto? ¿Beber más brandy?

Decidí que aquel no era el mejor momento para avanzar en nuestra relación. Sus ojos parecían helados, desenfocados, y su cuerpo invertebrado y blando como el de un muñeco de trapo. ¿Tendría razón mamá, después de todo? ¿Son todos los irlandeses unos borrachos? No, me negaba a creer algo así de Beckett. Pero lo de hoy era una aberración. El señor McGreevy le había llevado por el mal camino. Beckett no podía ni sujetar la copa. No estaba habituado a eso.

El señor McGreevy se había bebido el brandy de un trago, y estaba canturreando, desafinado, en voz baja. Beckett se llevó la copa a la boca y se echó el contenido directamente al coleteo.

—Vamos, Lucia, sólo un beso. Uno pequeñito...

Intentó agarrarme. Yo, aterrada de que pudiera caerse y romperse la cabeza abrí los brazos y le esperé, alegrándome de tener la fortaleza que da el baile. Su cuerpo era fibroso y enjuto, pero blando. Sentí su cabeza rodando contra el pecho. Sentí los huesos de sus caderas, salientes, contra el estómago. Llevaba tanto tiempo esperando un momento así, y en lugar de emoción lo único que sentía era el agotamiento de intentar que no se cayera al suelo. Trataba de colocar su cuerpo sobre una silla cuando oí el sonido de los tacones de mi madre, que me llamaba.

—¡Jesús bendito! ¿Qué está pasando aquí? —Miró a su alrededor, alarmada—. Muy bien, caballeros. Es hora de irse —dijo golpeando al señor McGreevy en la cara y cogiendo luego a Beckett por las axilas para arrastrarle a la parte delantera del café y llevarle al autobús—. Siempre igual. Malditos irlandeses. Espero que esto te enseñe una lección, Lucia. Lo que pasa cuando se juntan hombres y bebida. Y los irlandeses... lo peor de lo peor.

Veía las caras de los demás observándonos a través del cristal de la ventanilla del autobús mientras mi madre y yo, haciendo muecas por el

esfuerzo, tirábamos de Beckett. El señor McGreevy venía detrás de nosotros, dando tumbos, secándose la cara con un pañuelo y cantando. Babbo y Giorgio nos señalaban y se reían, pero pude apreciar las expresiones de disgusto y de indignación en otros rostros, y la de la señorita Beach era claramente avinagrada.

Mamá hizo a Beckett sentarse a su lado. Él se apoyó contra la ventana con los ojos cerrados, murmurando algo sobre la clase de baile que yo había prometido darle. De vez en cuando levantaba la voz y emitía una especie de gimoteo, y le oí pronunciar mi nombre junto a la palabra «charlestón». Mamá tenía los brazos cruzados firmemente bajo el pecho y se pasó, con el ceño fruncido, al menos veinte minutos de viaje, hasta el momento en que Beckett dejó de murmurar, abrió los ojos y comenzó a berrear al conductor, pidiéndole que detuviera el vehículo.

—¿Qué demonios pasa ahora? —preguntó mamá.

—Es la llamada de la naturaleza, señora Joyce. ¡Pare el autobús!

Mamá se levantó y se dirigió hacia el conductor. Él asintió y, un minuto después, entró en un pequeño pueblo. Beckett intentó ponerse de pie, pero volvió a desplomarse sobre el asiento.

Mamá sacudió la cabeza con desesperación y le levantó, tirándole de las muñecas. Le llevó por el pasillo del autobús y, sin ceremonia alguna, le lanzó fuera.

—¡Que tenga buen viaje!

Lo dijo tan alto que algunos de los aduladores comenzaron a darse codazos y a sonreír con aires de superioridad.

Cuando mamá iba de regreso a su asiento el conductor volvió a arrancar el motor y enfiló hacia la carretera principal. Yo pensé que estaba buscando un sitio para dar la vuelta, hasta que me di cuenta de que estábamos ya en la carretera, en dirección a París. Y el conductor seguía acelerando.

—¡Pare! —grité—. Nos hemos dejado al señor Beckett. Hay que ir a buscarle.

Aunque la embriaguez de Beckett me había decepcionado, yo había visto demasiadas borracheras como para saber que era algo temporal. Y que *mi* señor Beckett, *mi destino*, volvería a ser el mismo en cuanto se disipara el alcohol.

—Ah, Lucia, por favor, cállate. Se está poniendo en ridículo y lo mejor es

que lo haga donde nadie le vea. Y de todos modos, nadie le quiere aquí. De verdad que pensé que me iba a vomitar en el vestido nuevo.

Mamá se alisó con cuidado el vestido mientras lo decía.

—Pero... pero... No sabe dónde está. A lo mejor no lleva dinero. No podemos dejarle ahí sin más. ¿Y si le ocurre algo?

—Ah, criatura, deja de lloriquear. —Mamá levantó la vista al cielo y se arrellanó en el asiento. Luego bajó la voz y añadió—: ¿No te da vergüenza? ¡Mira que darle falsas esperanzas cuando ha tomado una copa de más!

Me quedé con la boca abierta, formando un círculo rígido: se me quedaron clavadas en la garganta las palabras con las que iba a desquitarme. No salió ningún sonido. Oía a los amigos de Babbo riéndose y haciendo chistes de Beckett. Oía a Sylvia Beach diciendo a Babbo lo afortunado que era por tener una esposa como mamá. Oía a los aduladores haciendo apuestas sobre cuánto tiempo le llevaría a Beckett regresar a París. Oía al conductor silbar... Pero todo ello no era nada comparado con las palabras de mamá, que se repetían una y otra vez en mi cabeza: había algo en ellas que me hacía sentir mareada y vil. Algo que hacía que se me retorcieran las entrañas, calientes y revueltas. ¿Qué culpa había tenido yo?

—No te inquietes tanto. —La voz de mamá se había vuelto más suave, tranquilizadora—. Ya verás como mañana vuelve. Lo que intento decirte es que tienes que dejar de soñar con él.

Me cogió la mano y la estrechó. Yo la miré, sorprendida ante aquel gesto de afecto tan poco habitual. Luego dijo algo que nunca le había oído decir, e incluso ahora, tantos años después, me pregunto si lo oí bien:

—Eres toda una belleza, Lucia. Y esto me preocupa mucho porque eres igual que tu padre. —Chasqueó la lengua varias veces y añadió—: Pero no te preocupes por el señor Beckett. Es un hombre hecho y derecho y puede cuidarse solo.

Por supuesto, estaba en lo cierto. Al día siguiente, a las cinco en punto, Beckett llegó a casa para leer a Babbo. Yo le estaba esperando, agazapada junto a la puerta principal, desesperada por saber si estaba bien. Él pidió disculpas inmediatamente y, con aire avergonzado, preguntó si aún era bienvenido en la casa de plaza Robiac. Me di cuenta de que se comportaba de un modo distinto. Tenía los hombros caídos y la cabeza baja, como si cargara sobre su espalda el peso de la ignominia.

Yo le sonreí, aliviada.

—Me complace ver que ha regresado usted sano y salvo, señor Beckett... Sam.

—Bueno... no tardé mucho. Se me pasó enseguida y regresé andando. En Irlanda yo no bebía tanto. —Se miró a los pies y se mordió el labio—. Los grupos me ponen nervioso. No me desenvuelvo bien en sociedad. Pretendía beber lo justo para aplacar los nervios. Tengo que pedir disculpas a su madre.

Aparecieron dos círculos rojos en sus mejillas y yo me di cuenta, con esa breve confesión, de que se estaba abriendo a mí. Nunca había hablado de sus sentimientos de un modo tan explícito como lo hizo entonces.

—Mamá piensa que todos los irlandeses son unos borrachos. Ya ha visto cómo controla a Babbo. —Señalé a la cocina, tratando de que mi voz sonara natural—. Está ahí.

Cuando vi a Beckett ir en busca de mamá recordé cómo me pidió el beso. Con el alcohol se le había soltado la lengua y me pidió un beso y un baile. Y ahora estaba aquí, revelándome sus más hondas emociones y temores. En aquel momento no sólo oí sus palabras: las sentí. Me puse de puntillas y comencé a girar por el vestíbulo, con la falda de seda revoloteando a mi alrededor y los brazos elevados hacia la luz mortecina.

—Me ama —susurré a nuestra bandera griega de la suerte—. ¡Me ama!

* * *

Unos días más tarde, al salir del estudio de Madame Egorova, me encontré con la señora Fitzgerald, aturdida y con los ojos desorbitados.

—¿La hija de Joyce? —me preguntó, arrastrando las palabras, con los ojos apuntando en todas direcciones—. ¿Eres la hija de James Joyce? Soy Zelda Fitzgerald. Ya había oído que estudiabas ballet aquí.

—Acabo de empezar.

Respiré hondo. En el aire flotaba el intenso olor de las flores de lima, que en aquellos días vertían su savia por todo París. Y en el estudio de Madame Egorova el ambiente era cerrado y cargado.

—Tus padres cenaron con nosotros el año pasado. —La señora Fitzgerald inclinó la cabeza, mirando por encima de mi hombro mientras se dirigía a mí;

por un momento pensé que estaba hablando a alguien que estaba a mi espalda —. ¿Te lo contaron?

Asentí.

—Scott... mi esposo... se ofreció a saltar por la ventana en honor a tu padre. Venera a tu padre. ¡El gran James Joyce! —La señora Fitzgerald empezó a revolver en su bolso—. ¿Qué se siente al ser la hija de un genio?

—Está bien... en general.

Me temblaba la voz. La señora Fitzgerald era tan inquieta que me ponía nerviosa.

—Sí, pero así no eres más que la hija, ¿verdad? Yo odio estar casada con un genio, aunque Scott es más bien un simple aspirante. Naturalmente, mi intención es convertirme en una bailarina genial.

Se le estaban saliendo todas las cosas del bolso, y cayendo sobre la acera. Un pintalabios plateado rodó hacia la boca de una alcantarilla y, cuando me agaché para cogerlo, me dijo que no me preocupara porque de todos modos nunca le había gustado.

—Tienes que venir un día a casa. Así podríamos practicar juntas. El mes que viene nos vamos a Cannes, pero volveremos. Madame Egorova está furiosa, claro. —La señora Fitzgerald soltó una risotada estridente—. Ven a vernos, ¿quieres?

Y se marchó, con el pañuelo de *chiffon* dorado flotando tras ella como una estela.

Había tantas cosas que quería preguntar a la señora Fitzgerald... Pero tardé en darme cuenta de que me había quedado muda en su presencia: su energía nerviosa me había descompuesto. Mientras iba caminando hacia casa pensé en su pregunta. Ser la hija de un genio, pensé, es como ser un pimpollo que ha echado raíces demasiado cerca de un plátano. Las raíces largas y finas del pimpollo se hunden en la tierra buscando agua, pero las del plátano, más sedientas, bajan más hondo. El pimpollo crece alto y delgado en su afán de conquistar la luz, pero el plátano, con su amplia copa, se lleva la mayor parte del sol. Cuando llega el otoño el plátano deja caer sus hojas abundantes, y el pimpollo queda enterrado debajo.

No podía dejar de pensar en esa analogía. Sentía una necesidad imperiosa de contársela a alguien, pero sabía que Giorgio no la entendería. Después de aquel momento en que se renovó nuestra intimidad, la noche de su debut, la

señora Fleischman había vuelto a apoderarse de él. Y él había vuelto a asumir su nuevo papel: el de alguien frío y materialista. Yo necesitaba contárselo a alguien que estuviese al tanto de las idas y venidas de la familia Joyce.

Cuando vino Beckett a leer a Babbo esa tarde yo estaba esperándole en el vestíbulo. Pareció sorprendido de verme con la mano en el picaporte antes incluso de haber tocado el timbre. Le cogí de la mano y le hablé de mi encuentro con la señora Fitzgerald.

—Fitzgerald es un apellido irlandés. Y de buena familia —dijo.

—Tienes que haber oído todo lo que se dice de ellos —cacareé—. Daban muchísimas fiestas y ella siempre lleva una ropa maravillosa, y dice Kitten que en Nueva York hacía todo tipo de locuras para salir en los periódicos. Y ahora vamos juntas a la academia de Madame.

—He visto al señor Fitzgerald en la librería de la señorita Beach —dijo Beckett.

—Da igual. Me preguntó que cómo era ser la hija de un genio, y se me ha ocurrido una analogía excelente: yo soy un pimpollo y Babbo un plátano ancestral.

—Pero ¿no son todos los hijos pimpollos, y todos los padres plátanos ancestrales? —Una sombra cruzó la cara de Beckett—. ¿No es por eso por lo que tenemos que marcharnos los hijos?

Fruncí el ceño. ¿Estaba intentando decirme algo? ¿Había llegado el momento de que me fuese de casa? ¿De casarme, tal vez?

—Puedes verlo de otra manera —dijo bajando la voz como si fuera a contarme un secreto.

—¿De qué otra manera?

—Las hojas del plátano se mueren y se caen alrededor del pimpollo, convirtiéndose en abono que lo nutre y lo ayuda a crecer. —Dudó un momento, y se le formaron unos pliegues en la piel, entre las cejas—. Y luego viene la lluvia, que lo azota, y las feroces tormentas con truenos y relámpagos, y el plátano protege al árbol joven e incluso puede salvarle la vida. Y cuando llega el leñador a cortarlo su único interés estará en el viejo plátano, con el que hará excelentes tablas para el suelo, y no en el pimpollo.

¿Se estaba burlando de mí? Miré a través de la luz exigua del vestíbulo y vi sus ojos con expresión grave, su mirada seria, su boca sin sonrisa y su frente arrugada. Me di cuenta de que no le había soltado la mano, que la

estaba sujetando con tanta fuerza como si temiera que fuese a escapar.

—Pero si el plátano cae, partirá en dos al pequeño pimpollo.

—Sólo si le cae encima de lleno. Y como el pimpollo es tan pequeño, puede librarse fácilmente. El pimpollo, ¿es una cría del plátano o salió de una semilla que trajo el viento?

Beckett no hizo intención de retirar su mano de la mía, y yo sentía la uña roma de su pulgar clavándose en mi palma.

—Ah, claro. Una cría. Es un pimpollo que es hijo del plátano.

—Entonces... Un pimpollo genio, hijo de otro árbol genial, ¿no? —dijo.

Oí a mi madre que se acercaba, llamándome.

—Lucia, ¿quieres hacer pasar al señor Beckett? Jim tiene una pila de lectura tan alta como la Torre Eiffel, si no te importa.

—Sam —susurré con urgencia—. ¿Podemos tomar el té la semana que viene?

—El domingo —dijo soltándose—. Los dos pimpollos tomarán un té alejados de los plátanos. ¿Has decidido anular mi clase de baile después de mi lamentable comportamiento del otro día?

Se frotó el caballete de la nariz y comenzó a sonrojarse el cuello.

—Por supuesto que no. Pero tu salita es demasiado pequeña. Tengo que encontrar un momento para hacer sitio en el salón —dije.

Sólo de pensar en él en mis brazos (¡por fin!) me sentía invadida por una especie de ligereza. Sentí que podría elevarme, en el aire, como un globo. Le puse la mano en el brazo como para mantener los pies sobre la tierra, y añadí:

—Te prometo que no lo he olvidado.

* * *

Fue mientras esperaba que llegara el día del té con Beckett: en mi mente se empezó a formar una coreografía, una secuencia de movimientos basada en un pimpollo y un plátano. Iba andando por los Jardines de Luxemburgo, observando las ramas que se mecían y las hojas temblorosas. Miré las nubes, que se desplazaban a toda prisa, y la forma en que la lluvia golpeaba el estanque de las barcas. Me topé con un viejo castaño y acaricié su corteza retorcida. ¿Cómo podría convertir la solidez de un árbol antiguo en un baile?

Al pasar el Sena me fijé en la marea del río. Eso también podía formar parte de la coreografía.

En cuanto llegué a casa tomé unas notas e hice algunos bocetos de lo que había visto. Quería incorporar elementos de ballet, gimnasia rítmica, flamenco y jazz. Me pregunté si a la señora Fitzgerald le gustaría bailar conmigo. O a Kitten, tal vez. Y tal vez podría pedirle a Emile que me compusiera una pieza.

Aunque no había decidido aún quién bailaría y quién compondría la música, estaba completamente segura de cómo terminaría el baile. El pimpollo tenía que morir. Tenía la imagen de la *grand finale* como una danza de la muerte a tempo lento, donde el pimpollo quedaría postrado e inmóvil mientras el plátano se erguía triunfante. Y, con todo, no lo concebía como una batalla, con movimientos de batalla: tenía que ser una lucha lenta, donde nada resultara obvio hasta el final. ¿Funcionaría? ¿Podría hacerlo?

* * *

Esta vez Beckett había comprado magdalenas, que insistió en que mojáramos en la infusión de tila que había servido.

—Como Proust —explicó—. Eso le traía recuerdos de su infancia.

Pero yo no quería pensar en los recuerdos de mi infancia, así que me acomodé entre los muelles de su viejo sofá, que protestaron, y le pregunté si tenía algo interesante que contarme. Las contraventanas verdes estaban abiertas de par en par, y a través de la ventana yo veía un enorme castaño en flor, con los capullos rosas colgando como faroles entre las hojas.

—Pues sí: estoy a punto de publicar mi primer relato.

Volvió a llenarme la taza de tisana y, al hacerlo, se acercó un poco más.

—¡Enhorabuena! No sabía que escribías.

—Llevo varios meses escribiendo prosa y poemas. Tu padre me ha inspirado, y estar en París también. —Se aclaró la garganta, y añadió—: Quiero ser escritor.

—¡Eso suena muy bien!

Sentí que me recorría una oleada de emoción. Nuestros respectivos destinos parecían acercarse, colisionar de manera imprevista. Durante un

instante breve y enloquecido me imaginé siendo su musa. ¿Era eso lo que quería decir mi último «momento de Casandra»? ¿Estaba yo destinada a ser su musa, y no su esposa? ¿O iba a ser las dos cosas? Aparté aquella idea de mi mente. Tenía que concentrarme en lo que me estaba contando.

—Voy a terminar mi estudio de Proust e intentaré que me renueven el contrato con la École por otro año. Y luego rogaré a mi madre que me envíe algo más de dinero.

Mojó la magdalena en la infusión y me miró fijamente, con un tinte de melancolía.

—¿Y si no accede a enviártelo?

Seguramente percibió el tono angustiado de mi voz, porque se echó a reír.

—Tendré que escribir una novela y encontrar editor lo antes posible. Y el que una revista vaya a publicar un relato mío me lleva a pensar que es posible.

—¿Qué vas a escribir? ¿Qué tipo de relato? ¿Uno de esos con trama y personajes?

Se rió de nuevo.

—Lo dudo. Afortunadamente, tu padre nos ha liberado a todos de esos tiranos en concreto.

—Entonces, ¿de qué vas a escribir?

Sonreí con dulzura, para ocultar los pensamientos que me pasaban por la mente: ¿escribiría sobre mí? ¿Sobre mi baile? ¿Sobre el amor?

—No lo sé. Sobre el aislamiento, la soledad, el sufrimiento, la decadencia, la locura...

—Pero... Sam: ¡eso es horroroso! ¿Quién iba a querer leer algo así?

Mi sonrisa se volvió vacilante. ¿Cómo iba yo a ser la musa de todo aquello?

—Son temas bastante habituales. —Dio un trago rápido y nervioso a la tisana y luego depositó la taza y el plato con cuidado sobre las obras completas de Shakespeare, que utilizaba como mesita auxiliar—. No quiero quedarme en la superficie. Quiero explorar el vacío que hay en las vidas de la gente. Quiero mostrar que la vida puede ser algo precioso y, a la vez, no valer la pena. Pero lo haré con humor, así que no resultará tan triste.

—Algo precioso y, a la vez, no valer la pena —repetí despacio, sintiendo

el pulso de sus palabras en la lengua; tal vez pudiera ayudarle con los fragmentos preciosos, pensé.

—Me he obsesionado con el ritmo de las palabras, los patrones de las frases, la resonancia. Es la influencia de tu padre.

Hizo una pausa y contempló el espacio que nos separaba. Yo cogí una libreta que él había dejado en el suelo, junto al sofá.

—¿Es aquí donde escribes? ¿Puedo leer algo?

Sentí una enorme curiosidad por ver cómo escribía. ¿Sería como la *Obra en curso*, llena de retruécanos, y rimas y palabras unidas de manera abstrusa, que no tenían ningún sentido?

—Ahí no hay más que notas.

Los dedos de Beckett se me acercaron rápidamente, como si fueran a arrancarme el cuaderno de las manos. Pero yo ya lo había abierto y estaba leyendo atenta y cuidadosamente las palabras y frases que enumeraba, muchas de ellas acompañadas por unas marcas quisquillosas:

- Flotulencia Aflanadora
- Diluvio Divisible a Dos manos
- Hija que ojea, chocho que chochea
- Bazofia que olisquea a un caniche bailando el *foxtrot*
- Noches peludas, canosas, sin putas
- La insonoridad que sube siseando

Traté de mantener una expresión neutra mientras recorría la página. Lo que escribía me resultaba idéntico a lo que escribía Babbo. Los dedos de Beckett atenazaban ahora el cuaderno y, a su modo, contenido y cortés, trataba de quitármelo.

—¿Son frases de la *Obra en curso*?

—Son frases que he leído por ahí y me han gustado. Algunas son mías. ¿Me lo devuelves, por favor?

Se revolvió en el sofá, haciendo que los muelles subieran y bajaran con su movimiento oxidado.

Solté el cuaderno. Él lo metió rápidamente bajo el sofá, imagino que junto al resto de su obra y a los mazos polvorientos de cartas que guardaba allí. Pero a mí se me había abierto el apetito.

—¿Para qué son las marcas?

—Pongo esas marcas en las frases que ya he usado. Así sólo la uso una vez.

—Me ha gustado «La insonoridad que sube siseando». Esa podría bailarla.

Podía ver con claridad las palabras, serpenteando en el aire entre los dos, como si fueran algo vivo, voluptuoso, sinuoso... respirando. Se me ocurrió pensar que, tal vez, nuestro destino era trabajar juntos, nada que ver con el matrimonio. ¿Eso era lo que iba a hacer yo? ¿La coreografía de sus relatos y poemas? ¿Iba él a componer la letra y Emile la música? ¿Había una fuerza que nos empujaba a uno contra otro y que tenía más que ver con el arte que con el amor? Pero yo recordaba aquel sueño mío donde aparecíamos los dos desnudos y recordé los breves instantes de intimidad física. Y recordé también lo poco que me habían interesado... casi repugnado... aquellos avances de Emile en el Bois. Con Beckett me sentía de otra manera.

—¿Podrías? ¿Ahora?

—Sí, creo que sí. ¿Me dejas ver el relato que te aceptaron? Tal vez pudiera transformarlo en un baile.

—Te lo enseñaré cuando esté publicado. —Me acercó el plato de magdalenas con una mano y con la otra se limpió el velo de sudor de su cara rosada—. Es que no me gusta mucho hablar de mí. Ni de mi trabajo. Dime qué has estado haciendo tú.

—Estoy agotada. —Me recosté en el sofá y cerré los ojos—. Giorgio está casi siempre fuera, y a mí me toca hacer todo lo que necesitan mamá y Babbo. Ayer bailé seis horas, y luego tuve que ir a cenar con ellos, cuando lo único que quería yo era darme un baño e irme a la cama. Y luego, cuando volvimos a casa, tuve que escribir al oculista de Babbo: no podía mantener abiertos mis propios ojos.

—Y tu madre, ¿no puede hacer nada?

El brillo y el color desaparecieron del rostro de Beckett, visiblemente, cuando se relajó al ver que yo dejaba de forcejear con el cuaderno. Se arrellanó en el sofá y volvió la cabeza hacia mí. En esto no se parece en nada a Babbo, pensé aliviada. A mi padre le encantaba hablar de su trabajo y lo cierto era que, cuando lo hacía, era cuando se le veía más a gusto. Y lo mejor de todo, cuando la audiencia estaba formada por aduladores. Gracias a Dios yo no tendría que competir por Beckett con un ejército de pelotas.

—Mi madre es casi analfabeta —estuve a punto de decirle, sin querer, que en la lista de mamá había visto escrito, unos días atrás, «*recojer ulises*» debajo de donde ponía «comprar manzanas», pero me lo impidió un súbito acceso de vergüenza—. No tiene estudios —expliqué.

—¿De verdad? ¿Nada de nada?

Beckett me acercó el plato de magdalenas y movió la cabeza, comprensivo.

—Mis padres no entienden que ser alumna de Madame Egorova es un privilegio.

Cogí una magdalena y la examiné. Había algo en su forma, en los surcos profundos que rodeaban la masa dorada, que me hacía pensar de nuevo en el baile. La dejé en el plato y fruncí el ceño. Aquello era ridículo. Veía movimiento en todo, hasta en un bollo. ¿Qué me pasaba? ¿Vería Kitten en una chuleta de cerdo alguna posible coreografía?

—¿Madame Egorova? —preguntó Beckett.

—Sí. Los bailarines de los Ballets Russes siguen yendo a clases con ella. Casi no acepta alumnos nuevos, a no ser que vea que tienen verdadero talento.

—¿Y dices que bailó con Nijinsky? —Beckett cogió la cajetilla de tabaco y se puso un cigarrillo, con cuidado, entre los labios.

—Sí. Antes de que él se volviera loco y le encerraran.

Se hizo el silencio. Yo seguí tomando la tisana y Beckett encendió el cigarrillo.

—Babbo dice que si es demasiado para mí siempre puedo aprender encuadernación. Yo pensé que preferirían que hiciese ballet: me pareció que sería más aceptable, en Irlanda, que el baile moderno. Pero ahora creo que lo que no quieren es que baile en público: creo que les da vergüenza, no sé por qué. Al principio Babbo parecía disfrutar de mi éxito, pero me da la sensación de que algo ha cambiado. Se me ha pasado por la cabeza que, por alguna razón, el ballet clásico no le inspira lo mismo que la danza rítmica, y que por eso ha perdido interés. En mí, y en mi baile.

—Desde luego, no es tan expresivo... O tan... sensual. —Beckett tosió, incómodo.

—¿Es que en Irlanda no bailan las mujeres?

—Bueno... danza irlandesa, ya sabes... danza de esa campestre. O tal vez el vals inglés. Pero a Isadora Duncan no le hubieran permitido bailar en Dublín. Y a Josephine Baker la habrían encerrado —sus palabras salieron junto a unas guirnaldas de humo que le enmarcaban la cara y que él sacudió antes de añadir—: tu padre y yo tenemos un sentimiento irlandés muy profundo, pero a ambos nos repele el *ethos* de aquel país. Y los irlandeses pueden ser muy crueles.

Asentí. Quería preguntarle si era verdad lo que había dicho mamá, que en Irlanda sólo bailan las rameras. Pero no fui capaz de componer la frase, así que no dije nada.

—Y tu padre... ¿qué piensa de mí? —Beckett vaciló cuando la ceniza de su cigarrillo, que había formado un tubo largo, se le cayó en la camisa. La sacudió, pero no levantó los ojos. Yo dejé de hablar, sorprendida.

—Para Babbo eres como un hijo —dije al fin, intentando asumir un tono de voz que le tranquilizara.

—El señor Joyce me dijo que él no quería a nadie, salvo a su familia. ¿Es eso cierto?

Beckett dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo por la nariz. Yo asentí.

—Cuando tiene amistad con alguien es sólo por interés. Me lo dijo una vez. Y la verdad es que no tiene amigos, sólo aduladores. Así llamo yo a todos esos que revolotean a su alrededor.

Cogí la magdalena y empecé a mordisquear el borde. Qué conversación tan absurda, pensé. ¿Por qué le preocupará tanto mi padre? Siempre me pregunta por él, siempre se muestra preocupado por lo que piense... Y ahora veo que hasta escribe como él. Le miré: estaba recostado en el sofá, haciendo anillos de humo. Parecía pensativo, algo sombrío. Me pregunté qué podría yo decirle para animarle un poco y que recuperase su buen humor de antes.

—Nos vamos a Inglaterra a pasar el verano —dije, cambiando de tema, y recordé que aún no se lo había dicho a Madame Egorova: ¿cómo se lo diría? —. Madame Egorova me va a matar. A lo mejor puedo decir que no voy.

—Ah, nada de eso. Tienes que ir. —Beckett me miró, levantando las cejas—. Tu padre te necesita. Es cierto que es el genio que todo el mundo dice.

Me mordí, distraída, la uña del pulgar.

—¿Me has visto en el libro de mi padre, Sam?

—Asumí que Anna Livia Plurabelle eras tú, en parte. E Issy, claro. Y ha estado trabajando en algunos párrafos que se basan en las muchachas arcoíris. Sus referencias a la danza son continuas.

—¿Y por eso tengo yo que hacer todo lo que él quiera? ¿Ir adonde él quiera?

—Claro que no —dijo Beckett enseguida—. Lo que quiero decir, con este estilo mío tan inepto, es que formas parte de su obra, no que tengas que... sacrificarte.

Se quitó el cigarrillo de la boca y lo depositó con cuidado en el cenicero. Se quedó allí, lanzando bucles de humo por toda la habitación.

Yo estaba a punto de encogerme de hombros con despreocupación, de hacer un gesto que indicara «¡Y qué le vamos a hacer!». Y fue cuando sucedió. Sin previo aviso Beckett se me acercó a trompicones por el sofá y apretó su cara contra la mía, sus labios contra los míos. Sentí todo el contorno de su cuerpo contra el mío y el sabor de su cigarrillo en la boca. Traté de liberar los brazos para poder abrazarle, mostrarle que mi deseo era tan grande como el suyo, pero tenía las manos apresadas bajo su cuerpo. Y una sensación de desastre inminente me detuvo, me impidió liberarlas. Empecé a revolverme como si estuviera intentando escapar, y Beckett se apartó.

—Ay, Dios, lo siento mucho, Lucia.

Se puso en pie rápidamente, cogió su cigarrillo, aún humeante, del cenicero y dio una calada.

—No pasa nada —farfullé, sin saber qué hacer después.

Ah, ¿por qué no tenía yo más experiencia en estas cosas? ¿Por qué me comportaba como una colegiala? ¿Por qué no me recompuse, le rodeé el cuello y le atraje hacia mí? ¿Qué era lo que me hacía sentir tan mal, resistirme a sus manos?

—Te acompañaré a casa.

Beckett se sonrojó violentamente y fue hacia la puerta. Yo quise detenerle, decirle que sentía lo mismo, que nuestro destino era estar juntos, pero entonces alguien llamó a la puerta y apareció, al abrirse, la cabeza del señor McGreevy.

—Ah, buenas tardes, señorita Joyce. ¿Iban a salir? Pues me uno a ustedes, voy en la misma dirección. La suya en concreto... voy a cenar con sus padres

esta noche. Puedo acompañar a la señorita Joyce a su casa, Beckett. Usted siga con Proust. Ah, y traigo esto. —El señor McGreevy rebuscó algo en el bolsillo—. Es la razón por la que he llamado a la puerta. Vino antes el conserje, pero no le encontró, y le dije que se lo daría yo personalmente.

Mientras el señor McGreevy rebuscaba en los bolsillos yo me arreglé el pelo y me alisé el vestido, en un intento de aplacar los nervios. Beckett estaba inquieto, de pie junto a la puerta, con la cara enrojecida y las gafas torcidas.

El señor McGreevy sacó un fajo de cartas de su bolsillo interior.

—Más cartas de su tía de Alemania. Tiene una caligrafía bellísima. —Se las entregó a Beckett con teatral reverencia—. Bien, señorita Joyce: vámonos... usted y yo.

Cuando me iba Beckett, envarado, se inclinó a darme un beso en la mejilla, como hacía ya siempre. El señor McGreevy ya iba por el pasillo, así que aproveché la ocasión para girar un poco la cabeza y que los labios de Beckett rozaran los míos. Volvió a ponerse colorado, se disculpó, y posó de nuevo los labios en mi mejilla, como si hubiera sido él quien había cometido el error, y no yo. ¡Ah! ¡Cómo deseaba que me volviera a abrazar y besar otra vez!

—Creo que he encontrado un momento para nuestra clase de baile, antes de que nos vayamos a Inglaterra —susurré.

Oía al señor McGreevy llamándome desde el corredor. Beckett miró las cartas que tenía en la mano.

—¿Cuándo crees?

—La semana que viene. El martes por la tarde. —Sabía que mis padres iban a asistir a una matiné y Giorgio tenía ensayo con el coro, así que la casa estaría vacía—. ¿Podrás venir?

Tenía que verle antes de irnos. Tenía que tenerle en mis brazos antes de irnos. Y si no, me quedaría en París, me negaría a acompañar a mis padres a Inglaterra. Me quedaría aquí, en París, con Beckett y Madame Egorova. Al menos hasta que Beckett se marchara a Alemania.

—McGreevy te está llamado —dijo Beckett, haciendo una señal con la cabeza en dirección al corredor—. Nos vemos el martes.

De camino a casa iba pensando sólo en Sam, haciendo oídos sordos al parloteo del señor McGreevy. Con mi torpeza había estropeado el momento... una vez más. Tenía que encontrar el modo de mostrarle mis

sentimientos. Tenía que dominar los nervios y superar mi timidez. Juntos, teníamos que deshacernos de nuestra inhibición irlandesa. De pronto, estiré una pierna hacia delante, hice una pirueta y después un *fan kick* espontáneo. El señor McGreevy me miró sorprendido, pero no hice caso. Era fantástico moverse y estirarse y dar vueltas después de haber pasado horas doblada en el sofá hundido de Beckett. Y fue entonces cuando se me ocurrió: lo vi tan claro que me sentí como una polilla a la que ciega, de pronto, un haz de luz. ¡Nuestra clase de baile! Bailando podíamos ser personas muy diferentes: nos abandonaríamos, espontáneos, libres de vergüenza.

Recordé mi sueño, la pátina de su piel blanca dorada, la sensación que me producía sentirle junto a mí, su calor, la forma en que sus manos recorrieron mi pecho y mis muslos, la luz que caía sobre nuestros cuerpos desnudos, entrelazados. Sí, yo haría que sucediera: de un modo u otro, haría que sucediera.

11. JULIO DE 1929

París

Estábamos Beckett y yo en el salón, examinando el espacio. No había nadie en casa, sólo nosotros, y liberada de los movimientos pesados de mamá y los suspiros preocupados de Babbo el salón había adquirido tal ligereza y parecía tan amplio que resultaba perfecto para nuestra primera clase.

—Me gusta más así.

Beckett asintió, algo envarado, cuando vio lo que había hecho yo: los aparatosos muebles apartados, arrimados a las paredes del salón, aquella alfombra china tan chabacana enrollada, metida bajo el sofá, y las macetas de helechos ocultas tras la puerta, el piano también contra la pared, las cortinas de chintz totalmente abiertas. Había abierto del todo las contraventanas, las había dejado muy pegadas a la pared, y sólo se veía un cielo frágil y azul cuya luz caía en un bloque rectangular sobre el suelo de madera.

—¿No te gusta el salón de mi madre? —le pregunté con indignación fingida.

Me pregunté si habría visitado algunos de los apartamentos más modernos en París. Stella tenía una alfombra de piel de cebra y, en las habitaciones, unas lámparas con las pantallas pintadas de un modo muy caprichoso. Y la señora Fleischman estaba cambiando la decoración de su casa para adaptarla al estilo *art déco*, que era el último grito, con paredes negras y espejos por todas partes.

—Me gusta la luz. —Beckett miró hacia la ventana y luego añadió—: Y los espacios despejados.

Pensé en la austeridad de sus habitaciones, en sus libros, ordenados

alfabéticamente en los anaqueles.

—Entonces, ¿prefieres una habitación desnuda?

Le lancé una mirada directa, llena de descaro, y vi que le subían los colores. Se había metido las manos en los bolsillos del pantalón, y veía los nudillos tirantes a través de la tela.

—Me gustan las cosas limpias y ordenadas. —Miró al suelo y se movió un poco; luego volvió a mirarme—. ¿Esto es lo que llevas puesto en las clases de danza?

Asentí, y me pregunté si debía yo gastarle una broma con aquellas enormes bragas de baile que me había visto puestas en el estudio de Monsieur Borlin. Pero no lo hice: levanté un poco la falda corta y vaporosa para mostrarle lo cómoda que era aquella túnica de baile, que me dejaba mover las piernas libremente.

—A Monsieur Borlin le gusta ver nuestros cuerpos, así puede darnos un toque con el bastón si los músculos no están bien tensos... Pero normalmente llevo medias. Por una cuestión de decoro.

Pero Beckett no me estaba escuchando. Me estaba mirando las piernas, con la cara enrojecida.

—¿Listo para el charlestón, entonces? No puedo creer que hayamos tardado tanto en conseguirlo. Y no sé cómo has podido sobrevivir en París sin saber bailar. —Esperaba que mi cháchara le permitiera soltarse un poco—. Le dije a Babbo que iba a enseñarte el charlestón y está deseando verte bailar. Babbo es buen bailarín, pero nunca ha conseguido cogerle el tranquillo... Y no es difícil. Cualquiera puede hacerlo. Yo he enseñado a todos los aduladores, aunque la mayoría no tenían ni pizca de sentido del ritmo. Y hace falta energía, mucha energía.

Me detuve, y miré atentamente a Beckett. Se había ido hacia la pared y se había apoyado en ella. No sabría decir si aquella era la postura que había adoptado para recuperarse después de verme las piernas o se trataba de su habitual estado de letargo. Su insomnio a veces le dejaba amodorrado, según me había dicho. Y aunque a mí me encantaban sus movimientos lánguidos, se me ocurrió que aquel no era el baile más adecuado para él.

—¿Quieres que probemos algo más lento? ¿Un vals?

—No, en absoluto —se apresuró a decir—. Estoy un poco nervioso, lo reconozco. Pero quiero bailar el charlestón.

Le ofrecí la pitillera de plata de Babbo, convencida de que fumar un cigarrillo le ayudaría a relajarse. Tenía que hacerle bailar, pero ¿cómo, si era tan torpe y tan tímido, y no era capaz de aprenderse un par de pasos básicos? Cuando le miré vi que estaba forcejeando con la pitillera, las mejillas aún sonrosadas del rubor. Y decidí poner un disco en el gramófono. A todo el mundo le relaja la música.

Puse en marcha el gramófono y coloqué la aguja con cuidado en el borde del disco. El aire se llenó de pronto de crujidos y un segundo después irrumpió en la habitación el golpeteo de los tambores y el sonido ondulante del piano. Inmediatamente mi cuerpo comenzó a agitarse, mis pies a golpear el suelo, mis brazos a balancearse. ¿Quién no querría bailar al ritmo de una música como aquella? Pero cuando me giré a mirarle Beckett tenía un aspecto más abatido que nunca, y fumaba nervioso, sin parar. Le miré los pies: tenía que estar llevando el ritmo con ellos, dando golpecitos en el suelo. Pero no. Los tenía quietos. Ni el más leve tamborileo.

Entonces tuve una idea brillante, repentina. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Vuelvo en un minuto, Sam. Intenta que la música se mueva en tu interior. Trata de sentir el ritmo. —Fui hacia la puerta, pero me volví un momento a decirle—: El charlestón es un baile muy rápido.

Qué estupidez, decir aquello. Todo el mundo sabe que el charlestón es un baile muy rápido. Pero su nerviosismo me estaba afectando a mí. Se me había metido por debajo de la piel, y me había puesto tensa.

Entré en el despacho de Babbo y busqué en los anaqueles. ¿Qué libro habría elegido esa semana? Pensé en lo que había oído y visto leer... Sí, había estado consultando un diccionario de noruego: lo recordaba bien porque había comentado lo exiguos que eran los diccionarios nórdicos y me había preguntado si conocía a algún noruego en París.

Encontré el estante donde solía poner sus libros de consulta: el diccionario de noruego sobresalía, revelador. Tiré de él y lo saqué. Y allí estaba: la amada botella de whisky irlandés de Babbo.

—Esto podría ayudarnos.

Regresé al salón enarbolando la botella. Beckett estaba de pie exactamente donde le había dejado, con el humo del cigarrillo saliendo en hilachas de su boca. No creo que hubiera movido los pies ni una pulgada, a

pesar de que la música resonaba por toda la sala. Pero al ver la botella sonrió. No era su media sonrisa de costumbre, sino una sonrisa que le recorría entero por dentro, y le hacía mover los ojos aliviado.

—Luego la volveré a poner en su sitio. —Y di un trago alentador directamente de la botella, tosió como si se me hubiera agarrado a la garganta, y le ofrecí.

Su expresión se ensombreció.

—No puedo beberme el mejor whisky de tu padre —dijo, haciendo un movimiento de retirada como el de un cangrejo, en dirección a la puerta.

—Ah, no. No es de Babbo. Es de Giorgio. Y no volverá por aquí en unos días. Esto te ayudará a relajarte, Sam.

—Bueno. Si es de Giorgio... Y si me permite comprarle otra...

Cogió la botella y se la metió en la boca. Se limpió el cuello con los dedos, manchados de tinta, y me la dio. Yo la dejé sobre el piano, esperando que habría perdido aquella rigidez suya y sería capaz de bailar, al fin. Recordaba cuando le tuvimos que sacar a rastras del café, el día del lanzamiento del libro de Babbo, aquella sensación de su cabeza apoyada en mi pecho. No quería que se emborrachara, sólo que se soltara lo suficiente para bailar.

—¿Empezamos? Tienes que aprovechar la música para coger el ritmo. — Le puse una mano en cada brazo y lo coloqué en la posición inicial: era como agarrar un madero. Así que volví a coger la botella de whisky y se la di—. Termínatela, Sam. Para bailar esto tienes que estar verdaderamente desinhibido. —Abrió mucho los ojos, y dijo:

—¿Entera?

—Yo tomo un poco y tú te la terminas.

Bebí con decisión de la botella hasta que la habitación, cuya desnudez me parecía tan poco familiar, empezó a dar vueltas. Sentía el alcohol quemándome en la garganta como un carbón al rojo. Intenté parar la tos con la mano: no quería que pensara que nunca había bebido whisky.

Beckett me reservó los últimos tragos. Esta vez no limpió la boca de la botella, y yo sentí el calor húmedo de sus labios, donde los había apoyado. Luego recorrí el borde con la lengua. Pero lo único que notaba era el calor afilado del whisky.

Después de eso cambió todo. El licor empezó a inundarme el cerebro

mientras me esforzaba por desenterrar las palabras necesarias para explicarle lo que había pasado tanto tiempo preparando. Pero no me salieron. Se me quedaron atascadas en la laringe, agazapadas en la base de la garganta, formándose y volviéndose a formar en silencio. Yo las sentía, rascándome las cuerdas vocales... «Cualquiera puede bailar el charlestón, Sam.» «Empieza con los pies separados a la anchura de los hombros, Sam». Veía las palabras dibujándose en mi mente, pero tenía la lengua paralizada.

—El lenguaje nos ha abandonado —dijo Beckett de pronto, como si supiera exactamente lo que yo estaba sintiendo—. Una pieza de música puede emocionarte en un instante. Puede incluso llevarte a las lágrimas. Y un cuadro también. Mira lo que puede lograrse con una simple pincelada. Pero las palabras, no. Las palabras nos han abandonado.

Asentí, indicando que estaba de acuerdo, y traté de comprobar cómo tenía alineados los pies y las manos. Todo a mi alrededor estaba borroso y se movía.

—El baile, el movimiento... nos hablan directamente. Como un cuadro. Como la música.

El alcohol, que a mí me dejaba sin habla, tenía en Beckett el efecto contrario. Se había despojado de la capa de timidez que le protegía. Sus brazos subían y bajaban. El cigarrillo se consumía, abandonado, entre sus dedos. Su pie izquierdo comenzó a moverse al ritmo de la música.

—La mayor parte de las palabras son mentira, Lucia. ¿Cómo podemos entender la existencia humana con palabras? ¿Cómo podemos entender la existencia humana, sin más?

Y con esa pregunta tan peculiar, mi voz regresó y la habitación dejó de moverse.

—Bailando, naturalmente.

—Puede ser. El baile es más honesto que las palabras.

Fue hacia el piano, y yo pensé que iba a coger la botella de whisky vacía. Pero cogió el metrónomo de Giorgio y lo colocó exactamente en el centro de la sala vacía. Yo sentí una punzada de expectación que me agitaba el estómago. A mí el alcohol me había dejado aturdida y no me permitía centrarme: él se había vuelto osado y decidido.

—¿Para qué es eso?

Lo dije despacio, para disimular que hablaba arrastrando las palabras y

ocultar la excitación que estaba creciendo dentro de mí.

—Para ayudarnos a llevar el ritmo. Pensé que podríamos empezar sin música.

Empezó a remangarse.

—¿Quieres bailar al ritmo de un metrónomo? —pregunté perpleja.

—Sí. —Se fue hacia el gramófono y levantó el brazo; la habitación se quedó en silencio—. Si bailamos sin música, además, oiremos los demás sonidos.

—¿Los demás sonidos?

—Nuestros pies deslizándose por el suelo, el crujido de mis huesos... Tengo un hueso en el tobillo que, en determinadas posiciones, suena como un crujido.

Su voz se apagó cuando se agachó y se puso a enredar con el metrónomo. Oirá mi respiración, pensé. Oirá mi corazón. Y yo oiré el suyo. ¿Era esa su intención? ¡Qué seductor era! Me quedé mirando la curva de su espalda, con sus nudos, bajo la camisa, el pelillo suave de su nuca, las pecas de sus brazos. Estaba a punto de alargar el brazo y tocarle, cuando levantó los ojos, me miró, y me preguntó:

—¿Puedes enseñarme sin música?

—Sí, sí. Por supuesto.

Aparté los ojos de su cuerpo, que seguía agachado. ¡Maldito whisky! ¿Dónde había ido a parar aquel guión que tanto tiempo llevaba practicando?

Beckett se puso en pie. El metrónomo llevaba su ritmo. Sonaba muy fuerte.

—Creo que este es el tempo. ¿Cómo empiezo?

—Con las manos —dije, levantando las mías a la altura de los hombros, con las palmas hacia el frente: tenía que concentrarme. Tenía que enseñar a Beckett a bailar. Babbo estaba esperando verle bailar el charlestón—. Bien. Ahora tienes que moverte así, hacia arriba y hacia abajo, los hombros también.

Sentía el whisky y la música corriendo por dentro, haciendo que todos los huesos de mi cuerpo parecieran flexibles y blandos como una cinta.

Él movió los brazos y sonrió.

—Estos hombros están muy rígidos. —Le di un golpecito en los hombros

y sentí que el arco que formaban se ablandaba y se derretía con el calor húmedo de mis manos—. Más sueltos. Ahora exhala. —Lo hizo, y yo sentí que los hombros se soltaban—. Muy bien. Ahora intenta moverlos de nuevo.

—Ya veo lo que quieres decir, Lucia. Sobre las palabras. Sobre lo inadecuadas que son. Yo sé que tu padre cree en el poder absoluto de las palabras. Pero esto... bailar... esto es real. Es verdadero.

Su suave deje irlandés se hizo más marcado. Sentí cómo me iba envolviendo. Me envolvió entera, hasta que no oí nada más. Ni el metrónomo, ni nuestros pasos en el suelo, ni el latido de mi corazón.

Beckett dejó de mover las manos y comenzó a jugar con el botón superior de la camisa.

—Hace un poco de calor. ¿Te importa que me desabroche un par de botones?

Yo intenté responder, decirle que por supuesto que no me importaba. Pero por alguna razón las palabras me abandonaron de nuevo. Así que, en lugar de hablar, negué con la cabeza.

El metrónomo seguía sonando y sus dedos jugueteando con los botones. Y entonces sucedió algo de lo más peculiar: mis dedos, mis propios dedos, que acababan de tocarle los hombros con profesional despreocupación, se acercaron a su garganta. Beckett había conseguido liberar el botón de arriba, y se afanaba ahora con el segundo. Las clavículas le sobresalían junto al cuello desgastado de la camisa. Entre ellas, un hoyuelo que parecía una concha marina moteada. Mis dedos corrieron hasta ese hoyuelo de la base de la garganta. Primero, la punta de mi dedo índice se deslizó hasta su interior y acarició el centro, quemado por el sol. Luego siguió el dedo medio. Después, el anular. Y por último, el meñique. Así, hasta que todos los dedos hubieron dibujado una leve curva por el desnivel que había entre los huesos de su cuello.

Me miré los dedos como si no formaran parte de mi cuerpo, como si pertenecieran a otra persona. Lo único que oía en medio del silencio era la respiración de Beckett y el tictac incansable del metrónomo. Y luego, de repente, el botón con el que él había estado forcejeando salió volando y echó a rodar por la habitación, recorriendo la tarima desnuda, y cayó bajo el sofá.

Fue como si un hipnotizador hubiera chasqueado los dedos. Yo me aparté, incómoda, y traté de recuperar mi anterior actitud, la de instructora.

Pero me ardían las mejillas. Beckett se movió y yo me pregunté si iría a tratar de recuperar su botón de debajo del sofá, pero no lo hizo: se quedó donde estaba, de pie, sonrojándose.

—Ya lo cogeré luego.

Su voz tenía un matiz extraño, como si estuviera ronco... y eso hizo que mi cerebro volviera a desconectarse de mi cuerpo. Sentía un hilo que parecía unirnos a los dos, algo que sentía que tiraba de mí y me llevaba hacia él. Y él seguía de pie, exactamente en el mismo sitio, parpadeando. Parecía buscar las palabras adecuadas:

—¿Te parece que esto es más honesto? —pregunté.

Le puse las manos en los antebrazos. Le giré hacia mí. Incliné la cara, frente a la suya. Esperé a que me besara.

—El metrónomo...

Oíamos el soniquete del metrónomo, en el mismo suelo que golpeaban nuestros pies.

—Olvidalo —dije.

Levanté más la cara. Tuve que ponerme de puntillas.

—Tus padres...

—Van a estar fuera horas.

Le estreché la cara entre las manos. Sentí cómo raspaba su barba incipiente. Acerqué su cara a la mía. Toqué levemente sus labios con los míos. Olí en su aliento el whisky y el tabaco. Sentí una sacudida de liberación. Beckett retrocedió.

—¿A qué hora volverá tu padre?

Movía los brazos, nervioso, como si quisiera abrazarme pero no fuera capaz.

—Va a estar fuera horas y horas.

Entonces le abracé yo. Le cogí por la cintura. Sin pudor alguno le atraje hacia mí, sentí la ligereza de su cuerpo huesudo. Apoyé la cara en su pecho. Oí el latido de su corazón. Levanté la cara. Rocé sus labios con los míos. Cálidos. Suaves. No muy dispuestos.

Entonces apreté la boca contra la suya, con más firmeza. Le temblaban los labios. Sentí cómo abría la boca, poco a poco. Y, de repente, me besó. Me besó apretando con fuerza, como si todas sus preocupaciones por el

metrónomo y la angustia de que Babbo pudiera volver se hubieran desvanecido. Sus labios fueron de mi boca a mi cuello, detrás de mi oreja, otra vez a la boca...

Y entonces, se apartó.

—¿Y tu madre?

Seguía sin resuello. Señaló a la puerta con un gesto nervioso.

—Están todos fuera —susurré.

—Pero creo... puede ser... el baile... querrán verme bailar el charlestón...

Volvió los ojos hacia la pared donde estaban los retratos de los familiares de Babbo.

—Si los retratos te molestan, podemos pasar a mi dormitorio.

Le cogí de la mano y traté de llevarle hacia la puerta.

—Si llegan y me pillan en tu dormitorio...

Beckett dio un paso atrás y, en el silencio del salón yo seguía oyendo sus latidos. Me pareció que nuestros corazones latían al unísono.

Me giré hacia él.

—No hay nadie en casa. Nadie en absoluto.

Un segundo después nuestras bocas estaban pegadas y su lengua buscando la mía, mi garganta. Sentí los huesos salientes de sus caderas, recorrí con los dedos la curvatura de su espalda, las líneas y nudos de sus huesos, la longitud de sus brazos y sus piernas.

La boca de Beckett regresó a mi cuello. Se detuvo en mi oreja. Yo trataba de oír lo que decía, con su respiración pesada... «hermosa... tu cuerpo, más perfecto que... pero yo... el whisky...». No lograba entender todas las palabras. Nuestro aliento, nuestros suspiros, eran demasiado intensos, y la habitación vacía los multiplicaba.

Comencé a desabotonarle la camisa. A tirar del cinturón. A empujarle al suelo, hacia aquel recuadro de luz de sol que nos llamaba y nos atraía. Haríamos el amor allí mismo. Aquel sería nuestro tálamo de luz dorada.

Me quité una media. La lancé lejos. Tiré el cinturón de Beckett con tal desenfado que la hebilla chocó contra el metrónomo. Me apreté contra él. Sentí su peso en las caderas, las costillas, el estómago. Sentí sus manos, que buscaban mis pechos. Sentí mis pezones saltar al roce de sus dedos. Y todo,

mientras seguía empujándole suavemente hacia el suelo, hacia aquel recuadro de luz que me llamaba con tanta urgencia.

* * *

Estábamos en el suelo cuando sucedió. Hábilmente, había logrado llevar a Beckett hasta aquel recuadro de luz almibarada de la tarde que se extendía en un rincón del salón. Tiempo después recordaría aquel recuadro como si hubiera sido nuestro lecho nupcial. Mucho tiempo después. Teníamos los brazos entrelazados, nos abrazábamos mientras nuestros dedos seguían explorando, buscando, jugueteando. Su camisa estaba en el suelo, enredada junto a mi túnica de baile, a nuestro lado. Su cinturón y una de mis medias también estaban enredados en el sofá, como un par de serpientes en hibernación. Y él seguía susurrándome al oído, preocupado por mi honor y por mis padres. Incluso en pleno delirio pasional era galante y caballeroso.

Beckett fue el primero en oírlo. Yo le sentí tensarse. Se puso en pie de un salto, se puso los pantalones y fue corriendo a coger su camisa. Buscó las gafas en los bolsillos.

—¡Rápido! ¡Tu vestido!

Cogió mi túnica y me la lanzó.

Agudicé el oído, y entonces lo oí yo también. Los pasos, pesados, en las escaleras. La voz de ella, avinagrada y quejumbrosa. El tap, tap, tap, de un bastón en el suelo del vestíbulo. Y luego, la voz de Babbo, clara como el agua.

—¿Estás ahí, Beckett? ¿Ya dominas el arte del charlestón? Ya te dije que cualquier viejo Charlie puede bailar el charlestón. ¿Dónde están, Nora?

Beckett estaba temblando con tal violencia que no era capaz de abrocharse la camisa ni de ponerse el cinturón. Tenía la cara ardiendo, y le brillaba. Un tic se había apoderado de su párpado izquierdo.

—Como haya liado alguna en mi salón de las visitas se va a enterar esa niña. Dame el bastón, Jim, antes de que sea yo la que se caiga.

Una parte de mí quería quedarse allí, sobre aquella alfombra de luz del sol, con los muslos y el estómago al aire, el pelo enredado, la ropa esparcida por el precioso salón de mamá. Una parte de mí quería quedar expuesta, casi desnuda, en brazos de Beckett, que la vieran así. Y en aquel momento, no

sabría explicar por qué, pensé en todas las noches que pasé compartiendo dormitorio con mamá y Babbo, noche tras noche: tapándome los oídos, odiando el sonido de sus huesos bajo las sábanas, sus jadeos ahogados, el chirrido de los muelles de la cama.

Pero el terror de Beckett era tan palpable que no me dejó opción. Me levanté de un brinco, me eché la túnica por encima y corrí a coger la media. Y entonces oí chirriar los goznes de la puerta.

Allí estaba mamá, con una expresión de cansancio y disgusto. Levantó las manos y volvió la cabeza hacia el vestíbulo.

—¡Jim! ¡Pon el hervidor a calentar! Yo voy enseguida. El señor Beckett no está aquí.

Oímos la voz de Babbo: tenía un tinte de decepción.

—Vaya, me quedo sin distracción, entonces. Regreso pletórico de parabienes y halagos y resulta que no me sirve de nada.

Luego, el repiqueteo de su bastón, cada vez más lejano, a medida que iba hacia la cocina.

Mamá cerró la puerta del salón. Sus ojos se entrecerraron hasta quedar reducidos a un punto. Se cruzó de brazos y se quedó en pie, muy estirada.

—Nunca me gustó usted especialmente, señor Beckett. Siempre pensé que ocultaba algo. Vaya con el santito protestante, mirándome siempre por encima del hombro.

Siseaba como el agua hirviendo sobre carbones al rojo. Yo apreté las mandíbulas y continué poniéndome la media y ajustándome la liga. Beckett no dijo nada. Se las había apañado para ponerse el cinturón, pero tenía la camisa sin abrochar, colgándole de los hombros.

—Con sus aires de niño bien de Foxrock, como si estuviera por encima de todos y todo lo pudiera... qué se cree, que no soy más que una vulgar criada de Dublín... Si no fuera por Jim le echaría ahora mismo de aquí. Pero Jim le necesita, y le aprecia. Así que no diré ni una palabra más.

Miré a Beckett, esperando que tranquilizara a mamá exponiendo sus honorables intenciones, que la aplacase con una declaración de amor por mí. Pero no dijo nada. Se quedó allí de pie, con la cara tan inexpresiva e inaccesible como una piedra.

Entonces hablé yo, meneando la túnica con descaro.

—Estábamos bailando, mamá. Nada más. No hay necesidad de que seas tan grosera con el señor Beckett. Te recuerdo que Babbo depende de él por completo.

Los ojos le ardían. Mamá resoplaba, llena de ira.

—¡El baile! ¡Mis pies! ¿Qué te crees, que no sé reconocer una picardía cuando la tengo delante de las narices? ¡Y en mi salón de las visitas!

Me volví hacia donde estaba Beckett, buscando de nuevo algún signo de emoción en la expresión de su rostro. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no decía que estábamos enamorados? ¿Es que no estaba preparado para admitirlo? ¿Por qué no negaba las acusaciones de mi madre, de estar haciendo picardías? Ella le hubiera creído. Posiblemente.

Pero Beckett no me miró. Miró a mamá, con el tic del párpado izquierdo mucho más notorio, buscando todavía con los dedos los botones de la camisa.

Yo decidí ser osada, confesarlo todo.

—Mamá, el señor Beckett y yo...

—¡Jesús bendito! No quiero oír ni una palabra más. Señor Beckett: baje por esas escaleras mientras Jim prepara el té. Que no le oiga. Lucia, quiero que vuelvas a dejar mi salón de las visitas como estaba. Ahora. Y por amor del cielo, ponte algo de ropa decente.

Abrió la puerta y, batiendo las palmas, indicó a Beckett que saliera.

—¡Vamos, señor Beckett! ¿A qué espera? No va a tardar todo el día en preparar el té. ¿O quiere enseñarle que ya sabe bailar el charleston? —Entornó mucho los ojos—. No, creo que no.

Y con eso Beckett se escabulló. Esperé que se volviera a mirarme, que me lanzara una última mirada de ternura, pero no lo hizo. Se marchó a toda prisa, sin decir palabra y con los hombros encorvados.

No me importó. Todavía le sentía dentro, quemándome. Su peso, su sabor. Tenía aún en los dedos el tacto de su piel, sus picos y sus valles, los abruptos precipicios de sus caderas contra mi cuerpo, el hoyuelo pecoso que tenía en la base del cuello. Me llevé las puntas de los dedos a la boca y chupé con furia. Me sonreí.

—¡Santa Madre de María! ¿Pero qué clase de zorra eres? Mira que te dije que te olvidaras de soñar con él. Te dije que dejaras de darle esperanzas. Ordéname el salón, ¡ahora mismo! En este mismo instante. Tienes suerte de que Jim vea menos que un topo. —Se dispuso a salir de la sala y yo comencé

a arrastrar el sofá hasta su sitio, esperando encontrar el botón que se le había perdido a Beckett: sería mi recuerdo, mi trofeo. Fue entonces cuando mamá volvió la cabeza de repente—: No le has dejado ir hasta el final, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa? —respondí, encogiéndome de hombros con indiferencia.

—Él nunca hubiera hecho algo así. Un muchacho irlandés de Foxrock... no. No contigo. Dime que no lo ha hecho. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lucia, dime que no.

Negué con la cabeza.

—No ha hecho nada. No habrá ningún bastardo en la familia, mamá, no te preocupes.

Sabía que no podría soportar un escándalo así. No en la familia. Ella nunca había visto nada deshonroso en la obra de Babbo, ni siquiera cuando prohibieron el *Ulises* por obsceno. Naturalmente, en París no se había producido escándalo de ningún tipo. El *Ulises* se exhibía orgulloso en los escaparates de las mejores librerías, y mamá estaba pletórica: el éxito era lo único que veía. Pero un escándalo en la familia... eso era otra cosa.

Exhaló, haciendo mucho ruido.

—Eso está bien. No dejes que vuelva a tocarte. Primero a la vicaría y luego a la picardía. Y nada de volver a bailar con él. No me fío del señor Beckett. Siempre holgazaneando. Nunca me mira a los ojos. Es falso y taimado, no me cabe duda.

Sentí una punzada de indignación.

—¡No es taimado! Siempre mira a los ojos a la gente. No es justo lo que dices...

—Bueno, *a ti* sí que te mira a los ojos, a la menor ocasión que tiene. Si al menos estuviera aquí el señor McGreevy... Él nunca me ha mirado como Beckett. Sabe que yo soy la señora Joyce, y que ceno fuera todas las noches. Un caballero católico, como Dios manda, el señor McGreevy. Él nunca te habría puesto un dedo encima. ¡Nunca!

—Creo que hay una cosa que has de saber. —Hice una pausa, tomé aire... iba a decirle la verdad sobre Beckett y yo. Iba a convertirle en mi confidente—. Nosotros... tenemos un sentimiento mutuo...

—Claro, sí. Como los cerdos en celo. No puedo escuchar esto ni un minuto más.

Se fue hacia la puerta, con la mandíbula adelantada y con expresión furiosa. Luego giró la cabeza de súbito en dirección al piano. Yo sentí que todo se me encogía por dentro. Supe que la había visto. Me puse a colocar las cortinas, las dejé a medio cerrar, jugueteé con los pliegues.

—¡Santa Madre de María! ¿Es ese el whisky que tenía tu padre guardado? Esa botella de la que cree que no tengo noticia... ¿Es esa?

La voz de mi padre, con un matiz de enfado, flotó y atravesó el hueco de la puerta.

—¿Nora? ¿Nora? El agua ya ha hervido. ¿Dónde estás?

—Que me caiga muerta si no has cogido esta botella de detrás del diccionario de noruego. —Dos círculos rojos brillaron de pronto en las mejillas de mamá mientras se dirigía al piano y cogía la botella vacía—. ¿Fue idea tuya coger el whisky de tu padre? ¿Y has conseguido que el señor Beckett se haga ilusiones valiéndote de una copita?

Moví la cabeza. Sentía la boca seca de repente, como llena de óxido. Me latían las sienas. Toda la energía se me había ido por el sumidero.

—Ahora pones en orden esta habitación y te quitas ese traje de ramera. Esto va a quedar entre nosotras. Pero me tienes que prometer que dejarás al señor Beckett para tu padre. ¿Me lo prometes?

—Sí, mamá.

Sentía la humillación coagulándose a mi alrededor. Quería que se marchara mi madre. Había algo en su ira, mi vergüenza, el calor de la habitación, y la forma en que se combinaba todo ello que me hacía sentirme mal. Sentí que se me encogía el estómago, que se me agitaba, al rasgar ella el aire con sus acusaciones. Darle esperanzas. Cerdos en celo. Ramera. Zorra. Sentí que el suelo me succionaba, como si me hubiera quedado atrapada en una sustancia nauseabunda y perniciosa. Cuando busqué con la mirada el rectángulo de luz donde Beckett y yo habíamos vivido nuestra pasión, ya no estaba.

Cogí un helecho que había en una maceta de latón y lo deposité sobre la mesita baja. Y cuando oí cerrarse la puerta agarré el tallo y arranqué todas las hojas, hasta que no quedó ni una.

* * *

—Ya te dije que esto iba a ser duro, Lucia. Te dije que tendrías que comprometerte.

Madame Egorova tamborileó con las uñas la tapa del piano. Yo bajé los ojos y murmuré una disculpa.

—Te pierdes un día de clase hace dos semanas. Y ahora quieres dejar las lecciones. Durante diez semanas, ¿correcto? ¡Diez semanas!

Sacudió la cabeza, incrédula.

—No —supliqué—. No *quiero* perder clase. Ese día que menciona era el lanzamiento del libro de mi padre. Tenía que ir. Y ahora insisten en que vaya con ellos a Inglaterra. —Yo misma percibía lo ridícula, débil y poco disciplinada que debía de sonar a oídos de Madame, y recordando las palabras de Beckett sobre *Obra en curso*, intenté explicarme—. Mi padre es James Joyce, el escritor. Está escribiendo una gran novela, y la danza es parte importante de esa obra. Le gusta que baile para él, para inspirarse. Y tanto él como mi madre han estado muy enfermos. Tengo que ayudarles.

—Me importa poco quién es tu padre o dónde te vas de vacaciones. No representa nada para mí. Si quieres formarte en ballet clásico, tienes que entregar tu vida. ¡Todo!

Sentía que me estaba poniendo colorada, y los ojos me escocían.

—Has contraído un compromiso con el ballet, Lucia. Te doy plaza en mi estudio, en *mis* clases, conmigo. —Madame se clavó uno de sus dedos huesudos en el pecho—. Esto no es un pasatiempo sin importancia que coges y dejas a tu antojo. Esto es ballet clásico.

—Madame, la danza es toda mi vida. No he hecho otra cosa en los últimos seis años.

Me sequé con furia una lágrima que empezaba a correrme por la nariz.

—¡Bah! La danza rítmica no es ballet. Si quieres hacer baile moderno, vuelve con Madika: puedes ser como ella, una traidora. Traiciona al ballet clásico. Pero aquí —hizo una pausa, moviendo el brazo para señalarme el estudio vacío—, aquí tienes que ser como la señora Fitzgerald. Tienes que llegar cuando yo abro y no marcharte hasta que cierro.

—Sí —dije en voz baja—. Eso es lo que quiero.

—Di a tus padres que tienes que quedarte aquí hasta que yo cierre el

estudio por vacaciones, en agosto.

Meneé la cabeza con desánimo. ¿Cómo podría explicarle que aquella era una conversación imposible? ¿Cómo podía decir a Madame que mi padre pensaba que a una mujer le bastaba con saber escribir una carta con elegancia y sostener un paraguas con estilo? Que aunque una vez celebró mi éxito, algo había cambiado. Que aunque le gustaba que bailara para él, en privado, no le gustaba que me exhibiera en público. Que mi madre consideraba que las mujeres que se dedicaban a la danza eran poco más que vulgares prostitutas. ¿Cómo podía explicarle todo aquello? ¿Cómo explicar ese tipo de cosas a Madame Lubov Egorova, que había bailado con el Ballet Imperial Ruso y luego con los Ballets Russes de Diaghilev y Nijinsky? ¿Cómo iba a entenderlo?

—Ya está todo reservado.

No le dije que el ferry, el tren, los distintos hoteles, todo se había reservado hacía eones sin mi conocimiento, sin mi consentimiento. Naturalmente, mis padres nunca albergaron la más mínima duda respecto a eso: yo iría con ellos, y con sus serviles amistades, en aquel viaje que emprendía Babbo de investigación para su libro, para grabar *su* voz leyendo *su* libro, para conocer a la gente que *él* necesitaba conocer para mejorar *su* posición. Sentí cómo el resentimiento crecía dentro de mí. ¿Por qué tenían siempre que dar por hecho que yo iría con ellos? ¿Por qué nunca preguntaban?

—¿Puedo llamar por teléfono a Madame Joyce? —preguntó Madame Egorova, con un tono de voz más suave.

—¡No! —exploté, incapaz de ocultar mi pánico.

Sabía exactamente lo que iba a ocurrir: mamá imitaría con enorme crueldad el acento ruso de Madame. Podía oír cómo se reía, se carcajeaba, no sólo del acento de Madame sino de su fe —equivocada, naturalmente— en mí. Podía verla haciendo piruetas por la cocina, diciendo: «En Irlanda sólo bailan así las rameras».

En cuanto a Babbo, se mostraría herido y abatido. Los aduladores me señalarían con el dedo, murmurarían. Me acusarían de negarle la musa que él necesitaba para escribir. Hasta Beckett había dicho que yo tenía que ir, que era vital para la *Obra en curso*. Y al pensar en Beckett me subió a los labios una sonrisa contenida. Le sentí en mis brazos, sentí el gusto de su aliento en

la lengua.

—¿Sonríe usted? —Madame me miró con disgusto—. No tiene ninguna gracia. Lo he hecho con otras muchachas. A veces los padres no lo entienden, es preciso explicarles qué es el talento. En Rusia no haría falta, claro está. Pero ¿tengo que explicárselo al señor y la señora Joyce?

Sacudí la cabeza. Había dejado de pensar en Beckett, y había dejado de sonreír.

—Tiene que mantener su compromiso, Lucia. Si no se pone firme con su familia es posible que tampoco tenga la firmeza necesaria para ser bailarina. —Madame alargó la mano y me la puso suavemente sobre el antebrazo—. El ballet no es una disciplina fácil. Hace falta mucha fortaleza física y mental.

—Preguntaré a Babbo si puedo quedarme. Si dice que no, buscaré una profesora de ballet en Torquay y practicaré a diario. Gracias, Madame.

Hice una reverencia, pero no la miré. No quería que viera que las lágrimas me estaban velando los ojos. Ni siquiera pensar en Beckett me consoló. Durante todo el camino a casa volvían a mi memoria las palabras de Madame. *Tenía* que decirle a Babbo que no podía acompañarle a Inglaterra. *Tenía* que quedarme en París.

* * *

—¿Por qué no me ha dicho nadie que el barco sale mañana? —Presas del pánico, mi voz sonaba estridente—. ¡Pensé que nos íbamos la semana que viene!

—No, *mia bambina*. Tu madre lleva meses preparándolo todo, de tantas ganas como tiene. Siempre hemos sabido que salíamos mañana.

Según hablaba, movía la mano como si quisiera despacharme rápido. La enorme piedra de su anillo brillaba al golpearla la luz. Estaba sentado, en calma, frente a su galería de retratos: cuadros al óleo de sí mismo, de su padre y de su abuelo, con sus marcos tallados.

—¿Entonces por qué yo no lo sabía? ¿Por qué no me lo ha dicho nadie? ¡Yo no me puedo ir mañana!

—Pero todos lo sabíamos, *mia bambina*. Tu madre, que es la roca sobre la que se asienta este hogar, ya ha preparado tu baúl. —Babbo se acariciaba

distraído la barbilla recién afeitada—. Has tenido muchas preocupaciones, me temo. Has estado con la cabeza en otra parte.

Fue Giorgio quien me dijo que nos íbamos al día siguiente. Y que venían con nosotros dos de los aduladores amigos de Babbo, el señor y la señora Gilbert. Ah, y Helen Fleischman, claro. Lo dijo de pasada, remarcando que la señora Fleischman ya tenía previsto acompañarnos, ¿es que yo no lo sabía? Y luego se llevó el dedo índice a los labios, como para indicarme que le guardara su sórdido secreto.

Cuando asentí, mostrando mi aquiescencia, tuvo la cara dura de decir «Todo el mundo sabe que nos vamos mañana». Le miré, incrédula, antes de empezar a menear la cabeza de una manera tan frenética que me mareé. Me obligó a sentarme mientras iba a buscarme un vaso de agua y a llamar a Babbo. Y ahí estaba yo, en el salón con mi padre, tratando desesperadamente de componerme y mantener la calma.

—¡Yo no puedo ir! Dice Madame que tengo que quedarme ensayando. ¡Tengo que quedarme en París! —Sentí que me subía por dentro un aullido de rabia y desesperación, y que tenía que controlarlo, tenía que mantener la calma—. Y la señora Fleischman, ¿por qué viene?

—Tranquilízate, Lucia. —Las lentes de las nuevas gafas cóncavas de Babbo eran tan gruesas que sus ojos parecían los de un sapo, enormes y abultados—. La señora Fleischman viene para ayudarnos a tu madre y a mí.

—Con sus baúles de Louis Vuitton, su contoneo y su aire arrogante —barboté. Babbo me lanzó una extraña mirada, pero no dijo nada; así que yo continué, caminando de un lado a otro del salón, agarrando y pellizcando con los dedos las sillas, los estantes y las cortinas—. Yo no puedo ir, Babbo. Tengo que ir a clase de ballet. Madame quiere que me quede en París.

—Lo único que te hace falta saber, Lucia, es cómo caminar cuando entras en una habitación. —Examinó con los ojos los retratos que tenía a la espalda, como si estuviera hablando con sus ilustres ancestros—. Tu madre sabe cómo entrar en una habitación. Simplemente, obsérvala.

—Pero ¿no puedo ir a Londres! ¡Ni a Torquay! ¿Me estás escuchando?

Respiré hondo, conté entre una y otra respiración, como decía mi profesor de danza que tenía que hacer para dominar el miedo escénico. Porque me sentía así: invadida por el terror y el espanto. Nada de Madame. Nada de Beckett. Ni tiempo para despedirme de Beckett. No le había visto desde aquel

momento de intimidad en que estuvimos a punto de hacer el amor. Tenía que tranquilizarle, decirle que Babbo no sabía nada, que mamá había prometido guardar el secreto y que yo seguía añorándole.

—Claro que te estoy escuchando, *mia bambina*. Pero me haces falta. Estos ojos... ya sabes que ahora te necesito para todo. Has visto que tu madre tiene que cortarme la comida, ella que aún se está recuperando de su operación. Y ella también te necesita. Está todo reservado. Hemos reservado habitación en el mejor hotel de Torquay, donde tu ídolo, Napoleón, llegó vencido de su batalla.

—Hace diez años que Napoleón no es mi ídolo. Y la señora Fleischman te puede cortar la comida —rugí.

—Ella vendrá más tarde. Tendremos tiempo de sobra tú y yo de hablar de tus momentos de Casandra. Sé que los ha habido, Lucia. Lo sé por cómo te brillan los ojos. Últimamente brillan como perlas.

Le ignoré.

—¿Y los Gilbert? ¿Y todos los demás, a los que verás en Inglaterra? ¿Qué suerte tengo! ¿Poder aprender de mi madre cómo se entra en una habitación! ¿Verdad?

Yo hablaba sin disimular mi amargura, hasta tal punto que Babbo apartó la vista y su mirada se refugió en los retratos que tenía a su espalda.

—Vamos, Lucia. No hay manera de complacerte. —Suspiró hondo—. Este viaje es importante para todos nosotros. Voy a hablar con editores, me van a grabar, vendrá a quedarse con nosotros la señorita Weaver, que es mi principal mecenas, y con cuyo dinero estamos viviendo, quiero recordártelo... Sin la señorita Weaver no habría clases de baile. —Se dirigió a la pared, y colocó el retrato de su padre—. Ah, barbilla hendida en la grieta torcida... No puedo consentir un padre torcido en mi casa. «Había un hombre torcido que anduvo una milla torcida...». ¿Recuerdas la cancioncilla, Lucia? ¿Recuerdas qué venía después?

—¿Y qué hay de mis clases de ballet, Babbo?

—Puedes bailar todos los días, en el hotel. «¿Se encontró una moneda torcida? ¿En una escalera torcida?» Sí, creo que era así.

Regresó a su sitio, inclinó la cabeza, y volvió a mirar con sus ojos miopes el retrato de su padre.

—Tengo que ensayar a diario, Babbo. Nadie lo entiende. ¡*Tengo* que

bailar!

Sentí otro ataque de rabia, que se apoderaba de mí. ¿Por qué no entendía él, que tenía que escribir a diario, que yo tenía que bailar a diario?

—Bueno, entonces ya está arreglado. Puedes bailar en el hotel. Y cuando regresemos, puedes volver a la escuela de ballet. —Me cogió la mano, mientras con la mirada recorría lentamente la galería de retratos—. Nadie de mi familia necesita trabajar. Ahora todos pueden ser damas o caballeros ociosos.

—Yo - no - quiero - ser - una - dama - ociosa —dije, apretando los dientes— ¡Tengo - que - bailar!

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Babbo, en tono tranquilizador—. Lo que quiero decir es sólo que tienes esa posibilidad. Que puedes elegir: tu madre y yo no pudimos, pero tú sí. ¿Sabes una cosa?

Supe que estaba a punto de cambiar de tema, que ya se había hartado de escucharme. Abrí la boca para protestar, pero al hacerlo sentí otra vez la necesidad imperiosa de sacudir la cabeza para negar, moverla sin parar hasta que no pudiera mantenerme en pie, hasta perder la consciencia. Recordé la expresión de Giorgio un rato antes, su gesto de disgusto y de alarma, y de algún modo eso me paró en seco, como si frenara un automóvil que marcha a toda velocidad.

—¿Sí, Babbo?

—Picasso se negó a pintarme un retrato. Según parece, el gran maestro está «muy ocupado» ¿Te lo puedes creer?

Me di cuenta de que estaba molesto. Quise decirle que me daba igual, que me importaba un bledo. Pero me asustaba mi propia ira, quería mantener mi voz furiosa en mi interior.

Así que respiré hondo y dije, con fingida compostura:

—Entonces, ¿quién va a hacerte el retrato para el frontispicio de tu próximo libro, Babbo?

—Estoy pensando en pedírselo a Brancusi —dijo, apartando sus ojos de mí y mirando otra vez a su bienamada galería de retratos—. Sí, creo que podría ser Brancusi.

OCTUBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

—¿Y entonces? ¿Se marchó con ellos a Inglaterra?

El doctor Jung está sentado muy pegado a mí, con mi manuscrito en el regazo.

—Una parte de mí quería ir. —Me miro las manos como si en ellas estuviera la respuesta: la cicatriz rosa, arrugada, que tengo en el pulgar me mira inexpresiva—. Había cosas que no le había contado a Madame Egorova.

—¿Como por ejemplo...?

—No podía explicarle que ya no tenía energía para luchar. Sus clases me estaban dejando agotada. Eran lecciones fundamentalmente físicas, muy exigentes... Y con mucha práctica. Estaban empezando a dejarme exhausta.

El doctor asiente, comprensivo.

—Para mí aquello era como pedirme que emprendiera otra batalla, una más. Tenía la impresión de que mi vida era una lucha constante: con mis padres, con sus creencias, con sus expectativas.

Me pasé la mano por la cara. Sólo hablar de aquello ya me agotaba.

—¿Siempre se sintió así?

—No, pero estaba empezando a ver las cosas de otra manera, con más claridad. Se estaba fraguando algo muy destructivo, y yo empezaba a captar algún síntoma.

—Creo que podríamos estar llegando a alguna conclusión, señorita Joyce. Hoy está usted muy expresiva. ¿Qué era aquello que estaba usted empezando a notar?

El doctor Jung se levanta de su asiento y comienza a dar sus habituales

paseos.

—A mí también me gustaría caminar, doctor —digo, levantándome de la silla.

Me encamino hacia la ventana. Las colinas están hoy azules, veladas por la neblina. Oigo el sonido de una puerta que se cierra de golpe, un perro que aúlla, y las gaviotas del lago, en lo alto, revoloteando, peleando entre ellas.

—Estaba empezando a ver la otra cara de nuestra vida en aquella casa de plaza Robiac.

—Continúe, señorita Joyce.

El doctor se acerca a mí y se queda de pie, a mi lado. Su mirada sigue a la mía hasta las colinas que hay al otro lado del lago.

—Estaba empezando a ver que todos nosotros éramos simples radios de la rueda de Babbo. Que todos formábamos parte de su historia. Y que si no ocurría nada, me quedaría atrapada allí. Atrapada en su mundo imaginario.

—¿Y eso le asustaba?

—Sí. Mamá era feliz sólo con comprarse ropa nueva y cenar fuera todas las noches. Giorgio contaba con el dinero de la señora Fleischman para estar tranquilo. Pero yo... yo quería más.

Me paro en seco, como si recordara de pronto mi pasada ambición. Y se me ocurre que tal vez aquel ansia de reconocimiento molestaba a mis padres, en cierto modo. Comienzo a dar manotazos al aire, como si quisiera espantar un mal pensamiento.

—¿Quiere que caminemos por la sala, señorita Joyce?

El doctor Jung me ofrece su brazo, y yo lo tomo. Un brazo grande, como el tronco de un árbol.

—Sentía que me abandonaban las fuerzas. Estaba siempre cansada, aunque seguía estirando los músculos, sometiéndolos a tensión. Tenía la impresión de que el ballet a Babbo ni le interesaba ni le inspiraba, y se estaba intentando librar de mí como de una prenda vieja de vestir.

Comienzo a andar al paso del doctor, le agarro fuerte la manga con las uñas mordidas. Durante unos segundos mi mente flota, se marcha a un lugar lejano. Cuán informe e indefinida puede ser la vida cuando estás en medio de ella, cuán nebulosa y caótica. Sólo ahora, con ayuda de esas memorias que he escrito y de los interrogatorios del doctor, puedo entender y dar sentido a

todo lo que me ha ocurrido hasta ahora. Y ese pensamiento me lleva a Beckett.

—Mi amor por Beckett me mantenía a flote. Me hacía ver cosas que no había visto antes. La forma que tenía Babbo de introducirnos en su mundo, la manera en que todos nosotros pivotábamos a su alrededor. Fue Beckett quien me hizo ver todo esto.

—¿Cómo?

El doctor camina a paso lento hacia un mandala que hay colgado en la pared. Yo voy colgada de su brazo, con el borde de mi vestido de satén arrastrado por el suelo, detrás de nosotros.

—Vi que a él le sucedía. Enamorarme me abrió los ojos. No puedo explicarlo.

Se me va apagando la voz al recordar las palabras de Babbo, la noche anterior. Durante la cena yo conté un sueño reciente en el que Beckett y yo estábamos juntos en Londres. En el sueño íbamos caminando junto por Hyde Park cuando una bandada de urracas se abalanzó sobre nosotros. No recordaba gran cosa, salvo el olor de la savia verde en el aire, y el vuelo de los pájaros. Y los ojos azules de Beckett. Estos tenían, sin embargo, la sombra de un peso que me hacía sentir como si hubiera caído más allá del mar azul, sobre un extenso lodazal. Cuando terminé de contarle vi que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Me dijo que Beckett se había marchado de Irlanda a Londres, para someterse a terapia. Es decir, que está haciendo lo mismo que yo. Al mismo tiempo. Y durante un minuto, me pregunté si nuestros destinos seguían estando entrelazados. Pero Babbo dijo que no. Que tenía que dejar marchar a Beckett.

—¿Qué es lo que vio que le sucedía al señor Beckett? —El doctor Jung señala el mandala enmarcado—. Mire eso. Tal vez le ayude.

Observo la imagen, colorida como una piedra preciosa, pero no veo más que remolinos que se repiten, como una serpiente retorcida. ¿Dónde está Beckett? ¿Dónde están mis recuerdos? La oscuridad va avanzando hacia mí, se cierra sobre mí. Me agarro con fuerza al brazo del doctor, presa del pánico.

Él me ayuda a sentarme en el sillón.

—Respire hondo, señorita Joyce. Tómese su tiempo.

Me siento con la cabeza entre las manos, respiro hondo y despacio, siento el oxígeno que entra, renuente, en mis pulmones.

—¿Qué vio que le sucedía al señor Beckett? —repite, hace la pregunta en un tono deliberadamente alto, y vuelve a señalar el mandala.

—Se estaba obsesionando con Babbo. —Frunzo el ceño, tratando de dar forma a mis pensamientos revueltos, a los recuerdos que se desintegran—. Veía a Giorgio, que escapaba de aquello gracias a su relación con la señora Fleischman. Y a Beckett, que iba a pasar a ocupar su puesto. Babbo le tenía en muy alta estima. Estaba empezando a verle como... como a un hijo.

—¿Y eso hubiera convertido a Beckett en un hermano para usted?

La voz del doctor se vuelve, de pronto, tan queda, que tengo que hacer un esfuerzo para oír lo que dice. Pero ignoro su pregunta. Me recorre un escalofrío y en ese momento desearía llevar puesto mi abrigo de pieles.

—¿Dónde está mi abrigo, doctor?

—Hoy no lo ha traído, señorita Joyce. ¿Lo ha vuelto a perder?

Sus palabras me hacen pararme en seco.

—¡No!

—Bien. Intentó explicar a su padre que no podía marcharse de París, pero aun así fue con ellos a Inglaterra.

—Ya sé lo que está usted pensando. —Recuerdo, de súbito y con total claridad, la palabra que había escrita en su libreta—. Está pensando que yo no tuve valor, que era un ser invertebrado. Que lo único que hacía era agachar la cabeza y aceptar sus designios. Está pensando que no soy más que un... un... insecto.

—Desde luego que no, señorita Joyce. Lo único que intento es comprender sus motivaciones. ¿Pudo despedirse del señor Beckett?

—No en persona. No de pimpollo a pimpollo. —Sonrío, recordando nuestra vieja broma—. No hubo tiempo. Le llamé por teléfono a la universidad. Él me dijo que tenía que ir, que Babbo me necesitaba. Que yo era la musa de Babbo y que a ningún genio se le ha de negar su musa.

Me pongo en pie: necesito, de pronto, sentirme más alta; necesito desplegar las vísceras y estirar los omóplatos.

—Dijo también que Babbo estaba sufriendo mucho. Sufría constantemente: dolor de ojos, dolor de estómago. Estaba demasiado ciego para ir sin compañía, y para mi madre todo aquello era demasiado. Ya sabe usted que se preocupaba mucho por mi padre.

El doctor Jung cruza las manos detrás de la espalda y me mira, como si estuviera examinando una de sus pinturas favoritas en una galería.

—Entonces, su bienamado Beckett también estaba dispuesto a sacrificarla a usted, ¿incluso después de lo que habían vivido juntos?

—Dijo que me escribiría. Que estaría en París cuando yo regresara.

Recuerdo su voz, cómo me llegaba a través del hilo telefónico, reconfortante y tranquilizadora. Me hundo de nuevo en el sillón. Vuelvo a sentirme hundida, agotada y muerta de frío. ¿Por qué no he traído el abrigo de piel? ¿Por qué he venido en traje de noche?

—¿Le gusta mi vestido, doctor?

Separo las piernas para que pueda apreciar la amplitud de la falda, la extensión de tela roja de satén que ha hecho falta para confeccionar un traje tan exquisito. Él mira su reloj de bolsillo.

—Claro —responde— ¿Por qué no va a ir una con traje de noche a las once y media de la mañana, verdad? ¿Por qué no?

—Lo hago por mi padre. Para que se inspire. Un último momento de inspiración antes de que se vaya de Zúrich. —Me quedo de pie y hago un pequeño remolino para que la falda gire a mi alrededor—. Volveré a bailar, ¿verdad, doctor? Quiero decir, a bailar de verdad, no a hacer el tonto para Babbo. Quiero volver al escenario, como antes.

Hago un *triple step* junto a su escritorio, moviendo las caderas y chasqueando los dedos para darme ritmo.

—Todo es posible, señorita Joyce.

—Ahora tengo que irme. Voy a comer con Babbo. Luego tenemos una cita con el doctor Naegeli, por los análisis de sangre que le comenté.

Dejo de bailar y voy a recoger el sombrero.

—Ah, sí. Las pruebas de la sífilis. Le deseo suerte, señorita Joyce.

Me acompaña a la puerta. Al poner la mano en el picaporte se gira hacia mí y dice:

—Yo *puedo* curarla, señorita Joyce. De eso estoy seguro: *puedo* curarla.

12. AGOSTO DE 1929

Inglaterra

En Torquay fue donde más me atormentó el recuerdo de Beckett. Cuando miraba a los acantilados, veía los rasgos marcados de su rostro. Cuando contemplaba el mar desde mi ventana me acordaba de sus ojos, de la línea de los huesos de su cuello. Miraba el agua gris e imaginaba el arco de su cuerpo blanco dorado partiendo las olas. Cuando Babbo me trajo una concha rosa pálida y moteada recorrí con los dedos el interior, rememorando el hoyuelo que se le formaba a Beckett en la base del cuello, y cómo había encendido en mí la llama del amor y del deseo.

Cuando no estaba pensando en Beckett estaba añorando la danza. Contemplaba la curvatura de la bahía con su extensión de arena dorada, y deseaba que dejase de llover para poder bailar allí, descalza, recorriéndola de extremo a extremo. Veía los caballitos de mar y las olas agitadas, y pensaba en componer una coreografía en la que pudiera interpretar a un marinero que se está ahogando y al que salvan unos caballitos de mar de crines blancas de espuma. Estudié el cambio de color de las aguas del océano y me hice una promesa: haría unos bocetos para el vestuario, unos trajes en color azul ostra, tan pronto como terminara de ayudar a mamá a instalarse.

Pero el placer que me procuraban aquellas pequeñas fantasías tocó a su fin una tarde lluviosa, cuando llegó la señora Fleischman. Estaba yo mirando por la ventana de la suite que compartía con mamá y Babbo. Giorgio había ido a recoger a la señora Fleischman a la estación, y regresaron los dos juntos en un taxi. Al salir se entretuvieron un momento ante la entrada del hotel, seguramente a la espera de que sacaran los baúles y las sombrereras. Giorgio no paraba de dar vueltas al bastón y parecía muy complacido. La señora

Fleischman, tenía una actitud entre arrogante y de falsa modestia. Llevaba puesto un vestido de Chanel que se pegaba a todas y cada una de sus loras de carne bien nutrida y se fruncía con profusión en sus vigorosas caderas. La vi abrir el bolso, sacar el monedero y dar a Giorgio un fajo de —asumí— billetes de libras esterlinas. Mamá iba por la suite, de un lado a otro, preguntando si había vuelto ya Giorgio. Se oía el lápiz de Babbo raspar el papel en el que escribía.

—Acaban de llegar —dije, haciendo un gesto vago hacia el cielo gris—. Ella lleva un vestido de Chanel.

Lamenté inmediatamente haber dicho aquello. Mamá corrió hacia la ventana, y se asomó por encima de mi hombro para ver el vestido de la señora Fleischman. Comenzó a forcejear con la manija de la ventana, sin dejar de mirar, afanosa, a la entrada del hotel. En ese mismo momento vi algo que me arrancó una expresión de dolor y me hizo palidecer. Porque mamá también lo vio.

Giorgio estaba allí, de pie, manoseando los billetes que le había dado la señora Fleischman como si los estuviera contando o asegurándose de que estaban en la divisa correcta. Luego ella cerró su parasol, lo enrolló, y colgó el asa curva de marfil en el bolsillo superior de la chaqueta de Giorgio. Mamá lanzó un grito ahogado.

—¿Qué demonios hace? Le va a destrozar la chaqueta nueva.

Quise apartar a mamá, pero ya era tarde. Además, me había quedado helada: no podía moverme, no podía ni pestañear siquiera. Así que nos quedamos las dos mirando horrorizadas cómo la señora Fleischman tiraba de Giorgio valiéndose de su sombrilla. Hasta Giorgio tenía una expresión de ligera sorpresa, por lo que pude ver desde la ventana. Pero ya era demasiado tarde. Ella le atrajo hacia sí, desenganchó el parasol, y le abrazó. Y de repente la vi, acariciándole el cuello con la nariz, metiendo las manos por debajo de la chaqueta de él, con ese gesto íntimo y familiar que nada de lo que yo hubiera dicho podría excusar ni justificar.

—¡Jesús bendito! ¡Santa Madre de María! Pero, ¿cuándo ha empezado esto? —Mamá se volvió hacia mí con el labio superior fruncido, en señal de asco—. Jim, ¡ven aquí, rápido! Giorgio y la señora Fleischman son... son...

Soltó un gritito ahogado.

Babbo fue hacia la ventana renqueando y miró por el cristal.

—¿Son qué?

—Amantes —dije yo con sórdida satisfacción. Por una vez mamá pareció centrar todo su descontento en Giorgio, en lugar de en mí. Por una vez yo no había hecho nada malo. Esta vez el que estaba en apuros era Giorgio. Y la señora Fleischman. Grandes apuros. Agradecí en silencio a la señora Fleischman el que hubiera sido tan indiscreta.

—Ah —dijo Babbo con flojera—. Yo es que no veo nada. ¿Están fornicando en las escaleras del hotel?

—No es cosa de broma —barbotó mamá—. Es de mi edad, está casada y resulta que tiene un amiguito.

—Pero es rica. —Babbo tosió con delicadeza y empezó a limpiar las gafas con el pañuelo, que tenía bien agarrado con sus dedos de araña.

—¿Y eso qué importa? ¡Ha enganchado a nuestro Giorgio! —protestó mamá.

—Pues me consta que él disfrutará de sus atributos monetarios.

—Y de sus arrugas, y de sus carnes fofas —añadió mamá.

—Claro, Nora. París está lleno de jovencitas encantadoras. Sugiero que dejemos que la cosa siga su curso.

—Si crees que me voy a callar estás muy equivocado. No pienso consentir esos tonteos aquí, en este hotel, delante de mis narices —dijo mamá; luego lanzó un sollozo ahogado y se frotó furiosa los ojos con los puños—. ¡Mi Giorgio! Por eso estaba tanto tiempo fuera, que no paraba en casa. Y ella, mírala... hecha un brazo de mar. ¡Ay, mi Giorgio!

—Tiene marido y un hijo al que dar cuentas, también. No hay duda de que en algún momento Giorgio se cansará de competir —dijo Babbo.

Luego puso una mano a mamá en el brazo, en señal de conmiseración, y trató de apartarla de la ventana. Pero ella se negaba a irse, y seguía limpiándose los ojos y mirando hacia abajo, a las escaleras de la puerta del hotel, donde seguían Giorgio y la señora Fleischman que había apoyado la cabeza en el pecho de él y estaba, como un médico, escuchando los latidos de su corazón.

—No es más que una vieja furcia, ¡una ramera! Una loba con piel de cordero. ¡Y sin pizca de vergüenza!

Le quitó a Babbo el pañuelo de las manos y se lo llevó a los ojos, llorosos

y enrojecidos.

—Vamos, vamos. Esto seguirá su curso. No debemos interferir, Nora. Olvidamos que tiene veintitrés años.

Entonces mamá pareció percatarse de mi presencia, y se volvió hacia mí con expresión cruel.

—¡Todo esto ha estado pasando a espaldas mías y tú lo sabías! ¡Tú lo sabías!

—Shhh, Nora. Mi Casandra puede haber tenido una premonición, pero eso no significa que tenga la culpa de los devaneos de Giorgio con la señora Fleischman. Si es que hay devaneos.

Babbo hizo varios gestos para llamarnos a la calma, como si acariciara el aire. Pero lo único que consiguió con sus palabras fue enfadar aún más a mamá.

—Dinos, Casandra —se burló mi madre—. ¿Cuánto tiempo lleva pasando esto? ¿Y qué es exactamente lo que han hecho? ¿Sabes si han copulado? ¿Eh?

—¡Nora!

—Me ha puesto una venda en los ojos. Me ha mentado. ¡Mi propia hija! Dime, Casandra... ¿han follado?

—¡Nora! Cálmate.

Las palabras de Babbo sonaron tan firmes y convencidas que mamá se dejó caer sobre su pecho y comenzó a sollozar. Yo me aparté, sorprendida y confundida por la dureza de las aseveraciones de mi madre. La sangre se me había detenido: se había convertido en hielo. Sentía los dientes batiendo, pillándome la lengua, y por dentro... algo tiraba de mí, me pellizcaba las tripas: su ira, la imagen de Giorgio copulando, follando. Se me empezó a revolver el estómago.

—Está muy alterada —me dijo Babbo en tono apenas audible, por encima de la cabeza de mamá, que seguía llorando sobre su pecho—. Ve a advertir a tu hermano.

* * *

La señora Fleischman se quedó cinco días, y durante ese tiempo mamá

mantuvo una actitud fría y altiva hacia ella. Durante las comidas se preocupaba por Giorgio con gran ostentación: se aseguraba de que comiera lo suficiente, de que los camareros le llenaran la copa; cogía sus cigarrillos cuando él se los olvidaba en la habitación, recogía su servilleta si se caía al suelo. Pero su aire de fría aversión hacia la señora Fleischman no cambió. Su silencio lo decía todo. Giorgio se marchó muy pronto con la señora Fleischman: dijo que tenía que preparar un concurso de canto que había surgido de repente. Mentira. Pero yo no era quién para culparle. Conmigo mamá seguía manteniendo aquella actitud de mujer herida y traicionada, pero no volvió a llamarme Casandra y ya nunca, nunca, jamás, volvió a pronunciar la palabra «follar». No en mi presencia.

Pasado ese tiempo había aclarado y yo deseaba enormemente salir y bailar en la playa. Pero cada vez que intentaba zafarme de ellos Babbo, o mamá, o alguno de los aduladores iban en mi busca. Se me requería para ayudar a mamá a elegir un sombrero, o para acompañar a la Señora Aduladora a pasear por el malecón. ¿O podría, por favor, leer a Babbo, o escoltarle hasta la playa para que tomara un poco el aire, o acercarme a poner un paquete en el correo? Todos aquellos recaditos me enfurecían y me cansaban, pero en las escasas ocasiones en las que protesté mamá me dio una bofetada y Babbo me rogó que fuese más amable con ella, que estaba muy conmovida por el lío de Giorgio.

Mamá estaba convencida de que un buen descanso era lo único que necesitaba yo, y se lo repetía a cualquiera que le prestara oídos, al tiempo que a mí me daba una lista interminable de órdenes e instrucciones. Yo sólo pensaba que necesitaba descansar de ella y de sus encargos sin fin. Apenas tenía tiempo para escribir a Beckett, aunque él me envió varias postales desde Alemania. Luego Babbo se cayó por una cerca y tuve que hacerle compañía cuando iba a la playa: tenía que quedarme con él todo el tiempo que pasaba allí jugando con los guijarros y preguntando, una y otra vez, si había tenido alguna premonición en la que él se caía por una cerca. Cuando me sugirió que bailase sobre la arena vestida sólo con el traje de baño intenté hacer unos cuantos *pliés* y coloqué los pies en posición. Pero él, con un tono de voz de lo más lastimero, preguntó:

—¿Ya no bailas como Isadora Duncan?

Yo no estaba de humor, así que le ayudé a organizar los guijarros

formando espirales. «Parece el turbante de un emir», comentó.

Lenta, inexorablemente, mis músculos se aflojaron y mi fuerza disminuyó. Me estaba atrofiando. En algún recóndito lugar de mi recuerdo se habían enconado las palabras de despedida de Madame. ¿Qué había querido decir cuando dijo que si no era firme con mi familia, no tendría la fortaleza necesaria para el ballet? Tuve que pasar varias noches sin dormir para entender, por fin, las palabras de Madame. Con su forma de hablar, de rusa, lo que me había intentado decir era que no tenía ni talento ni fuerza física para el ballet clásico. En el tren, de camino a casa, volví a sentir otro impulso de claridad y decisión. Tenía que demostrar a Madame que se equivocaba. Y sólo había una manera de hacerlo: tenía que apartarme de aquella influencia sofocante de mi familia, que me atenazaba. Era hora de coger las riendas de mi vida y asumir mi destino. Había llegado el momento de casarme.

* * *

Fue maravilloso volver a París. Después de la humedad de Inglaterra y sus playas grises yo casi no podía contener el gozo de regresar a la ciudad a la que consideraba mi hogar. Los bulevares estaban plagados de castañas caídas y de sus cáscaras huecas, y las hojas de los árboles estaban empezando a rizarse y volverse pardas. Aun así, la ciudad daba impresión de rebelión, como si no le importara que el invierno llegara o no.

Me hizo sentir bien incluso volver a nuestra casa de la plaza Robiac, tocar el piano, bailar delante de mi espejo de cuerpo entero, dormir en mi propia cama y desayunar sin cepillarme el pelo. Beckett venía casi todas las tardes y me parecía que sus ojos inquisitivos se detenían un poco más en mí y nuestras charlas en el vestíbulo eran algo más íntimas. Como si nuestro revolcón de la salita hubiera despertado algo en él. Sólo cuando mamá andaba cerca recuperaba su antiguo ser, envarado y tímido.

—Yo no puedo vivir con una maleta —le estaba diciendo una tarde, poco después de mi regreso: Beckett había llegado un poco antes de lo previsto, y yo me las había arreglado para hacerle pasar al salón y ofrecerle una taza rápida de té inglés—. A mamá y a Babbo les encanta estar en hoteles. Les encanta hacer y deshacer el equipaje, ir de un sitio a otro, del transbordador al tren, del coche al hotel.

—¿Y a ti no? —Beckett estaba sentado al borde del sofá, con tres volúmenes de Shakespeare cuidadosamente apilados sobre las piernas.

—Lo hacen con tanta naturalidad... sin el menor esfuerzo. Yo odio hacer maletas y deshacerlas, una y otra vez, sin saber a qué hotel iré a parar después. Así no puedo bailar. Babbo puede escribir en los trenes, en los transbordadores. Pero yo no puedo trabajar, ¿sabes? Y detesto lo de arreglarme a todas horas.

Solté un suspiro hondo y me recosté en el sofá con ademán teatral, mirando al techo.

—¿Arreglarse?

—Arreglarse para el desayuno, arreglarse para la cena, tener que estar siempre perfecta. No quiero que mi vida sea tan... alocada. Y tampoco me importan tanto las apariencias.

Giré la cabeza para observar a Beckett. Había empezado a vestirse como Babbo. Se había comprado un par de zapatos de charol de punta, como los de Babbo. Eran demasiado pequeños para él, y estoy segura de que le apretaban en los dedos. Los bailarines nos fijamos en cosas así.

—Ah, ya veo.

Beckett se inclinó hacia delante, puso un terrón de azúcar en su té y lo removió, pensativo.

—Necesito espacio para bailar. Preferiblemente, el mismo espacio siempre, día tras día. Y un gramófono, y las zapatillas de baile. Mamá no entiende eso.

Me encogí de hombros, sin esperanza. Quería dar a Beckett una idea de la vida que esperaba llevar cuando fuese la señora Beckett. Era importante que entendiera cuáles eran las necesidades de un profesional de la danza. Me recompuse y me acerqué más a él.

—Me siento mucho mejor ahora que estoy en casa, contigo, y bailando otra vez. He recuperado el equilibrio.

—¿Madame Egorova te ha recibido bien, entonces?

Beckett dejó de mirarme a mí y puso la vista en la galería de retratos.

—Sí, pero ahora no me pasa una. Estoy practicando como loca.

Volví a mirarle. Tenía que saber que mi intención no era dejar la danza. Tenía que saber que, convertida ya en la señora Beckett, yo seguiría bailando.

No quería una vida como la de mamá, separando la colada, comprando zapatos y yendo a que me ondularan el pelo. No. Yo era bailarina, y fin. Pero Beckett miraba fijamente a los retratos de los antepasados de Babbo, como si quisiera imprimírselos en la memoria.

—Aunque mamá y Babbo me tenían corriendo de un lado para otro sin parar, tenía la sensación de que mis días, sin la danza, estaban vacíos. No creo que sea bueno para mí estar sin bailar.

Dije esto con gran énfasis. No sólo necesitaba que Beckett supiera bien cuáles eran los requisitos de la futura señora Beckett: dos meses sin bailar me habían ayudado a comprender lo importante que era el baile en mi vida, y quería decir en voz alta mis pensamientos, que Beckett los oyera. Yo sabía que lo entendería.

—La danza da significado y sentido a mi vida, naturalmente. Pero no sólo eso. Cuando bailo, tengo otro concepto de mí. Es como si fuera otra persona, y no quien soy.

Pero Beckett no parecía escucharme. Vi cómo sus ojos se volvían como una flecha en dirección al estudio de Babbo, y luego regresaban a las obras de Shakespeare que tenía apoyadas en su regazo.

—¿Disfrutó tu padre de Inglaterra?

No continué con el tema de mi baile. Ya vi que él tenía la mente en otra cosa.

—Bueno, se sentaba en los pubs a escuchar las conversaciones de desconocidos y a trabajar en su libro, visitó a otro oculista en Londres, y jugó mucho con los guijarros en la playa.

—¿Guijarros? —Los ojos de Beckett se volvieron a posar en mí.

—Ya sabes... piedrecitas. El hotel de Torquay era como un palacio. Tenía su propia orquesta y un ascensor eléctrico. A ellos les encantó. Ya sabes que les encanta todo lo ampuloso. Mamá todavía no ha dejado de hablar de ello. A mí me gustó más Cambridge. Hay una grabación de Babbo allí, leyendo *Obra en curso*. —Me detuve y solté una risita entrecortada—. Hubo quien describió su voz como algo «líquido y blando, con un barboteo de fondo como el de una corriente subterránea».

—¿Sabían algo? —preguntó Beckett sorbiendo el té.

—Bueno, ya he hablado suficiente de nosotros. ¿Cómo están tus tíos?

—Bien. —Tosió un poco—. Tu padre me ha pedido que traduzca una

parte de *Obra en curso* al francés.

El corazón me dio un vuelco.

—Babbo piensa que eres maravilloso, Sam. Entonces, ¿vas a pasar aquí más tiempo que de costumbre?

Beckett asintió, y luego se sumió en un silencio amenazador, mirando con desaliento.

—Yo puedo ayudarte. No será fácil de traducir, pero nos las arreglaremos.

Le di un apretón en el antebrazo, intentando transmitirle confianza y aliviada al descubrir lo que tenía en mente.

—Eres muy amable, Lucia. Y muy dulce.

Se pasó la mano por la cara. ¡Ah! Qué ganas de acercarme a él y abrazarle. Parecía, de repente, tan cansado: era como si la perspectiva de traducir la obra de Babbo fuera un peso con el que no podía cargar.

—He de regresar a Irlanda la semana próxima —añadió—. Tengo que resolver la renovación de mi contrato, y ver a mis padres.

—¿Cuándo volverás?

Tomé un sorbo de té y me incliné sobre él de modo que mis pechos rozaron el suyo; dejé la taza sobre la mesa y me apoyé de nuevo en el respaldo. Beckett pestañeó y tragó saliva con tal violencia que su nuez comenzó a desplazarse por su garganta.

—En noviembre.

Entonces apareció Babbo, con los ojos enrojecidos, supurándole. El señor Beckett se puso en pie a toda prisa y los dos se dirigieron al despacho.

Cogí la taza de Beckett y puse los labios en el borde, exactamente donde habían estado los suyos. ¡Era fantástico! Estaba encantada de haber regresado a París con Beckett, con Madame Egorova. Echaría de menos a Beckett cuando regresara a Irlanda, por supuesto, pero eso me daría más tiempo para perfeccionar mis planes matrimoniales y convertirlos en un programa sin fisuras, a prueba de tontos. Sí. Todo iba viento en popa.

* * *

Lo primero que noté fue el perfume intenso de las rosas, luego su color,

amarillo como el mazapán. Cuando las tuve lo suficientemente cerca, tanto que podía tocarlas, vi a la señora Fitzgerald que me miraba desde detrás del enorme ramo que sostenía como si fuera un escudo. Yo me marchaba del estudio de Madame Egorova y la señora Fitzgerald llegaba.

—¡Qué rosas tan bonitas! —exclamé.

—¡Ah! Son para Madame. Todos los días le traigo algún detalle. Normalmente flores, aunque no siempre. —La voz de la señora Fitzgerald sonaba efusiva, aunque parecía que le faltara el aliento—. No puedo soportar que la señora Madame Lubov Egorova viva en esas condiciones, no puedo. ¡Es la princesa Troubetsky! ¿No lo sabía?

Asentí, perpleja.

—Pues ahora vive casi en la indigencia. ¿No ha visto la casa tan diminuta donde vive? ¡No tiene baño! No soporto pensar que vive así.

Vi a la señora Fitzgerald parpadeando, casi oculta por las rosas, como si estuviera luchando por contener las lágrimas.

—¿Qué tal sus clases, señora Fitzgerald?

—Mire esto, Lucia —dijo, y me dio el ramo de rosas—. Tenga, sujételo. Tiene que ver esto. Tiene usted que verlo.

Se quitó los zapatos bordados y luego una de las medias, y me enseñó el pie. Tenía las uñas llenas de hongos, hasta tal punto que parecían conchas de ostra diminutas, desiguales y descoloridas. En el dedo meñique tenía un callo enrojecido y furioso, que supuraba un pus espeso y dorado.

—Bailo ocho horas diarias. Ocho horas, Lucia. En mi clase hay bailarinas que practican hasta que les sale sangre y cala las zapatillas.

La señora Fitzgerald me vio apartarme. Y yo no era precisamente aprensiva: un callo supurante y unas uñas con hongos no eran algo nuevo para mí. Fue más bien su forma de decirlo: parecía que intentaba intimidarme. Se volvió a poner la media y el zapato y me quitó las rosas de las manos.

—Madame exige dedicación total —continuó diciendo, con su deje sureño que subía y bajaba al hablar—. No puedes llegar a nada si no lo haces. Yo ahora no hago más que bailar y dormir. Si quieres ser bailarina, tienes que sacrificararte.

Mientras hablaba miraba constantemente a la escalera, como para comprobar que no había nadie escuchando. Luego bajó la voz y me hizo un

gesto para que me acercara a ella: estábamos tan pegadas que yo lo único que olía eran las rosas amarillas.

—Pero no soy demasiado vieja, así que no permitas que nadie te diga eso. Me han invitado a formar parte de la compañía de ballet de la Opera de San Carlo, de Nápoles. ¡Voy a debutar con un solo en *Aida*! ¿Qué te parece?

Sus ojos tenían un brillo exultante, casi artificial, que destacaba entre las rosas.

—¿Y aceptará?

Negó con la cabeza.

—No, no. Scott me lo ha prohibido. Dice que ni hablar. —Hizo una pausa, con una momentánea expresión de melancolía—. Esperaré a que me den un papel en los Ballets Russes. Han estado haciendo pruebas la semana pasada.

Volvió de nuevo la mirada hacia el hueco de la escalera.

—¡Y creo que me han fichado, Lucia! Tengo que irme. Madame me está esperando.

Y se fue corriendo escaleras arriba, con su hermoso ramo de rosas.

En el camino de vuelta a casa iba pensando en su callo infectado y en el significado que encerraban sus palabras: su marido le había prohibido aceptar un puesto de bailarina con la prestigiosa compañía de ballet de la Opera de San Carlo. Ese logro de Madame Fitzgerald tendría que haberme inspirado. Pero no podía centrar mis pensamientos en eso: lo único que tenía en la cabeza era la insistencia de la señora Fitzgerald al contarme que había rechazado el papel en *Aida*. Su aquiescencia me llenó de presentimientos. Quizás las mujeres casadas no eran más libres que las solteras, a fin de cuentas. Quizás mis planes de matrimonio no estaban tan a prueba de tontos como había creído...

* * *

Dos semanas después de mi encuentro con la señora Fitzgerald llegó una carta que me hundió en el caos y destrozó de nuevo mi equilibrio.

Estábamos desayunando mamá, Babbo y yo. Babbo masticaba la tostada haciendo mucho ruido, y mamá rascaba el fondo del tarro de mermelada con

una cucharilla. Rasgué con cuidado el sobre con un abrecartas, dando por hecho que la carta era de alguna de mis amigas de la infancia. Se cayó la carta, escrita en un papel fino como la seda con una caligrafía que no me resultaba familiar. La leí rápidamente y al principio no pude creer lo que decía, así que la leí de nuevo, una y otra vez, hasta que los dedos me empezaron a temblar de la emoción. Era de la hermana de Isadora Duncan, Elizabeth Duncan, a cuya escuela de danza había estado asistiendo todos los veranos.

—¿De quién es esa carta? —preguntó mamá en tono exigente—. Llevas un buen rato leyéndola.

Babbo levantó la vista, y murmuró:

—*Una carta llegó a un rey, sobre un tesoro de un gato...*⁸

Mamá alzó los ojos en señal de desesperación.

—¿De quién es, Lucia?

No le dije que era de Elizabeth Duncan, que me ofrecía un puesto de profesora de danza en su escuela de Darmstadt, para enseñar baile moderno y movimiento a niñas alemanas. Por mi cabeza sólo pasaba una cosa: a mí, a quien tantas personas me trataban como si fuera una cría, me ofrecían un trabajo de verdad. Remunerado.

—¡Podré elegir mi propia ropa! —grité—. ¡Mi primer trabajo, de profesora! ¡Mi primera oferta de trabajo de verdad!

—¿De qué demonios estás hablando, Lucia, por el amor de Dios? ¿Es de alguna de tus amistades de Zúrich?

Mamá se inclinó hacia mí, con la intención de arrebatarme la carta de las manos. Yo la aparté, y me la puse sobre el pecho.

—Necesitas ropa nueva, Lucia. Ese camisón está rasgado por el bajo, y sabes que no nos gusta que desayunes en camisón, de todos modos. Te estás descuidando. ¿Por qué no te has cepillado el pelo aún?

—¡Es una oferta de trabajo! —grité sacudiendo la carta delante de las narices de Babbo, e ignorando a mamá—. La señora Duncan quiere que dé clase en su escuela de danza, en Alemania. Me ofrece un sueldo.

Babbo me miró sorprendido, con los ojos muy abiertos. Mamá dejó la tostada en el plato y me miró fijamente.

—Quiere que empiece dentro de cuatro semanas. Viviré en la propia

escuela, con ella y el resto del profesorado. Y puedo volver a casa para Navidad

Me fui quedando sin voz. La cara de mamá se volvió sombría. Los ojos de Babbo, aumentados por las gruesas lentes, parecían inexpresivos y tenía la boca forzada, como si quisiera hablar pero no encontrara las palabras.

—Muéstrame esa carta —exigió mamá, intentando quitármela de nuevo.

Se la di. La leyó en silencio y luego se la entregó a Babbo.

—Yo no puedo leer esto, Nora, de ninguna manera —dijo en tono tranquilo, dejando la carta sobre la mesa.

—No hay nada que hablar —dijo mamá con los labios apretados y los brazos cruzados—. Tu padre está casi ciego. Le haces falta aquí. Giorgio no hace nada... siempre está por ahí con esa emperifollada de la Fleischman. Si te vas tú también, tu padre se muere. Eso es así.

—¿Y tus clases de ballet?

La voz de Babbo era distante, como si estuviera hablando desde el final de un largo túnel. Se le oscurecieron aún más los cercos morados que tenía bajo los ojos.

—Esta oferta significa que soy buena bailarina, lo bastante buena para enseñar. Y siempre puedo volver a París después.

—Pero entonces no serás bailarina de ballet clásico.

Babbo se quitó las gafas, se frotó los ojos llorosos, y presionó los párpados cerrados.

—Ya... ya imagino que no puedo hacer las dos cosas. Pero luego reanudaré las clases de ballet clásico. No soy tan mayor.

—Esta chica es absurda —dijo mamá empujando la silla hacia atrás, con mucho escándalo—. Todo esto del baile es absurdo. Es lo que hacen las niñas ricas para aprender a andar con gracia, dándose aires. Tu padre lo sabe muy bien. Así que vamos a poner punto final a esta charla del trabajo. Ahora mismo. No eres Anna Pavlova y nunca lo serás.

Se puso en pie y comenzó a apilar los platos con tal furia que yo casi no oía a Babbo con el ruido de aquel entrechocar de loza y el tintineo de los cubiertos.

—Sería muy duro para nosotros, Lucia. Darmstadt está muy lejos.

Babbo me devolvió la carta, con mano temblorosa.

—Eres una egoísta. ¿Cómo va a terminar el libro tu padre si tú no estás? Lleva siete años trabajando en ese libro. ¡Siete años! Nuestra obligación es ayudarlo, no ponernos a bailar sin preocuparnos por nada más.

—Si quieres más dinero, te lo daré. Si quieres elegir tu ropa, estoy segura de que tu madre lo permitirá, ¿verdad, Nora?

Mamá meneó la cabeza con desprecio, pero no dijo nada. Estaba cerrando los botes de mermelada, apretando las tapas con tal vehemencia que me llevé una mano a la garganta, aprensiva.

—No se trata ni del dinero ni de la ropa —susurré, encogiéndome ante el vigor de la rabia de mamá y el dolor de Babbo.

—Bien. ¿De qué se trata, entonces?

Mamá se puso las manos en las caderas y me miró.

—Se trata de mí. De mi vida, de mi... de mi independencia. Yo quiero bailar.

—Sí, sí. Siempre se trata de ti, Lucia. Ya tendrás independencia, antes de lo que quisieras, cuando nosotros nos caigamos muertos, por tu puro egoísmo. Habla con ella, Jim. A ver si entra en razón.

Mamá salió de la habitación dando un portazo con tal fuerza que las tazas de té temblaron sobre los platos.

Babbo y yo nos sentamos en silencio, mirando la tostada seca que se combaba en el soporte. El mismo silencio parecía resonar con el miedo y la ansiedad de Babbo.

—Ya ves lo afectada que está tu madre, Lucia. Para ella sería insoportable quedarse aquí sola conmigo durante meses. Aquí, en París, puedes ir con nosotros al teatro y asistir a los mejores espectáculos tanto de ballet clásico como de danza.

—Es que no quiero ir a ver un espectáculo. Quiero bailar yo. Soy bailarina. Y soy buena.

—Tu madre está convencida de que el escenario te desquicia. —Babbo hizo una pausa y se pasó las manos por el pelo—. Tal vez la encuadernación sea una actividad más adecuada para tus nervios, más acorde con tu disposición.

—¡Ah, claro! ¡La encuadernación!

Solté una risotada. ¿Por qué tenía que salir siempre con lo de la

encuadernación? ¿Es que no daba ningún valor a la danza?

—O... el dibujo. Podrías ilustrar mis libros.

Los ojos de Babbo, con sus venas rosadas, brillaban con una luz peculiar: era como si se le acabara de ocurrir esa idea, una epifanía que lo resolvería todo. Se inclinó sobre la mesa y me cogió la mano.

—¿Te imaginas, *mia bella bambina*? ¿Tú y yo trabajando juntos? Puedo contratar a un profesor de dibujo. Conozco al hombre perfecto.

Sonrió abiertamente, como si aquella conversación sobre mi trabajo nunca hubiera tenido lugar. Yo le miré perpleja, sin habla. No entendía cómo en tan poco espacio de tiempo habíamos pasado de hablar de mis planes de enseñar danza a contratar un profesor de dibujo. Estaba tan sorprendida que no encontraba palabras para replicarle.

Se puso de pie y se aclaró la garganta.

—Hoy mismo llamo por teléfono a Alexander... al señor... Calder. Y pediré a la señorita Steyn que te lleve a unos cuantos museos y galerías. Tu madre cree que te hará bien tener amistades que no sean del entorno de la danza. —Asintió, moviendo enérgicamente la cabeza, y salió de la habitación; al llegar a la puerta se paró en seco y añadió—: Y Beckett... Beckett está en París. Dudo que resistiera lo de Darmstadt.

Oí la puerta de su despacho que se abría y luego se cerraba. Luego oí cerrarse la puerta principal de un portazo. Era mi madre, que había salido. Silencio.

Busqué una cuartilla y una pluma. Escribí la carta de respuesta a Elizabeth Duncan y la puse en el correo esa misma mañana.

* * *

Aquella noche no pude dormir. Y no sólo por la tormenta, que arreciaba afuera, sino por la letanía de preguntas que me perseguían y me atosigaban. Preguntas sobre mi propia fortaleza, mi determinación, mi incapacidad para «ser firme con mi familia», como había dicho Madame Egorova. Pensé también en la dedicación de la señora Fitzgerald al ballet, su resistencia a la oposición de su marido. Y luego, más preguntas: sobre Giorgio y la señora Fleischman, sobre Babbo, su libro, mi papel de musa, sobre la hostilidad de mamá y, naturalmente, sobre Beckett. Mi renuncia a Darmstadt tendría que

suponer que pasaba más tiempo con Beckett. Seguramente mis padres no pudieran impedirme que me casara con él... pero, ya casados... ¿impediría él que yo siguiera bailando? Todas estas preguntas me atormentaron hasta que el viento se paró por fin y yo me sumí en un sueño irregular.

A la mañana siguiente estaba yo haciendo estiramientos en la barra tras la clase de ballet cuando Madame Egorova me llevó a un rincón del estudio. Estaba sentada en el taburete del piano. Tenía las manos diminutas cruzadas con coquetería en el regazo y el pelo recogido atrás tan tirante que los ojos parecían rasgados, como si fuera oriental. El pianista acababa de marcharse y las otras bailarinas estaban desatándose las zapatillas de ballet o soltándose el pelo. Algunas iban en dirección al vestuario.

—Lucia, lleva aquí tres meses, ¿verdad?

Asentí con cautela.

—Sí, Madame.

No había duda de que había percibido la rigidez de mi cuerpo mientras me ejercitaba en la barra. Las preocupaciones de la noche anterior me habían dejado agotada, estaban interfiriendo en mi sentido del ritmo y me chupaban toda la energía. Levanté la barbilla y traté de insuflar algo de ligereza a mi cuerpo.

—No está trabajando todo lo que hace falta. —Golpeó el suelo impaciente con el pie—. La he estado observando. No practicó durante las vacaciones.

—Lo siento, Madame. He tenido que cuidar de mis padres. Mi padre se cayó por una cerca...

Mi voz se fue apagando, hasta desaparecer.

—Hoy ha estado... sin energía... flaqueando. Sí, eso es, ha estado flaqueando.

Entornó los ojos negros y me miró fijamente.

—No he dormido bien esta noche. Sigo intentando recuperar lo del verano y sé que aún no lo he conseguido, pero quiero seguir. Voy a entregarme por completo al ballet, Madame.

Bajé la vista y me miré los pies. Aún llevaba puestas las zapatillas de ballet. Las cintas, sueltas, se amontonaban a su lado.

—¿Ha pensado en lo que le dije antes de marcharse, Lucia?

—Sí, sí, Madame —tartamudeé—. Quiero demostrar que soy capaz de hacerlo. Es sólo que hoy estoy cansada, y tengo los músculos muy rígidos. Lo siento Madame.

—Se ha quedado atrás, Lucia. Las bailarinas no tienen vacaciones. Bailan hasta que están a esta distancia de la muerte. —Me mostró los dedos índice y pulgar separados por una rendija que sólo dejaba pasar la luz—. Tiene que bajar un curso. Tiene que ir a bailar con las niñas.

Sentí que la sangre me dejaba de circular. Me quedé blanca. Las piernas empezaron a temblarme.

—¿Me ha oído, Lucia? —Madame me miró con preocupación—. ¿Se encuentra mal?

Negué con la cabeza, sin decir nada. El estudio empezó a dar vueltas y el aire a faltarme en los pulmones: la oía decirme que me tumbara en el suelo y sentí sus manos en los brazos, llevándome suavemente hacia el suelo.

—Respire hondo, Lucia. Túmbese, quieta, y respire.

La habitación seguía girando mientras mi cuerpo empezaba a aflojarse. Empecé a caerme poco a poco. Cuando recuperé la conciencia Madame estaba agachada a mi lado. La veía distorsionada y enorme, como un reflejo de su imagen en un espejo de ojo de pez.

—Se ha desmayado —dijo.

Me senté, despacio. Me sentía muy débil. Muy frágil. Durante un segundo no supe dónde estaba. Luego volví a enfocar la imagen y vi el estudio de baile vacío, con una pared llena de espejos y una barra y unas ventanas que daban a las copas de los árboles de fuera. Las hojas amarillas y secas de los árboles flotaban y golpeaban los cristales manchados. Sobre los árboles, un débil sol otoñal luchaba por abrirse paso entre una cortina de nubes grises y sucias. El ruido del tráfico de la calle subía hasta allí: las bocinas de los automóviles, el chirrido de los neumáticos, el estrépito de los cascos de los caballos y las ruedas de los carros, los timbres de las bicicletas y el tono penetrante del silbato de un gendarme.

—¿Está usted comiendo bien? Las bailarinas nunca comen. —Madame sacó unos bombones de violeta de una bolsa y me los dio—. Son un regalo de la señora Fitzgerald. Tengo que irme a dar clase. No se mueva de aquí: no se marche a su casa mientras no esté bien repuesta.

Aturdida, asentí con la cabeza y cerré de nuevo los ojos. Sus palabras

resonaron en el estudio vacío, patinaron por los espejos, se deslizaron por los suelos de madera, resbalaron por la barra.

«Tiene que bajar al curso inferior. Bailar con las niñas.» Había visto lo que yo era capaz de dar, pensé. Me ha desenmascarado. Ha visto que no puedo bailar, que no tengo disciplina, que no tengo cuerpo para el ballet, que soy una cría y tengo que ir a aprender al curso de las niñas. No soy bailarina. Soy un fraude, y Madame me ha desenmascarado. Qué estúpida he sido, qué arrogante, de pensar que podría dominar el ballet. De pensar que tengo algún talento para esto. ¿Alguna vez he sido capaz de bailar? ¿He tenido alguna vez una pizca de talento? Babbo también lo había visto. Por eso quería que me dedicara a la encuadernación. Me imaginé bailando con las niñas pequeñas, sin apartar de mí sus miradas curiosas. No. Aquello no sería bailar. Me movería sin gracia, grande y desgarbada como era. Podía oírlas hablar, en susurros, de mi estrabismo. Apuntando con el dedo a mis pechos, excesivamente desarrollados, mis caderas demasiado grandes, mis piernas que no giraban bien, mis pies, con una talla ya excesiva, con callos y espolones. Todo mi cuerpo era monstruoso y grotesco.

Me puse en pie despacio. Dije adiós al estudio. Bajé hasta la entrada a pie. Siete tramos de escaleras. Me metí en el diminuto vestíbulo. Busqué una cuartilla y una pluma y escribí una breve carta a Madame Egorova, agradeciéndole todo lo que había hecho por mí. La metí en un sobre, escribí su nombre en la parte delantera y, junto a él, la palabra «Privado». Lo dejé en la mesita lateral, apoyado en un jarrón lleno de crisantemos que se estaban marchitando.

Cuando llegué a los Jardines de Luxemburgo las lágrimas empezaron a correrme por las mejillas y la magnitud de mi decisión me golpeó como una ráfaga de aire helado. Fui a casa tambaleándome, y pasé las dos semanas siguientes encerrada en mi habitación, llorando. Mamá me dejaba en la puerta una bandeja con comida. Babbo me llamaba por la cerradura, rogándome que le dijera si me encontraba bien. Al fin le respondí, con la voz ahogada por mis propios sollozos.

—No tengo el físico adecuado para ser bailarina de ballet clásico. He desperdiciado mi talento. Y ahora no puedo dar marcha atrás. He tirado por la borda años y años de trabajo durísimo. Mi vida se ha terminado. Y nadie lo entiende. Por eso lloro. Y ahora, déjame en paz.

OCTUBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

—Tal vez hoy sea el último día del año en que podamos navegar en el velero, señorita Joyce.

El doctor Jung me observa mientras bajo por el sendero bordeado de árboles que lleva a la puerta de su casa y me acompaña, al cruzar el jardín, hasta el pequeño embarcadero que hay en la orilla del lago.

—Sólo llevo a mis pacientes favoritos. —Se detiene y me sonríe—. Los que sé que no se van a tirar por la borda.

—¿Y qué le hace pensar que yo soy uno de ellos?

Cojo su mano y pongo un pie en el barco, aliviada por no llevar hoy el vestido de noche.

—Vamos a navegar por el lago mientras seguimos conversando. Tengo aquí sus memorias.

Se toca el bolsillo de la chaqueta.

—Se ve todo muy distinto desde el agua.

Me vuelvo a contemplar las contraventanas verdes y las ventanas con enrejado de hierro de la casa, grande y cuadrada. Los árboles de la orilla exhiben ahora todos los colores del otoño: cobre, bronce y oro. En el lago los botes y los transbordadores cortan las aguas formando una estela de espuma blanca. Las gaviotas de cabeza negra revolotean sobre nosotros.

—Sí. Desde aquí se ve todo distinto. —El doctor saca mi manuscrito y lo deja en el banco, a su lado, mientras yo contemplo el viento que lo acaricia—. No se preocupe, señorita Joyce. No va a volar.

Forcejea con las velas y luego deposita una piedra de buen tamaño sobre

el manuscrito.

—¿Por dónde quiere que empecemos hoy? ¿Por el doctor Naegeli, tal vez?

Tira de una soga hacia sí, y luego, cuando el velero empieza a girar, la suelta. Yo miro en dirección a Zúrich, que se extiende formando una especie de costra al otro lado del lago.

—Ya le dije a Babbo que la sífilis era culpa mía. Sólo mía. Por las cosas que he hecho. Cosas que están mal.

—¿Y qué dijo su padre?

—Dijo que era culpa suya, pero yo no le creo. Él es tan bueno... tan puro. El doctor Jung frunce el ceño.

—Hábleme de las enfermedades que ha tenido su padre. Y de su vista. ¿Dice que está casi ciego?

—Sufre brotes recurrentes de uveitis. Se le inflama el iris. Los médicos han querido darle arsénico, pero el tratamiento podría matarle. Conoce a alguien que entró en coma cuando lo tomó. También tiene conjuntivitis, y glaucoma, y una cosa que se llama episcleritis y otra... ble... ble...

Me llevé la mano a la sien. ¿Por qué no logro recordar el nombre?

—¿Blefaritis?

—Sí. Y fatiga, y agotamiento nervioso. Babbo dice que él lo merece, por todas sus infamias. Pero yo creo que es culpa mía.

Miro a lo lejos, más allá de donde está el doctor, a las colinas que se elevan formando ondas, detrás de Zúrich.

—No, señorita Joyce. No es culpa suya. —El doctor Jung baja la voz, como si estuviera hablando para sí—. Arsénico. Y forúnculos... ¿Tiene forúnculos? ¿Pérdida del apetito?

—Sí. A veces. Pero la buena noticia, doctor, es que el profesor Naegeli no encontró ni rastro de sífilis en mis análisis.

—Entonces, para curarse lo que necesita es el psicoanálisis. Tenemos que desenmascarar sus secretos patógenos.

—¿Patógenos?

—Secretos que están profundamente arraigados. Cosas que le han sucedido y que han estado ahí guardadas y ahora le están provocando enfermedades. Cosas a las que ha de enfrentarse.

Incluso aquí en el agua, sus ojos no tienen piedad de mí.

—Pero si están guardados... ¿cómo podré hacerlos frente?

—Siga escribiendo lo que sueña. El sueño es una puerta escondida en el lugar más recóndito de la psique. Mejor aún. Pinte, o dibuje, lo que sueña. ¿Podrá?

Se acaricia el bigote y me observa.

—¿Qué le han parecido mis memorias, doctor?

—¿Por qué rechazó aquel puesto de profesora de baile?

—Babbo me necesitaba. No para acompañarle como si fuera un perro lazarillo, pero sí para proporcionarle materiales e inspiración para su libro. Mi baile fue para él una fuente de revelaciones.

—¿Y se quedó para seguir siendo su musa?

—Yo nunca dije eso. Sabía que a mi madre no le gustaba. Pero durante toda mi infancia tuve los ojos de Babbo sobre mí: examinándome, observándome. Por eso dormía con la ropa puesta.

Titubeo. Me estremezco. El frío me invade lentamente, llena el interior de mi pecho. Es como si la temperatura de la sangre me hubiera bajado, de pronto, varios grados.

—Siga, señorita Joyce, se lo ruego.

Detrás de la vela blanca se zambulle una garza y sale de nuevo a la superficie con un pez de pequeño tamaño aleteando en el pico.

—Alguna vez pensé que sus ojos tenían una expresión de avaricia. Ladeaba la cabeza, como un pájaro, y yo sabía que no sólo estaba mirando: estaba escuchando, también. Y grabando.

Veo que la garza vuela hasta la orilla y desaparece entre los árboles.

—No hay duda de que le interesaba lo que usted tuviera que decir, como a todo buen padre.

El doctor Jung se agacha sobre el borde del velero, coge un poco de agua en la mano y la bebe haciendo mucho ruido.

—¡Ah, no! Nunca me hice ilusiones. Le interesaban mis palabras, su ritmo, por si podían serle útiles. Pensó que mis sueños también podrían serle de ayuda, sobre todo cuando empezó a escribir la parte que trata de la noche oscura del alma. Ya sabe usted que *Obra en curso* es un sueño. Y él emplea todo lo que tiene a mano, todo lo que le inspire.

El doctor Jung se seca la mano con el pañuelo.

—¿Cuándo supo usted que era la musa de su padre?

Miro por encima del borde del bote hacia el agua verde, tan clara que distingo a los peces diminutos que se mueven a nuestro alrededor, veo relucir sus escamas cuando las toca la luz. ¿Que cuándo descubrí que era la musa de Babbo? Ah, eso era. La noche en que ofreció en nuestra casa de la plaza Robiac su primera lectura de *Obra en curso*. Yo tenía diecisiete años. Había invitado a la velada a algunos de sus aduladores, para que escucharan las pocas páginas que había tardado miles de horas en escribir. Estaban todos sentados a los pies de Babbo mientras él leía, todos mirándole en actitud suplicante. Yo entraba y salía, sirviendo bebidas y ayudando a mi madre a preparar la comida que íbamos a comer después. Donde ella estaba no oía lo que decían, pero «ya lo había oído todo». Recuerdo la calidad melódica de las palabras de mi padre y su voz alta y fina, subiendo y bajando de tono. Y entonces sentí una sacudida, me di cuenta de que hablaba de mí, había escrito cosas sobre mí, y yo era parte de lo que seguramente iba a ser la novela más grande jamás escrita. Se me encogió el estómago... Tuve que hacer un esfuerzo para no gritar: «¡Esa soy yo! ¡Eso es mío!».

Había experimentado una sensación de violación que no puedo explicar, como si él me hubiera arrebatado algo.

Pero esto no se lo digo al doctor Jung. Le digo:

—Utilizó mis palabras. Kitten dijo que tenía suerte, que me había convertido en musa.

Deslizo los dedos sobre el agua verde y fría. Estoy empezando a sentirme cansada, aburrida. Toda esta charla sobre las musas... ¿De qué me ha servido a mí ser la musa de Babbo? Eso me ha tenido prisionera, me ha atado a él. Y sin embargo, es todo lo que me queda. Todo lo demás se ha desvanecido.

—Eso es verdad. Muchos artistas tienen una musa, y serlo se considera un gran honor.

Se sube las gafas con montura metálica y me mira.

—Mi padre es un genio, tan grande como Rabelais o Dante. —Echo atrás los hombros y dejo que el aire del lago me envuelva—. Muy celebrado siempre allí donde ha ido.

—¿Siente envidia de eso?

No digo nada. A veces recuerdo la ola de orgullo y el brillo del éxito, los

aplausos prolongados y los gritos de apreciación que siguieron a tantas de mis actuaciones. En el Bal Bullier, en el Théâtre des Champs-Élysées, en el Théâtre du Vieux-Colombier. Y sí. Era maravilloso.

—Entonces, ¿por qué dejó el ballet, señorita Joyce?

—Era demasiado duro. Kitten siempre tuvo razón en eso. Yo era ya demasiado mayor para el ballet.

Me detengo y miro de nuevo el agua, sobre el borde del barco: me fijo en mi reflejo, en mi cara que me está mirando, vibrando, ondulante, y durante un segundo de confusión imagino que estoy bailando.

—Descubrí una nueva forma de danza, una que no me obligaba a subir al escenario: y además, ayudaba a la gente. ¿Ha oído hablar del Movimiento de Margaret Morris? Aquella era en realidad mi vocación, el destino de mi faceta de bailarina. Kitten y yo habíamos asistido a alguna de sus clases de fin de semana, pero luego Babbo se enteró de que abría una escuela en París.

Miro fijamente a la orilla. El barco está empezando a mecerse y a balancearse, mezclándose con mis recuerdos, lanzándolos unos contra otros hasta que se emborronan y se distorsionan.

—Lléveme al embarcadero —digo, en tono exigente—. Tendrá que esperar al próximo capítulo.

—¿Ha tenido más episodios de clarividencia, señorita Joyce?

El doctor va caminando por el barco y su peso, al cambiar de ubicación, hace que varíe el rumbo: ahora vamos hacia la orilla.

Dudo, y por unos instantes el fondo del barco parece chupar mis pies, como si la embarcación me estuviera anclando, protegiéndome de su movimiento, de sus balanceos. Y recuerdo el sueño de la noche anterior, en el que la señora Fitzgerald, la señora Fleischman, Nijinsky y yo estábamos sentados formando un círculo. Llevábamos camisas de fuerza, y estábamos haciendo cestos con ramas de sauce que relucían como piedras preciosas.

—No —respondo, agarrándome con fuerza al borde del barco—. Nada.

—Estamos haciendo excelentes progresos. Ahora que su padre se ha marchado de Zúrich no hay obstáculo alguno para su curación. —El doctor Jung tira de una soga hacia sí, y la vela blanca se balancea con violencia hacia un lado—. Agáchese, señorita Joyce.

Lo hago, y entonces decido no contarle que Babbo continúa en Zúrich, alojado en secreto en el Hotel Carlton-Elite, a costa de su generosa mecenas.

No. Es nuestro secreto, y no se lo voy a contar al doctor Jung.

13. OCTUBRE DE 1929

París

—¿*Mia bella bambina*?

La voz de Babbo llegó a través de la cerradura de la puerta de mi dormitorio. Yo estaba sentada en la cama, envuelta con una manta.

—¡Márchate!

—He contratado al temible formidable señor Calder, al señor Alexander Calder, para que te dé clases de dibujo.

No respondí. Me ceñí más la manta al cuerpo, a los hombros cargados. No quería dibujar. Quería bailar. Necesitaba bailar, moverme.

—Creo que te gustará el señor Calder, Lucia.

—¿Es irlandés? —grité, aunque la manta me cubría la boca y me hacía de sordina.

—Abre la puerta, *mia bella bambina*, y te lo contaré todo.

—¿Le gusta a mamá?

—No, pero eso no supone un obstáculo.

Levanté la cabeza, y dejé caer la manta para liberar la cara y los hombros.

—El señor Calder te enseñará, y luego tú y yo trabajaremos juntos. Y a la señorita Steyn le ha parecido bien llevarte a ver museos. Y ahora ya... ¿te vas a dignar a abrir la puerta?

Me sacudí la manta y me llevé las manos a la boca, formando una bocina. Era imposible que no entendiera la petición que iba a hacerle ahora. Había pasado muchas horas encerrada en mi cuarto y ahora me quedaba claro que mi estrabismo era un obstáculo para mis planes de matrimonio. El estrabismo tenía que desaparecer.

—Sólo si me pagas la operación del ojo.

—Hablaré con el doctor Borsch y veremos qué se puede hacer. Te lo prometo. Y ahora, ¿me abres la puerta?

Me levanté de la cama, fui hacia la puerta y me agaché. Pegué la boca al ojo de la cerradura, rodeado de una embocadura metálica.

—No estoy dispuesta a tirar por la borda mi talento, Babbo. Y no quiero dedicarme a la encuadernación.

—Te he encontrado un sitio para que vayas a bailar, *mia bella bambina*. Abre la puerta, por favor.

—¿Con quién?

A través de la cerradura me llegaba el olor de Babbo. A desinfectante y a tabaco. Seguramente mamá acababa de ponerle un hisopo en los abscesos, o de lavarle los ojos. Sentí una punzada de culpabilidad.

—La señorita Margaret Morris ha abierto una escuela a cinco minutos de aquí. Te he reservado plaza.

—¿Margaret Morris, de Londres?

Me erguí, levanté la cabeza y miré por la ventana. La luz se esforzaba por entrar a través de las contraventanas. Fuera, en los árboles, graznaban los cuervos.

—Está segura de que serías una excelente profesora de su método. Y además tengo una carta de Beckett en la que me pregunta por ti.

Oí entonces los tacones de mamá que se acercaban decididos a la puerta, y su voz ladrando a Babbo:

—Déjame a mí, Jim. Tú no sabes nada de mujeres y no tienes ni idea de cómo tratar a tu hija.

Comenzó a martillar en la puerta con la palma de la mano.

—Llevas más de dos semanas metida en esa cama, Lucia. Hoy hace veinticinco años que nos casamos y la señorita Beach ha organizado una fiesta para esta noche. Queremos que vengas. Tu padre se ha avenido a todas tus estúpidas exigencias y yo te he comprado un vestido nuevo.

Me aparté de la puerta y estiré la espalda todo lo alta que era. «Sí», pensé. «Una semana es tiempo suficiente. Tengo que ponerme manos a la obra. Beckett no tardará en volver de Irlanda. Y yo necesito bailar.»

—¿Cómo es el vestido? —pregunté.

—Te va a encantar... de seda verde, con cintura baja y lentejuelas en el bajo. Abre la puerta y te lo traigo, de verdad te lo digo.

* * *

Estábamos Stella Steyn y yo en el Louvre contemplando un autorretrato de Chardin. Me dijo que aquel sería el punto de partida perfecto para nuestros «Discursos sobre arte». Yo intenté centrarme en el cuadro, en las líneas de la cara del pintor, en la tela de color azul brillante que le rodeaba la cabeza. Pero mis ojos se desviaban continuamente al cuadro que había junto a él. Era un óleo que representaba a un faisán muerto, colgado sobre una mesa llena de alcachofas, manzanas y vasos de vino. Mis ojos se detuvieron en el faisán un segundo y fue como si algo hubiera pasado entre nosotros.

—Chardin era muy lento pintando. —La voz de Stella, como un gorjeo, me apartaba del ave muerta—. Sólo pintaba unos cuantos cuadros al año, tres o cuatro. Este autorretrato lo pintó cuando tenía setenta y tantos años, y estaba tan ciego que ya no podía mezclar los colores si pintaba al óleo. Así que recurrió al pastel.

Stella examinó la pintura, situando los ojos a unas pocas pulgadas del marco. Yo incliné la cabeza, primero hacia un lado y luego hacia otro, y miré el retrato. Di un paso atrás y luego un paso adelante, tratando de ver qué era lo que encontraba tan fascinante. Entonces mis ojos volvieron al faisán.

—Era un maestro del bodegón y el retrato. Mira cómo ha captado la luz, Lucia. —Hizo un gesto, indicando el autorretrato de Chardin—. Mira cómo utiliza el color. Incluso con los pasteles es capaz de crear texturas y matices vibrantes. Mira la tonalidad azul pavo real de la banda que lleva en la cabeza.

Stella lanzó un suspiro pleno de satisfacción. Me quedé observando los ojos vidriados del faisán colgante.

—¿Lucia? —Me miró con curiosidad y señaló el autorretrato—. Echa un vistazo a esto, acércate más.

Entorné los ojos y traté de enfocar la mirada en Chardin. La banda azul que le adornaba la cabeza era del mismo color que el nuevo batín de Babbo. Pero entonces mi mirada se deslizó, de nuevo, al faisán. En el fondo de sus ojos parecía moverse algo. Una luz iridiscente.

—Y observa esa expresión, Lucia, y cómo va vestido. ¿Qué nos dice de

él?

Stella me miró con las cejas levantadas. Yo me volví, dando la espalda al faisán.

—Parece agradable —dije, sintiendo los ojos del faisán clavárseme en la espalda.

—Sí, estoy de acuerdo. —Stella se mostró entusiasmada—. Pinta con tanto sentimiento... No es en absoluto pretencioso, ¿verdad? En su rostro hay una gran humildad, y honradez. Nunca salió de París. Encontró aquí todo lo que necesitaba.

—Tal vez eso no sea tan raro —repliqué—. Vivir en una ciudad, nacer y morir contemplando la misma vista, escuchando los mismos sonidos familiares. Una vida de repetición, de familiaridad, de constancia.

Pensé en las historias de la niñez de Beckett, en el jardín, los manzanares y la casa que su padre construyó. En cómo todas aquellas cosas a mí me elevaban el ánimo, pero a Beckett parecían incomodarle. Luego me volví de nuevo hacia el faisán y sus ojos seguían clavados en mí, observándome.

—¿Por qué sigues aún mirando ese cuadro, Lucia? —dijo Stella en tono susceptible.

—No lo estoy mirando —mentí—. Estoy pensando en lo que has dicho. Lo de vivir en el mismo lugar siempre. ¿Es esta la primera vez que vives fuera de Dublín?

—Me fui de Dublín encantada. —Stella se volvió hacia el autorretrato de Chardin como si estuviera hablándole a él en lugar de a mí—. En París es donde hay que estar si quieres ser artista. De todos modos, no estaré aquí mucho tiempo. He solicitado una beca para estudiar en la Bauhaus, en Alemania.

Dio un saltito de emoción.

—Ah —dije, inexpresiva.

Quería mirar al faisán muerto de nuevo, quería mirarle a los ojos, desentrañar el misterio de aquella luz que brillaba en sus iris, de un modo tan peculiar. Pero no quería que Stella pensara que yo era rara, o que dijera a Babbo que no me había portado bien en su «Discurso del arte».

—Pero no inmediatamente, Lucia. —Me cogió la mano—. No te pongas triste. Tenemos mucho tiempo por delante, para que tú me enseñes francés y yo a ti pintura. Ya verás qué bien lo pasamos.

Stella se giró de nuevo hacia el autorretrato de Chardin y volvió a examinarlo, suspirando feliz. Yo volví a mirar al faisán, y nuestros ojos volvieron a encontrarse.

—¿Te ha encontrado ya tu padre un profesor de dibujo? —preguntó.

—Ah, sí. Acabo de dar mi primera clase con el señor Calder.

—¿Sandy Calder? —En su voz había un tono de incredulidad, como si le chocara mi respuesta.

—Sí. El que ha hecho ese circo mecánico tan impresionante. ¿Lo has visto?

—No —respondió con una expresión entre sorprendida y confusa.

—Bueno. Yo te llevaré. ¿Por qué me miras así?

—Porque conozco a Sandy Calder. No es un artista en realidad. Es ingeniero. —El tono de Stella era displicente—. Tú necesitas aprender del natural, estudiar el dibujo de las naturalezas vivas y pintar modelos. Me parece increíble que le haya contratado a él para enseñarte a dibujar. Tengo que admitir que estoy muy sorprendida.

—Bueno, a mí me gusta mucho. —Intenté contener la sonrisa que su nombre me traía, involuntariamente, a los labios—. Me hace reír.

—Creo que está comprometido con una americana. —Stella me miró con los ojos un poco entornados, como si estuviera examinando una pintura—. Así que tal vez no se quede mucho tiempo en París.

—Pues no deja de pedirme que vaya con él a La Coupole, así que dudo que esté comprometido. Yo, desde luego, no voy a ser infiel a Beckett.

—Y el señor Beckett, ¿cómo está?

—En Dublín. Pero esperamos que vuelva ya en cualquier momento. Naturalmente, mamá no quiere que me case con un irlandés. Ya me lo ha dicho bien claro. —Levanté los ojos con aire dramático.

—Pues *ella* lo hizo. *Ella* se casó con un irlandés.

—Es distinto. O tal vez por eso no quiere que yo lo haga... Dice que son todos unos borrachos.

—Puede que no quiera que te cases con un escritor sin porvenir.

—A veces creo que lo que quiere es que no me case. Con nadie. No sé lo que quiere. Sé que no quiere que baile, eso sí que lo ha repetido una y otra vez. Pero cuando me case pienso volver al escenario. Ya lo verás.

Y volví a pensar en mis planes de boda, y sentí que las manos se me cerraban y empezaba a apretar los puños.

—Tienes que seguir. Eres una bailarina maravillosa.

Stella me sonrió.

—Bueno... no lo he dejado del todo. Estoy asistiendo al centro de Margaret Morris para formarme como profesora de su método. Es danza, pero con una finalidad práctica. —Solté los puños y junté las manos, desplegando los dedos y haciendo olas con ellos, de lado a lado—. Esta posición de la mano se llama «el río».

—¿Práctica? ¿Qué quieres decir? —me miró inquisitiva.

—La señora Morris cree que la forma en que nos movemos puede ayudar a los niños, a las mujeres cuando dan a luz, a las personas que están impedidas, a los inválidos. —Bajé la voz y atraje a Stella hacia mí—. ¿Qué te parece mi ojo izquierdo? Míralo de cerca, como lo haría un artista. ¿Qué ves?

Stella miró sorprendida, me di cuenta de que estaba buscando las palabras porque no sabía muy bien qué decir.

—Babbo me ha prometido que me operarán para corregirme el estrabismo. Creo que eso podría ser la respuesta a mis oraciones. —Uní las palmas de las manos y levanté los ojos al cielo.

—¿Puedo preguntar para qué rezas, Lucia?

—Si mi ojo fuera normal, tal vez podría volver a los escenarios. Y a Beckett le sería más fácil declararse.

—¿De qué estás hablando? —Me miró fijamente.

—Tal vez le preocupe tener hijos bizcos. Puede que no le guste casarse con una mujer estrábica. Los hombres dan mucha importancia al físico.

Miré a Stella y, por primera vez aquella mañana, me fijé en su aspecto, en cómo vestía. Llevaba el pelo peinado en bucles brillantes. Tenía la cara redonda y unos ojos oscuros que parecían dos canicas negras. Las cejas arqueadas se asemejaban a dos orugas negras y obedientes que se hubieran tumbado sobre sus ojos. Llevaba puesto un conjunto impresionante, en color verde botella, con un pañuelo naranja anudado a la garganta y un casquete al que había prendido un ramo diminuto de flores de seda, también en color naranja. ¿Por qué no me había fijado antes en la osadía y en la elegancia de aquel conjunto? ¿Por qué había estado tan obsesionada, distraída con los ojos inertes de un faisán muerto?

—Yo creo que forma parte de ti. Te da un aire vulnerable que resulta encantador. Y creo que si un hombre te ama eso no debería importarle.

Stella hablaba lentamente, como si estuviera pensando cada palabra que fuera a pronunciar.

—¡Pues yo lo odio! ¡Estoy deseando que desaparezca!

Las dos ancianas que estaban al otro lado de la sala se giraron hacia mí y me miraron. Stella me agarró por el codo suavemente y me condujo a la otra sala, pero antes pude volverme una vez más para mirar al faisán muerto que colgaba ignominiosamente de aquellas cuerdas.

Moví los labios, pero no dije nada.

—¿Qué intentas decirme?

No esperé a que respondiera. No quería que Stella le hablara a Babbo de mi idiosincrático comportamiento en su «discurso».

—¿Quieres que veamos otro cuadro o prefieres que nos vayamos a casa? ¿Lucia?

Respiré hondo. ¿Por qué me hablaba como si fuera una cría? ¿O un inválido?

—Por supuesto que no quiero ver ningún cuadro más. Quiero ver alguna pintura de manos. Manos largas y delgadas. De hombre...

—¿Manos?

Stella frunció el ceño y me lanzó una mirada extraña.

—Sí, manos, sin más.

No le dije nada de las manos de Beckett, de la belleza esculpida de sus muñecas, sus nudillos, sus dedos torneados. No le dije que no podía dejar de mirar aquellas manos, aquellas hermosas manos que me habían acariciado, sostenido, que habían ardido sobre mi piel. No. Aquello era mío, y no quería hacer partícipe a nadie.

14. NOVIEMBRE DE 1929

París

Cuando Beckett volvió a París noviembre tocaba a su fin, y los días se habían vuelto ya húmedos y fríos. Mientras él estaba fuera a Babbo le había poseído un cantante de ópera irlandés que se llamaba John O'Sullivan. Era un anciano cascarrabias, amargado por la falta de reconocimiento tras años de girar por los teatros de todo el mundo, pero estaba en París para cantar en *Guillermo Tell* y Babbo estaba dispuesto a que todo el mundo le viera y reconociera su genialidad como cantante.

Se me encomendó escribir invitaciones para todos nuestros conocidos. Tal vez «invitación» no es la palabra correcta, pues según me senté a la mesa, pluma en mano, me dio la sensación de que estaba escribiendo cartas de petición, rogando, suplicando, camelando a todos los aduladores de Babbo, a toda la gente que conocíamos en París, a todos los periodistas con los que Babbo había coincidido... para que compraran sus localidades y fueran a ver *Guillermo Tell*. Le pregunté por qué teníamos que dedicar tanto tiempo y esfuerzo a la carrera artística de John Sullivan y me contestó que era para que él ayudara a Giorgio con la suya.

Babbo recorría la habitación en penumbra mientras me dictaba:

—John O'Sullivan... no, quita la O... digamos sólo John Sullivan, por amor a la música... tiene la voz más prodigiosa que yo haya oído jamás.

Se detuvo, se quitó las gafas y se frotó los ojos hinchados.

—¿Quieres que escriba eso? ¿La voz más prodigiosa que tú hayas oído jamás?

—Lucia, por favor, no cuestiones cada cosa que digo. Me haces perder el

hilo. —Babbo movió la cabeza con aire impaciente y volvió a ponerse las gafas—. No creo... ¿estás escribiendo esto, Lucia? No creo que haya existido antes un tenor más grande que él, y dudo que en el futuro el oído humano... —Se detuvo de nuevo, buscando las palabras adecuadas— pueda apreciar algo así, hasta que el Arcángel San Miguel cante su gran aria en el último acto.

Copié sus palabras, diligente, con mi caligrafía más elegante, trazando el bucle de la «g» meticulosamente y añadiendo a la «s» una pequeña floritura. Babbo inclinó la cabeza y apoyó la frente en la mano, llena de anillos. Luego volvió a levantarla y me señaló con un dedo amarillo.

—¿Estás lista para el siguiente párrafo?

Asentí, completamente absorta en perfeccionar cada letra, embelleciéndolas cada vez que podía con florituras y bucles.

Comenzó a pasear de nuevo, palpando su camino, rodeando las dos sillas, con las manos extendidas para no chocar.

—«*Guillermo Tell* toca el mismo tema que el *Ulises*: un padre que busca a su hijo, y un hijo que busca a su padre. Esperamos que se unan a nosotros y a John Sullivan en la cena, donde se servirá champán, al término de la representación.» Ya está. Creo que eso es todo.

Llevábamos tres horas, y me dolía la cabeza. Y la espalda también, de estar agachada sobre el escritorio de Babbo. Se me estaban formando dos ampollas, una en la punta del dedo índice y otra en la curva del pulgar. Miré la pila de sobres que tenía delante: había más de cuarenta. Estiré la espalda, el cuello y los hombros, y oí a Babbo hablar por teléfono sobre John Sullivan. Con la emoción, levantaba la voz.

—Tienes que venir. Es capaz de llegar al do mayor sin la menor dificultad. Ningún otro tenor del mundo puede hacer eso. Se produjo una larga pausa y luego volvió a empezar con el panegírico, el elogio y las súplicas. Su entusiasmo salía de él como las burbujas de champán de la botella. Pero yo no podía compartirlo. De hecho, me llenó de desazón porque me daba cuenta de que no tenía nada que ver con ayudar a Giorgio a medrar. ¿Por qué no me había pedido que escribiera cuarenta invitaciones al debut de Giorgio, en abril? Pensé en Sullivan, el cascarrabias de Sullivan, el viejo Sullivan, que había venido a cenar y no había hecho más que hablar en francés, intimidar a todo el mundo y pelear con su mujer. Pensé con dolor en

Giorgio, que estaba viviendo, obediente, la vida que Babbo no había vivido como cantante de ópera. Por la mísera cantidad de quinientos francos al mes cantaba en la Catedral Americana, en la Avenida George V. Yo me tiré en el sofá y me chupé el dedo de las ampollas. Babbo seguía hablando por teléfono, con su voz escindida flotando por toda la casa.

—John Sullivan, sí, John Sullivan. Tienes que venir y escribir algo... Nadie le ha hecho caso... Sí, perseguido, exacto.

Y entonces se me ocurrió. ¿Por qué nadie había escrito cuarenta invitaciones para verme a mí bailar en el Bal Bullier? ¿O en el Théâtre des Champs-Élysées? ¿O en el Théâtre du Vieux-Colombier? ¿Por qué no había convocado a su ejército de aduladores para que vinieran a aplaudirme a mí, a pedir un bis, a escribir artículos ensalzando mi arte? ¿Dónde estaban entonces los reporteros y los fotógrafos a los que cortejaba ahora sin descanso por John Sullivan? ¿Por qué prefería Babbo a aquel tipo tan conflictivo de Sullivan, antes que a mí?

Y sin previo aviso, sin que me diera tiempo a salir de estampida, una oleada de furia me removió por dentro y me envolvió entera

Intenté pararla, pero no pude. He revivido ese momento un centenar de veces, un millar de veces desde entonces. Aunque estaba sola en el estudio de Babbo, sentía la presencia de otra persona. Alguien violento y desesperado. Como si la sombra que normalmente se estiraba tras de mí hubiera cobrado vida y se hubiera apoderado de mi cuerpo. Cerré los ojos e intenté espantarla, pero siempre volvía: perversa, oscura y fea.

Me levanté del sofá, cerré los ojos y comencé a dar vueltas por el despacho de Babbo, tratando de deshacerme de aquella cosa. Me giré y me retorcí, me agaché y salté y, cuando llegó papá, estaba hecha un remolino, como un derviche turco, con los ojos frenéticos y el corazón latiendo a toda prisa. Libros y papeles empezaron a volar de los estantes. Fotos y cuadros saltaron de sus alcayatas. La luz eléctrica comenzó a parpadear, en las lámparas del techo.

—¡Lucia!

Babbo se paró en la puerta, con el cuerpo rígido por la conmoción. Yo seguí girando, golpeando una botella de vino vacía y un cenicero. Una nube de ceniza se elevó desde el suelo cuando pateé el cenicero. Los papeles fueron a parar a todos los rincones de la habitación. Los libros se cayeron.

—¿Qué... qué estás haciendo? —me preguntó, sin aliento.

La persona que se había instalado dentro de mí, poseída por la furia, empezó a desaparecer. Primero se encogió y disminuyó como un buitre que desaparece en el horizonte. Pero luego comenzó a planear, sin quedar del todo fuera de mi vista. Así que empecé a bailar, a girar con abandono, sin pensar en Babbo, sin pensar en los papeles ni en los libros que estaba pisando, sin pensar en la botella de vino vacía que daba vueltas peligrosamente por el suelo. Tenía los brazos estirados, los dedos extendidos, las manos abiertas, hacia el cielo. Eché la cabeza para atrás, arqueé la espalda y empecé a hacer remolinos en torno a los libros y papeles y a las colillas de cigarros que había esparcido por todo el suelo.

Babbo no se había movido del umbral de la puerta pero, de repente, con la rapidez de un rayo, entró en la habitación y agarró la botella de vino que yo estaba pisando. Luego se apartó, se fue de nuevo a la puerta y volvió a quedarse allí de pie, sosteniendo la botella y mirándome a mí. No hizo esfuerzo alguno por recuperar sus escritos, sus preciosas hojas escritas a mano.

—Lucia...

Le temblaba la voz. Yo estaba en aquel momento planeando como un avión, inclinándome con movimientos elegantes para esquivar las sillas, el escritorio, los papeles tirados, los libros desperdigados con actitud promiscua por toda la habitación. Babbo avanzó despacio y con cautela hacia donde yo estaba, con sus manos como garras extendidas hacia mí.

—No pasa nada. Estoy bailando. —E hice una reverencia tan exagerada que mis rodillas rozaron la alfombra.

Babbo, con los brazos extendidos y sosteniendo aún la botella de vino, me miraba fijamente. Tenía una expresión confusa, como si no supiese quién era yo.

—¿Es... Eso es lo que te enseñan en la escuela de Margaret Morris?

Jadeé un poco al agacharme para recoger sus papeles.

—Improvisamos mucho. Lo siento por tu trabajo. Intentaré ponerlo en orden.

—No tiene importancia. Luego lo ordeno.

Se arrodilló, dejó en el suelo la botella de vino y probó a estirar los brazos y tocar los libros que yo había tirado. Despacio, comenzó a apilarlos,

haciendo un gran esfuerzo para verlos a través de sus lentes.

—¿Y las invitaciones que has estado escribiendo, Lucia? ¿Están bien?

Miré hacia el escritorio de Babbo. Las invitaciones, con sus gruesos sobres color crema, seguían allí formando una torre impecable, con sus sellos, su dirección, listos para ir al correo.

—Sí —respondí brevemente.

—Bien. Hay que llevarlas al correo lo antes posible. No puedo fallar a John O’Sullivan. John Sullivan. Creo que estoy en lo cierto cuando insisto en que no ponga la «O». Se pronuncia mejor así, y es más fácil para que lo escriban los del periódico. ¿Te importaría llevarlas al buzón, *mia bambina*?

* * *

Babbo nunca habló de aquel baile salvaje. Ni siquiera se lo contó a mamá. Su obsesión por John Sullivan creció hasta que ya no fue capaz de hablar de nadie más. Hasta sus aduladores estaban perplejos por los esfuerzos de mi padre de promocionar a John Sullivan. Beckett no sólo estaba perplejo, también indignado por la ingratitud de Sullivan. Beckett y yo nos juntábamos en el vestíbulo de nuestra casa de la plaza Robiac y nos quejábamos de Sullivan, de la cantidad de tiempo, de nuestro tiempo, que consumía. A veces hacíamos chistes a su costa y yo descubrí que Beckett, normalmente grave y serio, tenía un ingenio incisivo. Mamá había prohibido mencionar el nombre de John Sullivan, y Babbo ponía gran cuidado en no decir nada delante de ella, aunque no mostraba la menor contención delante del resto.

Algo bueno salió, sin embargo, de la obsesión de Babbo: una nueva forma de intimidad entre Beckett y yo. Nuestro disgusto hacia aquel tenor quejumbroso y marchito se convirtió en una alianza privada contra John Sullivan, otra cosa más que vinculaba a Beckett conmigo. Una noche, un par de semanas después de que él volviera de Irlanda, estábamos los dos en otra ópera de John Sullivan a la que habíamos asistido por obligación. A mitad de la representación estábamos ambos ahogando los bostezos, cuando Beckett empezó a revolverse en la butaca y a pegar su muslo al mío. Su calor me inundó como si procediera de una botella de agua caliente. Me acerqué más a él, hasta que sentí que nuestros cuerpos se estaban derritiendo. Percibía aquel olor tan suyo a tabaco y cinta de la máquina de escribir y jabón. Y fue

entonces cuando sentí sus dedos, que me acariciaban la mano. Su mano, su hermosa mano, descendió luego hasta mi rodilla y allí se quedó, en la oscuridad. Habían pasado cinco meses ya desde aquel día en que estuvimos a punto de hacer el amor en el suelo del salón, y yo recordaba vívidamente el sabor de su boca, el tacto de su piel, el calor y la presión de su cuerpo sobre mí. Pero también recordaba las palabras de mamá: primero a la vicaría y luego a la picardía. Y decidí, sólo por esa vez, seguir su consejo.

Al cabo de unos minutos le cogí la mano y se la coloqué, suavemente, sobre su propia rodilla. Luego empecé a mirarle las manos: las uñas, las articulaciones, los tendones y las venas que corrían bajo su piel, y que parecían espaguetis. No subí la vista hasta que Sullivan salió al escenario a saludar por última vez y Babbo rompió a aplaudir, llevado por el enésimo frenesí.

—¿Sam? —susurré mientras aplaudía sin entusiasmo alguno.

—¿Sí? —Beckett se había apartado de mí y ya no parecíamos unidos como siameses.

—Ya tengo fecha para que me operen del ojo. Voy a empezar 1930 con ojos nuevos. Se acabó la bizquera. ¡Se acabó el estrabismo!

—¡Ah! —dijo Beckett, mientras seguía aplaudiendo, también sin mucho entusiasmo y John Sullivan recorría el escenario hinchado como un pavo.

—Nada de romance hasta entonces, Sam.

Esperé, observé su cara para ver si había algún síntoma de decepción o de dolor. Pero antes de que me fuera posible descifrar sus expresiones, sentí la punta del bastón de Babbo golpeándome en el hombro.

—¡Impresionante! ¡Incomparable! Este hombre es un genio consumado. Beckett, ¿ha contado las veces que ha llegado al do mayor?

—No, señor Joyce.

—¿Se queda a cenar con nosotros, Beckett? Vamos a llevar a Sullivan al Café de la Paix a tomar un poco de champán y pollo frío.

Babbo se echó la capa por los hombros con una elaborada floritura.

—Esta noche no puedo, señor. Tengo que hacer el equipaje. Mañana me marcho a Alemania, voy a pasar unos días con mis tíos.

Mientras nos levantábamos de las butacas volví a mirar a Beckett, y observé su rostro inescrutable. ¿Había entendido mal mi resistencia? ¿Le

había herido con mi nueva estrategia? Le miré mientras se ponía la bufanda y salí del teatro detrás de Babbo. Luego tuve que recordarme que Beckett era mi destino, y que en breve sería libre para amar y bailar el resto de mi vida.

15. FEBRERO DE 1930

París

Tras la operación estuve una semana entera tumbada en el sofá, con la cabeza vendada. Babbo robó algo de tiempo a su campaña por John Sullivan para atenderme, y hasta me traía dulces y pastas para animarme. Incluso mamá tuvo un comportamiento ejemplar y solícito, y me compró un sombrero nuevo que destacara mis ojos nuevos.

Cuando me quitaron las vendas vinieron Kitten y Stella a traerme ramos de flores de invernadero. Las dos me inspeccionaron el ojo y dijeron que era un milagro. Babbo bailó una danza irlandesa y me cantó una cancioncilla que hablaba de «la muchacha de ojos bonitos», y mamá sopló y resopló y dijo que si con aquello yo no dejaba de quejarme, ya no sabía qué más hacer. Giorgio me trajo un frasco de perfume que debió coger del tocador de la señora Fleischman porque no estaba lleno del todo. Y lo más importante: Beckett me trajo un libro. Había escrito una nota en el interior, que decía: «Qué mejor uso se le pueden dar a unos ojos, que leer. Con amor, Sam». Yo, francamente, podía citar unos cuantos usos más, pero no dije nada. Cuando se encerró en el despacho de Babbo mamá leyó su mensaje y empezó a decir «tú-tú-tú...» y a levantar los ojos, que parecían hechos con un taladro, y a mover la cabeza, todo a la vez. Y yo leía aquellas dos palabras, «Con amor», una y otra vez. Y el corazón me cantaba.

Una noche, cuando Beckett salió del despacho de Babbo, yo le estaba esperando en el hall. Le pasé el abrigo mientras le miraba sin el menor pudor, con mis ojos nuevos. Me sentía de maravilla, libre, desatada, como si acabara de liberarme de un embrujo maligno. Era palpable el deseo que sentía por mí, y yo por él. Vibraba en el aire. Luego apareció Babbo, en silencio,

enarbolando un libro, y Beckett se apartó de mí de un salto, como si le hubiera picado un avispon. Yo me reí. Él había dejado perfectamente clara su posición y para mí, aquello era suficiente.

Aquella noche, cuando empecé a sonreír para mis adentros, Babbo no se percató: estaba demasiado absorto en su trabajo, y llevaba puesto el parche en el ojo y dos pares de gafas, unas encima de otras. Mamá sí lo comentó varias veces: mientras hojeaba una revista, me pidió que «contara el chiste para reírnos todos». Yo me quedé donde estaba, sentada, dibujando (y sonriendo) y preparando mi próxima clase con Sandy. Con dos ojos perfectos las posibilidades que se abrían ante mí me parecían ilimitadas, infinitas. No podía evitar que en mi interior resonaran dos palabras: «Señora Beckett». Y cada vez que las decía mentalmente, sonreía. De pronto volví a verme sobre el escenario, bailando ante una audiencia arrobada que puntuaba sus aplausos entregados con gritos de «¡Otra, otra, señora Beckett!».

Naturalmente, mi madre se encargó de ponerme de nuevo los pies en la tierra. No dejaba de decirme que no me entusiasmara demasiado, que tenía primero que ir a revisión, al doctor Collinson y que ya me diría él. Babbo, sin embargo, participaba de mi júbilo. Estaba impresionado por lo rápido que había ido todo, y por el éxito de la intervención.

Cuando fui a revisión el doctor Collinson me miró desde todos los ángulos y empleando un centenar de artefactos y lentes diversos. Luego declaró su satisfacción con los resultados y me pidió que regresara dentro de un mes, para hacer una última revisión. Mamá y yo fuimos a tomar café y tarta para celebrarlo, y estuve a punto de contarle mis planes de boda, pero algo me hizo detenerme y hablar, mejor, del tiempo.

Una semana después estaba yo lavando los platos y pensando en una nueva rutina de baile, cuando mamá dejó de pronto de cotorrear a mitad de la frase y se quedó mirándome. Pensé que me iba a reprender por no escucharla, pero no fue así. Se quedó mirándome, sin más. Mirando mi ojo izquierdo. Se acercó mucho a mí y me cogió por los hombros, de modo que yo no podía moverme. Por la expresión de su rostro hubiera dicho que algo le había pasado a mi ojo. Y luego gritó a Babbo:

—¡Jim, se está girando otra vez!

Sus palabras me hirieron como una pedrada. Naturalmente, Babbo no vio nada. Me miró el ojo, dijo que estaba perfecto, y volvió a meterse a toda prisa

en su despacho.

Pero ya era tarde. ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Había vuelto el estrabismo? ¿Había fracasado la operación? Mamá respondió con evasivas y dijo que probablemente se había equivocado. Me dio una porción de tarta y una taza de té azucarado que sirvió en el mejor juego de su ajuar, el de los capullos de rosas rosas. Cuando me hube calmado decidí llevar a cabo un examen yo misma, con un espejo y una regla.

Me miré en el espejo, intentando medir la distancia que había entre la pupila y el lagrimal. Me di cuenta de que algo no iba bien. Parecía que la pupila y el iris se estaban deslizando poco a poco hacia la nariz. Recordé las palabras del doctor Collinson, al principio, cuando dijo que estas operaciones no siempre salían bien, y también en todas las que le habían hecho a Babbo, y cuán pocas habían dado resultado. Al final pensé en la señora Beckett vestida de novia, con los ojos bizcos, estrábicos, deformados e hinchados.

* * *

Cuando llegó Sandy a darme la primera clase de dibujo mamá le despachó, pensando que era un vendedor. Llegó en una bicicleta naranja, vestido con un traje de lana de rayas anchas en naranja y marrón y con un sombrero de paja. En el manillar de la bicicleta llevaba colgada una cartera de piel muy desgastada. Mamá abrió la puerta y la cerró, inmediatamente, en sus narices. Sandy, impertérrito, se limitó a llamar de nuevo al timbre y se rió cuando mamá gritó por la ventana que no quería comprar nada. Hubo que ir a buscar a Babbo y sacarlo de su trinchera para que identificara a Sandy. Y entonces, por fin, se me permitió entrar a mí. Cuando insistió en que diéramos las clases de dibujo en la mesa de la cocina mamá alzó los brazos en señal de desesperación. Sandy sonrió y empleó con ella todo su encanto americano antes de abrir la cartera y dejar a la vista el circo en miniatura que siempre llevaba consigo.

A mí me encantaban sus esculturas diminutas. Las cogí, me las puse en la palma de la mano, y las contemplé disfrutando de ellas: metálicas, frías y llenas de pinchos o bien almohadilladas, suaves y mullidas. Me encantaban aquellos bailarines, acróbatas y animales que se movían y giraban con movimientos bruscos de *staccato*, o bien fluidos, como si fueran cintas que se

cimbrecaban al viento. Me encantaba el entusiasmo de Sandy, la emoción con la que hablaba del «movimiento mecánico» y de «componer movimientos». Adoraba sus relatos de fiestas y borracheras. Mientras me enseñaba cómo dibujar un acróbata colgado del trapecio me hablaba de las fiestas a las que había ido esa semana y de las excentricidades de sus amigos. Si las fiestas habían sido aburridas se ponía a recordar las veces que había fallado su circo: en Berlín, cuando un gramófono no funcionó, en Nueva York, cuando se le cayó la cabeza al león, cuando olvidó presentarse en un teatro de la Rive Gauche. Y acompañaba cada anécdota de una risotada. Sandy era inmune a cualquier sentimiento de vergüenza, embarazo o arrepentimiento.

* * *

Sandy fue el primero que me contó el rumor. Estábamos sentados uno al lado del otro en la cocina de casa. Frente a nosotros, una escultura diminuta de un acróbata cuyos brazos y piernas se movían con la brisa. Sandy quería que lo dibujara así, en movimiento.

—Soplelo y verá cómo se mueven los brazos.

Sandy sonrió y puso en movimiento la figura de metal que había frente a mí. Llené los pulmones de aire y sople. Los brazos y las piernas del muñeco se balancearon enloquecidos durante un segundo; luego se le cayó la cabeza: cayó sobre la mesa golpeándola con un tenue *clonk* antes de empezar a rodar. Sandy se recostó en la silla y comenzó a reír sin parar, temblando todo lo grande que era, con los extremos de su largo bigote agitándose.

—¿Lo ha hecho a propósito? —pregunté indignada.

—¡No! Juro por Dios que no. —Sandy seguía riéndose, con los ojos brillantes: por su expresión parecía estar divirtiéndose mucho—. Pero me alegro muchísimo de que haya sido decapitado aquí, y no en mi espectáculo circense.

Cogió la cabeza de la miniatura y trató de colocarla de nuevo, pero tenía los dedos tan grandes que no podía retorcer el alambre que unía las dos partes.

—Déjeme a mí. Yo tengo los dedos más pequeños.

Al quitarle de las manos la diminuta escultura rocé con los dedos las puntas de los suyos, y sentí una inesperada excitación. Retiré enseguida la

mano y me concentré en arreglar el acróbata de metal. Sandy seguía riéndose entre dientes, sin dejar de mirarme. Y luego dijo algo que me pilló por sorpresa y me dejó perpleja.

—¿Desde cuándo lleva comprometida con Sam Beckett?

—¿Comprometida? —pregunté, con los ojos fijos en el acróbata.

¿Por qué pensó que Beckett y yo estábamos comprometidos? ¿Había contado Beckett sus intenciones a otros, antes que a mí? ¿Estaba a punto de declararse? Entonces se me ocurrió que, tal vez, de alguna forma oscura y misteriosa, estábamos comprometidos y todo el mundo lo sabía menos yo. El entendimiento tácito entre Beckett y yo, la intimidad creciente entre él y mi familia, los intercambios, casi diarios, en la puerta, el roce de manos, los muslos pegados en los restaurantes, teatros y cines, él acariciándome el pecho y las piernas, mi mano en la entrepierna de sus pantalones o en su trasero... aquella vez en que estuvimos a punto de hacer el amor en el suelo del salón... ¿era aquello un compromiso no anunciado? ¿Era así como se hacía en Irlanda?

—Lo estaban diciendo anoche en La Coupole. En París todo el mundo habla de ello. Me sorprendió que no me lo hubiera dicho usted. —Sandy me miró con expresión burlona—. Todo el mundo le ha visto por ahí con usted y con sus padres. La gente dice que siempre está en su casa.

Los dedos me temblaban al atornillar la cabeza de la figurita al cuerpo, y una presión en el pecho hizo que se me acelerase la respiración. Todo lo que había dicho Sandy era cierto. Beckett venía a casa todos los días. Casi siempre salíamos juntos los cuatro. Y yo había visto el fuego en sus ojos cuando me miraba, cuando me tocaba al pasar. Recordaba el tacto de sus dedos en la cara, de su mano en mi rodilla, la manera en que habíamos caído juntos en el recuadro dorado de la luz de la tarde. Sandy escrutó mi cara, el rubor que se había apoderado de ella, y esperó una respuesta.

—Sí, eso es todo cierto... Pudiera ser... pudiera ser... —titubeé; mi voz sonaba forzada e insegura. Luego barboté la pregunta, que sonó absurda y alocada—. ¿Puede ser que estemos comprometidos, pero no esté al corriente?

Esperé que Sandy se riera, pero no lo hizo. En lugar de reírse, respondió:

—Sí, imagino que es posible. No en mi tierra, la verdad. Allí todavía se hacen estas cosas a la antigua... Pedida de mano, anillo de compromiso, fijar la fecha de la boda... En París es distinto. Aquí todo vale. Imagino que

habrán hablado de matrimonio, o Beckett y usted, o Beckett y su padre.

¿Sería Beckett capaz de hablar a Babbo de esto sin decírmelo a mí? ¿Me lo habría dicho Babbo, de haber sucedido? Me invadió una oleada de esperanza de que ese compromiso ya fuera firme. Durante diecisiete meses Beckett había venido a casa a diario, me había acompañado, habíamos intercambiado miradas y palabras. Qué fácil hubiera sido dejarse llevar hacia esa situación como hace uno cuando se desliza entre las sábanas, por la noche: sin palabras, con relajada familiaridad. Durante un minuto imaginé un compromiso tácito y asumido, en el que no hacía falta un caballero arrodillado, ni una proposición envarada, ni discusión de la dote, ni permiso paterno ni fecha de boda ni fiesta de pedida. Yo me imaginaba a Beckett diciendo a sus amigos: «Pues claro que estamos comprometidos, ¿no se nota?».

Sandy volvió a sonreír.

—La verdad es que no conozco mucho a Sam Beckett, pero parece un tipo reservado. Me da la impresión de que está planeando declararse. Si se casa con usted, desde luego es un tipo con suerte. —Sus ojos se detuvieron en mí más tiempo del que se considera cortés—. Será mejor que empiece a dibujar, Lucia.

Cogió la figurita, ya arreglada, y me dio un trozo de papel y un lápiz.

—Quiero que intente dibujarlo mientras se mueve. Piense en la figurita como si fuera una escultura cinética.

Pero yo no lograba concentrarme en los brazos flotantes de la figura. Sólo pensaba en la señora de Samuel Beckett. No tardaría en convertirme en la señora de Samuel Beckett, y podría tener las hermosas manos de Beckett, largas y delgadas, entre las mías el resto de mi vida.

—Vamos, Lucia. Comience por el pelo. ¿Lucia? ¿Lucia?

Sandy gritaba desde el otro lado de la mesa, pero yo le ignoraba. Tenía el corazón demasiado henchido para hablar.

* * *

A Sandy le parecía que mi vida familiar era sorprendente. Yo lo sabía porque las únicas veces que no sonreía era cuando me preguntaba algo de mi familia. Preguntó por qué mis padres no me dejaban ir a alguna fiesta con él. Quería

saber por qué tenía yo que estar en casa a las nueve en punto. Preguntaba por qué Babbo escribía sólo sobre Irlanda, pero nunca iba. Y le intrigaba especialmente lo convencional de nuestro hogar: el mobiliario burgués, los retratos de los antepasados de Babbo, y su estricta adherencia a la rutina. Le desconcertaba que a Babbo no le gustaran los clubs nocturnos donde se congregaban los artistas parisinos. La intimidad de mi familia le resultaba extraña y poco ortodoxa. Yo intentaba, a duras penas, responder a sus preguntas, pero lo normal era que no lo consiguiera. Me limitaba a repetir que Babbo trabajaba muy duro en la noche oscura del alma (que era como llamaba, en los últimos tiempos, a su *Obra en curso* ante los aduladores) y que yo era muy importante para su inspiración. A veces Sandy me preguntaba por qué no me iba de la casa paterna, por qué no me unía al fervor revolucionario y artístico de París, por qué no disfrutaba de la libertad que París ofrecía.

—Aquí no es como en América, Lucia. Ni como en Inglaterra. Allí prohíben libros, como el de su padre. En mi país siguen pintando caballos en mitad del campo y dos personas no pueden besarse si no están casadas. Maldita sea... no puede uno ni beber un trago. Todos los grandes escritores y artistas se han marchado. Es en París donde sucede todo. Si eres mujer allí se espera que te cases y críes hijos. Por eso están aquí Gertrude Stein, Djuna Barnes, Sylvia Beach... ¡han huido! —Los ojos le brillaban y el bigote se le movía—. No me parece normal que esté usted aquí, donde todo el mundo crea, explora, traspasa las fronteras, experimenta... y que se quede sentada en Fouquet, con sus padres, buscando estrellas de cine.

—No es así, Sandy —dije titubeando—. Mi madre va buscando estrellas de cine porque a ella le encanta el cine. A Babbo le gustan los escritores que van allí, y la comida que sirven. Mi padre es un escritor serio. No quiere pasarse allí toda la noche, con su pandilla. Y no soporta a Gertrude Stein.

Sandy empezó a reírse a carcajadas y luego se volvió hacia mí. Se puso serio de nuevo.

—Pero usted, Lucia, todo el mundo dice que es una gran bailarina. Que habla cuatro idiomas. Que canta como un ángel. Y dibuja también como un ángel, maldita sea.

Cogió uno de mis dibujos a lápiz y plumilla. Era un perro saltando. Me lo puso delante de los ojos.

—No he dejado la danza. —Me aparté de la mesa, hice un salto perfecto, me puse de puntillas y me contoneé unos segundos—. Y tengo planes. Grandes planes.

Sandy me miró con curiosidad.

—Debería usted salir más. Todo el mundo viene a París para ser libre y divertirse, y usted vive como una monja de clausura. Tiene demasiado talento para pasarse la vida siendo musa, o esposa, o llámelo como quiera. París está cambiando, y usted tiene que aprovechar lo que quede, mientras pueda.

Agradecí esto a Sandy: le agradecí que creyera en mí. Pero ¿cómo iba a explicarle que había un hilo invisible que me ataba a Babbo? ¿Cómo iba a explicarle mis responsabilidades como musa? ¿Cómo hacerle entender que aquello me repelía y me atraía a la vez?

Pero no lo hice. Le prometí, eso sí, que llevaría a Kitten y Stella a ver su circo, el sábado.

* * *

Íbamos las tres caminando por los senderos de grava de los Jardines de Luxemburgo con paso decidido, y no sólo por la emoción de asistir al espectáculo circense de Sandy: Stella estaba encantada porque *Paris Montparnasse* había publicado un artículo sobre ella, el segundo ya, con reproducciones de sus pinturas de escenas callejeras. Kitten estaba contenta porque tenía un nuevo galán. Yo estaba especialmente feliz porque Beckett me había hecho un regalo precioso la noche anterior, cuando salimos a cenar *en famille*. Yo supe que algo se estaba cocinando porque estuvo toda la noche mirándome, incluso cuando hablaba con Babbo. Normalmente mostraba gran deferencia cuando Babbo hablaba, como todos los aduladores. Pero la noche anterior no había dejado de mirarme. Justo cuando salíamos de Fouquet me entregó un ejemplar de la *Divina Comedia* de Dante, una edición preciosa en piel azul con el título grabado en oro.

—Esto es para ti, Lucia —dijo.

Entonces supe lo mucho que significaba yo para él. Babbo y él estaban obsesionados con Dante, y yo supe exactamente lo que quiso decir con ese estilo suyo, críptico y callado. Dante es el poeta del amor, el italiano es el lenguaje del amor. Me estaba diciendo que me amaba. Estaba tan abrumada

que no podía ni hablar. Poco después, cuando íbamos caminando por los Campos Elíseos, le agarré del brazo y aminoré la marcha, de manera que nos quedamos a una buena distancia de mamá y Babbo. Le conté lo de los ojos del faisán en el Louvre, que me habían seguido como intentando decirme algo. Y le dije que seguía soñando con sus manos. Casi había logrado reunir todo el valor necesario para decirle que le amaba cuando mamá empezó a gritar, pidiendo ayuda.

—¡Por el amor de la virgen María, echadme una mano! Jim se ha desmayado de repente.

Estaba de pie, en medio de un corrillo de gente, intentando sujetar el cuerpo inerte de Babbo. El sombrero había rodado por la acera y el bastón se le había caído encima de tal modo que parecía una pierna más. Solté el brazo de Beckett y ambos echamos a correr en dirección a ellos. Beckett nos ayudó a llevarle hasta un banco, donde empezó a parpadear y a agitarse.

—Vio a dos monjas, ahí mismo —mamá señaló al otro lado de los Campos Elíseos— y empezó a temblar como una hoja. Me preparé para una de sus espantadas, pero entonces miró para abajo y resulta que había una rata enorme, colándose por la alcantarilla. ¡Eso era! Se desmayó de pronto. Gracias al señor que veníais detrás.

—Es que es doble mala suerte, dos monjas y una rata que cruza su camino —expliqué a Beckett al ver su expresión de perplejidad.

—¡Fuera! ¡Todos! —exclamó mamá agitando las manos ante aquella heterogénea mezcla de curiosos—. Esto va a traer un brote mañana, ya lo veréis. —Propinó a Babbo una palmadita en la mejilla—. Vamos, Jim, tienes que rehacerte. ¿Puede parar un taxi, señor Beckett? Lucia, coge el sombrero y el bastón.

Y así fue como concluyó la velada. Pero yo tenía el libro de Beckett en el bolso, y si eso no era una señal de amor, ya no sé qué podía serlo.

Cuando íbamos Kitten, Stella y yo caminando por el parque, junto a filas de tulipanes rosas, tempranos, y setos perfectamente recortados, les conté lo del regalo de Beckett. Kitten me apretó el brazo y dijo, como gorjeando:

—¡Ay, querida, *Le Tout Paris* comenta lo de tu compromiso con Beckett!

—Ten cuidado con lo que deseas —añadió Stella, sin sonreír; yo ignoré el comentario: las mujeres irlandesas siempre acaban hartas de los hombres irlandeses, según mamá.

Cuando llegamos al estudio de Sandy había ya una cola de gente esperando para comprar las entradas. Nosotras pasamos, empujando, subimos las escaleras y abrimos la puerta. Sandy estaba agachado, en el suelo, organizando el circo. Para construir la pista había formado un anillo con bloques de madera y, en el interior, pequeñas esteras y tiras de alfombra roja, un trapecio completo y un balancín en miniatura. Había rematado el anillo con un empavesado y banderines de colores intensos. Tumbado en el suelo estaba el director, vestido con una chaqueta negra y un sombrero de fieltro que llevaba torcido. A un lado de la pista se encontraban las cinco maletas de Sandy, una de ellas desbordada de leones de lana diminutos, payasos con la boca abierta, artistas del trapecio con ganchos de metal, en lugar de dedos... Ninguno era más grande que mi mano.

Alrededor de la pista, que era algo más grande que un sombrero de señora de ala ancha, tenía un montón de cajas puestas boca abajo, y banastas de botellas de vino: eran para que se sentaran los espectadores. Pegados en las paredes y en la puerta había unos carteles escritos a mano que anunciaban el *Cirque Calder - 25 Francs*. Un hombre pelirrojo, agachado junto a Sandy, manipulaba el gramófono. Miré a Kitten y a Stella, sentadas una a cada lado. Estaban observando la escena del circo en miniatura casi en trance, con los ojos brillantes. Cuando saludé a Sandy con la mano y señalé a mis dos amigas para que él las viera, sentí una oleada de orgullo.

—Han venido Kitten y Stella —dije—. ¿Podemos ayudar en algo?

Sandy se puso en pie de un salto y besó a Kitten y a Stella en las mejillas.

—Encantado de conoceros. Estoy de verdad muy contento de que hayáis podido venir. No sé dónde he puesto el sable del tragasables, pero en cuanto lo encuentre, empezamos. Tengo un espectáculo enteramente nuevo: los trapecistas se van a caer y lo van a enseñar todo... Espero que no se ofendan, damas.

—¡Por supuesto que no, Sandy! —dije, intentando sonar todo lo despreocupada e indiferente que pude—. Somos chicas modernas.

En cuanto ocupamos nuestros asientos Kitten y Stella empezaron a bombardearme a preguntas. Kitten quería saber si Sandy era pariente de Stirling Calder, que había hecho no sé qué escultura inmensa en Filadelfia, de qué parte de Estados Unidos era, cuántos años tenía, y si estaba casado. Stella quería saber si cosía todo aquello y de dónde sacaba los materiales. Sus

preguntas me hicieron darme cuenta de lo poco que conocía a Sandy. Casi siempre hablábamos, sobre todo, de su vida social y de mi vida doméstica, o bien él me aleccionaba en cuestiones de movimiento, espacio, velocidad y volumen.

—Le transmitiré todas vuestras preguntas en la próxima clase, lo prometo. Pero casado no está, desde luego. Está *muy* soltero.

Lancé a Kitten una mirada cómplice antes de recordarle que tenía un novio nuevo y de dejar claro que Sandy estaba muy interesado en mí, y no paraba de invitarme a salir.

—Sí, pero ya sabemos que tu corazón le pertenece al señor Beckett —me susurró Kitten al oído—. Pues es muy guapo... Sandy.

Cuando Sandy anunció *Le Grand Cirque Calder*, todo el mundo dejó de hablar y las cajas colocadas boca abajo dejaron de deslizarse por el suelo: en el gramófono comenzó a sonar una marcha y Sandy llevó al director de su circo al centro de la pista. Después tuvo lugar una sucesión de acontecimientos, algunos por su mano (era Sandy el que empujaba, tiraba, soplaba, levantaba y bajaba a aquellos hombrecillos) y otros gracias a un motor o a un elaborado sistema de poleas que había construido él mismo. Durante una hora vimos actuar a un montón de contorsionistas en miniatura, comefuegos, leones y domadores, mientras Sandy hacía comentarios en su francés vacilante. Cuando apareció el león Sandy dejó de comentar y se lanzó a rugir. Kitten no podía dejar de sonreír y aplaudir ruidosamente después de cada interpretación. Stella inclinaba la cabeza a un lado y a otro, intentando averiguar cómo hacía moverse a aquellas figuras. Yo estaba sentada con la espalda erguida, orgullosa, como una madre observando a su criatura, precoz pero llena de talento.

Durante el intermedio Stella fue corriendo a examinar las sogas y trapecios de los que colgaban los trapecistas diminutos con sus manos de garfio. Al regresar, manifestó:

—Es fascinante. Es muy inteligente... Es todo un ingeniero.

—Pero se especializó luego en pintura —dije, defensiva—. Tiene el mismo talento para la pintura y el dibujo. Deberíais ver los dibujos que hace de animales, a plumilla. Yo estoy aprendiendo mucho de él.

Stella me miró dubitativa.

—Pero es en esto en lo que es un genio: entiende perfectamente el uso del

movimiento, y del espacio. Y del color... ¡mira el empavesado! ¿Qué más sabe hacer?

—Ha hecho esculturas con alambre de Joan Miró y Josephine Baker — respondí, insegura—. Los llama retratos de alambre. Creo que estuvieron expuestos en Nueva York el año pasado. ¿O fue hace dos años?

En la segunda parte del espectáculo circense de Sandy contemplamos extasiadas cómo subía en globo un payaso. Sandy había puesto un tubo de goma en la espalda del muñeco y, a través del tubo, soplabá él. Al expandirse el globo el acróbata salía volando y todo el mundo aplaudió y se rió, encantado. Después vinieron los caballos salvajes, que parecían juguetes con ruedas, acompañados de un vaquero y una bailarina. Cuando Sandy tiró de una palanca oculta los caballos empezaron a dar brincos y sacudidas, lanzando a la muchacha a la pista y al vaquero por los aires. El público empezó a hacer más ruido, a armar más escándalo, y cuando comenzó el siguiente número algunos de los espectadores comenzaron a patear el suelo y a animar, emocionados. Cuando la delicada bailarina cayó del trapecio lo hizo de cabeza, se le levantó la falda y dejó a la vista sus diminutas posaderas. Provocó tal estrépito de aplausos que Sandy tuvo que poner fin a la representación antes de que se produjera una revuelta.

Regresamos caminando a la parada del tranvía, riéndonos y gastando bromitas. Pero justo cuando giramos para entrar al bulevar de Montparnasse Stella me arruinó el buen humor al preguntarme por Beckett. Quería saber por qué no le había invitado al circo de Sandy y por qué todo París estaba hablando de nuestro compromiso si aún no se había declarado. Kitten salió en mi defensa.

—Es obvio que el señor Beckett ha estado exponiendo sus planes, pero no ha encontrado el momento adecuado para proponérselo.

—Parece muy reservado. No es el tipo de hombre que va contando las cosas por ahí a la primera de cambio.

Stella iba mirando al frente, con los ojos fijos en el horizonte.

—Exactamente —dijo Kitten—. Es tan terriblemente tímido que es posible que no haya reunido aún el valor necesario... Creo que deberías ayudarlo, Lucia.

—¿Qué quieres decir con eso? —Stella se giró hacia Kitten y frunció el ceño.

—Creo que Lucia debería ayudarle a vencer su timidez. No creo que pueda suceder si siempre están con el señor y la señora Joyce.

—¿Creéis que tengo que estar a solas con él? —pregunté.

Nunca le había hablado a Kitten de aquella lección de baile propulsada por el whisky que le di a Beckett. No creo que lo hubiera aprobado. Y después de lo de mamá yo ya no podía con más reprimendas.

—¡Pues claro! ¿Cómo va a poder ese pobre hombre declararse con tu padre observando cada movimiento que hace? ¡Ni siquiera puede besarte!

—Pero habéis estado a solas... ¿verdad? No estáis *siempre* con tus padres...

Stella seguía con los ojos fijos en el final de la calle. Kitten me dio un codazo y murmuró algo que no conseguí descifrar, pero la luz de sus ojos me dio a entender que era algo divertido, una broma a costa de Stella, tal vez.

—No es fácil. Estos días estamos *casi siempre* con mis padres, sí. Y él es un caballero. Un caballero irlandés.

—Claro, no cuestionamos sus deseos. —Kitten levantó la vista al cielo—. Ya he visto cómo te mira, Lucia. Pero es terriblemente tímido. Eso lo ve cualquier chica. No quiere que le den calabazas. Tienes que animarle un poco... Debe intimidarle un poco el que seas la hija de un genio. A mí tu padre me aterroriza.

—Es verdad. El señor Joyce impone mucho —asintió Stella—. Pero ¿creéis que a Sam Beckett le impondrá tanto como a nosotras? A fin de cuentas, él también tiene mucho talento. Y es un hombre.

—Beckett venera a Babbo, pero bueno... quién no. Todo el mundo le venera salvo mi madre, que no para de meterse con él —titubeé—. Sí, tal vez eso le pone todo más difícil a Beckett. Es como si yo fuera la hija del mismísimo Dios.

—Exacto —Kitten hablaba con entusiasmo, abriendo mucho los ojos—. Eso es. Imagina lo desalentador que tiene que ser para él. Pobre Sam Beckett. Me da pena. Yo, cuando llevo a casa a un amigo nuevo... no es fácil. Papá no es más que un banquero aburrido. Pero tu padre ha de tener ciertas expectativas, en relación con tu prometido quiero decir. Tienen que ser inteligentes, cultos.

—Pues Sam Beckett es inteligente y culto, así que no tendría que preocuparse por eso, ¿no? —dijo Stella en un tono un poco burlón: los giros y

vueltas de sus palabras acabaron por confundirme.

—Aun así, tiene que sentirse intimidado. Esa es la cuestión. No hagas caso a Stella... ¡está celosa!

Kitten me apretó el brazo y me sonrió. Yo miré a Stella y vi que se ruborizaba y levantaba la barbilla hacia el cielo, desafiante.

—¿Ah, sí, Stella? —pregunté.

—Es demasiado irlandés para mí —respondió bruscamente.

El rubor le subió por la cara y el cuello, hasta ocultarse bajo el pañuelo turquesa y carmesí que llevaba puesto. Kitten volvió a propinarme un codazo en las costillas, y yo miré de nuevo a Stella. Ante nosotras se abría el bulevar de Montparnasse, con los vendedores de periódicos anunciando sus vespertinos, el sonido metálico de los tranvías, los mendigos con sus muletas y sus perros medio calvos, los borrachos vagando de bar en bar. Stella caminó con decisión hacia la parada. Sus ropas flotaban con la brisa: parecía una flor de invernadero de colores chillones.

Agarré del brazo a Kitten: una riada de preguntas comenzó a desfilarse por mi cabeza. ¿Es que estaba Stella enamorada de Beckett? ¿Lo quería para ella? ¿Había ella...? ¿Habían ellos...? ¿Sentiría Beckett algo por Stella? ¿Por eso se mostraba siempre contraria a las sugerencias de Kitten, y no apoyaba ninguna?

—¿Es que a Stella le gusta Beckett? —susurré a Kitten.

Entonces Stella se volvió como un látigo.

—Lo he oído, Lucia. Entre Sam Beckett y yo no hay nada. Nada en absoluto. Lo único que pretendo es que muestres un poco de... ¡Bah, olvídale!

Movió la cabeza, enfadada.

—Es un malentendido. —Kitten cogió del brazo también a Stella y comenzamos a caminar así agarradas las tres—. Es todo culpa mía. Tengo el hombre perfecto para ti, Stella. Es un amigo de mi novio. ¿Por qué no salimos los cuatro? Podemos ir al cine, o los seis, contigo y con Sam, Lucia.

No hubo tiempo de responder. Estábamos en la parada y el tranvía de Stella llegaba en ese momento. Miré cómo subía, con sus rizos negros y brillantes sobresaliendo por el gorro carmesí. Y entonces la taché de mi lista de invitados a la boda. Sí, pensé. Es hora de hacer caso del consejo de Kitten.

* * *

Regresé corriendo a la plaza Robiac, con la cabeza llena de planes de boda. Cuando llegué a casa supe enseguida que algo no iba bien. Oí la voz de mamá, casi gritando, desde el vestíbulo, y cuando entré al salón estaba allí caminando de un lado a otro con expresión sombría y la cara contraída. Babbo estaba tirado en el sofá con los ojos cerrados y los labios sin color.

—¡Es demasiado mayor! ¡Tiene marido, y un hijo! ¿Por qué no deja en paz a Giorgio?

La voz de mamá sonaba dura y airada.

—Ya se ha divorciado. Ahí tienes la respuesta.

Babbo parecía agotado, y tenía unas marcas enrojecidas bajo los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

Me senté a su lado en el sofá y le cogí la mano, llena de anillos. Me dedicó una sonrisa débil y luego explicó que Giorgio y la señora Fleischman habían ido a tomar el té y habían anunciado su compromiso.

—Eso era lo que significaban las dos monjas que vi anoche y la rata que se me cruzó —graznó—. Tu madre está destrozada.

—¡Giorgio comprometido con una mujer divorciada! Vergüenza tenía que darle... No es lo que yo quiero para él, desde luego. —Un leve matiz de remordimiento teñía la voz de mamá—. ¿Es que no se puede casar con una mujer de su edad? ¿Con alguien que no tenga ya hijo y marido?

—Al menos tiene dinero, Nora. Y *ya está* divorciada.

Babbo lanzó un fuerte suspiro.

—Ah, Jim, tú siempre te fijas en el dinero. Y no hay duda de que estarás pensando en la familia rica que tiene en América, y en que te pueden ayudar con tus libros.

Babbo tosió, incómodo, pero no dijo nada.

—Tú les animaste, Jim. A ella le abriste las puertas de esta casa para que viniera a leerte y a mecanografiar tus cosas. Y es una fresca y una descarada, no hay duda. A ti siempre te estaba poniendo ojitos, y como no funcionó, pues se los puso a Giorgio, que no era más que un mierdero. ¡Diecisiete años! Y ella casada y con un hijo. ¡Si es casi de mi edad! ¡Esto es una desgracia!

Babbo lanzó a mamá una mirada de reproche, un signo de alarma, como si hubiera llegado demasiado lejos y hubiera superado algún límite.

—Viene aquí pavoneándose de su dinero y de sus joyas, como si fuera una duquesa, como si fuera superior a mí. Y me lo roba. A mi único hijo. A nuestro único hijo, a nuestro Giorgio. —Le tembló la voz, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿Y la familia, Jim?

Se dejó caer en una silla, inarticulada y vencida.

—Ahora seremos cinco de familia. No van a vivir lejos de aquí —dijo Babbo, intentando tranquilizarla—. ¿Es que no te gusta que quieran tener su propia familia? ¿No te gustaría tener un nieto?

Fue cuando habló del nieto cuando me di cuenta de todo. Giorgio se iba de casa, se iba a construir su propia vida, a escribir su propia historia. Durante los últimos diez meses había pasado cada vez más tiempo con la señora Fleischman. Y aunque nos habíamos habituado a su ausencia la perspectiva de su matrimonio no se nos había pasado por la cabeza, la verdad. Sin embargo, la posibilidad de que Giorgio y Helen tuvieran un hijo me hizo darme cuenta, de repente, de que Giorgio se escapaba, al fin, se libraba de las ataduras de mamá y de Babbo.

—Ella es demasiado mayor ya para tener un hijo. A su edad no es conveniente.

Mamá apretó los labios.

—Tiene treinta y tantos... No es demasiado mayor.

—Se ha ido abriendo camino hacia nuestro hogar como una lombriz, y nos ha robado a Giorgio. Y te apuesto lo que quieras a que se lo lleva a América antes de que puedas decir ni mú. Y la familia de ella... ¡es judía! ¿Por qué no se puede casar con una muchacha irlandesa, que sería una nuera estupenda para mí?

Babbo se encogió, jugueteó con la solapa, no dijo nada.

—¿Cómo voy a estar yo a la altura de su dinero judío? Y esa manera que tiene de actuar, como si fuera la dueña. Es una vergüenza que una mujer tenga el valor de mangonear así a un chaval. Dicen que ha tenido un montón de amantes, así que seguramente se canse de Giorgio y le mande a casa de vuelta, con el rabo entre las patas. Yo no pienso hablarle. ¿Qué hay de Stella Steyn? Ella sí que es una buena chica irlandesa, sin duda. O Kitten. —Mamá se volvió de pronto hacia mí, como si acabara de darse cuenta de mi

presencia—. ¿Qué hay de Kitten? A ella le gustaba Giorgio.

Antes de que me diera tiempo a abrir la boca Babbo le dijo a mamá que si continuaba por ese camino lo único que iba a conseguir era que Giorgio se emperrase cada vez más en irse con la señora Fleischman. Y entonces le recordó, con su voz entrecortada, que Kitten era americana y Stella judía.

—¡Y a mí qué me importa! ¡Yo me quedo sin mi niño! ¡Me lo quita una vampira!

Mamá ahogó un suspiro.

—Pero piensa en ella como...

Babbo se detuvo sin acabar la frase. Se le vidriaron los ojos y yo supe que estaba a punto de cantar las alabanzas del dinero de ella, pensando en todas las cosas que podría hacer con él, en todas las conexiones de la señora Fleischman, de la familia americana de la señora Fleischman.

—¿Levantar la prohibición que hay sobre el *Ulises*, Babbo?

Sonrió tímidamente.

—Quién sabe, *mia bella bambina*. Quién sabe.

Aquella noche no dormí. Sabía que la marcha de Giorgio de aquella casa de la plaza Robiac cerraría aún más los barrotes de mi celda. Me pregunté una y otra vez cómo podría librarme de mis padres, ahora que sólo les quedaba yo. Y cuando la luz gris de la mañana empezó a abrirse paso entre las contraventanas supe que era el momento de dar un empujón a mi plan. No tenía nada que perder.

NOVIEMBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

—¿Por qué cree usted que Giorgio era el favorito de su madre? —El doctor Jung introduce el tabaco en la pipa y aprieta la picadura—. ¿Le importa si fumo, señorita Joyce?

—Giorgio fue un bebé tranquilo, mientras yo estaba siempre llorando. Me lo dijo la tía Eileen. Me contó que mamá no sabía qué hacer conmigo. Todo el mundo sabía que mamá prefería a Giorgio. Y a mí me lo dijo ella misma.

Suelto una risotada vacía y froto con las manos las mangas del abrigo de piel, hacia arriba, hacia abajo. Cruzar el lago Zúrich me ha dejado helada, y todas esas ráfagas de viento que soplan agitando el transbordador, que se balancea y se mece sin parar.

—Su marcha de la plaza Robiac, ¿significó que ganaba usted toda la atención de sus padres?

El doctor chupa la pipa y una pequeña nube de humo de tabaco se eleva y sobrevuela su cabeza como un halo.

—Después de aquello no pude dormir en varias noches.

Avanzo hacia mi manuscrito que yace sobre el escritorio del doctor desplegado como un abanico.

—Giorgio y yo habíamos pasado juntos por muchas cosas. Cuando llegamos a París... yo tenía trece años, y él quince. Nos alojamos en un hotel asqueroso del Barrio Latino, lleno de pulgas. Pensamos que estábamos allí de paso, camino de Londres, pero no fue así.

Hago una pausa y me miro las manos. Qué viejas me parecen: llenas de nudos, las uñas mordidas, mal cortadas; la piel se me está empezando a

arrugar. Me fijo en la pequeña cicatriz roja brillante del pulgar, con sus pliegues traicioneros. Pero donde se detienen mis ojos es en las manchas de las muñecas.

—¿Qué edad tengo, doctor?

—Veintisiete años, señorita Joyce. ¿Qué ocurrió cuando llegaron a París?

—No hablábamos francés. Durante tres meses Giorgio y yo no hablamos con nadie: hablábamos sólo entre nosotros. No teníamos amigos, ni conocidos de ningún tipo. Yo no tenía una habitación propia. Si quería un poco de intimidad tenía que ir al cuarto de Giorgio. No tenía colegio al que ir, no teníamos nadie a quien visitar. Babbo exigía silencio y oscuridad: estuvo así hasta que acabó el *Ulises*. De modo que Giorgio y yo pasábamos las horas muertas en su dormitorio imitando a Charlie Chaplin.

Vuelvo a quedarme en silencio. Siento las lágrimas que me inundan los ojos incluso ahora, después de todo lo que ha sucedido entre nosotros. ¿Cómo pudo acabar una amistad, una cercanía como aquella, tan de repente?

Trago saliva y continúo.

—Él consiguió un trabajo de oficinista gracias a uno de los aduladores de Babbo, pero lo detestaba. Dijo que era aburrido y que no tenía categoría, que no estaba a su altura. Su siguiente trabajo fue en la American Trust Agency, donde le prometieron doscientos francos al mes tras un período de prueba sin salario. Babbo dijo que podía aspirar a más, pero Giorgio no pasó la prueba. El trabajo le parecía monótono y humillante, que no hacía más que mover papeles por la mesa y le pagaban una birria.

Hago otra pausa. Miro al doctor, que sigue fumando su pipa y observándome, siempre observándome con sus ojos brillantes como una moneda.

Empuja la silla hacia atrás y se pone en pie. Los huesos de los pies le crujen al andar hacia la ventana.

—Siga, señorita Joyce. Tengo que comprender qué ocasionó esa brecha entre su hermano y usted.

—Yo solía saber lo que pensaba Giorgio: había veces, incluso, que preveía sus palabras exactas.

Me mordisqueo, distraída, una cutícula rota y me pregunto si esos fueron «momentos Cassandra» o simplemente el resultado de una profunda familiaridad. Y mientras doy vueltas a esa idea algo sale flotando de un

rincón oscuro de mi mente, lleno de telarañas. Intento atraparlo pero se desliza, alejándose de mí, y tengo la repentina sensación de que me corren insectos por la espalda, hormigas diminutas que suben en formación. Quiero rascarme la espalda, pero el doctor insiste en que continúe mi relato y yo quiero dejar de pensar que tengo insectos recorriéndome la piel.

—Cuando venían a casa, de visita, los aduladores de Babbo, siempre pasaban de largo por donde estábamos nosotros. Como si fuéramos invisibles. Nos llamaban para que sirviéramos el té. Giorgio siempre me guiñaba un ojo. Esa era nuestra señal. Habíamos elaborado un lenguaje propio, compuesto de una mezcla de italiano, alemán, inglés y una pizca de francés. Cuando él hacía el guiño hablábamos en voz muy alta en aquel revoltijo de idiomas. Eso siempre desarmaba a los aduladores de Babbo, que no conseguían entendernos.

Ese recuerdo me hace sonreír y olvido la marcha de las hormigas por mi espalda.

—Entonces tenían un vínculo muy profundo, muy íntimo.

El doctor Jung se queda en pie junto a la ventana, mirando a las colinas y a los bosques que se extienden al otro lado del lago. La lluvia empieza a golpear los cristales. Sobre su hombro veo las nubes negras, preñadas de lluvia.

—Fue el dinero de la señora Fleischman lo que le dio la fuerza y la... — Me detengo, buscando la palabra exacta—. La determinación necesaria para irse de la plaza Robiac. Él no se casó por amor.

—¿Cree usted que se casó para huir de sus padres?

—Estoy convencida.

Meto la cabeza entre las manos. Cómo explicarle que ahora sé que era cierto... que mis padres empezaron a atarme a mí más corto, de una manera sutil y lenta, cuando Giorgio conoció a la señora Fleischman. Lucharon, sin duda, por retener a Giorgio. Pero la señora Fleischman había sido muy insistente. Y rica. Y luchó también, por su parte. Empleó sus encantos y su dinero para preparar su reingreso en el círculo de aduladores de Babbo.

—Estoy muy satisfecho con sus progresos, señorita Joyce. La señorita Baynes me dice que ha estado usted tranquila y que no hay problemas significativos con su memoria.

—Entonces, ¿cuándo puedo irme, doctor? —Saco la cabeza de entre las

manos—. Me siento mucho mejor.

—Cuando hayamos dejado al descubierto todos los recuerdos que tiene usted bloqueados, reprimidos. Estoy elaborando una teoría que comienza con su abandono emocional, siendo un bebé. La manera en que su vida familiar pivotó en torno a una figura paterna dominante.

—¡Babbo no era dominante! Era mi madre la que era una mandona, que no dejaba de decirme cómo tenía que vestir. ¡Se equivoca usted!

Fulmino al doctor Jung con la mirada. Qué hombre tan estúpido: no entiende nada.

—Tiene usted razón, señorita Joyce. Su padre no es autoritario. Pero lo controlaba todo, ¿no? Dijo usted que le preocupaba que el señor Beckett cayera bajo su influjo.

—¿Y eso es todo lo que se le ocurre decir? ¿Llevo dos meses viniendo aquí, y *esa* es la única conclusión que saca?

Me pongo de pie y cojo los guantes y el bolso de la mesita. Tengo que regresar al hotel. Babbo se va a preocupar. Toda esta lluvia, este viento. El doctor Jung hace un gesto, indicando la silla, pidiéndome que me vuelva a sentar. Ahora me grita, me empuja para que me siente de nuevo. Yo levanto el bolso, le amenazo con él, apunto a sus mejillas rubicundas y satisfechas.

Se aparta, y yo siento sobre los míos sus brazos fuertes, que me inmovilizan. Tengo la respiración entrecortada, como el viento que azota los cristales. Se me cae el bolso al suelo y sus contenidos se desperdigan por ahí: una latita de cera para los zapatos, un tenedor de postre de plata, un colador de té, billetes de tranvía gastados, una pluma de flamenco rosa del zoo de Zúrich, una barra de labios, una pata de pollo, una caja de cerillas. Y ahí está el gran doctor de rodillas, recogiendo mis cosas, y volviéndolas a colocar con cuidado en el bolso.

—Señorita Joyce...

Me mira desde el suelo y por primera vez encuentro en su mirada un punto de... ¿qué es eso? ¿Ternura?

—No hemos hecho más que empezar. —Su mirada planea sobre el colador de té, mientras vuelve a depositarlo en mi bolso—. Creo que tiene un complejo reprimido, resultado de algo que sucedió cuando era niña. Un recuerdo tan horrendo, tan inaceptable, que lo enterró muy, muy hondo.

Y cuando dice eso yo siento que todo en mi interior se cierra como si

fuera una anémona a la que han pinchado con un palo. Se me revuelven las tripas, se me bloquean. Y el aire que me rodea se vuelve verde y frío.

—La represión de un recuerdo intenso hace que la personalidad se desdoble y, en ocasiones, que se desarrolle una vida de fantasía muy fuerte. Mi hipótesis es que usted ha sublimado ese recuerdo en la danza. Cuando dejó de bailar su memoria comenzó a resurgir de su inconsciente. —Suelta un prolongado suspiro, y se pone de pie—. Se lo cuento porque creo que es usted lo bastante inteligente como para entenderlo.

El doctor Jung me entrega el bolso y entonces soy yo la que se pone de pie.

—Tengo que irme —le digo, muy tiesa—. Aquí hace demasiado frío. Pero hay una cosa que tiene que saber usted, doctor.

Hago una pausa y me muerdo los labios durante unos segundos que se hacen muy largos. Hay algo que quiero decirle, pero no sé qué es. Busco las palabras, las que sean, pero la mente se me queda en blanco, obstruida, y las hormigas vuelven a correrme por la espalda.

Él me mira, expectante.

—La próxima vez —dice, amable—. Creo que ha sido suficiente por hoy. Me acompaña a la puerta, y me da un pañuelo.

—Sus labios, señorita Joyce. Le sangran los labios.

16. ABRIL DE 1930

París

Mamá se negó a hablar a la señora Fleischman. Creo que todos pensábamos que era demasiado tarde, que la señora Fleischman se había salido con la suya y Giorgio se había liberado. Pero mamá siguió manteniendo en su presencia un obstinado silencio durante varias semanas.

Entre tanto, yo iba planeando mi propia boda, mi propia huida. Naturalmente, me casaría de blanco. Pero quería un vestido moderno, a la última, con cintura baja y manga corta. Llevaría un velo y un ramo de capullos de rosa en tono rosa claro y lilas blancas. No sería una boda multitudinaria: mamá y Babbo, Sandy, Kitten, quizás alguna vieja amistad de mi compañía de baile, ya desmantelada. Invitaríamos a la familia de Beckett y McGreevy tendría que venir, pero no el resto de los aduladores. Giorgio cantaría y Man Ray tomaría las fotos, y yo interpretaría una danza en la que había estado trabajando durante mis clases en la escuela de Margaret Morris. La recepción sería en Fouquet: champán y pollo frío, y fresas alpinas.

Dejaría a Beckett decidir el espinoso asunto de *dónde* casarnos. Mis abuelos eran católicos, pero la familia de Beckett era protestante. Yo quería pasar la luna de miel en Irlanda y conocer la casa donde se había criado Beckett. Y después podríamos ir a Dublín y a Galway y visitar a mis abuelos, tías, tíos y primos. Yo lo veía todo perfectamente claro en mi cabeza: él y yo, cogidos del brazo, con dolor de mandíbula de tanto sonreír. Y las palabras de los invitados, al marcharnos. «¡Qué bien ha hecho Lucia, qué buena pareja hacen!»

Y si Beckett no quería ir a Irlanda, tal vez podríamos ir a Alemania y visitar a sus tíos. Y tendríamos que buscar un sitio para vivir a nuestro

regreso. Una vez instalados en un pequeño apartamento, nuestro, yo haría pintar las paredes de un tono azul huevo de pato. Y compraría un piano. Él tendría su despacho, con muchos anaqueles de roble claro para sus libros, y un escritorio de caoba donde podría pasarse el día entero escribiendo. Yo plantaría geranios rojos en el bacón para animarnos cuando el tiempo se pusiera gris. Haría de nuestra casa un hogar tan confortable que a Beckett no le costaría trabajo regresar por las noches. Yo tocaría el piano y cantaríamos para él. Y, naturalmente, volvería a los escenarios. Volvería a bailar, convertida en la señora de Samuel Beckett.

Fue mamá la que me sacó de mi ensoñación. Se quedó parada delante de mí, agitando una carta.

—Tenemos que irnos a Zúrich, Lucia. Tenemos fecha para la operación de tu padre. La semana que viene.

—¡Yo no puedo ir! La señorita Morris viene de Inglaterra la semana que viene. Si no me ve, no llegaré nunca a ser profesora de baile. Esa semana es muy importante para mí.

Fui bajando la voz, angustiada de pensar que me iba a perder la visita de la señorita Morris, cuando sabía que ella esperaba verme dirigir una clase.

—No tienes que venir, Lucia —dijo mamá en tono inexpresivo—. Te puedes quedar con la señora Fleischman.

—¡No me quiero quedar con la señora Fleischman! ¿Por qué no puedo quedarme aquí? De todos modos, tú no le diriges la palabra, así que ¿cómo le vas a pedir el favor?

Mamá gruñó.

—Por favor, deja que me quede aquí —rogué—. ¿No puede quedarse Giorgio conmigo?

—Se lo preguntaré a Jim, pero no te prometo nada.

En ese momento me di cuenta de que aquella era mi oportunidad. Era la ocasión perfecta para cerrar mi compromiso. Mis padres se iban, y Beckett y yo tendríamos libertad para hablar de nuestra boda. Sin el aliento de Babbo en la nuca, sin escrutar cada movimiento que hacíamos, cada vez que nos mirábamos, tendríamos por fin libertad para hablar de nuestro amor. Mi cabeza empezó a hervir con una emoción sin límites, a pensar en la mejor manera de acometer aquello. No podía invitarle a la plaza Robiac, porque mamá insistiría en que me quedara en otro sitio, o porque estaría Giorgio. El

teatro y el cine no nos garantizaban el tiempo suficiente para conversar. Los espectáculos de danza y los bares estarían demasiado concurridos, llenos de gente conocida.

Lo que necesitábamos era un restaurante tranquilo con algún rincón poco iluminado. Un restaurante con zonas en penumbra y que no estuviera de moda, con camareros indiferentes. Cerca de algún sitio estratégico, al que pudiéramos llegar andando, y después hablar y besarnos al abrigo de miradas entrometidas. Repasé los restaurantes donde había ido a comer con mi familia. Demasiado caros, poca intimidad, nada de romanticismo. Taché mentalmente los favoritos de Babbo: Fouquet, Les Trianons, Café Francis, Le Closerie des Lilas. Y entonces recordé un pequeño bistró de techo bajo e iluminado con velas junto a la salida sur de los Jardines de Luxemburgo. Habíamos ido allí todos: mis padres, la señora Fleischman y Giorgio, Beckett y yo... justo después del cumpleaños de Babbo, en febrero. Resultó que no tenía suficiente clase ni para mis padres ni para la señora Fleischman, y los camareros no hacían tantas reverencias ni tanto la pelota como los de Fouquet, pero a Beckett le había encantado. Dijo que allí había comido el mejor *steak-frites* de su vida. Sería perfecto para nuestra primera declaración de amor.

Beckett hablaría de cuánto tiempo llevaba pensando sólo en mí, de que iba a la plaza Robiac sólo por verme. Nos diríamos, en un susurro, cómo ardían nuestros cuerpos, el uno por el otro, cuánto habíamos esperado aquel momento. Recordaríamos los momentos de pasión en el salón de mamá y nos reiríamos de la expresión de su cara cuando nos pilló. Acordaríamos una fecha para la boda y discutiríamos los detalles de su traje de novio, las flores y los anillos. Yo le preguntaría qué le parecían los capullos de color rosa claro y las lilas blancas para el ramo, y él me pediría parecer sobre la flor que llevaría en el ojal. Naturalmente, querría una flor silvestre, irlandesa. Quizás una rosa solitaria del macizo. Y tendríamos una tarta de boda de tres pisos, según la tradición irlandesa, decorada con rosas de azúcar. Yo sugeriría que fuese Man Ray el fotógrafo. Y tal vez Beckett pondría alguna objeción: diría que a él le habían encantado las fotos que me hizo Berenice Abbot. Nos reiríamos ambos y entonces Beckett diría: «No, no, si tú quieres a Man Ray, tendremos a Man Ray».

Y decididas las cuestiones de la boda, pasaríamos a hablar de la luna de

miel con los ojos aún clavados en el otro, nuestras rodillas rozándose bajo la mesa. Y cuando yo lograse apartar de allí al camarero, Beckett me diría que deseaba desde hacía tiempo llevarme a Irlanda, enseñarme su jardín, sus perros, presentarme a sus padres, mostrarme los recorridos que hacía con su padre por las montañas y la habitación que compartía con su hermano, en la buhardilla.

Entonces, con los dedos enlazados sobre la mesa, hablaríamos de dónde íbamos a vivir. ¿Encontraríamos algún apartamento pequeño cerca de Babbo y mamá? ¿O deberíamos mudarnos a las afueras para poder tener un jardín con montones de narcisos amarillos y un perro? Yo le describiría los almohadones bien mullidos y los cortinajes que tenía en mente. Averiguaría qué le gustaba desayunar y cómo tomaba el café.

Después regresaríamos, caminando sin prisa de la mano, por los Jardines de Luxemburgo. La luna dejaría caer su luz pálida y temblorosa sobre el sendero, y una suave brisa primaveral, llena del perfume de los tulipanes, refrescaría nuestras mejillas encendidas. Nos detendríamos a darnos un beso bajo el castaño de indias, junto a la fuente. Sería un beso salvaje y desenfrenado y acabaríamos por despegarnos jadeantes y desesperados. Él me rogaría que le dejara hacerme el amor allí mismo, contra la corteza rugosa del árbol. Me diría cuántas veces había imaginado aquel momento, cómo había deseado que llegara... y yo le confesaría cuánto había pensado en él, sólo en él, durante meses, meses, y meses. Sentiría trepar sus manos por debajo del vestido y mis dedos reptarían bajo su camisa, dentro de sus pantalones...

Estaba tan absorta que no oí venir a mamá, ni llamar a la puerta. Vi girar el picaporte y, de pronto, a ella, de pie delante de mí, chascando la lengua.

—Lucia, son más de las diez. Vas a llegar tarde a clase de danza, así te lo digo.

* * *

Kitten, con quien yo consultaba todo, se mostró de acuerdo conmigo en la elección del restaurante. Dijo que era perfecto, pero que tendría que comprarme ropa nueva y algo de maquillaje. Así que me compré un vestido verde pálido, una barra de labios en tono rojo fresa y una sombra de ojos

verde menta que hacía juego con el vestido. El verde realzaba mi piel pálida y mi pelo oscuro. Y el verde era, naturalmente, el color de Irlanda. Decidí ondularme el pelo y escogí para la ocasión un collar de jade. Cuando mis padres marcharon a Zúrich ya lo tenía todo organizado. Giorgio había aceptado volver a la plaza Robiac y quedarse allí mientras ellos estuvieran fuera; pero nunca estaba en casa, así que no tenía por qué preocuparme. Telefoneé a Beckett y le invité a acompañarme a cenar a las ocho. Se produjo un silencio, como si se hubiera cortado la llamada, y entonces dijo:

—Sí, sería fantástico, Lucia.

De camino al restaurante el corazón me latía enloquecido. Me di cuenta de que no había pasado un solo día en que no hubiera pensado en él, en que no hubiera imaginado que me estrechaba en sus brazos o que nuestros labios se tocaban. Y sin embargo ahora, casi a punto de culminar todo, me podía la ansiedad. Sentía las palmas de las manos húmedas y pegajosas, y la garganta cerrada, seca. Respiraba hondo y repetía, una y otra vez, aquellas palabras: «Señora de Samuel Beckett».

En el restaurante me acompañaron a una mesa para dos, en un rincón. Me coloqué de forma que Beckett me viera —y yo a él— tan pronto como entrara. El camarero, muy hosco, no tenía ni idea de quién era yo, para mi tranquilidad. Encendió la vela de la mesa y me entregó la carta. Pensé en lo maravilloso que era salir de incógnito. Con el *Ulises* Babbo se había hecho tan famoso que todos nos abordaban, o nos miraban boquiabiertos, allá donde fuéramos. Salir sola y no ser reconocida me provocaba un escalofrío de emoción.

Mientras esperaba repasaba mentalmente la velada que tenía por delante: había estado varios días planeando la conversación. No pensaba mencionar a Sandy, ni a Stella, ni a Babbo, pero sí hablaría de la señora Fleischman, y de Giorgio, y de sus planes de boda. Sólo para centrar la escena... Y como a Beckett le encantaba hablar de libros, mencionaría *El amante de Lady Chatterley*, también para centrar la escena. Como de costumbre, le preguntaría qué estaba leyendo y qué iba a escribir y quiénes eran sus alumnos favoritos. Pero tampoco quería perder mucho el tiempo con aquellos temas. De manera que llevaría la conversación a cuestiones como nuestros rincones favoritos de París, nuestros colores favoritos, nuestros artistas favoritos, nuestras flores favoritas. Y a Irlanda, por supuesto. Siempre me

gustaba oírle hablar de su madre y de su jardín. Saber que yo iba a conocerla en breve animaría nuestra conversación. Tenía que estar segura de que yo era bienvenida en la familia de Beckett. No quería que me trataran como mamá trataba a la señora Fleischman, aunque eso se debiera exclusivamente a la descarada abducción de Giorgio por parte de la señora Fleischman. En nuestro caso sería diferente: Beckett y yo éramos de la misma edad, ninguno estábamos casado ni divorciado, ambos éramos irlandeses y estábamos enamorados.

Mientras daba vueltas a todo lo que me diferenciaba de la señora Fleischman levanté un momento la cabeza y vi que el camarero se dirigía a la mesa. Beckett iba tras él, así que me llevé la mano al pelo para componérmelo un poco. Beckett me saludó con la mano y me invadió tal gozo que me provocó una franca sonrisa. Luego el camarero se apartó, Beckett se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Pero cuando se apartó me di cuenta de que venía otro hombre con él. Esperé a que el camarero acompañara al otro señor a su mesa. Pero no lo hizo; dijo que traería otra silla y pondría otro cubierto.

Sentí que la cara se me descomponía en un gesto de confusión y desconcierto. Estaba a punto de decir al camarero que no necesitábamos otra silla cuando Beckett dijo:

—Espero que no te importe, Lucia: he traído a mi alumno, Georges Pelorson. Tenía hambre.

Se rieron los dos y, en ese momento, sentí que me subía por dentro una ola de oscuridad que me revolvió entera. Luché por ocultar mis sentimientos, por contener la angustia y la decepción que me invadían. Presa del pánico, sentía que se me cerraban los pulmones y la respiración se volvía trabajosa. Me alegré de que estuviéramos a la luz de una vela. Me alegré de estar sentada. Intenté concentrarme en respirar.

Volvió el camarero, con otra silla y dos menús. Pelorson y Beckett comenzaron a hablar del vino, sin ponerse de acuerdo sobre cuál pedir, blanco o tinto.

Entonces Pelorson se giró hacia mí y dijo:

—Es estupendo conocerla. ¡He oído hablar tanto de su padre! ¿Puede contarnos algo de él? ¿Algún secreto? Estamos todos desesperados por saber el título de su próximo libro, ¿verdad, Sam?

Me quedé con la boca abierta. Moví la cabeza, estupefacta. La presencia de Pelorson me había dejado tan descolocada, por lo que significaba, que no podía pensar. Seguía preguntándome por qué Beckett había traído a aquel alumno. Repasaba mentalmente nuestra conversación telefónica, una y otra vez. Cuando le llamé para invitarle a cenar le había dicho que tenía que hablarle de algo importante, un tema personal, con cierta premura. ¡Claro! Aquellas habían sido las palabras que yo había empleado: importante, personal y premura. Entonces, ¿por qué había traído a aquel hombre con todo su interrogatorio a cuestas?

Sentía la respiración dificultosa y entrecortada. Sentía una opresión en el pecho. Cerré los ojos y me concentré en respirar. Inspirar por la nariz, espirar por la boca. Inspirar por la nariz, espirar por la boca. Cuando abrí los ojos me sentía algo más calmada, pero vi a Pelorson, que me miraba fijamente. Apartó rápidamente los ojos de mí y miró a la carta, pero era demasiado tarde. Yo ya había visto su expresión de disgusto.

Vino el camarero a tomar nota. Me miró, expectante. Pero las palabras del menú se deshicieron, se convirtieron en letras sueltas que flotaban, se agachaban y se hundían ante mi mirada. Incapaz de leerla, solté la carta y pedí lo primero que se me vino a la cabeza: una ensalada. Pero en lugar de apuntar lo que había pedido el camarero comenzó a hacerme preguntas: ¿qué tipo de ensalada? ¿Quería algo para acompañar? ¿Quería tomarla como entrante, o como plato principal? Le miré, inexpresiva, incapaz de responder. Quería que se marchara. Quería que se fuera y se llevara a Pelorson.

Oí a Beckett decirle que tomaría una ensalada Niçoise grande. Y mientras Pelorson y él decían lo que iban a comer ellos, yo seguía con mis respiraciones. Inspirar por la nariz, espirar por la boca. Inspirar por la nariz, espirar por la boca. Mientras respiraba miraba a Beckett, que leía la carta del restaurante: contemplaba su rostro tranquilo y sus ojos azul pálido. Sus manos. ¡Ay, Dios! ¡Sus manos! Sentí que todo mi amor por él resurgía en mi interior, vibraba y estallaba. Pero sentía también una especie de premonición: sabía por qué había traído a Pelorson. Y no era porque tuviera hambre.

Junté mucho las rodillas por debajo de la mesa. Las apreté tanto, una contra otra, que sentí crujir la articulación. Estiré la espalda, me senté muy erguida, como si tuviera por espalda una tabla. Y seguí respirando. De esa manera logré recomponerme. Oía a Beckett y a Pelorson hablando de lo que

habían pedido. Me di cuenta de la decepción que había provocado en Pelorson. Sin duda, había esperado encontrar un genio de la literatura en pequeño, capaz de encandilarle con las costumbres misteriosas del gran James Joyce. Sin duda, había dicho a sus amigos que iba a cenar con la hija del célebre escritor. Sin duda, todos estaban esperando escuchar el relato.

El camarero trajo el vino y a continuación la comida. Durante los siguientes veinte minutos estuve mareando las hojas de lechuga por el plato, contando una y otra vez las anchoas plateadas y las judías verdes. Estaba contenta de tener algo que hacer, algún sitio adonde mirar. Pelorson me preguntó por la danza, pero le ignoré. Estaba demasiado ocupada contando judías. Había muchas, flotando en un charco de aceite. Crujían cuando las apuñalaba con el tenedor. Beckett no dijo apenas nada, pero no paraba de retorcerse en el asiento, y tenía un toque de rubor en la cara. Yo sabía que le estaba dejando en evidencia delante de su alumno.

Estuve jugueteando con la ensalada, pero no pude probar ni un bocado: ni una sola judía, ni una sola anchoa resbaladiza. Cuando el camarero se llevó mi plato levanté la mirada y contemplé a Beckett. Él me miró a mí y, durante un momento, creí estar de nuevo en lo alto de la Torre Eiffel. Todo se extendía ante mí, a lo lejos, hasta fundirse en el horizonte. La cabeza me daba vueltas y al mirar hacia abajo sentía el mismo vértigo. En cuanto miraba a Beckett volvía a sentir todo aquello. Pero en sus ojos había una luz recelosa que me hizo pensar, de pronto, que tal vez él no sentía lo mismo que yo. ¿Habría entendido yo mal? Beckett se volvió hacia Pelorson y le preguntó si quería postre.

¿Debía sacar el tema de la boda ahora, aunque estuviese allí Pelorson? Quizás cogiera la indirecta y decidiera marcharse. A fin de cuentas, por eso estaba yo allí con el vestido nuevo, peinada de peluquería y con la bizquera reincidente disimulada bajo una capa de sombra de ojos recién adquirida. Y viendo de pronto cómo se hacía añicos todo aquello que había soñado y en lo que había depositado mis esperanzas. Vi cómo explotaba mi ramo de novia, y salía volando por los aires. Los capullos de rosas rosa pálido caían sin fuerzas a mis pies. Vi el pequeño hogar que yo había imaginado, desmoronándose. Los cojines mullidos partidos en dos. Y la señora de Samuel Beckett... Vi a la señora de Samuel Beckett desvaneciéndose como una aparición. Desmembrándose y desapareciendo hasta que no quedó nada más que su

cabeza, flotando en el aire y con un solo ojo virando ante mí.

Me quedaba sin aire. Aparté la mesa de un empujón. Tenía que salir de allí. ¡Aire! ¡Necesitaba aire! Al ponerme en pie, incómoda y temblando, vi que Beckett me miraba. Tenía una expresión de preocupación y vergüenza. Pelorson me preguntó si me encontraba mal y trató de tranquilizarme poniéndome la mano en el brazo. Yo me zafé, y corrí trastabillando hacia la puerta del restaurante. Una vez fuera, respiré hondo de nuevo y bajé corriendo la calle en dirección al Sena. Empezaron a correrme por la mejilla lágrimas ardientes de vergüenza, de desesperación y de derrota. Todo era negro, excepto la luna que colgaba del cielo, cada vez más oscuro, como una moneda de plata. Fue entonces cuando, a través de la oscuridad cada vez más intensa, oí la voz de Beckett gritando mi nombre. No miré atrás. Corrí, corrí, mientras las lágrimas corrían, también, por mis mejillas, hasta que llegué a la plaza Robiac.

* * *

No llevaba ni diez minutos en casa cuando oí sonar el timbre. Estaba tumbada en el sofá del salón, a oscuras. Lo oí sonar una y otra vez, sin moverme. Luego oí la voz de Beckett que me llamaba desde la calle. Sentía un zumbido en la cabeza, pero acabé por levantarme, atravesé el vestíbulo sin luz y le abrí la puerta. Sabía que se me había corrido la pintura de los ojos y que tenía la cara llena de churretes de las lágrimas, pero ya no me importaba.

En la penumbra Beckett me dijo, tartamudeando un poco, que había interpretado mal sus intenciones.

—Tú... ¿esperabas... esperabas... otra cosa?

Comenzaron a aparecerle gotitas de sudor en la línea donde nace el cabello.

Yo asentí, sin hablar.

—Me gusta mucho tu vestido nuevo —dijo con timidez, pero en tono amable—. Y creo que eres muy hermosa. Pero espero no haberte dado falsas esperanzas.

—Has estado viniendo a esta casa a diario —balbucí—. Y yo esperaba que te casaras conmigo.

Una vez que salieron aquellas palabras, que se quedaron colgando entre

los dos como banderolas, sentí cierto alivio.

—Vamos, Lucia. Venía a ver a tu padre, no a ti.

Retrocedí bruscamente.

—¿Qué? —pregunté en un susurro.

—Venía a ayudarle con su trabajo. Esa era la única razón por la que venía.

Sus palabras sonaron duras y frías. Sus ojos se habían convertido en dos llamaradas azules que se abalanzaban sobre mí, apartándome de él. Me quedé congelada. Después comenzaron a tomar forma en mi mente un sinfín de preguntas: la forma en que me tocaba al pasar, todos aquellos momentos de intimidad, la vez que casi hicimos el amor. Él me había tocado donde ningún hombre lo había hecho antes. Habíamos estado a punto de hacer el amor. ¿Se había olvidado de todo aquello? ¿Lo había borrado el whisky de su memoria? Y los paseos, el cine, el té en su residencia. ¿Todo aquello, sólo para ver a mi padre?

—Si esa era la única razón por la que venías, ¿qué hay de todo lo demás? —pregunté, desesperanzada.

Beckett se miró los pies, con los hombros cargados y caídos.

—Tú eres para mí... eres como una hermana —tartamudeó—. Pero... tan hermosa... tan... llena de vida... a veces no podía... no puedo...

Se detuvo y levantó la cabeza, irguiendo los hombros. El sudor le caía por los lados de la cara.

—Yo no soy de los que se casan. Yo venía a ver a tu padre, Lucia.

No podía soportar tenerle allí ni un minuto más. Traicionada, decepcionada, humillada, me rehice y me estiré, fingiendo compostura.

—Así que no he sido más que... te he servido de... *hors d'oeuvre*, ¿es eso?

—No creo —dijo con tranquilidad, secándose el sudor de la cara con el dorso de la mano.

—Creo que tienes que irte de aquí —dije—. Inmediatamente.

—Lo siento. —Beckett pareció languidecer de nuevo: volvió a encorvar los hombros y a mirar al suelo—. Es como... me siento muerto por dentro. No tengo sentimientos normales, humanos... por eso no me he enamorado de ti. He intentado...

—Inmediatamente —repetí.

No podía escuchar ni una más de aquellas débiles excusas. Me había utilizado para acercarse a Babbo. Uno más de sus aduladores serviles. Y yo había rechazado a Emile por él. Al dulce Emile, al encantador Emile. Yo había estado dispuesta a perder la virginidad con él. Y en todo momento no había sido para él más que un peón en su juego de «Atrapa al genio». La hija de James Joyce, nada más que eso. Un aperitivo que no estaba mal, y que uno podía degustar y tragarse sin más.

—¿Se lo vas a decir a tu padre?

Beckett tenía los ojos pegados al suelo, pero la voz no paraba de temblarle de miedo. No le respondí. Me había arrebatado todo cuanto tenía. Me sentí como una cáscara, delgada y frágil, vacía y vulnerable. Y a él lo único que se le ocurría era preguntar si se lo iba a contar a mi padre. ¿Cómo podía ser tan cruel, tan insensible?

Beckett se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. Cruzó el vestíbulo arrastrando los pies, como un anciano. Oí la puerta de nuestro piso, que se cerraba, y el suave eco de sus pisadas, que se dirigían a la calle.

Pensé en los dieciocho meses que llevaba amándole, deseándole. Dieciocho meses esperándole todos los días. Dieciocho meses de charlas en el vestíbulo, de intimidad y de salidas en familia. Pensé en nuestro lecho nupcial... en cómo había caído en mis brazos sobre aquel recuadro de luz del color de la miel, medio desnudo y jadeando de deseo.

Encendí las luces y fui hacia el teléfono. Junto a él estaba anotado el número del hotel de mis padres, en Zúrich. Levanté el auricular y pedí a la operadora que me pusiera con ellos.

Unos minutos después estaba hablando con mamá, contándole todo. Le dije lo que me había dicho Beckett, que me había destrozado el corazón, que me había dejado ir sola a casa, corriendo por la calle a oscuras, que me había puesto en evidencia y me había humillado. Mamá se puso furibunda. Sentía la ira que hervía en su interior cuando repitió mis palabras a Babbo. Después me dijo que a Babbo todavía no le habían operado, pero que regresarían tan pronto como pudieran. Cuando estaba colgando oí sus palabras, alto y claro:

—Nadie trata así a nuestra hija, Jim. ¡Nadie!

* * *

Estuve dos días en la cama sin hablar con nadie, sin comer nada, oyendo sólo los gritos broncos de los ropavejeros al tirar de sus carros por la *rue* de Grenelle. Veía moverse las manecillas del reloj lentamente y sin piedad: se pasaba la hora de mi clase de danza con la señorita Morris. Seguía sin poder moverme. Intenté convencerme de lo grosero que era faltar a aquella cita, de lo mucho que había esperado para que me viera impartir una clase. Pero no conseguía pensar más que en mi cita fallida con Beckett. Me pregunté una y otra vez qué había hecho yo para que todo saliera al revés, cómo podía haber malinterpretado tantas señales. Pero hasta en los momentos más oscuros yo sabía que no todo era culpa mía. Si sus dulces palabras y sus abrazos ardientes no hubieran sido más que una treta para congraciarse con el gran James Joyce, entonces sí que me había engañado vilmente.

Recordé las palabras de Sandy cuando dijo que todo París estaba convencido de que Beckett y yo estábamos comprometidos. Y, una vez más, la vergüenza y la humillación resonaron dentro de mí, hasta que sentí todo mi cuerpo marchito y consumido. ¿Cómo podría mantener la cabeza alta? Ya me veía venir los murmullos en los cafés de Montparnasse. La hija de Joyce, despechada... Sí, la bizca... abandonada.

¿Por qué me había comportado así en el restaurante, actuando de una manera tan histriónica? Me preguntaba qué habría hecho Kitten en mi lugar. ¿Habría salido de allí, temblando y llorando? No. Se habría quedado sentada, disimulando su sorpresa y su decepción con todo un despliegue de buenos modales. Estoy segura de que habría ocultado su dolor y su pena con una tranquila declaración de rendición. Pero yo, ¿qué había hecho yo? Me hice añicos. Me hice añicos sin escatimar el espectáculo.

Cuando regresaron mis padres yo seguía muerta de pena y de vergüenza. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos por el llanto. No me había lavado ni cepillado el pelo. Estaba pálida y con la cara demacrada. Mamá entró en casa como una exhalación, abriendo las ventanas, recogiendo la ropa que había por el suelo, limpiando el rojo de labios del espejo con un pañuelo. Vi que miraba con atención mi vestido nuevo cuando lo colgó en el armario, que recogió una a una las cuentas del collar de jade y las metía en un cuenco que había en mi tocador.

—Ya lo llevaremos a enfilar —dijo.

Fue al cuarto de baño y me preparó la bañera, que llenó generosamente, añadiendo su aceite de baño favorito. Sumergida en el agua con olor a lavanda yo veía condensarse el vapor en las paredes y oía hablar a mis padres. Había olvidado cerrar la puerta del todo, y la voz de mamá me llegaba flotando.

—Yo ya sabía lo que estaba pasando, Jim. Lo vi con mis propios ojos. Si tú no hubieras estado tan metido en tu mundo tú también lo habrías visto. O tal vez lo viste, y decidiste ignorarlo. Igual te convenía para tenerle aquí. Pero él se aprovechó, Jim. Él le dio esperanzas y luego, cuando tuvo lo que quería, la dejó tirada. Así de simple. Ni siquiera ha ido a la escuela de esa Margaret Morris. Con lo importante que era, que no vino con nosotros a Zúrich por eso. Y mira qué aspecto tiene... Le ha vuelto la bizquera. Y viene con venganza, estoy segura. ¡Hemos tirado el dinero!

Sus palabras se quedaron flotando en el aire durante un momento. Luego empezaron a dar vueltas y a zumbar dentro de mi cabeza. Oí la voz de Babbo y traté de apartar de mi mente las palabras de mamá.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó, bajando la voz.

—Bueno... ¿es que no te parece obvio? Lo primero que exijo es que le prohíbas la entrada a esta casa. A él y a los demás. Porque soy yo la que va luego recogiendo los trozos. Tú no, Jim. ¡Soy yo!

—Sí, Nora. Tienes razón. Voy a telefonarle ahora mismo.

—No sólo a él, Jim. A todos ellos. A todos los solteros que vienen a ayudarte con ese maldito libro tuyo.

—¿También al señor McGreevy, tan pío y casto? Pero él sí podrá ayudarme, digo... Si no, ¿quién me va a ayudar?

—Me importa poco, Jim. Alguna de tus admiradoras. La señorita Beach, la señorita Weaver... No quiero más gente molestando a mi familia cuando lo único que les importa eres tú. La señora Fleischman no es mejor que el resto, pero al menos se va a casar con Giorgio. Pero Lucia es diferente. Necesita nuestra protección, Jim. Y como te he dicho, soy yo la que luego tiene que recoger los trozos.

Sus voces empezaron a oírse más lejos, y yo comprendí la magnitud de lo que había sucedido. Prohibían a Beckett volver a mi casa. No volvería a verle más. Mis sueños de amoríos y escapadas y libertad habían tocado a su fin.

* * *

Una semana después vino Stella a tomar el té a casa. Quería llevarme al Louvre a ver otro cuadro, pero no me sentía todavía capaz de enfrentarme a París, y sabía que Beckett iba a veces al Louvre, así que nos quedamos en casa, hablando. Stella había visto a Beckett y me dijo sin rodeos que estaba destrozado. Dijo que Babbo le había llamado por teléfono a la École y le había dicho que no volviera a poner un pie en su casa. Me dijo que Beckett veneraba a Babbo y que sin sus encuentros se sentía perdido. Su tono era franco y abierto. Yo me pregunté de qué lado estaba.

—Bueno, Stella —dije—. Es todo tuyo.

Stella se puso en pie, ignorando mi comentario, y fue hacia la ventana. Fue como si algo hubiera captado su atención. Entonces lo dijo:

—Regresa a Dublín. Va a dar clase allí.

Sentí un espasmo de dolor. ¿Eso era lo que había conseguido? ¿Echarle de Francia? No podía imaginar París sin Beckett. Todo parecía disolverse, desmoronarse.

—Tiene un aspecto deplorable. Está muy delgado, y no se afeita —continuó Stella, midiendo las palabras como si ya las hubiera dicho antes, como si hubiera preparado aquel discurso mientras venía a verme—. Trabaja día y noche en su ensayo sobre Proust. Y está intentando terminar la traducción de un libro de tu padre al francés.

—Pensé que ya no estaban haciendo nada juntos —dije, cortante.

—Eso se lo prometió a tu padre mucho antes de que pasara todo esto. Sin la aprobación de tu padre está perdido, Lucia. Su relación era muy importante para él.

Stella mantuvo los ojos fijos en el paisaje que veía desde la ventana: el cielo de París, con sus jirones rojos, amarillos y grises formando manchas y borrones en medio de un estallido de luz. Me pregunté si estaba admirando aquella vista con su ojo de pintora o sólo intentaba evitarme.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunté—. Pareces olvidar que me ha destrozado el corazón.

—¿Y te parece necesario destrozarle el suyo, a cambio?

Se volvió hacia mí y me miró de frente. Había algo pétreo en su mirada,

en la posición forzada de su mandíbula.

—¡Yo no tengo nada que ver con eso! Mi padre está muy enfadado. No quiere verle más. ¡No es culpa mía!

Yo misma sentía la indignación en mi voz. ¿Cómo era Stella capaz de decir aquello?

—Yo traté de prevenirte. Intenté decirte que tu plan no iba a funcionar. Pero sólo escuchabas a Kitten. ¿Qué sabe Kitten de irlandeses ni de artistas?

—Kitten tiene un montón de novios —dije con lealtad—. Lo sabe todo de los hombres.

Stella regresó a la ventana, a contemplar la puesta de sol.

—Hay otra cosa que deberías saber.

Hizo una pausa y oí que tomaba aire. Parecía que iba a volverse hacia mí, a mirarme, de un momento a otro, pero siguió hablando a la ventana.

—Beckett tenía una relación. No ahora... el año pasado. Cuando tú pensabas que sólo tenía ojos para ti, tenía una relación amorosa. Me lo dijo el señor McGreevy. No lo sabía nadie, salvo el señor McGreevy.

El ruido de mi cabeza amenazaba con engullirme. Las palabras de Beckett, las palabras de mamá, ahora las palabras de Stella... todas se revolvían dentro de mí, agitándose.

—¿Con quién? —susurré con voz ronca.

Stella vino a sentarse junto a mí al sofá. Volvió a coger aire antes de responder.

—Con su prima. Por eso siempre estaba marchándose a Alemania, a pasar unos días con sus tíos. Lo siento, Lucia. He pensado que tenías que saberlo. El señor McGreevy cree que ya se ha terminado, pero no lo sabe a ciencia cierta porque Beckett nunca habla de ello. El señor McGreevy dice que le escribía montones de cartas. Y así es como adivinó que había algo.

—Eso no puede ser cierto. No es cierto. El señor McGreevy se equivoca... —dije.

Pero incluso mientras lo decía recordaba las cartas que tenía bajo la cama. Todas aquellas cartas organizadas en mazos...

—No lo creo, Lucia —dijo Stella con voz dulce.

Me llevé las manos a la cabeza y me mordí el labio para evitar que salieran las lágrimas. Nada me había preparado para algo así. ¡Cómo pude ser

tan imbécil! Me había convertido en el hazmerreír de París. Mientras todo el mundo hablaba de nuestro compromiso Beckett estaba enamorado... ¡de su prima! ¿Cómo podía haber sucedido? Y sin embargo... No lograba aceptar que todo había sido culpa mía. No podía olvidar el afecto de Beckett. No podía olvidar su forma de mirarme, de tocarme, de besarme. No podía olvidar el regalo que me había hecho, su manera de acariciarme los dedos a cada ocasión. No podía olvidar la sensación que me había provocado su cuerpo contra el mío, sus labios en mi cuello, su voz trémula cuando me dijo lo hermosa que era. No. Yo era la perjudicada, y no iba a permitir que Stella pensara otra cosa.

—¡Me importa poco! ¡Es un cerdo! ¡Un puñetero cerdo con dos caras! —grité.

Vi la expresión de sorpresa de Stella y oí el sonido de los tacones de mamá, que se acercaba al salón.

—Espero que no vuelvas a alterarte, Lucia. —Mamá me miró, comprobó cómo tenía el ojo izquierdo, la bizquera—. Tienes que calmarte.

Luego se volvió hacia Stella.

—Qué bien que hayas venido, Stella. Lucia lleva días y días sin salir. París se va a olvidar de que existe.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio la semana que viene, Lucia? Si no te apetece ir al Louvre podemos ir a otro sitio. Quizás a alguna galería, o a algún museo más pequeño.

Me pareció que estaba poniéndome a prueba. La notaba recelosa. Me pregunté si no lo haría por la obligación que sentía hacia mi padre, que le había pedido que me instruyera en historia del arte. Y antes de encontrar la respuesta, habló mi madre por mí.

—Sí, Stella. A Lucia le encantaría algo así, es justo lo que necesita. Y tiene que conocer más gente. Pero no escritores. Ni irlandeses. Ni listos. Gente normal. Eso es lo que me digo una y otra vez. ¿Por qué no preguntas a Kitten? Conoce a un montón de caballeros.

17. SEPTIEMBRE DE 1930

París

Cuando desperté estaba jadeando, casi sin resuello y cubierta de sudor. Por un instante pensé que estaba en un escenario. Oía aplausos, que resonaban a mi alrededor. Me sentí invadida por la euforia y el alivio que suelen ir detrás de una representación. Durante unos segundos me regodeé, como un lagarto al sol, en la adulación y la gloria. Sonreí generosamente e hice una reverencia buscando las miradas de Babbo, Giorgio y Beckett en el oscuro mar de rostros que se extendía ante mí.

Me di cuenta de que estaba en mi dormitorio de la plaza Robiac cuando abrí los ojos y vi la luz que se abría paso a duras penas a través de las contraventanas: llevaba casi un año sin subir a un escenario, y varias semanas sin bailar. El olor acre que se me había agarrado a las fosas nasales era lo que me recordaba que Beckett se había ido, Giorgio se había ido, y Babbo estaba inmerso en la *Obra en curso*, lo que era exactamente igual que si se hubiera ido también.

Cuando regresamos de nuestro viaje veraniego por Gales, Londres, Dover y Normandía yo había tenido sueños todas las noches: sueños raros que me habían desazonado. Solía soñar que volvía a bailar. Dos noches atrás había soñado que miraba al público desde el escenario y veía a Beckett, a Kitten y a Stella en pie, aplaudiendo con entusiasmo. Pero cuando el sueño avanzó un poco se convirtieron en extrañas figuras de alambre con el pelo de lana y una expresión malévolamente en el rostro. Se movían gracias a un motor que controlaba Sandy desde un lado del escenario. Cambió el motor y las figuras comenzaron a bailar la danza del vientre: giraban y se contoneaban con una expresión de lascivia. En otro sueño, terminaba mi baile entre abucheos y

pitadas. Mientras observaba, atónita, desde lo alto del escenario, veía a Zelda Fitzgerald que empezaba a saltar en la primera fila de butacas, haciendo bocina con las manos para gritar. Pero los abucheos y los silbidos del público eran tan fuertes que no conseguía oírla. Cuando al fin aparté la vista de la audiencia me di cuenta de que estaba desnuda: había olvidado ponerme el traje. Salí corriendo de escena, avergonzada, y oí entonces la voz de la señora Fitzgerald, chillona y estentórea. Estaba intentando decirme que tenía bizcos los dos ojos, y que todo el mundo se había dado cuenta. No dije nada de mi desnudez. Cuando desperté tenía la cara empapada y estaba temblando, sintiendo la humillación. Estuve otras dos horas sin salir de la cama porque no era capaz de mirarme en el espejo, por si acaso.

A veces tenía unos sueños tan desagradables, tan perversos, que despertar y ver mi habitación, mi vida en la plaza Robiac, era un alivio. Pero otros días despertar era como pasar de la luz cálida del sol a una sombra helada. Tenía que pensar en algo que quisiera hacer, alguna razón para levantarme. Giorgio vendría a tomar el té. Venía Sandy a casa. Sí. Venía Sandy a casa.

* * *

Después de lo de Beckett Babbo se mostró más dispuesto a dejarme salir sola. No creo que mamá quisiera que me diera un bajón de ánimo al llegar la noche, y sospecho que pensaron que nunca haría nuevas amistades ni me saldría novio si me quedaba sentada en Fouquet con ellos y con sus aduladores.

Justo antes de marcharnos de veraneo me dejaron ir a La Coupole con Sandy y sus amigos. Los amigos de Sandy eran americanos y ricos. Bebimos julepe de menta y, ya tarde, nos fuimos a un club de jazz donde pasamos horas bailando. Los amigos de Sandy empezaron a animarme y a perseguirme para que les diera clases particulares de baile. Cuando les propuse darles una clase de grupo insistieron en que fueran lecciones privadas, sin dejar de hacerse guiños y darse codazos unos a otros. A la mañana siguiente Babbo me preguntó por los amigos de Sandy, y una sombra de desaprobación le cubrió la cara. Él y mamá intercambiaron una mirada indescifrable, pero ninguno dijo nada.

No les dije lo que había sucedido en el camino a casa, cuando Sandy me

dio un beso largo y apasionado en la boca. Mientras estaba acompañando a mis padres en su viaje de veraneo le escribía todas las semanas. Poco a poco llegó a anestesiar el dolor que me había provocado Beckett. Él no podía sustituir a Beckett —nadie lo conseguiría nunca— pero me distraía y me entretenía. Stella me dijo que Beckett tenía una novia en Dublín, pero no sabía nada más al respecto. Cuando me lo dijo me pareció que estaba a punto de romper a llorar, pero giró enseguida la cabeza y no puedo asegurarlo. Aunque intentaba no pensar en Beckett él se empeñaba en meterse de puntillas en mis pensamientos, insidioso. Kitten dijo que era posible que le quisiera durante el resto de mi vida, pero que tenía que seguir adelante y darme la oportunidad de enamorarme de otro.

* * *

Cuando llegó Sandy para dar la primera clase dibujo, después de las vacaciones de verano, yo estaba aturullada y con los nervios de punta. Llevaba bombachos y unos calcetines de color rojo vivo, un bastón con mango de marfil en una mano y su maleta con las figuritas del circo en la otra. Dejó el bastón y la maleta y me miró sonriendo durante un buen rato, como si yo fuera una extraña criatura exótica que él había conseguido capturar empleando sólo su propia habilidad. Fui a cerrar la puerta para evitar que mamá nos espicara, y apenas regresé empezó a cubrirme de besos y a decirme cuánto me había echado de menos. Unos segundos después oímos pasos y nos separamos apresuradamente.

—¿Por qué no damos la clase en mi estudio? —Sandy me miró con la ceja levantada.

Me recorrió un escalofrío: me imaginé a solas con Sandy todas las semanas, sin nadie que espicara nuestras conversaciones ni nos interrumpiera.

Entonces recordé una imagen de Beckett, sus manos, torpes por el whisky, intentando tocarme por debajo del vestido de baile. Recordé el dolor suave, pero intenso, que había provocado aquel roce. Y de ahí mi mente voló a Emile, la extraña resistencia, disgusto casi, que había sentido cuando me metió las manos por debajo de la blusa. ¡Qué lejanos parecían ya aquellos días, y qué lejos había llegado yo! Ahora sí que era ya, por fin, la *flapper* que vivía para divertirse, la muchacha moderna de París que siempre había

querido ser. Lo era, ¿no? ¿Necesitaría una botella de whisky para hacer el amor a Sandy? No. Esta vez iría al grano y hasta el final, como decía mamá. Tal vez así podría dejar de querer a Beckett.

—¿Crees que tu padre lo permitiría?

Sandy sacó una figurita con un tutú hecho de arpillera, con los brazos extendidos. Me di cuenta de que llevaba puntas en los pies de alambre. Antes de que pudiera responder, Sandy me pasó la figura.

—Esta la he hecho para ti, Lucia.

Miré la cara caprichosa de la figura y admiré la gracia y la elegancia de aquella bailarina de ballet hecha enteramente de alambre que no servía para nada, y de tela de saco que nadie quería.

—Es perfecta —susurré—. El arco de los pies... ¿cómo has podido hacerlo?

—Te sorprendería saber todo lo que se puede hacer con un poco de alambre viejo —dijo Sandy—. Pero no puedo dártela. Va a actuar en mi próximo espectáculo. Será la equilibrista. En honor a ti.

Y entonces su cara se ensombreció y me preguntó si había oído lo de Zelda Fitzgerald.

—¿Oír qué? —pregunté.

—Se la han llevado a un manicomio. Eso me han dicho. ¡Se ha vuelto loca! —Se golpeó la sien con las puntas de los dedos—. Siempre ha sido un poco indómita. Scott está destrozado, por lo que se ve. Estaba pensando en vosotras dos bailando, y me he acordado.

Miré a su dama equilibrista, la hice girar varias veces sobre mi mano. Y pensé en la señora Fitzgerald. En cómo llegó aquel día al estudio de Madame Egorova, su feroz determinación de bailar a pesar de su edad, su resolución de ser más que una parte de la historia de su marido. Su preocupación por la «genialidad».

—¿Que se ha vuelto loca? ¿Por qué? ¿Cómo?

—Pero ánimo. Saldrá de allí. Venga, no vamos a dibujar esta, de todos modos. Voy a buscar algo más alegre.

Me quitó con suavidad a la dama equilibrista de la mano y me dio un pequeño payaso con el pelo de lana que tocaba una trompeta. Acercó más su silla a la mía, hasta que estuvo tan cerca que yo sentía el calor de mi cuerpo.

—Espero que hayas dibujado este verano.

—Un poco. Llovió muchísimo —dije, evasiva—. ¿Cómo se ha vuelto loca la señora Fitzgerald?

—Seguramente es algo de los nervios. No pienses más en ella. ¿Puedo ver tus cuadernos de bocetos?

Colocó al payaso, combando un poco sus piernas de escobilla para que fuese más estable.

Como no respondí Sandy cogió un lápiz de dibujo y señaló con él, impaciente, a la pila de cuadernos de bocetos.

—Eres una artista, Lucia. Muy buena. Lo digo en serio. Tienes mucho talento.

—Me gusta dibujar. —Miré al payaso que tenía en la mano y le acaricié el pelo de lana con el dedo—. Cuando dibujo, totalmente concentrada, es como estar bailando. Mamá dice que me calma. Le gusta que esté sentada, tranquila. A ella nunca le gustó que bailara. Pero la concentración es la misma. Los malos pensamientos se van cuando dibujo o pinto.

Sandy asintió con entusiasmo, pero en su mirada había una expresión extraña, como si no entendiera bien lo que yo decía.

—Cuando hablas así, toda concentrada y un poco nostálgica, me entran ganas de besarte.

Dejó de asentir, y me acercó la cara. Yo solté el payaso, le rodeé con los brazos y le besé con una vehemencia y una fuerza que me sorprendieron incluso a mí. Su olor a lana quemada, a pintura al óleo y a trementina me inundaba la nariz. Sentía su largo bigote en la piel, sus brazos tan apretados que pensé que me iba a romper las costillas. Aparecieron ante mí varias imágenes de Beckett, de Giorgio y de Stella, como si las tuviera grabadas en los párpados. Luego se desvanecieron y apreté a Sandy, le besé con más fuerza todavía, agarrándole la cabeza como si quisiera tragármelo.

Sandy se apartó y yo oí que se abría la puerta de la cocina. Ambos retrocedimos y miramos con expresión inocente al pequeño payaso. Cuando entró Babbo yo lancé un suspiro de alivio. Estaba demasiado ciego como para haberse dado cuenta de nada. Tras él había un hombre con una poblada barba entrecana y unos ojos negros penetrantes.

—Esta es mi hija, Lucia. Está en clase de dibujo con el señor Calder —dijo Babbo antes de volverse hacia Sandy y hacia mí—. Este es el señor

Augustus John, que viene desde Inglaterra para hacerme un retrato.

Sandy saltó de la silla con los ojos brillantes y corrió a dar la mano al señor John.

—John va a captar mi esencia. Estaremos en mi despacho: si llega Giorgio dile que no me moleste hasta las cinco en punto.

Babbo señaló al señor John, que asintió mirándonos a Sandy y a mí antes de salir de la habitación.

Sandy seguía brillando: no sé si por el beso o por haber conocido al señor John. Comenzó a caminar distraído alrededor de la mesa, y me preguntó si debería invitar al señor John a su circo. Cuando sugerí, cautelosa, que tal vez el señor John era demasiado mayor para *Le Grand Cirque Calder* Sandy se echó a reír y respondió que nadie era demasiado mayor para su circo. Luego dijo que no podía besarme mientras el señor John estuviera en la casa. Estaba demasiado distraído, demasiado trastornado.

—Vente esta noche a La Coupole, Lucia. Vamos a ir un montón. Y podemos seguir donde lo hemos dejado. —Me hizo un guiño, y luego se llevó la mano al pecho con un gesto teatral y añadió—: Me has robado el corazón, criatura malvada.

Pero sus palabras no me calaron: fue como si una brisa se las hubiera llevado.

—¿Cómo empieza la locura, Sandy?

Volví a coger al pequeño payaso, pasé el dedo por su peto de rayas, lo acuné en la palma de la mano.

—¿Sigues pensando en Zelda? Ya verás como se pone bien. Te lo prometo. Ahora abre tu cuaderno de bocetos. No te lo digo más veces.

* * *

Estaba Babbo limpiándose las gafas y quejándose de su retrato cuando entró Giorgio. Iba caminando despacio, vestido con un chaleco nuevo de terciopelo, con botones de plata grabados y las polainas más blancas que yo había visto en mi vida.

—El señor John no ha captado bien la parte inferior de mi cara. ¿Qué hago, Giorgio?

—No te quejes tanto, Jim.

Mamá cogió un cojín del sofá y comenzó a mullirlo.

—A mí me parece que está bien, padre. A lo que vengo en realidad es a por vuestra partida de matrimonio. —Giorgio se dejó caer en un sillón con las piernas larguiruchas abiertas—. Helen tiene que hacer una copia, así que si podéis buscármela y me la prestáis un par de días, os estaría muy agradecido.

Mamá se puso pálida. Babbo se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas de nuevo. El silencio se apoderó de la habitación.

—Para casarte no necesitas nuestra partida de matrimonio —dijo mamá al fin.

—No, claro. No es para la boda. Como ya sabes, Helen quiere tener un hijo tan pronto como nos casemos. Ya no es una jovencita.

Giorgio se pasó una mano por el pelo engominado, se lo atusó, enlazó los dedos, se puso las manos detrás de la nuca y esperó con calma la respuesta.

Miré a mamá, esperando el comentario sarcástico sobre la edad de la señora Fleischman. Pero, sorprendentemente, no dijo nada. Tenía la cara muy pálida y los labios apretados, formando una línea delgada.

—¿Para cuándo la necesitas?

Babbo seguía limpiando las gafas con exagerada concentración.

—Supongo que no hay prisa —respondió Giorgio muy despacio—. Pero cuando el niño nazca, naturalmente, quiere que sea un Joyce.

—¡Dios nos asista! —saltó mamá—. ¿Y por qué no iba a ser un Joyce? ¿Qué iba a ser si no? Si tú eres el padre, será un Joyce.

—Lo cierto es que no es tan sencillo. Sólo será un Joyce si yo soy un Joyce. Y yo soy un Joyce sólo si vosotros estáis casados. Nosotros ya sabemos, todos, que estáis casados. Nosotros ya sabemos que Lucia y yo somos Joyce legítimos. Hemos celebrado vuestros aniversarios de boda, hemos visto vuestros anillos... pero la ley sólo sabe lo que está sobre el papel. Así que necesito vuestro certificado. —Giorgio se metió una uña entre los dos incisivos, se sacó algo, lo inspeccionó, y volvió a ponerse las manos detrás de la nuca—. Pensé que lo tendríais a mano. Si está perdido, Helen ha dicho que se puede pedir un duplicado a quien os casara, pero que podría llevar un tiempo, y quiere tenerlo todo previsto. Estas mujeres judías son increíblemente organizadas.

La sala se quedó de nuevo en silencio. Tan en silencio que podía oír el gorjeo y el cascabeleo del canario que tenía el vecino de al lado en una jaula, y el silbo lejano de algún tren. Mamá seguía sentada en el sofá con la espalda rígida y estirada. Su cara inexpresiva e inmóvil, aún pálida, parecía una máscara. La pierna derecha de Babbo comenzó a temblar un poco y sus manos, llenas de anillos, seguían afanosas con la tarea de limpiar las gafas valiéndose de un trozo de seda naranja que guardaba en el estuche de las lentes. Yo intenté establecer conexión visual con Giorgio, pero él estaba mirando al techo, distraído.

—Y debe de ser también cosa de herencia —añadió—. Helen sabe de todos estos asuntos. Los judíos ricos —sobre todo los americanos— siempre tienen sus asuntos en perfecto orden. Si nuestro hijo fuera a heredar, tendría que estar todo dentro de la legalidad. Si no, sería un pobre bastardo sin derechos.

Giorgio soltó una risotada bronca, y mamá respiró profundamente.

—Ya basta, Giorgio —dijo Babbo con firmeza. Luego dobló la tela naranja, la puso con cuidado en el estuche de las lentes y volvió a ponerse las gafas. Miró a Giorgio de frente y le dijo que dentro de una semana tendría el certificado.

—¡Cuánto lío! —dijo mamá, que se levantó del sofá y se fue junto a Babbo—. Ni siquiera está esperando, todavía. No creo ni que pueda tenerlo ya, a sus años. Obligas a tu padre a hacer todo esto para nada.

—Ah, ya lo creo que tendrá un hijo. —Giorgio lanzó una risita cáustica—. Está dispuesta a tener descendencia con el apellido Joyce... un poco de la genialidad de Babbo, dice. De modo que lo tendrá aunque tenga que visitar a todos los médicos de la Tierra. Y en todo caso ya tiene uno: ya sabemos que hijos puede tener... Como se supone que yo también soy fértil... habrá un bebé Joyce.

Había algo grosero y libidinoso en las palabras de Giorgio. ¿Cómo había desaparecido el viejo Giorgio, así, de una manera tan... definitiva? ¿Cómo podía una persona sufrir una metamorfosis tan completa y absoluta, y convertirse en alguien distinto? Giorgio se giró y me vio observándole. Durante un segundo nos imaginé a los dos, partícipes de una de aquellas miradas cómplices de nuestras conspiraciones. Yo relajé los músculos faciales para exhibir una sonrisa íntima, como las de cuando queríamos dejar

a nuestros padres en ridículo delante de sus invitados. Pero los ojos de Giorgio me miraron con frialdad y se apartaron enseguida.

—Sí —dijo—. Habrá hijo, y no será bastardo.

* * *

Aquella tarde, cuando llegó Sandy a buscarme para llevarme a La Coupole, me trajo un regalito envuelto en papel de seda y me dijo, riendo, que era por ser tan buena alumna. Asumí que era uno de sus personajes circenses, quizás la dama equilibrista. Pero cuando deslicé los dedos por aquel papel de seda, ligeramente abultado y picudo, me di cuenta de que estaba equivocada. Desgarré el papel, incapaz de disimular la emoción y el placer. Dentro había un broche hecho todo de alambre: había formado una sencilla espiral concéntrica y le había puesto un alfiler. No era el tipo de joya que mamá y Babbo quisieran verme lucir. Desde luego, no era el tipo de joya que yo misma hubiera elegido. Pero me encantaba pensar que Sandy lo había hecho para mí, que había estado pensando en mí mientras lo trabajaba con el martillo y moldeaba el alambre, formando la figura con aquellas finas tiras de metal, anticipándose a mi agradecimiento.

—Es muy hermoso —exclamé—. Lo voy a llevar puesto a diario. Así, en cierto modo, irás conmigo adonde yo vaya.

—Espera, déjame a mí. —Sandy cogió el broche y lo sujetó en el aire, delante de mí—. ¿Dónde queda mejor? Creo que junto a tu cuello. Me gusta cómo casa su redondez con la longitud de tu cuello.

—También puedo cambiarme de traje —dije—. ¿Crees que quedaría mejor con un escote que tenga otro corte?

—No, no. Aquí está perfecto.

Prendió el broche en la parte superior de la blusa, justo debajo de la garganta. Luego se apartó un poco para admirarlo. Yo sentí una descarga de alegría. Durante los últimos cinco meses el dolor del rechazo de Beckett había ido remitiendo y le estaba muy agradecida a Sandy por ello. Sus besos tempestuosos, su deseo obvio, su fe en mí... me habían redimido, mientras Beckett me había ninguneado. Cuando íbamos juntos por Montparnasse y me besaba apasionadamente delante de todo el mundo, la humillación que yo sentía por el rechazo de Beckett se desvanecía. Sandy me había hecho mirar

de nuevo hacia el futuro.

Y así empecé, aunque con cautela, a verme como la señora de Alexander Calder. Pero esa vez yo sabía que era cierto, y que no tenía nada que ver con mi padre. Sandy admiraba a Babbo, pero no tenía ningún interés ni en él ni en su trabajo. Venía a casa sólo a verme a mí, a enseñarme a mí. A veces pensaba de nuevo en Beckett y me reía amargamente al ver cómo me había cegado el amor. ¡Qué ingenua había sido! Pero con Sandy era distinto. Mientras Beckett había sido taciturno y callado, Sandy era hablador y abierto. No le importaba quién le viera besándome. Cuando nos encontrábamos con sus amigos (y tenía muchos) me presentaba como «Lucia, la luz de mi vida», y les decía que yo era una gran pintora. Ni una palabra de mi padre. Y Sandy sabía lo que le había pasado a Beckett, que mi padre le había prohibido ir a casa. ¿Se atrevería a padecer la ira de Babbo si no iba en serio conmigo?

Naturalmente, ser la señora de Alexander Calder sería muy distinto de ser la de Samuel Beckett, exiliado. Y su ramo de novia también habría de ser completamente diferente. Los capullos rosa pálido tendrían que cambiarse por unos gladiolos del color de una llamarada, y las lilas blancas por unos crisantemos en rojo profundo. Claro que habría obstáculos: América era uno. A Babbo se le rompería el corazón si mi iba a vivir allí. Así que tendría que insistir en que nos quedáramos a vivir en París. Me imaginé ayudando a Sandy con *Le Grand Cirque Calder*. Había tantas cosas que podía hacer. Podría arreglarle las figuras y los decorados cuando se rompieran, ayudar con el gramófono, vender las entradas y servir las bebidas.

Sandy se quedó mirando el broche que acababa de ponerme en el vestido. Incliné la cabeza hacia un lado, hacia otro, y luego hacia mí, hasta que estuvo tan cerca que yo podía sentir su aliento en el cuello.

—¿Qué tal queda? —pregunté, emocionada.

—A lo mejor me lo tengo que quedar. Estaba pensando que quedaría estupendo con unos muellecitos en la parte de atrás. Camina por la habitación un momento, Lucia. Como si estuvieras en un pase de modelos.

Adelanté la cadera y comencé a caminar contoneándome por la habitación con Sandy pegado a mí, mirando su broche. Su cara era muy viva y dinámica, nada que ver con la de Beckett. Y en ese momento recordé que mi instinto de bailarina me había alertado contra el lenguaje corporal, reticente, de Beckett. ¿Por qué no había confiado en mis instintos? ¿Por qué me había cegado el

amor hasta ese punto? Ya entonces supe que me estaba ocultando algo.

Dejé de caminar y miré a Sandy. Le examiné con mis ojos de bailarina. Se movía con una soltura y una energía diametralmente opuestas a la torpe cautela de Beckett. Recordé la sensación que me provocaba Beckett, como si fuera de madera, cuando le intenté enseñar a bailar el charlestón, antes de que cogiéramos el whisky de Babbo. Había bailado con Sandy ya unas cuantas veces, y sus movimientos eran ingenuos y extravagantes. Y supe entonces que si hacíamos el amor sería sin ataduras, con abandono. Honesto.

Sandy no era consciente de mi súbito escrutinio. Le brillaban los ojos, y movía la cabeza con tal vigor que pensé que se le acabaría cayendo.

—Si pongo unos muellecitos en la parte de atrás, entre la espiral y el alfiler, se movería a tu compás, ¡sería como si bailara!

Me puso las manos en los hombros para que yo dejara de andar y me quitó el broche.

—Qué malos modales, ya lo sé. Pero piensa en lo bien que quedará con los muelles. ¡Un broche que baila para una muchacha que baila! —Titubeó, y luego me miró las orejas con los ojos entornados—. ¡Pendientes!

Había tal deleite en aquella exclamación que empecé a reírme a carcajadas, a pesar de que sabía que le tendría que devolver aquella prenda de amor sólo unos minutos después de recibirla.

—¿Me vas a hacer unos pendientes a juego? —pregunté.

—Bueno... los pendientes no necesitan muelles, ¿verdad? Se moverían a la par que tú, con tu cuerpo, con el viento, de manera natural. Tendrás las dos cosas. Pondré los muelles en el broche y te haré unos pendientes de espiral. —Me frotó con delicadeza el lóbulo de la oreja izquierda, cogiéndolo entre el índice y el pulgar, y murmuró—: No sé qué peso aguantarán tus orejas...

Yo sonreí y le acaricié el antebrazo. Y entonces él me agarró la mano, mi mano izquierda, y la miró con expresión especulativa, como si estuviera valorando también su tamaño y fortaleza.

—Un broche, unos pendientes, y... —Hizo una pausa misteriosa—. Y una sorpresa.

Y dicho eso, se llevó mi mano a la boca y la besó.

—¿Una sorpresa? —Yo estaba tan sorprendida, tan emocionada por el significado que encerraban sus palabras que la voz me salió como un graznido.

—No voy a decir nada más, porque entonces no sería una sorpresa, ¿verdad? —Me soltó la mano y se guardó mi broche en el bolsillo—. Vamos, Lucia, luz de mi vida. ¡La Coupole nos llama!

Se apoderó de mí una necesidad súbita de bailar, girar y hacer piruetas, de sentir el pelo y el vestido girando a mi alrededor. Con qué rapidez me estaba desprendiendo del pasado... Sandy estaba ya poniéndose el sombrero en su cabezota e iba hacia la puerta.

—Todavía no. Cuando lo termine te lo podrás poner y todo el mundo lo verá. ¡Te lo prometo!

Me cogió la mano y salimos juntos de la casa de Robiac, bajamos por la *rue* de Grenelle y seguimos por la avenida Bosquet. Y fue entonces cuando recordé las palabras de Stella en nuestra excursión al Louvre, cuando me dijo que Sandy estaba comprometido.

—Sandy —dije de pronto, mientras le cogía del brazo con mi mano enguantada—. Dice Stella Steyn que estás prometido.

No tuve tiempo de decir nada más. Se paró allí mismo, con el ruido ensordecedor de las bocinas de los coches y el traqueteo de los carros. Me llevó hacia sí con tal violencia que sentí que me ahogaba. Y luego... su boca en la mía, cálida y húmeda, la lengua presionándome por todos los rincones de la boca y me llegaba a la garganta.

—Me estás volviendo loco, Lucia. —Me colocó la mano en el pliegue de su brazo—. ¿Has preguntado ya a tus padres si puedes venir a mi estudio a dar las clases, criatura encantadora?

—Aún no, pero lo haré: lo prometo.

Y di un saltito, emocionada. De pronto me sentí liberada, como un barco del que se sueltan amarras. Al dejar tan claro lo que sentía por mí, Sandy me había liberado. Me asaltó una imagen de los dos, desnudos en el suelo de su estudio, con sus figuras circenses observándonos mientras nosotros dábamos vueltas y rodábamos por el suelo devorándonos mutuamente. ¡Qué diferente era todo con él de como había sido con Emile o con Beckett! Y qué equivocada estaba aquella Stella de lengua viperina. Sí. La señora de Alexander Calder iba tomando forma poco a poco, se iba desarrollando, rellenándose, como una de las esculturas de Sandy.

—Tú eres otra cosa, Lucia —dijo Sandy, soltando una risotada. Sentí su cuerpo temblar contra el mío cuando me dijo—: Pregúntaselo mañana, ¿me

lo prometes?

* * *

Naturalmente, mamá y Babbo no se avinieron a que fuese a dar las clases de dibujo al estudio de Sandy. Y Sandy no volvió a hablar del asunto. Así que seguimos dándolas en la cocina de nuestra casa de plaza Robiac.

Un día, tras una larga velada que pasó besándome en un rincón oscuro de La Coupole, Sandy llegó muy tarde a la clase, sin aliento de la emoción: venía del estudio de Piet Mondrian, y hablaba tan rápido que yo no podía seguirle. Sus palabras bullían y burbujaban y se desbordaban mientras él daba vueltas y más vueltas a la mesa de la cocina, demasiado embriagado para sentarse.

—El estudio es todo blanco. Apenas hay muebles: sólo los imprescindibles, y también los ha pintado de blanco. No tiene ningún adorno, sólo un tulipán en un jarrón. ¿Y sabes qué? Sí, ¡lo has adivinado! ¡También lo ha pintado de blanco! Aunque hay una cosa que no es blanca: el gramófono. Pero ¿sabes qué? Lo ha pintado de rojo. El gramófono... ¿te imaginas? —Sandy hizo una pausa para coger aire y luego siguió gesticulando enloquecido y moviendo la cabeza, incrédulo—. El estudio tiene ventanas por todas partes, y la luz entra por la izquierda y por la derecha. Pero en la pared del centro ha puesto, delante de las ventanas, unos enormes rectángulos de cartón pintados en colores primarios. Los va cambiando en función de su estado de ánimo. Nunca he visto nada igual.

—¿Ha pintado de blanco un tulipán? ¿Y por qué no compró un tulipán blanco, y ya está?

Alargué el brazo para acariciarle el suyo, pero Sandy ignoró mi pregunta, como si no la considerase pertinente. Después siguió recorriendo la cocina a tal velocidad que ya no conseguía tocarle.

—Mondrian sólo cree en las líneas y el color. Dice que son la forma más pura de expresión y que no importa nada más. Pero sus rectángulos me han dado una idea brillante: cosas que flotan en el espacio, sus distintos tamaños y colores. Algunas moviéndose, otras quietas. Así que le pregunté si podía jugar con sus rectángulos, hacerlos moverse.

Ahora ya estaba prácticamente corriendo alrededor de la mesa, agitando

los brazos y abriendo y cerrando los puños.

—¿Y qué dijo?

—Se negó. En rotundo. Dijo que su obra ya era lo suficientemente rápida. Y sus ideas sobre el color... ¡ah! Sólo usa el blanco y el negro, a veces el rojo. Así es como tiene pintado el estudio: todo blanco, un florero negro y el gramófono rojo. No hay verde, ni rosa, ni púrpura. Cree que lo único que hacen todos esos colores es confundir y liar.

—¿Y también va vestido de blanco? ¿Se ha teñido el pelo de un color primario?

Mis preguntas iban en serio, pero Sandy no me oyó. Me pregunté si me estaba hablando a mí, y si se daría cuenta de que me había ido si se me ocurriera salir de la cocina.

—Siempre está hablando de «El Cómo». Su obra se centra siempre en *cómo* se coloca el objeto, la posición; *cómo* es de grande, la dimensión; y *cómo* es de color. ¡No digas que no es inspirador!

Sandy había empezado casi a levitar. Miré nerviosa a la ventana abierta. ¿Y si se caía accidentalmente? ¿Se mataría!

—¿Y mi clase de dibujo? —pregunté, intentando tocarle de nuevo el brazo, deseando que se alejara de la ventana abierta.

Sandy echó un vistazo a su reloj de bolsillo.

—Hoy no hay tiempo. Tengo que volver al estudio. Quiero empezar esta tarde una cosa. ¿Nos vemos luego en La Coupole?

Asentí y confié en que se me ocurriera algo inteligente que preguntarle sobre el espacio y el volumen, antes de llegar allí.

—¿Cómo va mi broche? ¿Y mis pendientes? —pregunté—. ¡Y mi sorpresa!

Pero no hubo respuesta. Los pasos de Sandy fueron lo único que se oyó, repiqueteando escaleras abajo.

* * *

Aquella noche La Coupole estaba más concurrido que de costumbre. Espectadores del teatro, turistas y artistas se agolpaban, en grupos, en la barra. En las mesas, algunos comensales con atuendos extravagantes

cotilleaban, conversaban o flirteaban medio ocultos por una espesa neblina azul de humo de cigarrillos. Vi enseguida a Sandy con algunos de la «banda», como él los llamaba: a Waldo Peirce rodeado de chicas con el pelo recién cortado, a Ivy Trautman (la esposa de Waldo, plácida y bonita) y a Joan Miró. Me alegré de haber llevado a Stella para que me hiciera compañía. Los amigos de Sandy me intimidaban con sus modales seguros y desenvueltos.

Sandy nos invitó a un gin fizz a cada una y Waldo comenzó a hostigarme: quería saber si podía darle una clase particular de baile. A las chicas que le rodeaban les pareció muy graciosa la ocurrencia y empezaron a sonreír con afectación y reírse tímidamente, pero Ivy me dijo que no hiciera caso: llevaba puesto un vestido maravilloso de seda naranja con abalorios, y una capa de terciopelo negro echada sobre los hombros. Fumaba con una boquilla también naranja, y dejaba caer la ceniza en el suelo como si no hubiera visto el cenicero que tenía delante. Yo, considerada, empujé el cenicero para acercárselo un poco más, pero ella siguió tirando la ceniza al suelo.

Sandy no era capaz de hablar de otra cosa que no fuera el estudio de Piet Mondrian. Repetía a todo el que quisiera escucharle lo que ya me había contado a mí del tulipán pintado de blanco y el gramófono pintado de rojo. A Waldo y Miró, ambos artistas, les pareció interesante la primera vez. Hasta Stella estaba intrigada con las habilidades de Mondrian para la decoración de interiores. Me llamó la atención que nadie preguntara por qué Mondrian no había comprado un tulipán blanco, y yo no tuve valor para hacerlo: temí que pensarán que era idiota. Cuando Sandy contó a sus amigos, por segunda vez, su experiencia con Mondrian, nadie quiso escucharla de nuevo. Así que optó por abordar a los extraños que había en el bar y a contarles lo del estudio pintado de blanco. Cuando se aburrieron y se fueron empezó a entretener a Gaston, el *barman*. Waldo pidió más gin fizz y champán, y luego más champán.

Cuando Stella dijo que quería irse a casa le conté, confidencialmente, que Sandy me había hecho un broche y me estaba haciendo los pendientes a juego, unos pendientes que bailarían al son al que yo caminara. Anuncié que me los pondría para mi próxima cita con ella, a la semana siguiente. También le conté que me estaba preparando una sorpresa y moví la mano izquierda delante de sus ojos. Ella me miró de soslayo, como si acabara de confesarle que había cometido un crimen.

—¿Adivinas cuál será la próxima joya que me hará Sandy?

Las palabras me salían con dificultad; sentía el aire viciado del bar que me envolvía y me hundía en el humo y el bullicio.

—¿De qué demonios estás hablando, Lucia?

—Primero un broche. Luego unos pendientes. Y ahora quiere hacerme algo para la mano izquierda. ¿No es obvio, Stella? ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Ahugué una risita. ¡Qué lentos eran algunos!

—Es tu profesor de dibujo —dijo Stella con un tono de desaprobación en la voz.

—No es sólo mi profesor de dibujo.

Me volví a mirar a Sandy: estaba apoyado en la barra, con el pelo alborotado, frotándose distraído el hoyuelo de la barbilla con los dedos. Había algo en sus hombros que me impulsaba a ir a tocarle, a recorrerle la espalda con mis manos. Pero luego todo empezó a zumbar y a volverse borroso. Vi que Stella me estaba mirando. Me quitó el vaso de la mano y me levantó del banco en el que estaba yo tan cómodamente tirada...

—Nos vamos a casa. Ahora —susurró—. Has bebido demasiado.

Me arrastró hacia la puerta y, antes de que yo pudiera protestar me encontré en la acera, con el viento helado del otoño revolviéndonos el pelo.

—Me ha estado besando durante horas, horas y horas. Me va a hacer un anillo, y vamos a hacer el amor antes de casarnos, como se estila ahora —dije tratando de mantener el equilibrio.

—Necesitamos a alguien que nos lleve a casa —dijo Stella, expeditiva—. Espera aquí. Voy a pedírselo a Waldo.

—No: pídeselo a Sandy.

Sentía que me cimbreaaba un poco. Los párpados empezaron a pesarme, cada vez más. Pero Stella volvió con Waldo, que llevaba un cigarrillo entre los labios ocultos por el bigote. Y así bajamos los tres por el bulevar de Montparnasse, cogidos del brazo: Waldo, haciendo su infame imitación de un burro que rebuzna; Stella, con la cara inexpresiva y en silencio.

* * *

Cuando dimos nuestra siguiente clase Sandy me dijo lo mucho que le había molestado que Stella y yo nos «escabulléramos con Waldo» y nos fuéramos a casa. Me preguntó por qué no le había esperado y, antes de que me fuera posible responderle me dijo cuánto había esperado el momento de acompañarme a casa para ir besándome todo el trayecto. Mientras hablaba sonreía o se reía a carcajadas, así que supe que no estaba molesto, en realidad.

No mencionó el estudio de Mondrian, pero dijo que Mondrian había asistido a su circo el día de antes, y que le había encantado. El circo de Sandy se había hecho muy famoso, y había incluso artistas que venían de muy lejos para verlo. Siempre que Sandy me hablaba de la gente famosa que había tenido entre el público yo sentía una inmensa oleada de orgullo y comencé a imaginarme en mi papel de asistente circense, agachada en el suelo vigilando el funcionamiento del gramófono o cortando entradas en la puerta. Pero entonces Sandy hizo un comentario que me dejó helada.

—Es muy probable que *Le Grand Cirque Calder* haya llegado al final de su trayectoria vital. No sé cuántas representaciones más voy a dar.

—¡No! —grité.

Sandy me miró, sorprendido.

—No puedes —añadí, intentando parecer calmada y firme, tratando de ocultar el pánico que había en mi tono de voz—. ¿Qué sería de París sin tu circo?

—Pues París sería París, pero me encanta tu entusiasmo, Lucia.

Sandy se inclinó, como para mirar mi dibujo. Pero de pronto, sin previo aviso, me cogió la cara entre sus manos enormes, manchadas de pintura, y me besó en los labios; me metió la lengua en la boca y comenzó a enredarla con la mía y a empujar, apretando con fuerza los dientes y las encías. Dejé caer el cuaderno de dibujo y le rodeé con los brazos para acercarle más a mí, pero de pronto, inesperadamente, él se apartó y se limpió la boca con la manga.

—El asunto es, Lucia, que he tenido ideas fantásticas viendo a Mondrian. El circo me quita mucho tiempo, y no puedo hacer lo que realmente quiero hacer. Quiero superar los límites de la escultura. Quiero trabajar a mayor escala, mucho mayor. El circo ha sido fantástico, pero tengo que avanzar.

La idea de renunciar a ser la señora de Alexander Calder, ayudante del director del circo, me dejó un poco descolocada. Tras pasar las últimas

noches soñando que colgaba carteles, vendía entradas, arreglaba las figuritas... me llevó unos cuantos segundos recolocarme. ¿Qué iba a hacer yo en una casa blanca, con tulipanes pintados y bloques flotantes de color? Sandy debió de notar mi cambio de ánimo porque me miró extrañado y luego se apartó frunciendo el ceño tanto, que las dos cejas parecían una sola.

—¿Y por qué no haces el circo a una escala mayor? Figuras más grandes, decorados más grandes, todo más grande. Te encantan los motores y la mecánica. ¿No puedes hacerlo?

—Ahora quiero hacer otras cosas. No sé qué, realmente, pero si no consigo algo de tiempo para explorarlo, nunca lo sabré.

Sandy, pensativo, empezó a chuparse el dedo índice. Luego se dio la vuelta y fue a mirar por la ventana. Al oír sus palabras sentí cierto temor, como si algo oscuro y amargo estuviera creciendo y trepando en mi interior. Traté de seguir su línea de visión, sobre los tejados de pizarra y las chimeneas torcidas, hasta la Torre Eiffel. Pero todo estaba distorsionado, oscurecido.

—¿Seguirás dándome clase?

—Por supuesto que seguiré. Eres mi alumna favorita, ya lo sabes. ¿O crees que beso a los demás alumnos?

Sandy rompió a reír e inmediatamente me cambió el humor. Respiré hondo y sentí cómo desaparecía aquel acceso de ansiedad. De modo que había un lugar para la señora de Alexander Calder. Representaría un papel con el circo o sin él. Y entonces, llegó la inspiración, como un fogonazo.

—¿Y no puede hacer funcionar el circo otra persona? Seguiría siendo tu circo, claro, pero no tendrías que estar allí.

Sandy me miró con curiosidad.

—¿Se te ocurre alguien?

—Yo podría hacerlo —dije.

Volví a concentrarme en mi dibujo y disimulé una sonrisa frunciendo los labios. En mi cabeza redacté un pequeño artículo de periódico: *«La señora de Alexander Calder se encarga ahora de la dirección del legendario espectáculo de París, Le Grand Cirque Calder, para que su esposo, el más grande escultor de Francia, pueda centrarse en el siguiente capítulo de su carrera. Al preguntarle qué opinaba de esto el señor Calder dijo que es raro encontrar una esposa tan entregada y que él lo agradecía desde lo más hondo de su corazón».*

—Ese dibujo es fantástico, Lucia.

Sandy miraba el cuaderno por encima de mi hombro. Luego se inclinó, me dio un beso en el cuello y me recorrió la oreja con la lengua. Yo me apoyé en él y sonreí en silencio, para mis adentros.

* * *

Un rato después estaba enseñando a Kitten los movimientos de baile que había aprendido en la escuela de la señorita Morris. Fue entonces cuando le expuse mi idea.

—Pensé que querías volver a bailar a tiempo completo. Si acabas llevando tú el circo, ¿cómo vas a sacar tiempo para la danza?

Kitten estaba de pie, apoyada en una sola pierna y con los brazos cruzados sobre su cabeza.

—Puedo hacer las dos cosas. —Le coloqué los brazos y le di unos toquecitos en las manos—. Abre más los dedos.

—Y de todos modos... Yo creo que el circo es difícil de manejar para cualquiera que no sea Sandy. Su personalidad es una parte importante de la historia: todos esos ruidos que hace, imitando a los animales, soplar ese silbato de hojalata... —Kitten se elevó, apoyándose en los talones, y me miró—. ¿De verdad es eso lo que quieres hacer?

Había una sombra de desaprobación en la expresión de Kitten. No parecía muy convencida de que yo pudiera gruñir como un mono o rugir como un león en público. Desde luego, aquello no mostraría la faceta más elegante ni más favorecedora de mi personalidad. Pero era cierto lo que decía: yo no tenía la personalidad arrolladora de Sandy, ni era tan desinhibida como él. No tenía nada de lo que hacía triunfar al circo. Me provocaría ansiedad, inseguridad y me pondría nerviosa. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? ¿Qué me había hecho creer que podía ocupar el lugar de Sandy? Pero bueno... aún podía casarme con él. Aún podía convertirme en la señora de Alexander Calder. A fin de cuentas, tendría que apoyarle en todo lo que emprendiera. Me necesitaría para ayudarle con sus pinturas y esculturas. Y, naturalmente, tendríamos nuestros propios hijos, nuestra camada de pequeños Calders.

—Ahora levanta la otra pierna. Despacio. Mantenla ahí.

Di un paso atrás y comprobé si Kitten estaba en la posición correcta sin dejar de sonreír ante la idea de mi prole.

—¿Y estás segura de que es de los que se casan? —preguntó Kitten, recordando sin duda lo que había sucedido entre Beckett y yo y las alocadas historias que le había contado de Sandy, su bicicleta naranja y su banda de amigos chalados—. Quiero decir... lleva un estilo de vida un poco bohemio, ¿no? ¿Por qué sonríes, Lucia?

—Mucha gente vive así en París. Ya sé que nosotras no, pero hay muchos que sí. Pero a mí no me va a obligar a ir en una bicicleta naranja, ¿verdad?

Kitten se rió, perdió el equilibrio, se recompuso.

—Espero que no, querida. Supongo que ya sabes que Stella cree que está comprometido, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Probablemente lo quiere para ella, como a Beckett. —Sentí que el labio superior se me tensaba por su cuenta, en una expresión de desprecio—. Pero ahora es distinto. Se pasa la vida besándome y me ha regalado un broche y me está haciendo unos pendientes y creo que un anillo de compromiso, también.

—¿Un anillo de compromiso? ¿Estás segura?

Le dije a Kitten que Sandy se había quedado mirándome la mano izquierda como para tomar la medida, y que me había prometido una sorpresa.

—Me estaba mirando el dedo anular de la mano izquierda... no creo que me vaya a hacer una pulsera, ¿verdad? Bien, baja la pierna. Los brazos atrás, en *port-de-bras*... Muy bien.

Kitten bajó los brazos y respiró hondo. Su estómago, plano, se abultó durante una fracción de segundo.

—¡Qué romántico! ¿Me enseñas el broche?

—Serás la primera en verlo, querida Kitten. Pero lo está reconstruyendo: quiere que se mueva según voy caminando. Va a quedar muy bonito. —Suspiré satisfecha—. Toma aire otra vez. La señorita Morris cree que los pulmones, el abdomen y los pies son las partes más importantes del cuerpo.

Kitten frunció el ceño sorprendida.

—¿Cómo va a moverse un broche?

—Le va a poner un muelle en la parte de atrás. Está obsesionado con el

movimiento. Todo tiene que moverse, rotar, o darse la vuelta.

Kitten sacudió los brazos y las piernas, y se echó a reír.

—Ay, querida. ¿Por qué no puedes fijarte en un hombre normal? Un tipo que trabaje en una oficina y ahorre para comprarse un coche.

—Como tu novio de ahora.

Di un paso a un lado, en dirección al sofá, hice un par de piruetas y me senté. El novio de Kitten trabajaba en el departamento financiero de la fábrica de neumáticos de Michelin, y siempre le compraba bombones y rosas rojas.

—Richard... le han ascendido tantas veces que ya he perdido la cuenta.

—Babbo nunca aceptaría a alguien así como yerno. ¿De qué hablarían? Babbo no entiende nada de neumáticos.

—Pero eres tú quien se va a casar con él, no tu padre. ¿Qué importaría que no puedan hablar?

Kitten levantó primero uno de sus pies pálidos, luego el otro. La miré con desesperación. ¿Cómo podría explicarle lo que era mi vida, como hija de un genio? ¿Cómo podría explicarle la decepción de Babbo si me casaba con un empleado de oficina de traje gris? Moví la cabeza, pero no dije nada. No quería herir sus sentimientos. Era la única amiga que me quedaba. A Stella de ojos viperinos ya no podía contarla como tal.

—¿Has vuelto a tener uno de tus sueños premonitorios, Lucia?

Lancé una risita breve, sardónica.

—Bueno, no es que fueran muy premonitorios con Beckett, la verdad. Con Sandy todo es más... físico.

—Puede que la fuerza de tus emociones esté ahogando tus poderes psíquicos. He oído muchas veces que los médium sólo pueden trabajar en unas condiciones determinadas... cuando todo está en silencio, y ellos en calma, por ejemplo.

—Pues si es así, desde luego Sandy los ha anulado por completo. Cuando estoy con él es como si el aire vibrara con su presencia.

Incluso al decir esto sentía una punzada de deseo en la boca del estómago. Kitten vino a sentarse conmigo al sofá y me cogió la mano.

—Creo que deberías bailar más, Lucia. Eras muy feliz cuando bailabas el día entero. ¿Por qué no vuelves a hablar con Madika? Estaba deseando darte clase.

—No puedo. Me da mucha vergüenza, después del fracaso del ballet clásico. Y mis padres ya me han dejado bien claro que bailar en público no es lo más adecuado para la hija de un genio de la literatura.

—Bueno, entonces tal vez podamos hacer algo juntas. Podemos ir a alguna audición para pelis... Nos ofrecemos como dúo. O ponemos en marcha otra compañía de baile. Para mí también es buen momento. ¿Qué te parece?

—Ahora mismo estoy muy ocupada —respondí—. Estoy a punto de sacar el título de profesora de baile del método Margaret Morris, tengo las clases de dibujo, tengo que ayudar a mamá y a Babbo en todo, y los preparativos de la boda de Giorgio.

Al hablar de la boda de Giorgio me tembló la voz. Mamá seguía sin hablar a la señora Fleischman, y así las cosas podía ser que ni siquiera me invitaran a mí a la boda.

—No creo que ser profesora de movimiento sea suficiente para ti. No quiero decir con esto que sea un desdoro, pero no es lo que hacíamos antes, ¿verdad?

—No, claro. No es interpretación —dije eligiendo bien las palabras—. Pero sirve de ayuda a mucha gente.

Titubeé. No estaba segura de cómo articular mis pensamientos.

—Y la señorita Morris es una persona muy inspiradora. Su método ayuda a las mujeres embarazadas, a los inválidos y a los niños, y a los deportistas también. Es útil. Y yo quiero llevar una vida útil, Kitten.

—Pero piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Hagamos algo juntas, algo creativo, algo que nos permita llevar el control de nuestras vidas. Prométeme que lo pensarás —insistió Kitten.

—Ay, Kitten, pues claro que lo prometo.

Me gustaba su idea. Sabía que Sandy no se opondría. A él le encantaba verme bailar. Una o dos veces le había pillado dibujándome en una servilleta en La Coupole, cuando intentaba hacer algún paso o alguna pirueta nueva. Pero... ¿estaba preparada para volver a los escenarios? ¿Estaba dispuesta a soportar la ira de mamá? Claro, que si me casara antes... Si me convirtiera en la señora de Alexander Calder...

Estreché la mano a Kitten.

—Deja que acabe el curso de formación con Margaret Morris y que pase

la boda de Giorgio. Mi vida va a cambiar mucho en breve, ya lo verás.

* * *

Babbo tenía un esclavo nuevo: Paul Léon, un refugiado de la Rusia bolchevique, cuñado del profesor de ruso de Babbo, Alex Ponisovsky. Cuando a Beckett se le negó la entrada en nuestra casa el señor Léon comenzó a aparecer por allí, a hacerse invitar. Exactamente igual que el resto.

A Babbo le gustaba porque su segundo nombre era Leopold (como el protagonista de *Ulises*) y su esposa se llamaba Lucie, como yo. A mamá le impresionó mucho la señora Lucie Léon porque ofrecía *tours* por las casas de modas para turistas americanos. El señor Léon habría hecho cualquier cosa por Babbo, y en la casa de Robiac se comportaba como si fuera su altar personal. El señor Léon era, seguramente, el esclavo más servil que Babbo había tenido jamás. En más de una ocasión se pasó allí el día entero, mecanografiando textos, leyendo, traduciendo o haciendo recados para Babbo. Unos días atrás el señor Léon había llegado cargado con unos grandes volúmenes encuadernados en piel sobre el derecho italiano, francés e inglés. El ascensor, como de costumbre, estaba estropeado, así que cuando llegó, desgarrado y torcido, jadeaba como un perro bajo el peso de varios volúmenes enormes.

No me produjo extrañeza ver las nuevas lecturas de Babbo. Siempre leía libros raros. La semana anterior había obligado al señor Léon a recorrer todo París buscando libros con canciones infantiles inglesas. Cuando estuvimos en Torquay Babbo se había obsesionado con las revistas de colegialas inglesas e hizo a uno de sus aduladores salir en busca de los números atrasados de *Poppy's Paper* y *Schoolgirl's Own*.

Fue algún tiempo después, una noche cuando ya se había ido el señor Léon, cuando empecé a preguntarme por aquellos libros de derecho. Estaba sentada al piano, admirando en silencio las teclas blancas y negras, preguntándome si Sandy querría pintar el piano de rojo, cuando oí algún retazo de la conversación de Babbo y mamá, que estaban en el despacho. Me pareció que hablaban de aquellos libros de derecho, lo cual era extraño porque mamá rara vez leía y nunca discutía con Babbo sobre el trabajo de él. La voz aflautada de Babbo subía y bajaba, y eso también era peculiar porque

mi padre casi nunca levantaba la voz.

Agudicé el oído y oí a Babbo decir que algo (no pude oír qué) había que hacerlo en Inglaterra, que no podía ser en otro sitio. Mamá dijo que era todo culpa de él, y después se hizo el silencio. Me pegué a la pared, estiré el cuello, y escuché. Luego mamá dijo una cosa que me sorprendió. Dijo que su familia nunca volvería a dirigirle la palabra. Su voz sonó cáustica y amarga, muy diferente de su tono habitual. En ese momento Babbo bajó el tono de voz y ya no oí nada. Después mamá subió el suyo, que sonó fuerte, claro y airado. Preguntó qué iban a hacer con los de la prensa. Oí a Babbo responder que él se encargaría de todo, que se podía hacer legalmente y sin alboroto, en Londres. Mamá replicó que más le valdría y luego oí que giraba el picaporte y mamá salía del despacho y se metía en el salón, donde yo estaba sentada al piano. Miré rápidamente al teclado y toqué una escala. La oí salir con la respiración pesada.

Decidí pedir consejo a Sandy. Teníamos clase de dibujo al día siguiente y esperaba que me diera mi broche, tal vez los pendientes nuevos y, quién sabe, quizás también el anillo. Intenté no pensar en el anillo, pero no podía evitar imaginar cómo sería. Tal vez tendría también un muelle en miniatura y así, cuando yo moviera la mano, el anillo bailarían y brillarían, como yo.

* * *

Sandy llegó puntualmente a las diez en punto, con el bastón en una mano y la maleta en la otra. Me dijo que tenía que dibujar todo el circo, como ejercicio de perspectiva. Abrió la maleta y empezó a colocar unos postes diminutos, y a colgar los alambres para el número del trapecio y el de la cuerda floja, y luego desenrolló las pequeñas tiras de alfombra roja. Mientras hacía todo aquello le conté la conversación de mis padres y le pregunté qué le parecía. Se rió tanto que tiró los alambres del trapecio y tuvo que volver a colocarlos.

—¿Por qué lo encuentras tan gracioso?

—Está claro —me espetó Sandy—. ¡Qué ingenua eres, Lucia!

—¿Qué quieres decir?

Di un paso atrás, incliné la cabeza, observé a Sandy, que intentaba poner el alambre del trapecio con las manos temblándole de risa.

—Perdona que sea tan directo, pero tu padre escribe libros que la mayor

parte de la gente considera guarros. Brillantes, sí, pero guarros. Peor que guarros: asquerosos. —Sandy dudó un momento, empujó el alambre del trapecio para ponerlo en su sitio, y colocó a la dama equilibrista—. Pero ya lo sabes, Lucia. ¿Verdad? No me irás a decir que no has leído el *Ulises*...

—Es el escritor más grande del siglo XX, todo el mundo lo dice.

Cogí a la equilibrista del trapecio, la estudié, traté de ocultar lo truculento de mi tono de voz. Traté de acallar el temblor de mis manos. Sin éxito.

—*Ulises* está prohibido casi en todos los países del mundo. En mi país lo hacen quemar. Puedes ir a la cárcel por venderlo. ¿No es por eso por lo que vivís en París?

Asentí. Lo sabía todo de aquella década de tribulaciones, Babbo intentando publicar el *Ulises*... Pero no quería pensar en ello.

—¿Qué tiene esto que ver con los de la prensa y que a mi madre no le hable su familia?

Sandy empezó a reírse otra vez. El cuerpo le temblaba de gozo.

—El siguiente libro ha de ser aún más asqueroso. Debe de estar fabricando una auténtica bomba ahí dentro. —Hizo una pausa—. Lo más gracioso es que tiene ese aspecto tan respetable, es tan callado y tiene tan buenos modales... Siempre me llama señor Calder. Yo no me lo puedo imaginar, la verdad. No agarres tan fuerte a la equilibrista. La vas a partir en dos.

Parpadeé, intenté evitar que los músculos de alrededor de los ojos comenzaran a convulsionar. Lo cierto era que yo no tenía ni idea de qué trataba *Obra en curso*. Tenía algo que ver con «la noche oscura del alma», los ríos, Irlanda. Los párrafos que había oído leer a Babbo en alto eran muy hermosos, musicales, llenos de meandros. Pero no sabía qué significaban. ¿Había servido yo de musa para crear algo guarro? ¿Algo más guarro aún, más escandaloso que el *Ulises*? No, no era posible, sencillamente. Así que dije a Sandy que se equivocaba, que la *Obra en curso* no tenía nada que ver en absoluto.

Pero, al mismo tiempo, agradecí la explicación que dio Sandy a aquella conversación a medias que había oído mantener a mis padres. A fin de cuentas, ¿en qué otra cosa podrían estar implicados unos libros de leyes, un viaje a Inglaterra y la gente de la prensa? ¿Era posible que la *Obra en curso* fuese tan repugnante como para tener que marcharnos de Francia? Aunque...

yo no entendía cómo podría publicarse, legalmente, en Inglaterra pero no en Francia: aquello no tenía sentido para mí. Negué con la cabeza, desconcertada, y dejé a un lado los lápices y el cuaderno de dibujo. Y esa línea de pensamiento me llevó rápidamente a la señora de Alexander Calder. Si mis padres se iban a Inglaterra (mi madre había dejado suficientemente claro que su país favorito era Inglaterra, y Londres su ciudad favorita), tal vez Sandy y yo tuviéramos que trasladarnos también.

—Sandy, ¿ya has terminado mi broche?

—¡Ay, vaya! Lo he terminado, pero me lo he dejado en el estudio. Te lo traeré el próximo día. Te lo prometo.

Me besó, distraído, en la cabeza.

—Y... y... ¿los pendientes? ¿Los que se moverán cuando yo ande o baile?

—Pues son aún una obra en curso...

Sandy rompió a reír, ante su propia ocurrencia.

¿Y la sorpresa que me había prometido? ¿Mi anillo-sorpresa? Pensé en preguntarle, pero al fin no lo hice. Podría resultar un poco presuntuosa. Un poco grosera, incluso. Me besó varias veces durante la clase, pero siempre con aire distraído. Tal vez él también estaba preocupado por la marcha de mi familia a Inglaterra.

Cuando hube terminado de dibujar y él de alabar mi forma de captar la perspectiva y de empaquetar su circo, me preguntó de pronto, inesperadamente, si podría pasar una noche entera fuera de casa. Dijo que quería llevarme a bailar y luego a casa, a su estudio.

—Eres el primero —susurré con la cabeza gacha y los ojos fijos en el cuaderno.

Sentí un calor, y un intenso sonrojo, que me subía por el cuello, no sé muy bien si de emoción o de inseguridad.

—¿Aún eres virgen? —Sandy se acercó a mí, me cogió un mechón de pelo y se lo enredó en el dedo—. Entonces, ¿puedes escaparte? ¿Una noche entera?

—Sí.

Mi corazón había enloquecido. ¿Quién podría cubrirme? Tendría que ser Kitten. Sólo Kitten mentiría por mí.

—Planearemos algo cuando venga la próxima semana. —Se apartó, cerró la tapa de la maleta, recogió su bastón e hizo con él un extravagante giro—. Eres capaz de volver loco a un hombre, picaruela.

—¿No te voy a ver hasta entonces?

Traté de hablar con calma, pero las palabras salieron solas. ¿Una semana entera sin verle? Sí, una semana, larga, vacía. Pero después la señora de Alexander Calder surgiría, como el fénix, de las cenizas de mi pasado.

—Si nos vemos la semana que viene tendremos tiempo de sobra para establecer un plan, mi pequeña virgen irlandesa. —Sonrió, seductor, levantando y bajando las cejas.

Después me cogió la barbilla con el pulgar, me besó con tanta fuerza y fervor en los labios que se me removi6 todo por dentro, como si subiera, y luego volviera a bajar, y girase... Yo sentía la sangre desbocada, el corazón enloquecido. Cuando abrí los ojos él ya se había ido, y dejó tras él una estela de su olor, su energía, su calidez.

* * *

Pasé la siguiente semana recorriendo la casa de la plaza Robiac, sonriendo para mis adentros, irritando a mamá. Babbo, sin embargo, no se percató: sólo pensaba en que había conseguido que el famoso director de orquesta, el señor Thomas Beecham, asistiera a uno de los recitales de John Sullivan. Ignoré sus peroratas sobre «la increíble voz de tenor» que tenía Sullivan, porque yo también tenía las mías, en mi cabeza. Imaginé una y otra vez mi noche con Sandy. Tomé un centenar de decisiones: qué vestido, qué zapatos, qué joyas me pondría, cómo me arreglaría el pelo, qué color de labios, dónde me pondría el perfume, si tendría que comprarme ropa interior nueva, o tal vez no.

Mientras mis padres estaban fuera telefoneé a Kitten y le dije que Sandy me había pedido que pasara la noche con él, y que yo había aceptado. No supe qué pensar de su respuesta: me pareció percibir cierta reticencia, no mucha disposición, quizás, pero se avino a cubrirme. Cuando colgué me di cuenta de lo absurdo que era que yo, con veintitrés años, tuviera que recurrir a aquello. Podría haber citado un buen número de chicas de París que entraban o salían de las clínicas de abortos clandestinos. Claro que ninguna

de ellas vivía con sus padres, con unos padres irlandeses anticuados como los míos de los que era imposible escapar.

Cuando llegó el día de la clase de dibujo yo estaba tan impaciente que no podía permanecer quieta. Recorría el piso de punta a punta, daba vueltas por mi dormitorio, me paraba una y otra vez a comprobar cómo tenía el pelo o el maquillaje, me repasaba los labios o me volvía a empolvar el escote. Me cambié varias veces el collar y los pendientes, hasta que recordé que Sandy iba a traer los que me había hecho. Así que me quité las perlas y me quedé lista para adornarme con aquel broche suyo tembloroso y los pendientes que se balanceaban. Pegué los labios al espejo y me di un beso, pero sentí el cristal frío y duro al poner en él la lengua: no era en absoluto como la boca violenta de Sandy. Así que di otro par de vueltas por la casa espantando moscardones, comprobando que los relojes tenían cuerda, abriendo las persianas para ver si le veía llegar, subiendo la *rue* de Grenelle. Hasta que mamá decidió que ya no podía soportar más mi inquietud, y se marchó a la calle. El señor León y Babbo estaban atrincherados en el estudio. Oía el traqueteo de la máquina de escribir y a Babbo dictando con su voz meliflua de campana.

Por fin sonó el reloj. Ya era la hora. Cogí los cuadernos de dibujo y los lápices, y los organicé sobre la mesa de la cocina. Intenté calmarme dibujando el cuchillo de la mantequilla de mamá, con su mango de nácar, pero estaba tan nerviosa que fue imposible. Caminé por la cocina pronunciando las palabras «señora de Alexander Calder». Cuando me cansé de eso, empecé a imaginar la noche que tenía por delante... sus manos largas desabrochando mis ligas (nuevas) y quitándome las medias (nuevas, de seda), su nariz oliendo mi cuello (perfumado), esa manera que tenía él de meterme la lengua en la boca (cepillada y requetecepillada) y moverla como un perro sediento. Me metí las manos por dentro de la blusa, las deslicé por las costillas, los pechos, el estómago. Me limpié la humedad de las axilas, recorrí con la lengua los dientes y las encías, me dije que tenía un cuerpo para el amor y deseé que se diera prisa.

Pasaron quince minutos y Sandy todavía no había llegado. Fui al vestíbulo y le esperé allí, recorriéndolo de un lado a otro, mirando el reloj, dando un meneo a la bandera griega de la suerte y pensando en la sonrisa de Sandy, en las manos de Sandy, en el aliento de Sandy.

Pasaron otros quince minutos. Cansada del ambiente oscuro y cerrado de nuestro vestíbulo fui al salón, cerré las persianas y me senté al piano. Recorrí las teclas unas cuantas veces con los dedos temblorosos, hasta que el señor León asomó la cabeza por la puerta del estudio y me preguntó si no me importaba hacer algo menos ruidoso. Yo estaba demasiado angustiada para responderle que eran más de las cinco, y tenía derecho a hacer algo de ruido. Pero en lugar de eso, asentí como una tonta y regresé a la cocina.

Según pasaba el tiempo mi nerviosismo se fue disipando: estaba claro que Sandy no iba a venir. Comencé a sentir la insidiosa languidez que provoca la decepción y la esperanza rota. Cuando mamá entró, cargada con una bolsa de verduras, yo estaba sentada a la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en el cuaderno sin abrir y los brazos protegiéndome la cabeza.

Comenzó a sacar patatas embarradas de una bolsa.

—¿Es que no viene hoy el señor Calder?

—No —murmuré mirando a la mesa.

—A lo mejor está enfermo. ¿Le has llamado por teléfono?

—No tiene teléfono.

Levanté la cabeza de la mesa y sentí, de súbito, cierta ligereza en los hombros. ¡Claro! ¡Tenía que estar enfermo! Nunca había faltado a una clase.

—¿Por qué no te acercas a su estudio a ver si necesita algo? Ayer mismo oí contar a alguien que habían encontrado muerto a un pobrecillo en la habitación de un hotel. Meningitis. Nadie se enteró. Estuvo allí tres días, pudriéndose. Si te das prisa, llegarás a tiempo de ir a Fouquet. Y te sentará bien un poco de aire fresco.

* * *

Los árboles estaban empezando a despojarse de sus hojas otoñales y el aire era tan frío que cortaba. Recorrí Montparnasse a toda prisa hasta alcanzar el estudio de Sandy. Le imaginaba postrado, con meningitis, tal vez muerto ya con los gusanos anidándole en el pelo. Estaban encendiendo ya las farolas, que lanzaban conos de luz cálida sobre las aceras. En todas las esquinas había carritos donde vendían cucuruchos de almendras azucaradas o braseros donde algún viejo metía las castañas ennegrecidas que acababa de asar en bolsas de papel de periódico. Yo avanzaba como podía, viendo imágenes de Sandy

moribundo, pidiendo agua, suplicando ayuda. ¿Y si era demasiado tarde?

Cuando llegué a su estudio de Villa Brune iba empapada de sudor. Golpeé la puerta, pero no hubo respuesta. Cuando miré hacia arriba, a las ventanas, ellas me miraron a mí, negras y con la boca abierta. Seguí golpeando la puerta con los puños hasta que una señora mayor, agostada, sacó la cabeza por una ventana allí al lado y me gritó:

—*Arrêtez-vous! Que voulez-vous?*

Le pregunté si había visto al dueño del estudio, pero me dijo que me marchara y cerró las contraventanas de golpe, con tal fuerza que empezaron a caer sobre la acera escamas endurecidas de pintura vieja.

Sandy se habría olvidado. Tal vez había confundido el día, y vendría mañana. Tenía tiempo suficiente para ir a algunos de sus bares favoritos a ver si estaba, así que regresé al bulevar Montparnasse y abrí todas las puertas, una tras otra: la del Select, Dôme, Rotonde y La Coupole. Era temprano, y casi todos estaban vacíos. No había ni rastro de Sandy. Estaba ya saliendo de La Coupole cuando Gaston, el *barman*, me llamó desde detrás de la barra, donde estaba secando vasos. Me había visto varias veces con Sandy, así que le sonreí con desesperanza y le expliqué que iba buscando a Monsieur Calder.

Se le iluminaron los ojos, y luego le brillaron de sorpresa:

—Ah, Mam'selle Joyce. Monsieur Calder estuvo aquí anoche. Nunca le había visto tan bebido. ¡Nunca!

Gaston se dio una palmada en el muslo para destacar su declaración.

—¿Es que no pudo usted venir? No había tenido aquí tanta gente desde que se suicidó Pascin. *Quelle tragédie!*

Hizo una pausa para coger otro vaso y luego me miró con expresión socarrona

—Era usted la amiga de Monsieur Calder, ¿no?

Miré a Gaston, confundida.

—No. Hablo de Alexander Calder, el artista. Me ha visto usted aquí con él millones de veces. A veces lleva un traje naranja, habla muy alto, siempre se está riendo, tiene las manos llenas de pegamento y de pintura...

—Sí, sí, claro. ¡Monsieur Calder! —Gaston hizo una pausa, me miró y siguió limpiando con su paño de cocina—. Le dimos una fiesta estupenda. Qué pena que se la perdiera usted. No sé cómo ha podido coger el barco esta

mañana. Tenía que sentirse verdaderamente mal.

—¿El barco? —repetí estupefacta.

—Sí. Volvía a América. ¡Ah, qué hombre tan misterioso! Nadie sabía que estaba comprometido. Pero anoche vino también su prometida. —Gaston vio la sorpresa en la expresión de mi cara e hizo un gesto, indicándome una silla que había tras de mí—. Creo que necesita usted una copa, Mam'selle Joyce. Tome algo, invita la casa. ¿Brandy?

Le miré embobada, con la boca abierta, inerte, sin vida. Sus palabras me daban vueltas en la cabeza. Sandy, comprometido, vuelve a su país a casarse. Justo el día en que se suponía que... ¡No! ¡No podía ser!

Alargué la mano para coger la copa que me ofrecía Gaston y me la bebí de un trago. Sentí el brandy quemando, picándome. El pánico se estaba apoderando de mí, la oscuridad iba avanzando. Mareada. Aturdida.

—¿También estaba comprometido con usted, Mam'selle Joyce? —Gaston meneó la cabeza con gesto triste—. Estos artistas son muy mala gente. Y yo no soy más que un simple *barman*. ¿Otro brandy?

Volvió a llenarme la copa y yo seguía dando vueltas a lo que me había dicho: que iba a haber una señora de Alexander Calder, pero no iba a ser yo. Que Sandy sabía aquello desde hacía tiempo, que había dado una fiesta de despedida y no me había invitado. ¡No me había invitado! No había dicho nada. Ni una palabra. Ni una sola palabra. Volví a beberme el brandy de un trago, sentí que se me escaldaban las tripas, que me lloraban los ojos, que me empezaban a palpar las sienas.

—¿Y quién es ella?

Mi voz se había convertido en apenas un susurro, y Gaston tuvo que acercarse mucho para oírme.

—Una dama americana. Nadie la conocía.

Gaston volvió a llenarme la copa, moviendo la cabeza y chasqueando la lengua en señal de conmiseración.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté.

Mi voz se había vuelto ahora más fuerte, más alta, y empecé a agarrar la copa de brandy con menos fuerza.

—No es tan hermosa como usted, Mam'selle Joyce. —Me inspeccionó con una expresión amable en los ojos, solícito y con preocupación—. Usted

es una auténtica belleza irlandesa.

—Yo se lo pregunté, Gaston. Le pregunté si estaba prometido.

Volví a beberme el brandy que tenía en la copa, disfrutando del calor que me recorría por dentro, el cosquilleo en los ojos, la luz dentro de mi cabeza. Las palabras de Stella me flotaban en el cerebro y se ahogaban y volvían a la superficie, como si fueran restos de un naufragio. «Está comprometido con una americana.» ¡Y yo se lo había preguntado! Y él me había respondido con un beso tan apasionado que había estado a punto de dejarme sin aliento.

—Hizo un anillo muy bonito para ella. Lo hizo él mismo. No es del tipo que le gustaría a mi esposa, pero era bonito.

Gaston meneó de nuevo la cabeza, triste.

—¡Menudo cerdo! ¡Vamos a casarnos. No puedo creerlo.

Recordé entonces mi broche. No me había dado el broche que había hecho para mí. ¡Maldito cerdo! Imaginé a su novia americana con los ojos derechos y los bolsillos llenos de dinero yanqui, paseándose por ahí con *mibroche*, *mis* pendientes. Me puse en pie y me dirigí, tambaleándome, a la barra, llena de furia y de rabia. Estrellé la copa contra el mostrador de mármol y pedí otro brandy.

Gaston entornó sus ojos amables y dijo que le parecía que debía de irme a casa.

—Ella lleva puestas *mis* joyas. ¿No lo ves, Gaston? Y tiene a *mi* prometido. ¡Es un cerdo, pero es mío!

Había una mesa llena de turistas que comían a dos carrillos. Todos se volvieron a mirarme, dejando a medio camino el tenedor con un trozo de filete pinchado. La sala estaba empezando a darme vueltas. Se inclinaba y giraba como si el mundo se hubiera salido de su eje.

—¡Yo soy la señora de Alexander Calder!

Y me fui hacia la mesa de los turistas, con la voz cada vez más ronca y más alta.

—Yo la llevaré a casa, Mam'selle Joyce.

Gaston llamó a uno de los camareros, salió de detrás de la barra y me llevó con firmeza hacia la puerta. Me había agarrado por un codo con una mano, con la otra me sostenía por la espalda para que no perdiera el equilibrio y él pudiera maniobrar conmigo mientras llamaba a un taxi. Yo no

opuse resistencia. En ese momento sentí que toda mi bravura y mi rabia se disolvían, convirtiéndose en autocompasión, y el vigor que me daba la furia se transformaba en puro agotamiento. Me apoyé en Gaston y deseé que parasen las palpitaciones de la sien.

—Estábamos enamorados, Gaston.

Me estaba subiendo la bilis, virulenta y rancia: me estaba llegando a la garganta.

—¡Estábamos enamorados! ¿Cómo pudo hacerme esto?

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero ahora tiene que olvidarle, Mam'selle Joyce. Tiene que olvidar todo lo de Monsieur Calder.

Cuando llegó el taxi oí a Gaston decirle al conductor que nos llevara a la plaza Robiac.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —mascullé cuando me metí, a duras penas en el asiento trasero del taxi: las palabras me salían con dificultad.

—Todo el mundo sabe dónde vive el gran Monsieur Joyce. Y ahora déme la mano, Mam'selle Joyce, agárrese a mí. Mañana se sentirá mejor.

Me recosté en el asiento de piel. Todo se movía: los árboles, los edificios, las farolas de las calles, el conductor. Una náusea se abrió paso por mis entrañas.

—Voy a dejarla a usted en la puerta —dijo Gaston cuando llegamos a la plaza Robiac. No quiero que el gran Monsieur Joyce piense que he emborrachado a su hija.

Con un brazo me rodeó por los hombros, con el otro me sujetaba la mano: me daba seguridad y consuelo.

—No me dejes, Gaston —murmuré—. Si me dejas me caigo. No me dejes, por favor.

—No voy a dejarla, Mam'selle Joyce. Voy a acompañarla a su casa, llamaré a la puerta y me esconderé hasta que su *papa* o su *maman* abran y pueda usted entrar. Si nadie abre prometo llevarla de vuelta a La Coupole.

Hizo exactamente lo que había dicho. Pidió al conductor del taxi que esperase y luego me ayudó a salir del asiento trasero. En nuestro edificio de la plaza Robiac el ascensor seguía roto, así que tuvimos que subir, casi a rastras, cinco tramos de escaleras. Yo iba tambaleándome, las rodillas cedían; él iba tirando de mí, tratando de convencerme para que subiera, metiéndome

prisa. Cuando llegamos arriba me colocó como si fuera un montón de ropa y me dejó junto a la puerta. Llamó con golpes fuertes, se apartó y bajó un tramo de escalones. Yo me quedé allí desplomada durante un tiempo que me pareció eterno, con los brazos perfectamente cruzados. Se abrió la puerta y apareció el larguirucho del señor León, que no dejaba de mirarme, seguido de la señora León, que llevaba un sombrero rosa chillón, con una pluma. Oí a mamá que llamaba a Babbo.

—¡Santo Dios! ¡Jim, ven a ver lo que trajo el gato! Y no es agradable de ver. Gracias a Dios que estás medio ciego.

Y entonces oí los pasos de Gaston que bajaban las escaleras. Y pensé en toda la gente que me había querido y me había abandonado, en el sonido de sus pasos al marchar, que se quedó retumbando en mis oídos.

* * *

No conté a mis padres ni a Giorgio lo de Sandy. Tras la velada con Gaston me pasé diez días en la cama, fingiendo que estaba enferma. Babbo estaba completamente sumido en sus investigaciones jurídicas (el señor León seguía viniendo a casa cargado con libros de leyes) y su operación del ojo, que estaba ya cerca. Había escrito apenas ocho páginas de la *Obra en curso* en los últimos seis meses, y lo único que le animaba era recibir noticias de los éxitos operísticos de Sullivan. Mamá no pensaba más que en la boda inminente de Giorgio y Helen Fleischman y en la mejor manera de boicotearla.

Me quedé en cama, «con resfriado»: durante todo ese tiempo lloré sin parar, siempre en silencio, metida debajo del edredón. A veces me levantaba, me miraba al espejo y si veía que se me notaba mucho la bizquera regresaba a la cama y me ponía a llorar más, durante más tiempo. Lloré por la decepción silenciosa de Sandy, por sus palabras y promesas innecesariamente crueles. Y cuando no me quedaron lágrimas que derramar por Sandy empecé a pensar en Beckett, y volvía a llorar. Lloré por los sueños y esperanzas que se quedaron en el camino: de amor y afecto, de liberación, de ramos de novia, de casitas con almohadones mullidos, jardines con montones de narcisos amarillos. Todos aplastados, rotos en un millón de diminutos pedazos. Pero la mayor parte de las veces lloré por la muerte prematura de las señoras de Samuel Beckett y de Alexander Calder.

Al cabo de diez días me obligué a levantarme y regresé a mis clases en la escuela de Margaret Morris. Mientras giraba en espiral, daba saltos o hacía bucles, piruetas o remolinos, sentí que la oscuridad que me habitaba se iba deshaciendo, el dolor y la humillación desaparecían poco a poco en los rincones más recónditos de mi cabeza.

Fue entonces cuando recordé las palabras de Kitten: que bailáramos juntas, que hiciésemos algo nuestro, algo creativo. ¿Cómo lo había explicado ella? Algo que nos permitiera tener el control de nuestras vidas. Sí, ¡era eso! Llamaría a Kitten y me haría con el control de mi vida. No como la esposa de alguien, sino como la señorita Lucia Joyce.

* * *

Una mañana, poco después de recuperarme de mi «resfriado», Babbo me dijo que había recibido una carta del señor Calder.

Me quedé congelada en medio de una pirueta.

—Pide disculpas. Dice que tuvo que regresar a casa por un asunto familiar. Lamenta no poder seguir dándote clases.

Babbo me tendió la carta, pero yo la rechacé con un gesto de la mano y le dije que hacía tiempo que ya sabía que Sandy planeaba volver a casa. La voz se me quebró al decirlo, y me empezaron a temblar las piernas. Pero Babbo estaba demasiado distraído para darse cuenta. Cuando preguntó, sin soltar su enorme libro encuadernado en piel, si quería que me buscara otro profesor de dibujo, yo lo pensé un momento y respondí:

—No, gracias.

—El señor Calder tenía en alta estima tus habilidades artísticas. —Babbo levantó la vista del tomo de leyes y me miró con los ojos cubiertos de un velo lechoso—. No puedo olvidarme de ese sueño mío de trabajar juntos, *mia bella bambina*.

—¿Y que yo ilustre tus libros, en lugar de Stella? —pregunté ahogando un sollozo.

No había duda de que Stella ya sabía que Sandy se había marchado. No había duda de que me tenía por una estúpida ingenua.

—Claro —respondió mi padre, impasible, hablando a las páginas

mohosas de su libro—. La señorita Steyn ya no tiene ninguna obligación hacia mí.

Cuando entró mamá en el salón, con un sombrero nuevo y su alfiler a juego, Babbo le dijo que el señor Calder se había ido y que yo no quería que me pusieran otro profesor de dibujo. Ella me miró con expresión dura y cautelosa, y dijo que no me quería tener allí todo el invierno deprimida. Cuando sus labios pintados se cerraron, ocultando los dientes, me vino a la cabeza la imagen de una trampa para animales. Sentí una ola de furia, y un montón de palabras groseras y atroces me empezaron a bullir en la garganta. La misma rabia inarticulada e incontrolable que sentí cuando descubrí a Giorgio con la señora Fleischman.

Cerré la boca, apretándola mucho, y me obligué a moverme y a coger aire: respiraciones profundas y prolongadas. ¡Tenía que seguir bailando! Hice un paso triple alrededor del sofá, un poco agarrotada, con los brazos temblándome sobre la cabeza.

—Seguiré dibujando. Y seguiré asistiendo a la escuela de la señorita Margaret Morris. No voy a deprimirme. —Luego pensé en Kitten y en nuestro plan secreto y la rabia se disipó, dejando sólo un rumor sordo de sufrimiento por la carta de Sandy, como el zumbido grave de un mosquito en la oscuridad de la noche.

Pensé en decirles a mis padres que Kitten y yo estábamos pensando en trabajar juntas, que estábamos planeando volver a bailar como en los viejos tiempos, y tal vez si mamá no hubiera estado presente yo habría dicho algo: pero sus ojos transmitían frialdad y hartazgo, y yo apenas tenía control sobre mis emociones. No quería que aquella voz demoníaca que crecía en mi interior volviera a alzarse. Así que no dije nada.

—Necesitas hacer amistades, de eso no hay duda. —Mamá contempló su sombrero y lo apuñaló con el alfiler nuevo—. ¿Por qué no puedes ser como Kitten? Tiene un montón de amigos, todos caballeros.

Se giró hacia el espejo, se colocó el sombrero, ajustó el ala.

—Todas esas piruetas... —añadió—. Dice la gente que esa señorita Morris va medio desnuda cuando baila.

Babbo dejó la carta de Sandy sobre la mesa y se metió, silencioso, en su estudio, donde el señor León le esperaba, servil. Mamá cogió la carta, le echó un vistazo y dijo que a ella nunca le había gustado el señor Calder.

Demasiado bohemio, demasiado salvaje, y siempre mezclándose con gente inadecuada. Volvió a dejar la carta sobre la mesa y anunció que salía, que iba a probarse un abrigo nuevo.

Sola, con la carta de Sandy delante de mí, los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Por qué no me la había escrito a mí? ¿Por qué había escrito a Babbo aquella carta, tan formal y envarada? ¿No se me debía una explicación, una disculpa? Noté que todo mi cuerpo languidecía, pero en lugar de dejarme caer en el sofá o arrastrarme de nuevo hasta la cama me obligué a ir hasta el teléfono, llamé a la centralita, pedí que me pusieran con el número de Kitten. Cuando su madre respondió me dijo que Kitten había salido, y yo le pedí entre sollozos ahogados que le dijera que me llamara en cuando pudiera, que tenía algo urgente que contarle. Luego me sequé los ojos, detuve el llanto y me dije que me levantaría de nuevo. No como un fénix, esta vez, sino como una gota de agua nieve que se abre camino y taladra la tierra, endurecida por la escarcha. Sí, me levantaría de nuevo.

NOVIEMBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

—Dos rechazos en un año. —El doctor Jung se acaricia el bigote con el dedo índice—. Tuvo que ser duro, señorita Joyce.

—Beckett también se está psicoanalizando, como yo. Justo ahora. Tres veces por semana, en Londres. ¿No le parece una coincidencia? Estamos los dos pasando por esto al mismo tiempo.

Llevo toda la semana pensando en Beckett, soñando con Beckett. *¿Estará hablando de mí, como yo hablo de él? ¿Estará pensando en mí, como yo pienso en él? ¿Le persigo en sueños, como él a mí? ¿Es esta otra profecía?*

—Hablemos de su percepción de sí misma como clarividente. ¿Se vio afectada con la marcha del señor Beckett? —El doctor Jung se levanta y comienza su circuito habitual por la habitación. Un moscardón zumba airado en la ventana—. ¿Se cuestionó usted sus poderes de Casandra en ese momento?

—Beckett todavía puede ser mi destino.

Me tiembla la voz cuando recuerdo lo que sucedió ayer, cuando Babbo me volvió a recordar mi clarividencia. Yo le había sugerido que comenzara a fumar en pipa. Es más distinguida que los cigarrillos, y más apropiada para un hombre de su erudición. Después de regresar yo al hospital, Babbo se había ido al parque y se había sentado en un banco. Cuando se puso en pie y se disponía a marcharse vio una pipa en el banco de al lado. *Pero no puedo decirle esto al doctor Jung, porque no puede saber que Babbo está todavía en Zúrich. No. Ese es un secreto nuestro, de Babbo y mío.*

—¿Qué importancia tuvo en ese momento la danza, para su estado

mental?

—Bailar me permitía hablar sin palabras. Yo no me daba cuenta entonces, pero era mi tabla de salvación, Doctor.

Miro hacia la ventana, donde el moscardón sigue golpeando el cristal, cada vez con más ira. De vez en cuando su cuerpo azul brillante capta un rayo de luz y su zumbido se hace más fuerte, más insistente.

—Creo que es usted una mujer muy creativa, señorita Joyce. Me da la impresión de que su baile era su forma de expresar esa creatividad. Tal vez cuando usted bailaba era también cuando su madre más envidia sentía por usted...

—¿Envidia? ¿De qué? Ella lo tenía todo... Belleza, a Babbo, hijos, una vida llena de sentido. ¿Por qué iba a envidiarme?

—Su padre me dijo que sospechaba que la señora Joyce albergaba un sentimiento de envidia hacia usted. Usted tenía juventud, talento y belleza. ¿Acaso podía ella cantar, pintar, o tocar el piano? ¿Acaso era ella la musa en la que se inspiraba él para su libro? Respóndame a eso, señorita Joyce.

El zumbido del moscón se ha vuelto frenético y furioso. Aparto la vista del doctor y la dirijo hacia la ventana, donde la mosca se ha enredado en una telaraña y bate las alas con desesperación contra los hilos que la envuelven.

—¡Ah! ¿Y qué importa eso? Yo lo único que hago es hablar, hablar, hablar... ¿Por qué no busca usted algo físico? ¿Por qué no hay deporte ni movimiento en esto que usted llama cura?

Me pongo en pie y voy hacia el doctor Jung. Él retrocede. Sus ojos tienen una expresión de recelo. Y la mosca sigue zumbando y zumbando.

—Señorita Joyce: mis ayudantes le han estado observando durante varias semanas y no ven motivo para que no pueda usted volver a la vida. —El doctor se sienta en su escritorio y me hace una seña para que yo vuelva al sillón—. Pero para que el psicoanálisis funcione tenemos que explorar las profundidades de su inconsciente. ¿Puede usted enfrentarse a su inconsciente? ¿Podrá aceptar lo que encontremos allí? ¿Por perturbador que sea? ¿Aunque resulte chocante? ¿Está preparada para atravesar las sombras del valle de la muerte?

—¿El valle de la muerte? —repito, parpadeando deprisa.

¿Por qué no deja de zumar esa mosca? No me puedo concentrar en las palabras del doctor... Zumba... Zumba... En mi cabeza... zumban... voces...

—Así es. Tiene que enfrentarse a los secretos de su inconsciente, y no es fácil. Algunos no lo consiguen. Pero es fundamental, si queremos regresar a la vida. Tengo que saber si usted tiene la fortaleza que ello requiere.

Hace otra pausa y se vuelve a acariciar el bigote. *¿Por qué esa mosca no le distrae a él con su zumbido? ¿Por qué no le hace perder el hilo?*

—Y hay otra cosa que ha de suceder si quiere que funcione el psicoanálisis. Estoy convencido de que está usted atrapada en el sistema psíquico de su padre. Le he pedido que abandone Zúrich para que no se vea inhibido el proceso de transferencia necesario para que mi cura funcione.

—Se ha marchado ya.

Me llevo las manos a los oídos para bloquear el ruido de la mosca. *¿Cuándo va a parar de zumbar? En mi cabeza no cabe más que ese zumbido febril...*

—No me mienta, señorita Joyce. Está encerrado en el Hotel Carlton Elite de Zúrich, y yo no puedo seguir tratándola a usted si ambos persisten en su comportamiento. Tengo que pedirle, una vez más, que se marche. Si no lo hace, daré su tratamiento por terminado, señorita Joyce.

El doctor recoge su libreta, que está sobre el escritorio, se dirige a la ventana y golpea con ella el cristal. Luego lo sacude, para que la mosca aplastada caiga al suelo.

—Es imprescindible que su padre se marche de Zúrich.

Me invade una oleada de pánico. *Si Babbo se marcha de Zúrich, ¿cómo podré servirle de inspiración? ¿Cómo puedo darle las ideas que tanta falta le hacen? ¿Quién vendrá a visitarme? Volveré a estar encarcelada y sin amigos, otra vez. Su gran obra se atascará, otra vez.* Recorro la habitación con la mirada y me fijo en la mosca, sobre el suelo, aplastada en parte. Con una pata todavía moviéndose... moviéndose.

—Es usted la *femme inspiratrice* de su padre, su ánima. Eso no lo puedo negar.

—¿Su ánima?

No puedo dejar de mirar a la mosca que está en el suelo, debajo de la ventana. *¿Por qué no deja de moverse la pata? ¿Por qué el doctor no la ha dejado muerta del todo, de una vez? Moviéndose, moviéndose... ¿Es que no va a parar de moverse?*

—Todo hombre lleva consigo la imagen eterna de una mujer. Una imagen

femenina, inconsciente... Naturalmente, siempre proyectada en una mujer a la que ama. Eso es el ánima, y actúa como un puente que conecta al artista con la creatividad, con el inconsciente. —El doctor Jung hace una breve pausa—. ¿Está usted escuchando, señorita Joyce?

Se dirige de nuevo a la ventana, se agacha, coge la mosca, agarrándola por una de las alas desgarradas. La deja caer en una papelera que tiene bajo el escritorio y se desploma en la silla giratoria. Las rodillas le crujen fuertemente.

—De modo que... hablemos de su padre.

Miro con ojos neblinosos al doctor Jung, que está sentado en su escritorio tamborileando el cuaderno con los dedos y observándome con los ojos entornados.

—No —digo—. No es Babbo quien vive en el valle de la muerte. Él es el único que me entiende. Y la única persona de la que me fio.

Me levanto del asiento y me agacho. Miro dentro de la papelera. *¿Seguirá moviéndose la pata de la mosca? Tengo que saber si la mosca está viva o muerta...* Gateo por el suelo hasta quedarme justo enfrente de la papelera. *¿Dónde está la mosca? ¿Dónde está?*

—¿Quién vive en el valle de la muerte, Lucia? ¿Quién está contigo en el valle de la muerte?

El doctor Jung se inclina, sin levantarse de la silla, y deja la cabeza colgando del revés, como si fuera un murciélago. *¿Por qué me llama Lucia? ¿Dónde está la mosca? ¿Dónde está?*

—¿Quién está con usted en el valle de la muerte? —repite la pregunta con voz urgente, insistente.

Y es entonces cuando veo a la mosca con el cuerpo aplastado, ya quieto, sus patas inmóviles. El azul de su cuerpo ha enmudecido bajo las sombras de la papelera. Y recuerdo quién está conmigo en el valle de la muerte.

El doctor Jung se ha levantado de la silla giratoria y ahora está junto a mí, agachado bajo el escritorio, torcido y encorvado, con su enorme envergadura física. Bajo el escritorio la luz es pobre, mortecina, como el viejo vestíbulo de la casa de plaza Robiac, como el despacho de Babbo. Todas las contraventanas cerradas, todas las persianas bajadas, todas las cortinas echadas. Todos los pisos oscuros, sin luz. *El doctor huele a pino y a jabón y a tabaco de pipa. Qué bien huele...*

—Ha muerto —digo.

—¿Quién ha muerto?

—La mosca. Ya no se le mueven las patas.

—¿Qué ocurrió en el valle de la muerte, Lucia?

Pero es demasiado tarde. Me he cerrado. Me he metido lejos, muy lejos, donde el doctor no puede cogermme. Nadie puede cogermme. Nadie puede venir a sacarme de aquí, ni arañarme, ni descascarillarme, como si fuera la costra de una herida antigua. *No, no estoy lista para ser ensangrentada e inflamada...*

—Señorita Joyce... ¿Señorita Joyce? ¿Me oye?

Todo se vuelve borroso y se llena de tinieblas. La oscuridad empieza a caer sobre mi mente, a llenarla como si fuera el humo negro que sale de una casa en llamas. No me salen las palabras. No oigo nada, no veo nada, no siento nada... No queda nada, *salvo el olor de las hojas de pino húmedas... ese olor tan agradable... ese olor tan maravilloso.*

18. MARZO DE 1931

París y Londres

—Ya sé que no te sientes preparada para volver a los escenarios, querida.
—Kitten se acercó a mí y me puso una mano en el brazo—. He tenido otra idea: una idea mejor.

—Volveré cuando se me haya quitado la bizquera. Tengo que volver a operarme, eso es todo. Dice mamá que está peor que antes.

Estábamos sentadas en un banco de los Jardines de Luxemburgo, contemplando los narcisos y las primeras hojas de la primavera. Había llovido un poco antes y ahora todo tenía un aspecto limpio y pulido.

—Creo que deberíamos poner nuestra propia escuela de danza, querida.
—Kitten hizo una pausa y me miró: los ojos le brillaban, claros, como las hojas húmedas de los árboles—. Creo que deberíamos establecer nuestro propio programa de entrenamiento físico y una coreografía también propia: lo llamaríamos Método Joyce Neel. ¿Qué te parece, Lucia?

¡Sí! ¡Por supuesto! Salté del banco, me sacudí el abrigo mojado y comencé a caminar despacio, moviendo el paraguas al ritmo de mis pasos.

—Podemos empezar ofreciendo clases particulares, y cuando tengamos alumnos suficientes montamos la Escuela Joyce Neel. O el Instituto Joyce Neel de Danza y Cultura Física.

—Exacto, querida.

Kitten dio un saltito para ponerse a mi lado y comenzamos a caminar de un lado a otro, a recorrer el sendero. La gravilla crujía bajo nuestras botas. La luz del sol caía sobre la hierba y los narcisos en haces moteados, y el cielo azul pálido se reflejaba en los charcos.

—Cuando tengamos suficientes alumnos para las clases particulares podemos alquilar un estudio. Tengo muchas ideas para nuestro Método, Kitten. —Alargué la mano para tocar la suya y la agarré con fuerza mientras íbamos caminando—. Sería una combinación de gimnasia deportiva, rítmica, y jazz.

Me apoyé en los talones para hacer una pirueta, llevando a Kitten conmigo.

—Emplearemos todos nuestros conocimientos —dijo Kitten, arrastrándome hacia ella como si quisiera bailar conmigo un vals por todo el Jardín—. Ballet, jazz, danza libre... Todo lo que hemos aprendido. Yo ya he comenzado a diseñar un programa, y creo que puedo tenerlo listo para la próxima semana o así: de esa manera podríamos empezar a aceptar alumnos en mayo. ¿Qué te parece, querida?

—Necesitamos tarjetas. ¿Qué vamos a poner en ellas?

—Yo creo que deberíamos poner ENTRENAMIENTO FÍSICO, y debajo, CLASES PARTICULARES. Y luego un número de teléfono. Podemos dar las clases en mi casa.

Hice girar el paraguas y luego lo agité en el aire como si fuera la bandera de la victoria. Una cortina de agua de lluvia cayó de sus paneles plegados. Me di cuenta entonces de que había un arcoíris tenue como la seda cruzando la bóveda del cielo.

—Preguntaré a mamá si podemos poner nuestro número de teléfono en la tarjeta. En casa siempre hay alguien. ¡Ay, Kitten! ¡Estoy tan emocionada!

—Imagina que nuestro método tiene éxito, Lucia. Tendríamos nuestra propia escuela de danza. ¿No te parece divino?

—Sí —convine.

Ya estaba saboreando mi independencia y mi libertad. Y esta vez no podía fracasar. Estaba resuelta a no fracasar esta vez. Sería la señorita Lucia Joyce, fundadora del Instituto Joyce Neel de Danza y Cultura Física, y no la señora Calder ni la señora Beckett ni la señora Fernandez. No la musa de alguien. Sólo yo, yo misma. Y no fracasaría.

Kitten y yo nos pasamos las dos semanas siguientes trabajando en nuestro método, creando secuencias de movimiento y series de posturas para fortalecer y tonificar los músculos y mejorar el equilibrio. Y cuando estuvimos satisfechas con nuestro programa le pregunté a mamá si podíamos

utilizar el número de teléfono de la casa de Robiac para recibir las llamadas que inevitablemente recibiríamos preguntando por él.

* * *

Estaba sentada en la mesa de la cocina, inclinada sobre un trozo de papel escrito. Tenía repartidos por la mesa todos los regalos que le había hecho la señora Fleischman el año anterior: un juego de té de porcelana, varios pañuelos de seda, cuatro frascos de perfume de cristal tallado, once libros para Babbo.

—Este lote vale más de doscientas libras —dijo en tono engreído—, sin contar los cigarrillos ni el vino.

—¿Qué estás haciendo, mamá?

—Sumando el valor de los regalos de esa vampira. Y a ti también te habrá regalado algo.

—Sólo las ropas que desecha ella, y ese pañuelo.

Señalé el pañuelo de seda de Coco Chanel que mamá había echado por encima de la tetera.

—Estaba pensando que si los regalos siguen a este ritmo a lo mejor al final sí que voy a la boda. —Mamá movió el lápiz como si fuera una batuta—. Y puede que te permita ir a ti también, Lucia.

Yo no quería ni pensar en ir la boda, ya inminente, de Giorgio, así que asentí y dije:

—Mamá, por favor, ¿puedo poner nuestro número de teléfono en mis tarjetas?

—¿Qué tarjetas?

Volvió a mirar a los regalos e hizo chasquear los labios.

—Kitten y yo queremos dar clases particulares de danza y necesitamos un número de teléfono para que puedan ponerse en contacto con nosotras.

—Así que eso es lo que habéis estado tramando... Todos esos susurros y los escondites en tu dormitorio. Puedes usar nuestro número, sí. Pero establece unas horas. No quiero tener que andar atendiendo al teléfono a cualquier hora del día o de la noche, ni cogiendo recados cuando Jim esté intentando trabajar. ¿Y a tu padre qué le parece esta idea tan tonta?

—Todavía no se lo he dicho. Está muy preocupado con esos libros de leyes.

Mamá se giró rápidamente la alianza y me miró:

—Sí. Es mejor que le mantengamos al margen de esto, o empezará otra vez a piarlas con lo de la encuadernación.

—Diré a los interesados que llamen de dos a tres, y a esa hora me sentaré todos los días al lado del teléfono. Te lo prometo.

—¿Y tus clases de baile en la escuela de Margaret Morris? Yo no te quiero por aquí deambulando todo el día, tropezándome contigo.

—Les he dicho que lo dejo. Tengo que concentrarme en lo que voy a hacer con Kitten.

Hice ademán de ir hacia la puerta. No tenía tiempo para charlas. Se abría un nuevo capítulo en mi vida y tenía que ir a la imprenta antes de que mamá cambiara de opinión.

* * *

Cuatro días después llegaron las tarjetas. ¡Qué finas habían quedado! Unos pequeños rectángulos de cartulina blanca con nuestros nombres en negro, el teléfono de nuestra casa de plaza Robiac, y una cortés solicitud de llamar entre las dos y las tres de la tarde. Y el nombre que aparecía en ellas era el mío, nada de señora de Alexander Calder o de Samuel Beckett, sino Lucia Joyce, instructora de baile, clases particulares. Inventora del Método Joyce Neel. Creadora y fundadora de la Escuela Joyce Neel de Danza. Puse la caja de tarjetas en mi ropero, pero luego recordé a mamá y Babbo y me metí unas cuantas en el bolsillo, para darles una a cada uno y unas cuantas para sus amigos. Pero antes llamé a Kitten por teléfono para decirle lo maravillosas y divinas que habían quedado nuestras tarjetas.

—Sofisticadas y modernas —jadeé al auricular—. La tipografía que elegimos es perfecta. ¿Cuándo puedes venir a coger unas cuantas? ¿Y cuándo empezamos a repartirlas?

—Voy mañana por la mañana, querida. Creo que ya tenemos a nuestra primera alumna.

Kitten chillaba de excitación.

—¿Eso es fantástico! ¿Quién es?

Me pegué el auricular a la oreja: no quería perderme ni una sola sílaba. Ante mí, a través de la ventana, podía ver las luces de la Torre Eiffel encendiéndose, subiendo piso por piso a iluminar el cielo de París.

—¿Una amiga de tu madre? ¿Y quiere aprender a bailar? Bueno, ha venido al lugar adecuado. ¡El Método Joyce Neel va a arrasarlo en París!

Parecía que la risa de Kitten corría hacia mí por el hilo telefónico: era como un goce que se propagaba. Yo me reí también, luego le dije que tenía que irme: quería que mamá y Babbo fuesen los primeros destinatarios oficiales de nuestras gloriosas tarjetas nuevas.

Acababa de colgar el teléfono cuando Babbo me llamó y me pidió que fuese al comedor. Supe de inmediato que algo no marchaba bien. Mamá estaba sentada ya en la mesa, con la cara larga y la boca fruncida como la boquilla de un monedero. Tenía las manos en el regazo y la respiración pesada.

Babbo me indicó una silla y se aclaró la garganta. Mi mirada iba de él a mamá, de mamá otra vez a él. Me metí la mano en el bolsillo y agarré, recorriendo los bordes con los dedos, el mazo de tarjetas. Aquel era el siguiente capítulo de mi vida, y nada de lo que dijeran mis padres lo iba a arruinar.

—Lucia, he escrito al propietario de la casa para decirle que nos vamos de aquí.

Babbo hablaba despacio, midiendo las palabras.

—No puedes —dije en un tono de voz apenas audible—. Nos acaban de imprimir las tarjetas con el número de teléfono de aquí... Tienes que decírselo al casero... Ahora mismo. ¡Mira!

Saqué las tarjetas del bolsillo y les di una a cada uno. Babbo la miró y frunció el ceño.

—Sí... bueno... No te van a hacer falta —dijo mamá secamente, devolviéndome la tarjeta. Luego miró a Babbo con ojos reflexivos y vi cómo se movían los labios de él y cómo temblaban las bolsas que tenía debajo de los ojos.

—¿Qué... qué quieres decir? —tartamudeé, mirando a mis padres con expresión desquiciada.

—Nos tenemos que ir una temporada. Los tres. Vamos a pasar el verano

en Londres.

Babbo se detuvo y miró a mamá con ademán desesperado, pero ella estaba absorta, contemplando la mesa, y no le devolvió la mirada.

—Pero yo no quiero ir a Londres. Quiero quedarme aquí, en esta casa. — Empecé a alzar la voz al tiempo que él la bajaba—. Mis alumnos van a llamar a este teléfono. Este es el único lugar en el que hemos vivido algo más que unos cuantos meses. ¡Yo no me marchó!

—Me temo que tienes que marcharte, Lucia. Tu madre y yo tenemos que ir a Londres y tú tienes que venir con nosotros

Babbo suspiró profundamente y cerró los ojos.

—¡Te digo que no me da la gana irme! —Pegué un puñetazo en la mesa—. Me quedo aquí, con Kitten o con la señora Fleischman o con cualquiera de tus serviles esclavos que quiera acogerme.

—¡Lucia! ¡No hables así a tu padre!

Los ojos de mamá parecían de granito. Luego se volvió hacia Babbo y dijo:

—Será todo culpa tuya, Jim. Nos arrastras por toda Europa, de la ceca a la meca. ¿Qué diablos esperabas?

—¿Y Giorgio? ¿También se marcha?

—Giorgio se queda con la señora Fleischman, porque ya están como si estuvieran casados. Esto es lo único que necesitábamos, ¿no te parece, Jim?

Miré a Babbo desconcertada. Tenía los ojos aún cerrados, pero la nuez le subía y le bajaba, y sus dedos llenos de anillos se retorcían sobre el regazo.

—¿Qué es lo que me estáis ocultando? —dije, suspicaz—. ¿Por qué tenemos que irnos a Londres ahora? ¿Esto tiene que ver con el libro nuevo? Recordé las palabras de Sandy sobre mi padre, sobre lo guarros que eran sus libros, y le miré sin disimular mi disgusto.

—No, la verdad es que no tiene nada que ver.

Abrió los ojos lechosos e irritados y miró suplicante a mamá. Mamá chasqueó la lengua y se frotó la frente con la palma de la mano.

—Tenemos que ir a Londres a casarnos. Ya está. Ya lo he dicho. Es un trámite burocrático, nada más.

Me quedé estupefacta e inmóvil al escuchar sus palabras. Nada de lo que decían tenía el menor sentido. ¿Es que al fin se habían vuelto locos los dos?

—Creo que no habéis entendido lo que digo. Mis alumnos van a llamar aquí. ¡Aquí! He puesto una escuela de danza. Kitten y yo hemos preparado un programa formativo. Eso es lo que hemos estado haciendo todo este mes, y nos hemos gastado los ahorros en estas tarjetas. Yo no puedo irme. Y además, vosotros ya estáis casados y no hacéis más que decir bobadas.

—No estamos debidamente casados —dijo mamá, cortante—. No sé por qué me dejas esto a mí, Jim, la verdad.

Miró la cara pálida de mi padre y movió la cabeza, como si no se creyera todo aquello.

—Tu madre y yo tenemos que casarnos. En Londres.

Sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios, lo encendió, inhaló profundamente.

Yo, confundida, miré la mano izquierda de mi madre. En el dedo brillaba débilmente el anillo de casada. Me vinieron a la cabeza los recuerdos de todos los aniversarios de boda que habíamos celebrado, todos los años, el ocho de octubre. Recordé perfectamente sus bodas de plata, la fiesta que les ofreció la señorita Beach. Mamá me había comprado un vestido nuevo color verde guisante y yo lo había llevado con un turbante púrpura muy atrevido y sobre él una salida de teatro que me había prestado Kitten.

—¿Qué quieres decir con *debidamente* casados? ¿Por qué tenéis que casaros *otra vez*? ¿Por qué tenemos que irnos?

Crucé los brazos con gesto desafiante y levanté las cejas en señal de interrogación. Babbo dio una larga calada a su cigarrillo y miró otra vez a mamá, suplicante. Pero ella movió la cabeza y mantuvo los labios apretados.

—Os casasteis el ocho de octubre de 1904. Todo el mundo lo sabe. Por eso lo celebramos ese día. Por eso sois el señor y la señora Joyce. Por eso mamá lleva una alianza.

—No es tan sencillo como lo pones —replicó Babbo.

Hizo una pausa y yo vi cómo se le caía la ceniza del cigarro encima del chaleco de flores.

—¡Suéltalo, Jim, por amor del cielo! Si no, vamos a estar aquí todo el día. ¡Díselo, haz el favor! —dijo mamá irritada.

—Giorgio y tú sois hijos ilegítimos. Para que Giorgio y Helen puedan llevar el apellido Joyce tenéis que ser legítimos. —Babbo apagó el cigarrillo con gesto cansado—. El ocho de octubre es el día que tu madre y yo nos

fuimos de Dublín.

Le miré fijamente a la cara, pálida, tratando de entender el significado de sus palabras en toda su magnitud. En mi interior estallaban y chocaban sentimientos de sorpresa, de horror y de incredulidad.

—Entonces, soy bastarda. ¿Es así?

Me llevé las manos a la cabeza. Me sentí humillada, degradada, repugnante: no era más que una bastarda. Y ellos no habían dejado de mentir durante años.

—Tenemos que casarnos en Londres para poder convertirnos en residentes y poder daros el apellido. Y para ser residentes británicos tiene que parecer que nuestros planes son quedarnos allí algún tiempo. Así que he alquilado un piso para cinco meses. Después de eso, podemos volver a París.

Babbo encendió otro cigarrillo. Las manos le temblaban al encender la cerilla.

—Entonces, ¿no soy Lucia Joyce? —pregunté, fulminando a Babbo con la mirada—. Soy Lucia Barnacle, ¿verdad? ¡No soy más que una Barnacle bastarda!

Babbo cerró los ojos y respondió:

—Serás Lucia Joyce en cuanto nos casemos.

—Habéis estado todos estos años mintiendo, ¡habéis mentido a todo el mundo! ¿Qué diablos estábamos celebrando, si siempre hemos sido bastardos? —escupí—. ¿Y qué era todo eso de primero a la vicaría y luego a la picardía? ¡A la puñetera manera irlandesa!

—¡Jesús bendito! Cálmate, Lucia. No es el fin del mundo. Nos vamos un tiempo a Londres, eso es todo. —Mamá se levantó y echó la silla hacia atrás—. De todos modos, lo peor va a ser para mí. Mi madre no me hablará, ni el resto de mi familia irlandesa.

—¿Qué? —aullé—. Has destruido mi sueño de abrir un negocio con Kitten. Me has dicho que soy hija bastarda, que no soy mejor que un mocoso que trae al mundo cualquier puta, me has mentido, a mí y a todo el mundo, ¡durante toda mi vida! Estás desmantelando el único hogar que he conocido, ¿y dices que no es el fin del mundo? ¿Y dices que es peor para ti? Pues igual no es el final de tu puñetero mundo, ¡pero sí el final del mío!

Saqué las tarjetas del bolsillo y se las lancé. Luego corrí la silla con tal fuerza que se cayó al levantarme. Le di una patada para apartarla de mi

camino y di a mamá tal empujón que la dejé tambaleándose.

Cuando abrí la puerta para salir me giré a mirar a Babbo. Se le había ido el color de la cara, y tenía una mirada distante y los ojos irritados. Me detuve un momento. Luego recordé que esto era culpa suya. Mi madre y él habían destruido mi vida.

—¡No os preocupéis por mí! —grité al salir—. ¡No soy más que una bastarda!

Cerré la puerta con todas mis fuerzas y corrí a mi habitación. Cogí la caja de tarjetas de mi guardarropa, abrí la ventana del dormitorio, y las tiré a la calle. Se agitaron un poco en el aire y cayeron al suelo haciendo remolinos como copos gigantes de confeti. Un hombre con chistera que pasaba por allí levantó la vista Y seguí gritando, ahogándome entre los sollozos:

—¡No se preocupe por mí! ¡No soy más que una bastarda!

El hombre apartó la vista, apretó el paso y dobló la esquina.

—¡No soy más que una bastarda!

Oía mi propia voz que el viento llevaba, lejos, muy lejos, sobre los tejados torcidos y las chimeneas dobladas de París.

Cuando el corazón dejó de latirme a toda prisa y mi rabia remitió, me fui a rastras a la cama, me tapé hasta la cabeza y comencé a sollozar, inconsolable. No había sido la señora de Samuel Beckett, no había sido la señora de Alexander Calder, y ahora resultaba que no era ni siquiera la señorita Lucia Joyce. Era una Barnacle bastarda, despojada y expoliada.

Y entonces pensé en todas las mentiras, en todos los engaños de aquellos que decían que me querían. Giorgio me había mentido. Beckett me había mentido. Sandy me había mentido. Mis propios padres me habían mentido también. Durante toda mi vida. Estaba segura de que iba a llorar eternamente.

Después, mucho después, oí a mi madre embalar la loza y a Babbo descolgar los retratos de sus antepasados y supe que era de veras. Nos íbamos a Londres.

19. MAYO DE 1931

Londres

—Pero me prometiste que nadie se enteraría, Jim. ¡Me lo prometiste!

Mamá espío a través de las cortinas de encaje mugrientas y observó la fila de reporteros que había fuera esperando. Algunos habían llevado mantas y pequeños cojines, como si pensarán acampar a nuestra puerta. Comenzó a caminar en círculos por nuestra sala de estar de Campden Grove, Kensington, diminuta y fétida, retorciéndose las manos. De cuando en cuando aparecía delante de sus ojos un velo acuoso que me hacía pensar que iba a romper a llorar. Pero no lo hizo.

El timbre llevaba todo el día sonando. El primer periodista llegó sólo dos horas después de que Babbo hubiera solicitado una licencia matrimonial especial, cosa que hizo sólo veinticuatro horas antes de la boda, en un patético intento de pasar desapercibido. Entonces empezaron a llegar, uno tras otro, tocando el timbre, gritando a través de la abertura del buzón, lanzando piedras a la ventana... Por último, cuando pensamos que ya se habían ido porque era de noche, Babbo insistió en que saliéramos a cenar, solos los tres. Cuando regresamos a medianoche vimos que había otro, sentado en la puerta, con una manta echada sobre las rodillas. Tendríamos que pasar casi por encima de él, mientras nos disparaba una ráfaga de preguntas.

—¿Qué vas a hacer, Jim? —imploró mamá—. Mañana va a salir todo en los papeles. Esa Nora Barnacle, cuarenta y siete años y madre de dos hijos bastardos, ¡al fin casada!

—Bueno, la bastarda soy yo —gruñí yo—. En todos los periódicos yo

seré la bastarda de Joyce. Y luego tendré que ir a una escuela de artes y sentarme en una clase llena de gente a la que no conozco, y estarán todos señalándome con el dedo, cuchicheando y burlándose de mí. Eso es mucho peor. Y sin tener culpa de nada.

—Tendríamos que dormir un poco.

Babbo jugueteó nervioso con el lóbulo de la oreja. Tenía una expresión distraída e indescifrable.

—¿Y cómo diablos quieres que durmamos con todos estos reporteros por aquí? Y con el moho que hay en el dormitorio. Menuda manera de pasar la noche de antes de tu boda... Así nunca me hubiera escapado contigo. Qué tonta fui, qué rematadamente estúpida. Que esto te sirva de lección, Lucia. No se te ocurra tocar a un hombre mientras no te ponga un anillo en el dedo. Son todos una banda de mierderos escurridizos. ¡Todos!

—Ya sabéis que yo no voy a la boda, ¿verdad?

Miré a mis padres, la expresión de sus caras, con la esperanza de que no intentaran obligarme a ir, como me obligaban a hacer tantas otras cosas contra mi voluntad.

—Por supuesto que no, Lucia —dijo Babbo con dulzura—. Vete de compras. Cómprate algo bonito. No va a pasar nada: saldrán un par de líneas en un par de periódicos, los de menos tirada... Y ya está.

—Ah, ¿eso crees? ¡Un par de líneas en un par de periódicos, los de menos tirada! Muy bien. Espero que aciertes. No es que seamos estrellas de cine, precisamente. Aunque tú, Jim, podrías creer que en cierto modo sí eres una estrella, de eso no hay duda. Pero lo cierto es que no vales un par de líneas en un par de gacetas.

—Babbo siempre tiene razón —dije yo, incondicional.

—Mírala. Ella siempre tan leal. Siempre poniéndose de parte de su padre con cualquier cosa que diga. Incluso después de enterarte de que eres bastarda.

Mamá lanzó una risita chillona y meneó la cabeza.

—Si soy bastarda es por tu culpa —grité—. Tal vez si hubieras sido más agradable se habría casado contigo.

—¡Vamos, vamos, Lucia! Ya te he dicho que en Trieste celebramos una boda como es debido. En cuanto nos bajamos del barco —dijo Babbo mientras jugueteaba con el botón superior de su camisa para evitar el contacto

visual con nosotras.

—¡Por el amor del cielo! ¿Puedes dejar ya de contar esa historia, Jim? ¡Poner una alianza a una mujer para callarle la boca en una habitación de hotel llena de piojos y sin espacio suficiente para que se mueva una rata no es lo que la gente entiende por boda!

Miró a Babbo con ira, el blanco de sus ojos brillaba en la oscuridad de la habitación.

—Vamos, vamos. —Babbo suspiró hondo—. Mañana todos estaremos legitimados y casados y legalizados. Buenas noches, Lucia.

Cogió a mamá de la mano y me dejaron sola, en la silla azul manchada, oyendo a los ratones rascar las paredes y al reloj dar la una: una campanada única y solitaria que hizo eco en todo el piso vacío, húmedo, donde íbamos a comenzar nuestra vida como familia legítima y respetable.

* * *

A la mañana siguiente desperté muy pronto con el estruendo del metro de Londres, que pasaba justo por debajo de nuestro apartamento. Mamá ya se había levantado y se estaba arreglando para «su boda». Se había comprado un conjunto nuevo, muy caro, a la última moda: una falda con mucho vuelo que apenas le cubría las rodillas y un abrigo muy entallado con puños a la última. Y aunque era verano y hacía un día cálido insistió en ponerse al cuello su estola de zorro favorita y un casquete que se colocó muy encajado.

—Así no me verán la cara —dijo con una sonrisa forzada.

Cuando llegó el abogado dijo que la historia ya estaba en el *Daily Mirror* y que había una horda de fotógrafos de Fleet Street no sólo a la puerta del Registro de Kensington, sino también por todo Campden Grove.

—Puedo hacer que pasemos sin más por donde están todos esos periodistas, pero a menos que haya una puerta trasera, yo aconsejaría a la señorita Joyce que no saliera de casa —dijo.

A mí me pareció bien quedarme, sitiada y prisionera.

—Dibuja un poco. Eso te calma los nervios —dijo mamá mientras se empolvaba la nariz por tercera vez.

—De todos modos, prepárense para lo peor —añadió el abogado—.

Todos los dominicales tendrán gente destacada allí, y tienen muchas páginas que llenar.

Y dicho esto le tendió un ejemplar enrollado del *Daily Mirror* a Babbo y le dijo que mirase la página tres.

—Vamos, Jim, léelo —chilló mamá.

—Se ha dado aviso a la oficina del registro civil de la ciudad de Londres del próximo enlace matrimonial del señor James Augustine Aloysius Joyce, de cuarenta y nueve años de edad, de Campden Grove, Kensington. —Babbo hizo una pausa y nos miró a todos, como si estuviera en un escenario y nosotros fuéramos su entregado público—. El nombre de la novia que se ha facilitado es el de Nora Joseph Barnacle, de cuarenta y siete años y con el mismo domicilio. El señor Joyce es el autor de *Ulises*. Según la publicación *Who's Who* se casó en 1904 con la señorita Nora Barnacle, de Galway.

Titubeó: los labios le temblaban ligeramente, como si intentara evitar una sonrisa. Luego continuó la lectura:

—El abogado del señor Joyce declaró ayer que por razones de herencia se decidió que los contrayentes deberían estar casados según las leyes inglesas.

—¿Qué diablos significa eso? —preguntó mamá.

—Ah. —Babbo hizo una pausa y se estiró la pajarita—. Fue idea mía. No significa nada, pero suena bien, ¿no te parece?

Su voz sonó engreída y petulante y por un momento pensé que estaba disfrutando de todo aquello: los embrollos y la palabrería de la burocracia, la atención y la publicidad.

—El señor Joyce pensó que sonaba vago, pero importante. Y parecía lo bastante jurídico como para que no se pusieran a husmear más a fondo. Veremos si funciona.

El abogado no parecía muy seguro, pero mamá asintió vigorosamente, se mostró de acuerdo, y Babbo sonrió para sí.

—Me gusta esa línea que dice «el nombre de la novia...» —se rió mamá—. La señorita Nora Barnacle de Galway... en el *Daily Mail*, junto a las estrellas de cine.

—Hora de emprender la travesía, amada mía.

Babbo sonrió a mamá con un gesto de superioridad y se puso el bastón bajo el brazo. Yo me quedé con el ceño fruncido, mirándoles mientras se

preparaban para la batalla con los de la prensa y los fotógrafos. Pero ninguno me hizo caso al salir del piso: mamá iba ajustando el ángulo del sombrero y apartándose los cabellos desordenados y Babbo, muy estirado, probando su mejor perfil.

* * *

Me desperté a la mañana siguiente, al oír a mis padres reírse y tontear. Los encontré sentados en el salón, rodeados de periódicos.

—Mira qué pinta de gruñón tienes en esta foto, Jim. —Mi madre sofocó una risita mientras levantaba un ejemplar del *Evening Standard*—. Y a mí qué piernas tan bonitas se me ven... Me alegro de haberme comprado esa falda. Al principio pensé que igual era demasiado corta. Ya sabes, demasiado corta para casarse con ella puesta.

Se rió como una niña.

—Echa un vistazo a esto, Nora. Te llaman Nora Barnacle, Soltera.

Babbo le tendió un ejemplar del *Sunday Express* con los ojos encendidos de placer.

—¡Serás malo! —Le apuntó con el dedo índice, con gesto pícaro—. ¿Qué crees, que ahora venderás más libros? Seguro que sí.

Babbo no dijo nada. Siguió sonriendo.

—¿O estás pensando en aquellos días en que yo era Nora Barnacle, soltera, de Galway? Qué malo, qué malo eres. Bueno, pues ahora no soy más que la señora Joyce, vieja, y no hay nada que hacer.

Sonrió con afectación y alargó una mano para coger el periódico.

—*Rejoicjese*, señora Joyce, que ahora es usted una mujer enojada y jugosa... señora Joyce —comenzó a recitar Babbo: todo él temblaba de la risa.

—Ah, me he sentido imbécil —gruñó mi madre.

—¿Has visto el telegrama de Giorgio? —Babbo le dio un sobre muy fino—. En París dicen que esta boda no es más que una treta para dar publicidad a mis libros. Estamos matrimonializando mi obra, Nora, mi flora.

Comenzó a darse palmadas en los muslos, divertido. Yo estaba en el umbral, sin decir nada, sin que nadie se diera cuenta. Lo único que sentía era

repulsión y amargura por su ridículo disfrute. La ira empezó a hervir en mi interior. Qué pronto se les había pasado la vergüenza.

Regresé a mi cuarto cerrando la puerta de golpe con todas las fuerzas que pude reunir.

* * *

Me sentía bien bajo las mantas: todo era cálido, oscuro y reconfortante. Me sentía como una semilla enterrada muy profunda, bajo la tierra oscura. O una trufa, verrugosa y escabrosa, acurrucada y silente entre las hojas putrefactas de la haya.

Allí tumbada sentía que algo me devolvía a la vida. Intenté imaginarlo como un bote que se prepara para eclosionar, saliendo así de una semilla o un bulbo. Por la noche, sin embargo, me sentía diferente. Era algo que no entendía, que no lograba describir. Me arañaba por dentro, me roía. Me asustaba. Y bajo el edredón, con sus estampados de rosas rosas, yo respiraba, respiraba, respiraba.

* * *

Me quedé en el vestíbulo frío, húmedo y plomizo, de nuestra casa de Campden Grove esperando a que sonara el timbre. Beckett estaba en Londres y venía a cenar con nosotros. Babbo me había preguntado amablemente si me importaba que le invitase. Yo puse reparos, pero luego pensé que podría verme bien verle, mostrarle lo que se había perdido por su idiotez. Y además, yo no tenía amigos en Londres, nadie de mi edad con quien conversar o recordar.

Cuando sonó el timbre abrí la puerta y allí estaba. Beckett, con sus ojos azul verdoso detrás de sus gafas con montura metálica, su nariz como el pico de un pájaro, su cara demacrada, que aún tenía el aspecto de haber sido tallada en piedra. Cuando me vio dio un paso atrás, sorprendido, como si no esperase encontrarme allí, como si pensara que le habían tomado el pelo. Luego se recompuso y dijo lo fantástico que era verme.

—¿Es que no esperabas que estuviese aquí? —pregunté con la voz temblorosa.

Sentí de pronto que el aire que me rodeaba empezaba a comprimirme y a agitarme, presionándome los pulmones.

—Claro que sí. El señor Joyce dijo que vendrías con nosotros, y me encantó saberlo. —Los dedos de Beckett se deslizaron hacia un grano que tenía en el cuello, luego al pelo, de nuevo al grano—. Pero has cambiado mucho. Pareces cansada, Lucia. Eso es todo.

Solté aire, aliviada. Luego una risita que pretendía sonar animada, un poco coqueta incluso. Pero salió más bien como el ladrido de un perro intranquilo.

—Han sido tiempos difíciles para todos nosotros —dije.

Luego recordé cuánto habían disfrutado mis padres de la cobertura mediática de su boda, cuánto se enfadó Babbo porque en *The Times* no habían dicho nada y en el *New York Times* la noticia estaba escondida en la sección de «Enlaces, defunciones y nacimientos». Así que añadí:

—Difíciles para algunos de nosotros, en todo caso.

—Imagino que estás deseando ser tía.

La voz de Beckett sonaba envarada y formal, como si apenas nos conociéramos.

—Ah, eso —dije en tono despreocupado—. Supongo. Babbo está encantado con la continuidad del linaje. Esperemos que sea niño.

Lancé una risita, pero me paré en seco cuando vi que Beckett me miraba de una manera extraña.

—De todos modos, bienvenido a *Campden Grave*. Más parecido a una tumba que a un bosquecillo,⁹ ¿no te parece? Pasa y toma algo. Luego nos vamos. Quiero que me cuentes todas las buenas noticias.

Conservé un tono de voz animado y respiraba hondo a la menor ocasión que tenía. No estaba segura de querer oírlas. Volver a verle me había alterado y sentía el estómago como si lo tuviera lleno de anguilas inquietas y resbaladizas. De repente me entraron unas ganas tremendas de irme a la cama y meterme bajo las mantas. ¿Por qué había venido? ¿Por qué tenía que cenar con él?

Pero no lo hice.

—Creo que vamos a cenar en Slater. Está aquí, a la vuelta de la esquina.

—Fantástico —dijo Beckett.

Me di cuenta de que no le había cogido el abrigo ni el sombrero, ni le había invitado a pasar. Seguíamos de pie en el vestíbulo mal iluminado con su papel manchado que se ahuecaba con la humedad y formaba estrías y burbujas, con su olor a repollo cocido y a moho.

Y entonces se oyó la voz de mi padre:

—Beckett, ¿eres tú? Pasa, pasa y toma algo.

* * *

Mientras bebían, y después durante la cena, Babbo y Beckett hablaron de sus respectivas obras. Mi madre se jactó del excelente pollo asado que compraba todos los días allí mismo, a la vuelta de la esquina, de su boda, y del esperado hijo de Giorgio y Helen. Yo paseé una costeleta de ternera por todo el plato e intenté disimular lo abandonada y desolada que me sentía. Trataba de reírme en el momento adecuado y parecer seria o triste cuando procedía, pero tenía la sensación de que lo hacía justo al revés. Cuando Babbo hablaba de sus dificultades con la *Obra en curso* me reía, con una risa descontrolada; cuando mi madre intentaba aligerar el ambiente gastando bromas con los ingleses me salía una especie de extraño gemido.

—¿No vas a comer nada, Lucia?

Mi madre golpeaba mi plato con su tenedor, lleno de comida.

—No tengo hambre —dije—. Hoy he comido mucho a mediodía.

Ella sabía, naturalmente, que no había comido. Pero ¿cómo podía explicar la náusea que tenía agazapada, como una serpiente enroscada, en la boca del estómago?

Beckett me preguntó, con cautela y cortesía, cómo estaban Stella y Kitten, y si me gustaba Londres. Le dije que no tenía ni idea de cómo estaban, porque Stella se había ido a estudiar a Alemania, a la Bauhaus, y yo no le había dejado mi dirección, y Kitten se quedó muy afectada cuando yo destrocé nuestro sueño de abrir una escuela de danza, y tampoco le había dejado mi dirección. Oía que mi voz se alzaba y se volvía mordaz, y veía a mi madre mirándome, ceñuda. Pero continué. Había preguntado él...

—No, no me gusta Londres. Este piso es espantoso. No tengo amigos en la escuela de arte. No me hablan porque soy bastarda. No tengo vida propia en esta ciudad, ciudad que odio, además. Quiero volver a París lo antes

posible. Odio a los ingleses. Son todos unos burros. Y en Londres no me puedo librar de ellos. Están en todas partes, siempre mirándome. Saben que soy una puñetera bastarda.

Las palabras me salían trastabillando, cada una más fuerte que la anterior. Yo fruncía el ceño, me sorprendía que mi laringe hablara así, no, que gritara así... por cuenta propia.

Los que estaban en la mesa de al lado se quedaron mirándome. Babbo se quedó mirándome. Beckett miró a su plato y se concentró en cortar el filete. Mi madre me fulminó con los ojos. Y entonces Babbo empezó a hablar en italiano, a decirme que todo iba a ir bien, que podía irme a casa cuando quisiera, que podía quedarme en París con Giorgio. Después de eso yo no dije gran cosa. Y Beckett, con buen juicio, tampoco hizo más preguntas.

Cuando salimos del restaurante yo había vuelto a hablar con normalidad. Babbo preguntó a Beckett si le gustaría acompañarlos a cenar a la semana siguiente, antes de regresar a Dublín. Vi la expresión de los ojos de Beckett: era la de un hombre acorralado. Y la mirada suplicante y lisonjera de Babbo. Sabía que Beckett no era capaz de decir a mi padre que no.

—Dile que no quieres venir, Beckett. Vamos, ¡suéltalo! ¡Dile la verdad! No quieres estar conmigo. No quieres cenar con una bastarda bizca. A mí no me importa, ¡dilo!

Beckett me miró sorprendido y luego se ruborizó y apartó la cara.

—Vamos, Lucia.

Babbo me puso las manos fibrosas en los hombros y me hizo girar en dirección a Campden Grove. Cuando bajé la vista vi la acera de Kensington High Street llena de montoncitos de caca de perro. Cuando miré hacia arriba, al cielo que empezaba a oscurecerse, lo encontré inseguro y tembloroso, como si pudiera caerse en cualquier momento. Y cuando giré la cabeza, allí estaba Beckett. Iba andando por Kensington Church Street, con los hombros caídos, encorvado. Ay, Beckett, mi Beckett.

* * *

Aquella noche supe que había algo oscuro y monstruoso dentro de mí, algo que estaba agazapado, acechando, esperando su momento. Yo no podía explicarlo ni describirlo, pero me asustaba. A veces saltaba, se alojaba en mi

garganta y tomaba el control sobre mí. No dije nada a mi madre. Y no podía molestar a Babbo. Tenía que terminar su *Obra en curso*. Y estaba muy cansada, estaba tan cansada... ya no podía bailar. No tenía energía. Mi madre dijo que el piso era demasiado pequeño. Pero sólo con subir por la escalera ya se me hacía muy difícil respirar. El mero hecho de llevar el aire hasta los pulmones me agotaba. Me concentré en dibujar. En dibujar y respirar.

20. OTOÑO DE 1931

París

Fue idea de Babbo. Desde que empecé las clases de dibujo me había hablado de emprender un proyecto conjunto. A nuestro regreso de Londres yo estaba completamente descentrada. No tenía energía para organizar otro curso de baile y me daba la impresión de que ya no me quedaban amigos en París. Sólo Kitten, y siempre estaba con su prometido. Ya no vivíamos en la plaza Robiac, sino en un apartamento diminuto y cerrado con moho en el baño y manchas de humedad en el techo, por todas partes. Cada vez más, me sentía como una cáscara: vacía e inútil. Me sentaba en mi habitación y me miraba al espejo, preguntándome cómo podría construirme una existencia propia, preguntándome quién era y en quién me iba a convertir. Pero mis reflexiones no me ayudaron a encontrar respuestas, y mi madre estaba cada vez más irritada con mi inercia.

Entonces Babbo me pidió que diseñara letras capitulares para acompañar a cada uno de los trece poemas que iba a publicar Oxford University Press en una edición especial que se llamaría *The Joyce Book*. El editor pidió a trece compositores que compusieran un acompañamiento musical para los poemas. Yo iba a formar parte de ese industrioso equipo de estrellas y artistas.

Babbo dijo que el *Book of Kells* me serviría de inspiración. Y así fue. Pero sólo en los días buenos. Los días malos sólo veía serpientes y, cuando después contemplaba mis diseños distinguía perfectamente la cabeza de la serpiente enredada en aquellos trazos coloreados en gris paloma, azul bruma y suave rosa.

* * *

Durante tres meses trabajé en las capitulares de Babbo. Todos los días, el día entero. Era una tarea lenta y concienzuda. Babbo dijo que eran bellísimas. Mi madre no dijo nada. Al final hicimos un paquete con los dibujos y los enviamos por correo urgente a Oxford. Pero a principios de diciembre, cuando el aire de París se volvió frío y quebradizo, vinieron devueltas. Habían llegado demasiado tarde y ya habían enviado los poemas a imprimir.

Babbo dijo que tenía otra idea, una idea mejor. Se puso manos a la obra, y comenzó a ofrecer mis *lettrines* como un buhonero por todo París. Al cabo de una semana me dijo que Black Sun Press había decidido imprimir una tirada limitada de sus poemas, de veinticinco ejemplares, con mis letras ilustradas. Los iban a imprimir en papel de textura gruesa, y a encuadernar en seda salvaje en color verde, verde del tono de las manzanas que se usan para las tartaletas. Las páginas irían separadas con hojas de papel de seda también verde. Mi nombre iría grabado junto al de Babbo en la cubierta. Aparecerían mis ilustraciones en todas las páginas, y serían obras de arte. Ediciones de coleccionista de los poemas de James Joyce.

Pero una semana después llamó Caresse Crosby, de Black Sun Press. Oí a Babbo hablar con ella por teléfono. Oí sus prolongados silencios mientras ella hablaba. Percibí abatimiento de su tono de voz cuando él dijo: «Gracias, señora Crosby» y «Adiós, señora Crosby». Cuando colgó y entró en el salón no era capaz de mirarme a la cara. Se quedó junto a la ventana con expresión incómoda, mirando al cielo sin nubes ni color. Encendió un cigarrillo, exhaló una larga columna de humo y me dijo que la señora Crosby no había logrado encontrar compradores americanos para nuestra obra. Me invadió un sentimiento de derrota, de vida malograda, flotando a mi alrededor, presionándome. Babbo recuperó la compostura enseguida. Me dijo que tenía otra idea, que le diera tiempo.

* * *

La hipócrita de mi madre visitaba a Helen Fleischman-Joyce todos los días. Si no estaba en el apartamento de Giorgio y Helen estaba por ahí en *su* coche, que conducía *su* chófer. No me importó. De todos modos, nunca me gustó mi

madre.

* * *

—Me asusta, Jim. Ya está, ya lo he dicho.

—No puedes dejar que sus escenitas del *Rey Lear* te intimiden, Nora. No hay duda de que se trata de un simple desequilibrio hormonal que puede arreglarse con un buen especialista.

—Eso no es lo que cree Giorgio. Él la conoce mejor que nosotros. Esos dos siempre han sido uña y carne.

—¿Y qué dice Giorgio de que la pobre Lucia se pase la vida sentada en las tinieblas titilando de tristeza?

—Que se está volviendo loca y tendrían que encerrarla, Jim. En un manicomio.

Vi el pie de Babbo moverse tembloroso y le oí a él, que estaba en el sofá, encender una cerilla. Luego oí a mamá ir hacia la puerta y cerrarla, y lo único que oí después fue mi corazón, golpeándome las costillas.

* * *

Enero de 1932. Una leve capa de nieve cayó sobre París. Yo estaba sentada junto a la ventana, con la persiana levantada sólo unas pulgadas, viendo cómo caía la nieve y se posaba en el suelo. Pensé en Alex Ponisovsky, en cuánto tiempo habíamos pasado juntos. Ya no daba clase de ruso a Babbo. Ahora venía a casa sólo a verme a mí. Era dulce y amable, cortés y bienintencionado. Cuando pensé en Alex sonreí para mis adentros sin dejar de mirar la nieve. Entonces mi madre dijo algo que me dejó helada, que me dejó agarrotados todos los músculos, todos los tendones del cuerpo, de la sorpresa.

* * *

—Lucia —dijo—. Tengo que decirte una cosa. Creo que es mejor que te la diga yo, y no que te enteres por ahí. El señor Beckett se marcha de Dublín y

viene a vivir a París. A la *rue* de Vaugirard.

Me miró como si esperase una respuesta. Pero yo no tenía nada que decir. Volví despacio a mirar por la ventana, a contemplar la nieve que caía pálida y ligera como una pluma, resaltando sobre el cielo negro. Y sólo una pregunta, rodeada por un círculo, en mi cabeza: ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Me alegra que no te incomode. Seguramente coincidirás con él en algún sitio, ya sabes cómo son las cosas aquí en París. ¿No tienes nada que hacer, Lucia? ¿Por qué no dibujas un poco? Mira cómo nieva. Si no lo dejamos va a tapar a todos, todos tapados antes del cumpleaños de Nuestro Señor. No está bien. No está bien en absoluto.

* * *

Unas veces estrangulaba a mi madre. Mis dos manos enguantadas atenazaban su cuello fofo. Otras la obligaba a tomarse la morfina de Babbo: se la echaba garganta abajo con una cuchara, con artes de experta. Otras no era más que un empujón espontáneo con el que caía por el balcón. Fuese cual fuese el método, el sueño siempre era el mismo. Pero de un tiempo a esta parte habían empezado a aparecer otros en el sueño: Babbo, Giorgio, Helen Fleischman. Sueños en los que yo medía frenética la morfina, pero no había suficiente para todos. Empujaba a mamá para que se cayera por el balcón, pero Babbo y Giorgio me veían y me veía obligada a empujarles a ellos también. Veía el terror en sus ojos al mandarles hacia la muerte. Uno por uno, todos los que habían pasado alguna vez por mi vida morían rápidamente, con eficacia, sin piedad. Todos los sueños terminaban de la misma forma. Una vez que había asesinado a alguno de ellos salía del apartamento con paso firme y decidido. Me iba a los puestos de los muelles del Sena, donde vendían pájaros en jaulas. Abría todas las jaulas y dejaba salir a todos los pájaros: canarios con cresta, cacatúas de ojos azules, agapornis con su cabecita rosada, guacamayos macao: que volaran libres. Y cuando veía al último pájaro revoloteando en lo alto y mis oídos se llenaban con su canto, siempre despertaba, sudando y temblando.

* * *

Y es que era culpa suya. Mi estrabismo era culpa suya. Ella obligó a Babbo a prohibir a Beckett la entrada en la casa de la plaza Robiac. Ella me obligó a dejar de bailar. Ella me tuvo fuera del matrimonio. Ella hizo de mí una bastarda. Y otras cosas. Cosas que yo no podía entender. Y durante todo ese tiempo había algo que se agitaba en los márgenes de mi memoria. Algo demasiado vil para decirlo. Sí. Era culpa suya. Ella era la culpable de todo, desde el principio...

* * *

2 de febrero de 1932. Cincuenta cumpleaños de Babbo y décimo aniversario de la publicación del *Ulises*. Todo el mundo iba de un lado a otro, ajustándose chalecos y faldas, respondiendo al teléfono, buscando sombreros y guantes y alfileres de corbatas que no están en su sitio. Uno de los aduladores de Babbo daba una pequeña fiesta. Iban a poner una tarta con cincuenta velas y una réplica del *Ulises* en fondant azul y oro. Yo llevaba un vestido nuevo que me había comprado mi madre, con abalorios bordados por todo el cuerpo; una cinta a juego en el pelo y unos zapatos salomé de charol con adornos de pedrería. Todo ello del color de una mora madura.

No se me ocurrió preguntar quiénes eran los invitados hasta que estuvimos a punto de marcharnos. Mi madre estaba en la cocina empolvándose la nariz cuando pregunté quién venía a la fiesta. Giorgio, que había venido a buscarnos en su coche, con su chófer, estaba leyendo el periódico. Babbo estaba en el baño peinándose: todo el pelo hacia atrás, para que le quedara liso y suave, pegado a la cabeza.

—Este año va a ser muy íntima, sí —dijo mi madre—. ¿Has invitado al señor Ponisovsky? Es un hombre muy agradable.

Negué con la cabeza.

—Tenía un compromiso ya. ¿Quién más viene?

—Helen estará un rato, ¿verdad, Giorgio? —Mamá se volvió hacia Giorgio, que asintió y siguió leyendo el periódico—. El señor y la señora Gilbert, y el señor y la señora Sullivan. El señor Beckett viene también. Así que seremos pocos. Algo muy íntimo.

—¿Beckett? —dije, incrédula—. ¿Va a venir Beckett?

—Claro. ¿Por qué no? Somos todos amigos.

Cerró la polvera y comenzó a hablar entre dientes.

Y en ese momento me recorrió por dentro un torrente de furia tan intenso, tan decisivo, que sin pensar en nada me abalancé sobre lo que más cerca tenía: una silla de madera de la cocina. La cogí como si fuera ligera como una pompa de jabón, la levanté y se la lancé a mi madre. Ella la vio venir y la esquivó, con los ojos muy abiertos, la cara pálida, los labios blancos por el pánico, llena de temores.

Al soltar la silla me di cuenta de que estaba temblando sin control. Pero no tuve tiempo de reaccionar, de pedir disculpas por lo que acababa de hacer, porque Giorgio se abalanzó sobre mí y me agarró por las muñecas. Me agarró tan fuerte que grité de dolor. Me sacó de la cocina, me empujó hacia el vestíbulo y me llevó hasta el ascensor. Mientras tiraba de mí le oía llamar a mi madre, decirle que aquello había llegado demasiado lejos, y que ahora se iba a hacer cargo él de la situación. Oí acercarse al ascensor, oí girar la maquinaria, a Giorgio gritando, y vi a mi padre parado en el vestíbulo con la cara pálida. Yo gritaba a Giorgio, le decía que parase, que me dejara en paz. Pero era demasiado tarde. La puerta se abrió y Giorgio me metió a empellones en el ascensor. Una vez dentro yo ya sólo veía las piedras de mis zapatos y las perlas del vestido, haciendo guiños y brillando maliciosas dentro de aquella jaula oscura. Entonces Giorgio me sujetó los brazos a la espalda. Me agarraba las muñecas con sus manos huesudas. Me clavó las uñas con tal fuerza que yo estaba segura de que iría dejando un reguero rojo de sangre.

Cuando grité de dolor me tapó la boca. Me dijo, en tono bajo y violento, que no iba a permitir que yo arruinara el cincuenta cumpleaños de Babbo, que no me dejaría hacer daño a mamá. Nunca.

—Todo el mundo dice que has perdido el juicio. Has cubierto de vergüenza a esta familia, con todo lo que hemos luchado. ¿Cómo has podido? ¿Cómo te has atrevido a hacer daño a mamá? Has ido demasiado lejos, Lucia.

Me sacó del ascensor a tirones. Con una mano seguía tapándome la boca, con la otra sujetándome las muñecas.

En la puerta del bloque de viviendas estaba el Buick, reluciendo a la luz tenue del invierno. Vi la sorpresa en los ojos del chófer cuando se bajó para abrirnos la puerta. Giorgio me empujó para que entrara en el asiento de atrás. Me lanzó contra los asientos de cuero. Yo empecé a mover la cabeza con tal

fuerza, resistiéndome, que la cinta de la cabeza se me cayó, me resbaló por la cara y se me quedó como la cuerda de una horca, alrededor del cuello.

—*Où?* —preguntó el chófer, perplejo—. *Pas la rue de Sévigné?*

Vi que Giorgio miraba de izquierda a derecha, como si estuviera intentando decidir qué dirección tomar. Luego le dijo al chófer que condujera todo lo deprisa que pudiese: le dio una dirección que a mí me era desconocida, pero distinguí las palabras «Maison de Santé» y supe exactamente dónde me llevaba. Y entonces, como un eco del pasado que llega sin que se le convoque, recordé que aquello era lo que le había pasado a la señora Zelda Fitzgerald. Recordé con inesperada claridad las palabras de Sandy, dos años atrás. Primero te llevan a la Maison de Santé. De ahí a que te metan en un manicomio no hay más que un paso. Como a la señora Fitzgerald. Como a Nijinsky. Abrí los ojos todo lo que pude y comencé a forcejear y a revolverme. Quería decirle a Giorgio que no había pretendido lanzar la silla, que no era yo la que lo había hecho, que había sido como si alguien, dentro de mí, hubiera tomado el control de mi cuerpo, de mis brazos. Intenté volver la cabeza para mirar hacia casa, para ver si Babbo venía a por mí. Pero tenía el cuello apretado contra el pecho de Giorgio, inmóvil, y no pude ver nada.

Giorgio miró por la ventanilla con expresión sombría. Al cabo de un rato sentí que la presión de la mano con la que me estaba tapando la boca se aligeraba. Intenté sacar la cabeza. No podía respirar. Necesitaba hablar. Pero cuando notó que yo movía la cabeza volvió a apretar, a taparme la boca con fuerza, a obligarme a inhalar y exhalar con dificultad, haciendo mucho ruido.

Llegamos al fin a una verja de hierro. Giorgio mandó al chófer a abrir las puertas mientras él me mantenía sujeta al asiento trasero, sin poder hablar. Ya no me quedaban fuerzas para resistirme. Iba tirada en el asiento, inmóvil. De vez en cuando un escalofrío me recorría el cuerpo. Una vez que atravesamos la verja el coche siguió avanzando por un sendero estrecho y lleno de curvas, hasta llegar a un edificio blanco enorme, rodeado de gravilla y arbustos de laurel. Nos detuvimos ante la puerta principal y Giorgio me quitó las manos de los brazos y de la cara y bajó del coche. Dijo al chófer que me vigilara y entró en el edificio. Volvió unos minutos después acompañado de dos hombres fornidos y vi que señalaba hacia el Buick.

El chófer abrió la puerta para que yo bajara. Pero no lo hice. Me quedé

encogida en el asiento, gimiendo como un perrillo asustado. Giorgio me dijo que bajara del coche, pero no podía moverme. Era como si me hubieran soldado al asiento. Sentía las piernas y los brazos inertes, pesados. Entonces conseguí hablar y dejé de gemir. Rogué a Giorgio que me llevara a casa. Le supliqué que me perdonara. Le imploré que me diera otra oportunidad. Le juré que nunca contaría nuestro secreto. Él se limitó a mover la cabeza y dijo que si yo no salía me sacarían aquellos dos hombres. Salí del coche, despacio. Un hombre me cogió del brazo derecho, el otro del izquierdo. Suavemente, pero con firmeza. Me hicieron pasar al edificio blanco y enorme. Yo me giré y vi a Giorgio arreglándose el pelo mientras se metía, sereno, en el coche.

—¡No fui yo! —grité.

Pero no se volvió a mirar. Oí las ruedas del Buick, la gravilla crujiendo mientras el coche se alejaba lenta, inexorablemente.

* * *

Durante una semana entera estuve echada en la cama, o bien paseando por los jardines oscuros, húmedos y fríos de la Maison de Santé. Pensaba en las manos de Beckett, en sus dedos como ramas, delgados y arrugados en los nudillos, en las venas que sobresalían como raíces de árbol retorcidas. Cuando conseguía olvidarme de las manos de Beckett pensaba en Alex Ponisovsky. Me escribía todos los días, diciendo que esperaba que me encontrase mejor, que estuviese descansando. Diciendo cuánto deseaba verme de nuevo, abrazarme y besarme otra vez.

En todo ese tiempo algo me excavaba en el estómago. Era como si hubiera alguien cavando con una pala, creciendo dentro de mí: un ser airado, una bestia, un monstruo que me desgarraba y me carcomía, poseído por la rabia y la furia.

Cuando la bestia se retiró a su jaula y yo conseguí encadenarla firmemente a los barrotes, escribí a Babbo.

Querido Babbo:

Ven a sacarme de aquí, por favor. Ya estoy restablecida y quiero pedir

disculpas a todos. Quiero ver a Giorgio y a Helen, y a su niño.

Lo siento mucho, Babbo, pero no quiero volver a vivir con mamá y contigo en Passy. Es un sitio demasiado angosto, demasiado lóbrego y necesito vivir lejos de vosotros. Yo sé que esto será duro para mamá y para ti, pero tengo que hacerlo. Tal vez pueda ir a vivir una temporada a casa del señor y la señora Léon, hasta que tenga un apartamento propio. Quiero elegir mi ropa y mis muebles. En julio cumpliré veinticinco años y ya sabes que estoy decidida a cumplirlos casada.

Además, tú, mientras trabajas en tu libro por las noches, haces muchos ruiditos y no me dejas dormir. Y sabes lo importante que es ahora, para mi salud, que descansen bien.

Por favor, ven a sacarme de aquí en cuanto puedas.

Tu *bella bambina*,

LUCIA

21. MARZO DE 1932

París

Pues... Me iba a casar con Alex Ponisovsky. Judío ruso exiliado. Hermano político del esclavo de Babbo, Paul Léon. Hermano de Lucie Léon. Profesor de ruso de Babbo en la plaza Robiac durante varios años. Licenciado en Económicas por la Universidad de Cambridge. Un puesto de trabajo seguro y sin sobresaltos en la Banque Franco-Americaine. Encantador. Amable. Inteligente. Posiblemente el hombre más agradable de París. Muy buen amigo de Giorgio y Helen. Amigo y pariente de Peggy Guggenheim. Ah, y de Hazel Guggenheim, claro.

Estaba todo dispuesto. Yo iba a recibir una dote. Nuestra fiesta de compromiso sería en Drouant, en Place Gaillon. Todo el mundo aprobaba el compromiso. Bueno, tal vez no todo el mundo. A mi madre le gustaba, y pensaba que al fin había encontrado un hombre que valiera la pena. A Babbo le gustaba. Los aduladores estaban encantados de que hubiera superado ya mi *crise de nerfs*, felices de que me pudiera casar por fin y Babbo se librara de mí y tuviera tranquilidad para terminar su obra maestra sin perturbaciones. Helen estaba muy emocionada y me envió un telegrama de felicitación desde el sur de Francia, donde estaba de vacaciones con Giorgio y su bebé.

Sólo había una persona que no lo aprobaba. Cuando Babbo envió un telegrama a Giorgio y Helen para darles la noticia Giorgio cogió el primer tren a París y vino directo al apartamento minúsculo de Passy, donde puso los puntos sobre las íes a Babbo. Después me contaría mi madre que Giorgio había dicho que no tendrían que dejar que me casara con Alex, que donde tenía que estar era encerrada bajo llave con el resto de los lunáticos de París.

* * *

Cuando Kitten me dijo que Sandy Calder había regresado a París, que vivía en su viejo estudio con su nueva esposa, me quedé sentada en el sofá perfectamente tapizado del señor Léon, perfectamente calmada. No lancé sillitas, no exhibí ningún signo de locura ni de ira. Miré a Kitten con las manos tranquilamente recogidas sobre el regazo.

—¿Y lleva puestos *mis* pendientes y *mi* broche?

—Pues... puede ser... imagino que sí. No la he visto aún, en persona.

Kitten frunció el ceño y volvió la cabeza.

—Rezaré para no encontrarme con él.

No conté a Kitten que había adquirido la costumbre de ir a la iglesia. Me colaba por las enormes puertas de madera tallada y me dejaba cubrir por la oscuridad, arrodillada en el suelo de piedra. Rogaba por la bestia que me habitaba. Rogaba por su ejecución, por su exterminio, por sangriento que resultara.

—Al menos ahora tienes a Alex. Parece maravilloso en todos los aspectos.

—Sí. Gracias al cielo ahora tengo a Alex.

—Y una vez que te cases te sentirás más... tú misma.

—¿Yo misma?

Hice una mueca: no estaba muy segura de quién era «yo misma» en ese momento. Y empecé a sentir aquella bestia, pinchándome y removiéndome por dentro, como si se estuviera despertando de nuevo, sacudiéndose el letargo, rebelándose contra mi incertidumbre.

—Serás la señora Ponisovsky —dijo Kitten muy animada—. Y a lo mejor podemos volver a bailar.

—¿Volver a bailar? —repetí, pero cuando las palabras de Kitten me calaron dentro una sensación de ligereza me recorrió: mi sangre, espesa y pesada, pareció volverse etérea—. ¿Te refieres a abrir una escuela de danza?

—¿Por qué no? Cuando nos casemos las dos estaremos más asentadas. Y tendremos algo de tiempo, antes de que lleguen los niños.

—Sí —grité—, ¡sí!

Agarré las manos a Kitten, las apreté entre las mías y sentí enseguida que

la bestia se retiraba a su jaula, obediente y silenciosa.

—En cuanto pasen las bodas de las dos pondremos en marcha el plan. ¿Recuerdas aquellas secuencias del método de Margaret Morris? Algunas eran terriblemente complicadas. ¿Y las de Monsieur Borlin? ¡Qué peculiar era!

Me puse en pie y me apoyé en los metatarsos. ¿Lo recordaba? ¿Podría volver a bailar? Comencé a formar círculos lentos, deliberados, la espalda arqueada, los brazos extendidos, como le gustaba a Babbo. Y entonces me desapareció la tirantez de los brazos y las piernas, el tuétano endurecido de mis huesos pareció derretirse.

—Sigues moviéndote con mucha elegancia, Lucia. —Kitten se tocó el pelo con las puntas de los dedos y me miró con gesto de apreciación—. Me tienes que prometer que no volverás a dejarlo.

—Te lo prometo.

Hablé tan alto que conseguí ahogar el suave ronroneo de la bestia. Alargué el cuello, levanté las manos, separé los dedos y extendí la pierna derecha. ¿Por qué no iba a volver a bailar? ¡Claro que sí! Ahora que me había marchado de casa, podría volver a bailar.

* * *

Una semana después estaba en Drouant sentada frente a Babbo y a Paul Léon. Tenían la cara colorada por el vino, los dos. Habían venido todos: todos excepto Kitten, que estaba enferma. Bueno, y Giorgio. Todos bebiendo champán y comiendo caviar ruso con blinis y crema agria, brindando por mi boda con Alex. Los camareros traían una botella tras otra, un plato tras otro. La cara de Babbo estaba cada vez más roja. Gracias al cielo, había pronunciado su discurso al principio. El señor Léon estaba contando chistes malos y Babbo tarareando una balada irlandesa, levantando cada vez más la voz.

Yo me sentía aislada de Alex, que había pasado la mayor parte de la velada en el otro extremo de la mesa, acorralado entre mi madre y Lucie Léon. No sé qué le estarían diciendo. Yo aproveché la ocasión para examinar a Alex. Una vez más. Su pelo oscuro, espeso, suave y aterciopelado. Su cara, redonda y suave como un melocotón. Sus ojos, de un color pardo tostado,

castaños y moteados, francos e ingenuos. Tan distinto de Beckett y sus rasgos irregulares, pensé. Y entonces, cuando comenzó a flotar ante mis ojos la imagen de Beckett, se me aceleró el pulso y sentí una punzada de culpabilidad. No había sido del todo sincera con Alex. Mi mentira me ahogaba, como ahoga el agua, me sacaba el aire de los pulmones y me obligaba a respirar en golpes breves, entrecortados. Cuando conseguí apartar de mí la imagen de Beckett, cuando logré meterle de nuevo en el compartimento donde había de quedarse, volví a contemplar los ojos de Alex, francos e ingenuos. Y entonces supe que él también me estaba ocultando algo, que tampoco había sido del todo sincero conmigo. Alex levantó la vista, me vio mirándole, y me hizo una seña con la mano. Yo le respondí con otra, acompañada de una sonrisa perfecta y luminosa. Mi futuro marido.

* * *

Estaba todo arreglado. Alex me acompañaría a casa de los Léon al terminar la fiesta. Yo me entretuve un poco y dejé que se adelantaran el señor y la señora Léon. Cuando estábamos a una distancia a la que ya no podían oírnos, pregunté a Alex por qué me había pedido que me casara con él. Dijo que lo había hecho porque quería que yo fuese su mujer, naturalmente. Le pedí que dijera la verdad. Le pregunté de quién había sido la idea. Le pregunté quién le había animado a hacerlo. Y por qué lo había hecho en ese momento, y no antes.

Alex se quedó callado un momento. Yo sentí cómo se le tensaba el brazo. Luego me dijo que se lo había sugerido Paul Léon, que Paul y Lucie Léon le habían dicho que me pidiera en matrimonio. Le habían dicho que yo no era la típica bohemia americana que se va a París, sino una muchacha burguesa de buena familia, criada en los valores tradicionales irlandeses. El tipo de familia que esperaba que un hombre que salía con su hija, la pidiera en matrimonio. Le dijeron que yo no era una muchacha con cuyo afecto se puede jugar, y que después de lo que había ocurrido entre nosotros, él me debía esto. Pedirme en matrimonio.

Cuando le pregunté si me quería Alex respondió que por supuesto que me quería. Se agachó para darme un beso en la mejilla. No le pregunté si estaba enamorado de mí. Ni le dije que mi corazón aún era de Beckett.

* * *

Alex y yo nos despedimos con un beso y luego yo subí las escaleras, hasta el apartamento de los Léon. Paul Léon se había ido ya a la cama.

—Ha bebido demasiado —dijo Lucie, seca.

Yo me fui hacia el sofá y me dejé caer en él, cansada y confusa. Las palabras de Alex me seguían botando y rebotando en la cabeza, golpeándome el cráneo. Cerré los ojos y traté de concentrarme en respirar, pero en lugar del habitual alivio sentí que me hundía, me hundía en la oscuridad. Traté de levantar una pierna, pero no pude. Intenté mover los dedos, pero no obedecían las instrucciones que les mandaba el cerebro. Intenté girar la cabeza, pero nada: no podía moverme.

Lucie se acercó a mí y oí que me ofrecía una taza de té. Intenté abrir la boca, pero no pude despegar los labios. La miré inexpresiva. No logré mover ni un músculo de la cara. Vi que Lucie me miraba con expresión angustiada, con el ceño ligeramente fruncido, las cejas casi juntas. Y yo seguía sin poder responder. Sentía la cara rígida como una máscara de alabastro. Sentía los ojos muy abiertos, y no podía parpadear. Sentía que me quedaba sin aliento, se me iba escapando poco a poco. Vino Lucie con unas mantas y una colcha, me tapó con ellas y me dejó allí, tapadita como si fuera un bebé.

Yo esperé, pensando que sentiría miedo, incluso pánico. ¿Podría volver a moverme? ¿Podría volver a hablar? Aquellas preguntas se me pasaban por la cabeza embotada. Pero no tenía respuestas, y no sentía nada: sólo aturdimiento. Era como si alguien hubiera rociado por la habitación gas anestésico que se me hubiera metido en la carne, en los huesos, en el cerebro. Sólo sentía un vacío absoluto, y una peculiar sensación de paz.

Estuve cuatro días sin levantarme del sofá de los Léon. No me moví, ni hablé ni comí nada. Lucie me daba agua con una pajita y escuchaba los latidos de mi corazón con cuidado de no rozarme la piel ni acercarse donde pudiera tocarla mi aliento. Babbo vino a cantarme. Helen trajo al bebé para hacerme reír. Kitten me trajo bombones. Alex vino con un ramo de narcisos y la alarma impresa en los ojos. Yo sólo distinguía sus contornos desdibujados e imprecisos, como si estuvieran al otro lado de una cortina de gasa gruesa. Sus voces me llegaban como si hablaran por el hueco del ascensor.

Percibí el temor que había en la voz de Alex cuando me acercó a la nariz las flores que había traído. Pero tenía la impresión de que estaba muy, muy lejos, y que su voz era la de un fantasma. Incluso sumida como estaba en aquel letargo me di cuenta de que no había intentado besarme. Era como si temiera que yo pudiera contagiarle algo. Nadie, salvo mamá, me tocó. Cuando vino me puso la mano en una mejilla y vi que sus ojos eran como dos peces plateados. Entonces se me pasó el aturdimiento, aunque sólo durante unos segundos. Sentí que me tocaba y deseé que me dejara la mano posada en la mejilla para siempre. Pero la quitó y se marchó, y el vacío volvió a invadirme las entrañas. Y entonces dejó de importarme. A veces no sabía si estaba despierta o dormida, viva o muerta. Me preguntaba si todo aquello era un sueño. O si estaba en el cielo. Me daba igual. Tampoco tenía respuestas. Sólo podía observar. Y esperar.

Al cabo de cuatro días sentí que mi cuerpo despertaba. Me empezaron a doler y a tirar todos los músculos. Cuando pregunté a Lucie qué me había pasado me explicó que había ido a la biblioteca a consultar en un libro los síntomas que tenía, y se trataba de un tipo de catatonía. No era nada de cuidado, dijo, sólo los nervios por mi inminente boda. Era algo muy habitual. Todo iría mejor cuando me casara. Cuando me convirtiera en la señora Ponisovsky.

* * *

Unos días después, durante la cena, Helen nos habló de una fiestecita a la que habían asistido Giorgio y ella la noche anterior. Nos contó que también estaba Hazel Guggenheim, y que había cantado. Vi que la cabeza de Alex se giraba de pronto, involuntariamente. Vi que sus ojos se iluminaban. Nuestros ojos se encontraron brevemente. Y él supo lo que yo había visto. Supo que yo lo sabía.

* * *

El viento de abril nos azotaba la cara, tiñéndola con un fresco toque rosado. Alex y yo íbamos caminando por los Jardines de Luxemburgo, admirando los narcisos que acababan de florecer y se extendían por toda la pradera. Ante

nosotros, el árbol que una vez me inspiró una coreografía: la del plátano y el pimpollo que lucha por sobrevivir a su sombra. Recordé que se lo había contado a Beckett. Recordé que me había preguntado si Zelda Fitzgerald querría bailar conmigo. Qué lejos quedaba ya todo aquello. Había pasado tanto tiempo...

El recuerdo de Beckett acabó con mis evocaciones. Era de él de quien yo quería hablar con Alex. Ah, de él y de Hazel Guggenheim, naturalmente. Le dije a Alex con toda la amabilidad de la que fui capaz que yo le quería, por supuesto que sí, pero que estaba enamorada de Sam Beckett. Le dije que era un amor no correspondido, que Beckett me había roto el corazón y que, si era sincera, el corazón seguía sin recomponerse.

Alex no dijo nada. Se limitó a mirar al frente con los labios cerrados y tirantes. Cuando giré la cabeza vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero continué, como un cirujano que necesita terminar la carnicería lo antes posible. Le dije que sabía lo que sentía por Hazel Guggenheim, que yo no era ninguna imbécil, que había sido honesta con él y que quería que él fuese honesto conmigo.

Cogió aire y luego me habló de Hazel, me habló de la relación que habían mantenido durante tres años. Por el tono de su voz deduje que seguía enamorado de ella. Dijo que ella iba ya por su tercer marido, que estaba esperando otro hijo, y que seguía teniendo líos con otros hombres. Me contó que dos de sus hijos se habían caído del tejado de la azotea de un bloque de apartamentos de Nueva York y habían muerto. Me habló de su padre, que había perecido ahogado en el Titanic. No era, añadió, el tipo de mujer que él quisiera como esposa.

* * *

Nuestra honestidad y nuestro sufrimiento añadieron una intimidad nueva a nuestra relación. Durante dos semanas hablamos a diario. A veces nos pasábamos horas al teléfono, otras conversábamos mientras caminábamos por las calles o los parques de París, durante la cena en algún restaurante que no estuviera de moda y en el que nadie nos reconocería ni espiaría nuestras conversaciones. Hablamos del amor y el matrimonio. Discutimos los pros y los contras de los matrimonios de conveniencia, porque ahora ya no nos

podíamos hacer falsas ilusiones. El nuestro iba a ser un matrimonio de conveniencia. Hablamos de lo que ambos queríamos: hijos, un hogar tranquilo con teléfono y un perro con orejas largas. Yo le dije que siempre había querido un jardín con montones de narcisos que florecieran de repente en primavera. Él sonrió. Sí, dijo, también a él le gustaría algo así.

Yo hablaba con todo el mundo de lo que ahora llamaba «la santísima trinidad»: amor, sexo y matrimonio. ¿Era necesario casarse? ¿Era esencial estar enamorada del marido? ¿Qué importancia tenía el sexo? ¿Era posible amar a dos personas al mismo tiempo? ¿Podía alguien querer a una persona, pero estar enamorado de otra? ¿Estaba mal casarse con alguien de quien no se estaba enamorado? ¿Se podía uno acostar con alguien de quien no estaba enamorado? Las preguntas me desbordaban: se las lanzaba a la doncella de los León, a Helen, a Kitten. A mis padres no les dije una palabra: Alex dijo que era mejor mantenerles al margen de nuestras reflexiones.

Cuando le dije que quería volver a bailar, tal vez abrir una escuela de danza con Kitten, me respondió:

—Por supuesto.

Dijo que nunca impediría a su mujer que bailara, como el señor Fitzgerald.

* * *

—Lucia, tu padre al teléfono.

La señora León me indicó el vestíbulo, donde estaba el teléfono de caoba y latón, colocado sobre una mesita de mármol. Dejé los pinceles, me retiré el pelo de la cara y asentí.

—Hola, Babbo. ¿Va todo bien?

—Tienes que hacer las maletas, Lucia. Tienes que acompañarnos a Londres. Tenemos que pasar un tiempo en Campden Grove para garantizar nuestro pasaporte británico, lo que garantiza también tu condición de hija legítima, no lo olvides.

La voz de Babbo me flotaba en los oídos. ¿Londres? ¿Campden Grove? No sabía que todavía conservábamos aquel piso diminuto con el metro pasando por debajo y olor a repollo hervido, moho en el vestíbulo y montones de caca de perro por toda la acera. No dije nada.

—Ahora que estás a punto de casarte, que puedes incluso ser madre tú, no quiero que nada ponga en entredicho tu legitimidad. Estoy seguro de que lo entiendes, Lucia.

—¿Y Giorgio, por qué él no tiene que ir? —pregunté suspicaz.

—Queremos que nos acompañes tú, *mia bella bambina*. No es un requisito legal que nuestros hijos vivan con nosotros, pero reforzaría el caso.

—Entonces, ¿puedo quedarme aquí? ¿O con Helen y Giorgio?

Miré el hilo telefónico y pensé qué fácil sería cortarlo, partirlo en dos y olvidarme de Babbo y de esa conversación.

—Los Léon necesitan la habitación para un huésped que viene a visitarles. Helen y Giorgio ya no tienen ninguna habitación libre: creo que duerme en ella la niñera. No va a ser mucho tiempo.

Se me pasó por la cabeza entonces que me estaban ofreciendo una alternativa, si bien algo sesgada. Podría acompañarles unos cuantos días, o quedarme en París, pero no en casa de los Léon. Me descorazonaba volver a hacer las maletas, otra mudanza.

—En París no me puedo quedar en otro sitio, Babbo. A no ser que me des dinero para irme a un hotel.

—No puedo darte dinero, Lucia. De verdad que no va a ser mucho tiempo. Te montaré un estudio pequeñito para que pintes en el salón.

—Muy bien —dije con un suspiro—. Prepararé una maleta. ¿Cuánto tiempo le digo a Alex que voy a esta fuera?

—Ah, muy poco. No va a ser mucho tiempo. —Babbo sonaba aliviado, como si acabara de cruzar un vacío haciendo funambulismos sobre una cuerda y de pronto se viera al otro lado, entero y triunfante—. Londres en primavera será un placer inesperado, Lucia. Y nos lo vamos a pasar *Joyce*, estoy seguro.

* * *

Fue al llegar a la Gare du Nord y al ver la cantidad ingente de baúles y maletas y cajas que llevábamos —mis padres los habían enviado con antelación— que me invadió una horrible sensación de déjà-vu. Había dos mozos cargando en el tren bultos que llevaban un cartel donde se leía

«Joyce». Tenían la cara brillante de sudor, que les chorreaba por el esfuerzo. Jadeaban. Yo los miré con la boca abierta, y sentí otra vez la oscuridad dentro de mí, subiendo y rizándose como una ola. La bestia que empezaba a golpear los barrotes de la jaula, furiosa y acusadora.

—¿Has dejado el apartamento, Babbo? —pregunté, esforzándome por mantener la voz lo más comedida posible.

—Sabes que sí —soltó mi madre, intentando volver a cerrar una sombrerera que se había abierto.

—Entonces, ¿ya no tenemos casa en París? —pregunté, sin dejar de respirar hondo.

—Ya no. Tenemos casa en Londres y ahí es donde vamos ahora. Pero sólo unos meses. No podemos mantener dos casas. Anda, coge esa sombrerera y tráetela.

Miré a Babbo, esperando que confirmara aquello. Le vi dar cincuenta francos de propina a uno de los mozos, asintiendo ostentosamente mientras lo hacía. Cuando se dio cuenta de que le estaba observando, parpadeó. Luego volvió a meterse la billetera en el bolsillo y dijo:

—¿Estamos listos para subir?

Le miré horrorizada. El aire me llegaba ahora como una lluvia de cuchilladas, haciendo sonidos chirriantes que salían de lo más profundo de mi garganta. Y de repente la bestia salió de su jaula y yo empecé a aullar como un animal salvaje. Eché la cabeza para atrás y aullé tan fuerte que la gente empezó a pararse y a mirarme. Sentía que los ojos me daban vuelta dentro de las órbitas, como los de un caballo asustado, blancos y llenos de horror. No quería ir a Londres. No quería estar con mis padres. No quería irme de París. No quería dejar a Alex... A Alex, que iba a ser mi marido.

Al cabo de veinte minutos o así (esto me lo dijeron después: había perdido toda noción del tiempo y del espacio en medio de aquella segunda *crise de nerfs*), dejé de aullar y comencé a llorar a lágrima viva. Babbo se quedó frente a mí sin saber qué hacer, agarrando con fuerza su bastón, con los ojos bajos para evitar encontrarse con las miradas de los demás viajeros. Mi madre, con la cara roja de rabia, mandó a los mozos que bajaran el equipaje del tren. Estuvo mirando toda la operación, hasta que todos los bultos estuvieron de nuevo apilados en el andén.

Cuando hubieron bajado del tren todos los baúles, todas las maletas y

todas las sombrereras comencé a sentirme yo de nuevo. Era como si la bestia se hubiera retirado a su jaula, agotada y dominada. Dejé de tiritar, los hombros dejaron de moverse, las lágrimas fueron cesando y conseguí al fin secarme los ojos y contemplar la escena. Mis padres estaban juntos, pegados, detrás de los bultos. Cuando salieron de allí Babbo me agarró del brazo y me llevó hasta la salida. Me dijo que íbamos a comer por ahí y que luego buscaríamos un hotel. La cara de mi madre estaba totalmente sombría. A ella le encantaba Londres y yo sabía que no le hacía ninguna gracia que nuestro plan se hubiera torcido. Cuando ya nadie me veía, me permití esbozar una levísima sonrisa.

* * *

Aquella noche, en nuestro lujoso hotel de la *rue* de Bassano, soñé con la Lucia di Lammermoor de Donizetti. No con la melodía, ni con el libreto, porque mi sueño no tenía sonido alguno: soñé con Lucia, mi tocaya —traicionada por su hermano y obligada a casarse con un hombre al que no amaba—, que cayó en brazos de la locura y apuñaló a su marido. Yo sostenía el cuchillo en alto, por encima de mi cabeza, y lo bajaba una y otra vez, lo clavaba en el corazón de un cuerpo sin cara. Una y otra vez el cuchillo descendía y yo lo empujaba bien hondo, en aquel cuerpo. Pero el cuerpo seguía temblando, moviéndose. El cuerpo no se moría. Y entonces me desperté, helada de frío, empapada en sudor, asustada.

* * *

Volvimos —mi madre, Babbo y yo— a aquel apartamento gris de Passy. Por suerte el casero no había tenido tiempo suficiente para encontrar un nuevo inquilino, y el apartamento aún estaba disponible. Por desgracia, ya no había sitio para mí en casa de los Léon. El parloteo de mi madre me estaba volviendo loca, y después de perder los papeles tres veces en cuatro semanas decidí trasladarme a casa de unos amigos —aduladores— irlandeses de mi padre.

Una noche vino Alex a verme. Hice la cena para todos y luego me preguntó si quería ir con él al teatro. Le dije que sí, y me puse el abrigo y el

sombrero. Estábamos a punto de salir cuando aparecieron los aduladores y me lo prohibieron. Alex y yo nos quedamos mirándoles perplejos. Les dije que iba a salir con mi prometido, me lo permitieran ellos o no.

—He prometido que no te dejaría salir —dijo el señor Adulador muy serio.

—¿Cree que he salido de casa de mi padre para que usted me mangonee?

Me ajusté el cinturón del abrigo y fui a abrir la puerta. ¿Cómo se atrevía a controlarme?

—¡No puedes salir! —repitió el señor Adulador, levantando los brazos y mostrando unas manchas de sudor en la ropa.

Alex estaba de pie en el vestíbulo, con expresión de embarazo e incomodidad.

—Tal vez debamos quedarnos —dijo con calma—. Podemos jugar a las cartas.

—¡Voy a salir! ¡Saldré sola si es preciso!

Abrí la puerta y comencé a bajar las escaleras con decisión. Entonces oí tras de mí al señor Adulador, que seguía mandando.

—¡No puedo permitir que salgas, Lucia! ¡No te dejaré!

Me puso la mano en el hombro. La bestia se revolvió en su jaula. Yo esperé. Los dedos del señor Adulador me agarraron con más fuerza, apretaron más. La bestia lanzó un gemido profundo, muy dentro de mí. Esperé a que llegara el espasmo de furia, ya familiar. Pero no llegó. No salió nada más que un sollozo de humillación, breve y ahogado.

—Muy bien. Usted gana —dije.

No me quedaban fuerzas para luchar. La energía me iba abandonando, salía de mi cuerpo. Y yo pensé en Lucia di Lammermoor y me pregunté si me esperaba el mismo sino que a ella.

Subí despacio las escaleras. El corazón me pesaba, y tenía el espíritu hecho añicos. El señor Adulador me miraba desde atrás. Pedía disculpas en tono brioso, con una voz cargada de determinación. Yo le ignoré. Cuando volvimos a entrar en el apartamento no estaban ni Alex ni la señora Aduladora. En el aire flotaba el aroma del guiso, pero la temperatura había bajado mucho, como si hubiera entrado el aire y hubiera refrescado toda la casa. Cuando me miré los brazos vi que se me había puesto carne de gallina.

Me senté en la mesa del comedor y esperé a Alex. Oía a la señora Aduladora que cerraba una ventana, y luego una puerta que golpeó. Seguramente salía del baño, pensé. De repente sentí una necesidad enorme de que me abrazara, de apoyar la cabeza en el hueco de su hombro, de oír el latido uniforme de su corazón. Todo sería mejor cuando nos casáramos, entonces podría ser libre por fin, podría bailar.

Apareció la señora Aduladora con aspecto aturullado y al mismo tiempo con cara de metomentodo. Me pregunté si habría estado buscando una baraja para que Alex y yo pudiéramos jugar al gin rummy.

—¿Dónde está Alex? —pregunté, reuniendo la energía necesaria para correr hacia ella.

—Se ha ido —respondió, recogiendo los vasos que había en la mesa.

—¿Qué? —protesté.

El apartamento sólo tenía una puerta, la principal. Y yo acababa de entrar por ella con el señor Adulador.

—He visto que la ventana del baño estaba abierta —dijo—. Creo que ha salido por ahí.

Dejó los vasos y vino hacia mí, pero yo salí corriendo del comedor y empujé al señor Adulador, que estaba en el vestíbulo dando cuerda al reloj. Corrí por el pasillo que llevaba al baño, donde el periquito enjaulado abrió un ojo soñoliento y me observó desde su percha. Abrí la ventana del baño y escudriñé los tejados. Vi un retazo del traje claro de Alex que desaparecía por una escalera de incendio. Abrí la boca para llamarle, pero las campanas de Saint-Sulpice empezaron a doblar en ese momento con su repique incansable, y a maullar los gatos que peleaban en las alcantarillas. Alex había desaparecido.

Sentí que la sangre me subía como una gigantesca ola carmesí. Después, al señor Adulador y su esposa, que estaban a mi lado sujetándome, acariciándome el pelo. Sentí que la bestia enseñaba los dientes y mordía los barrotes de su jaula porque el estallido de odio había sido tan fuerte que supe, en ese momento, que no podría controlarla.

No volví a ver a Alex Ponisovsky.

* * *

Tres días después vino Giorgio al apartamento de los Aduladores. Me dijo que había un taxi en la puerta esperando para llevarnos a comer con mamá y Babbo. Cogí el sombrero y el abrigo y le seguí escaleras abajo.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Él titubeó, y después dijo que íbamos a Pruniers, uno de sus restaurantes favoritos. Quince minutos después me di cuenta de que el conductor del taxi había girado por otra calle, y se lo dije a Giorgio, que estaba mirando fijamente por la ventanilla. Hizo un gesto con la cabeza, como si girar por una u otra calle no tuviera la menor importancia. Así que seguí mirando por la ventanilla yo también, admirando los tulipanes —que parecían de cera— de las jardineras de las ventanas y las lilas moradas que colgaban en enormes ramos.

Al cabo de un rato me di cuenta de que íbamos camino de las afueras de París. Lancé a Giorgio una mirada desconfiada.

—No vamos a Pruniers: no está por aquí. Acabamos de pasar el Parc Montsouris. ¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa. Vamos a comer por ahí, ya te lo dije.

Seguía mirando por la ventana. Empezó a recorrer con los dedos el borde del cuello almidonado de la camisa.

—Pero ¿estarán allí mamá y Babbo? —insistí yo.

—Es una sorpresa —repitió; con el aliento empañaba el cristal.

—No me fío de ti.

Entorné los ojos. Grité al taxista que se detuviera, pero no me hizo caso. De hecho, me di cuenta de que aceleraba más. Intenté abrir la puerta, pero Giorgio estaba en guardia. Tiró de mí y me atenzó contra sus costillas.

—No tenías que haber salido de la Maison de Santé —dijo con una voz despojada de toda amabilidad, de todo sentimiento—. Una patalleta en una estación de tren... Estupendo... Eso por no hablar de lo que pasó después de tu supuesta fiesta de compromiso. Cuatro días. La mitad del tiempo te lo pasaste en la cama, sin decir palabra. El resto, fuera de control, asalvajada. Sé que pegaste una bofetada a mamá la semana pasada. No te bastó con lanzarle una silla. Hasta Alex cree que no estás en tu sano juicio. Si no, ¿cómo iba a saltar por una ventana para huir de ti?

Hizo una pausa y me hundió aún más los dedos en las muñecas.

—A diferencia de padre, yo no creo que la demencia tenga cura. Y yo no pienso aguantar tus locuras delante de mis amigos y mi familia. No quiero que lleves mi nombre, el nombre de madre, el nombre de padre. ¡No pienso consentirlo!

Giró de nuevo la cabeza para mirar por la ventana, sin soltarme las manos. Miré a mi hermano, ahora mi carcelero, y sentí algo frío y agrio que me subía por la espalda. Y en la grieta más oscura de mi memoria, un instrumento picando y rascando.

Afuera todo pasaba a toda prisa: árboles, casas, farolas, señoras con cochecitos de niño, hombres con perros, macizos de tulipanes. Y fue como si se hubiera apagado el color y el brillo de las cosas, como si se hubiera extinguido la luz del cielo. Sentí que la energía se me iba. Ya no podía luchar más. Ya no me quedaba nada, sólo posos. Hasta la bestia me había abandonado. Me sentía vacía y agotada. Me lo habían arrebatado todo.

Sentí una lágrima de derrota que se me quedaba en las pestañas.

—Tú ganas —dije—. Tú ganas.

* * *

Giorgio me llevó a L'Haye-les-Roses, una institución para enfermos mentales. Allí me prescribieron aislamiento absoluto. Giorgio me incapacitó, lo que significaba que yo perdía el estatus de persona adulta con derechos jurídicos plenos. A partir de ese día quedé bajo la tutela de un médico. A partir de ese día sólo un doctor podría decidir mi futuro. A partir de ese día yo estaría siempre bajo la vigilancia o bajo la protección de alguien.

DICIEMBRE DE 1934

Küsnacht, Zúrich

—Y después de aquello, estuvo usted yendo de médico en médico.

El doctor Jung golpetea con los dedos la última página de mi manuscrito.

—Sí. Usted hace el número veinte. Y he tenido doce enfermeras y ocho «acompañantes», como las llama Babbo. Yo las llamo guardias, o espías.

¿Por qué lleva las uñas tan sucias? ¿Qué ha estado haciendo? En todas las uñas tiene una zona de mugre renegrada en forma de media luna que me sonrío, se ríe de mí...

—Y sin un diagnóstico coherente, según su padre.

El doctor se sube las gafas y frunce el ceño.

—Exacto.

Hay tantos diagnósticos... demencia precoz, hebefrenia, esquizofrenia, sífilis, desequilibrios hormonales, desorden maniaco-depresivo, ciclotimia, catatonia, neurosis. Y tantas inyecciones... inyecciones diarias de agua de mar... inyecciones de suero obtenido de los tejidos de embrión de vaca. Y todo, ¿para qué?

—Lo único en lo que todos parecen ponerse de acuerdo, según el informe de su padre, es en su reacción negativa ante la reclusión y el control.

El doctor Jung me mira por encima de las gafas, que se le han vuelto a bajar.

—¡Soy bailarina!

¿Aún soy bailarina? ¿Aún soy artista? ¿Soy algo, ahora? ¿Un insecto? Una reclusa... eso es lo que soy ahora.

Me detengo un momento, y me paso las manos por la cara. Al hacerlo

vuelvo a fijarme en la roncha roja de mi dedo pulgar, con sus diminutas arrugas brillantes que forman crestas airadas. El doctor no dice nada, y yo continúo.

—Recluir a un bailarín es un crimen. ¿Por qué les maravilla tanto que yo llegara a esos límites?

Todas esas camisas de fuerza, los guantes de cuero, la reclusión en régimen de aislamiento y las ventanas con barrotes, las llaves sin fin que giran en las cerraduras, y todos esos ojos que miran, observan, comprueban, fisgan, espían...

—Claro —dice el doctor Jung mientras mira sus notas—. Y hubo muchos médicos que pensaron que usted no tenía nada. Una neurosis leve, dijo uno en concreto. Ningún signo de psicosis de ningún tipo, según otro.

—¡Médicos!

Me pongo de pie y me dirijo, despacio, a la ventana. *Estoy agarrotada... cuánta flexibilidad ha perdido mi cuerpo... Yo, que he bailado en algunos de los principales escenarios de París... Yo, que he bailado con los bailarines más célebres del mundo... ¿En qué me he convertido?*

—¿Le importa que fume? —Sin esperar mi respuesta, se pone la pipa en la boca y empieza a chupar—. Yo puedo curarla, señorita Joyce. Pero sólo si su padre se marcha de Zúrich. La transferencia no puede forzarse. Y sin ella, no puedo curarla.

El humo de la pipa sube hacia el techo formando espirales, como los zarcillos de una vid.

—¿Por qué todo tiene que ver con mi padre?

Mi padre, que nos succionó la energía, la vida, la sangre, a todos los que le rodeábamos. Incluso ahora dice que su don, la chispa que me ha transmitido a mí, ha vuelto a encender una llama en mi cerebro. ¡Cuánta tontería!

Aparto la vista del doctor Jung y miro por la ventana, hacia el pequeño embarcadero donde está aparcado el velero del doctor. La nieve cae ahora más espesa, cae sobre el lago y se va derritiendo en sus aguas negras.

—Es posible que Giorgio la hiciera encerrar en una institución para derrocar a su padre. Al quitarla a usted de en medio se libraba de la musa de su padre, la fuente de su creatividad. No hay duda de que esto es lo que diría el doctor Freud. Diría que es un complejo de Edipo. Eso explicaría también

por qué su padre ha tenido problemas para escribir en los últimos tiempos.

Oigo al doctor, que chupa la pipa haciendo mucho ruido, y me giro para mirarle. Está mirando al techo, distraído.

—Todos los aduladores dicen que su libro no avanza por culpa mía. Dicen que le distraigo, que le mantengo apartado de su actividad.

Cómo odio a esos aduladores... esa manera que tienen de inclinar la cabeza, esa reverencia servil y obsequiosa...

—Desde luego su padre está decidido a curarla. No es capaz de aceptar que usted tiene una enfermedad mental, porque eso sería aceptar que él también la padece... Pero volvamos a Giorgio.

Sacude el humo del tabaco que forma una cortina entre nosotros. *Claro. Giorgio. El chaquetero, el traidor, el Judas. Fue él quien me lanzó a los médicos, fue él quien me tildó de loca sin solución, el que cambió mi destino. Pero no fue para dejar a Babbo sin su musa, no. Esa no fue nunca la razón. ¡Qué equivocado está, doctor Jung!*

Siento dentro la bestia que se mueve, se revuelve, se despierta.

—Claro. ¿Por qué no dejó su madre que usted y Giorgio siguieran durmiendo en la misma habitación, señorita Joyce?

La bestia se está moviendo, temblando, se retuerce dentro de mí, se prepara para atacar. Siento que abre las garras, se le tensa la boca. Siento su cuerpo delgado que se da la vuelta, siento los azotes de su cola. Y la oscuridad. Ha vuelto, avanza lentamente, viene a por mí... *Tengo que hablar... antes de que sea tarde. ¡Habla! Siento que la bestia abre mucho la boca. La siento rugir, crecer, rodar...*

—Encontramos unas cartas —digo insegura, vacilante.

Las veo perfectamente. Hojas de papel muy fino dobladas en pequeños cuadrados salpicados de manchas de tinta. *¿Por qué vuelve este recuerdo? ¿Por qué digo esto?*

—Estaban en una caja de piel blanca... forrada de satén blanco... y Giorgio las encontró. Estaba buscando no sé qué y mamá y Babbo habían salido.

Me paro y miro por la ventana. Los copos de nieve golpean con fuerza los cristales.

—¿Qué edad tenía usted, señorita Joyce?

—Nueve o diez años, creo.

Contemplo la nieve que se va acumulando en la ventana. *Qué fría parece. Parece tan fría...*

—¿Leyó usted las cartas, señorita Joyce?

Cierro los ojos y junto mucho las rodillas, me estrecho con mis propios brazos hasta que siento crujir las paletillas. *Qué delgada me he quedado. ¿Por qué estoy tan delgada? Parezco un insecto. Sí, delgada como un mosquito. Delgada como un insecto. Esa palabra que apuntó el doctor en su libreta... No era insecto, ¿verdad?* Siento el corazón de la bestia que palpita intensamente dentro de su caja torácica. Y otro azote de la cola. Impaciente. Furiosa. *Me he quedado muy delgada. Tengo que comer más...*

—Las cartas, señorita Joyce. ¿Quién era el remitente?

—Mi madre. Eran de mi madre, se las escribió a Babbo.

Ya no hay vuelta atrás. Están en un rincón de mi memoria, reptando, filtrándose, pero saltan y se me ponen delante de los ojos, burlándose de mí, con sus palabras sucias, asquerosas, que acaban llenando mi cabeza. Son tan obscenas, tan desagradables, que se me han quedado atascadas en la garganta como huesos de pollo. Son tan repugnantes, tan lascivas y libidinosas que no puedo repetir las. *No. No voy a recitar todas aquellas palabras feas, sórdidas, no repetiré aquellos deseos, animales y bajos. No al doctor Jung, con su traje de tweed y su camisa blanca almidonada. A nadie. ¡Jamás!*

—¿Las leyó usted?

—Las leyó Giorgio. Las leyó en alto.

Y, de repente, la voz de Giorgio cuando era niño empieza a repiquetear en mi cabeza. Me tapo los oídos, aprieto las manos con fuerza para no oírla, pero la voz no calla. Es como una voz fantasma que viene a perseguirme.

»—Lucia, ¡mira lo que he encontrado! Cartas que mamá escribió a Babbo. Estaban en el cajón de Babbo. ¡Atrás del todo! Podemos ver si vamos a irnos a vivir a Irlanda.

Giorgio ya había desdoblado una carta y la estaba mirando, con los ojos entornados como si le estuviera dando el sol.

»—¿Dice si este año vamos a tener regalo de cumpleaños?

»—No... no puedo... yo no... ay.

Giorgio retrocedió y arrugó la nariz.

»—Yo quiero un gatito. Dice algo de un gatito.

»—Es de... habla de... —Me miró y se calló; luego volvió a mirar la carta y dijo—: Habla de las cosas que hacen los mayores.

»—¿Como limpiar la casa y vaciar los orinales y encender el fuego? ¡Pues yo ayudo con todo eso!

»—Creo que hacen otras cosas también. —Frunció el ceño y sacó otra carta de la envoltura de satén—. ¿Tú sabes cómo vienen los bebés, Lucia?

»—Vienen de Dios. ¿Me dejas leer una? ¿Habla de Dios?

Giorgio negó con la cabeza. Ahora tenía los ojos muy abiertos, con expresión de perplejidad.

»—No dice nada de Dios. Habla de mear, y de c-c-cagar... y de chupar.

Yo me llevé la mano a la boca y solté una risita.

»—¡Qué asco!

Sacó otra carta y la leyó, con la misma expresión confundida. De cuando en cuando hacía un gesto de desagrado, como si hubiera mordido una fruta verde.

»—Los mayores hacen cosas m-m-muy r-r-raras.

»—¿Qué quieres decir? ¡Léela, Giorgio!

Me estaba empezando a aburrir. Vi que mi muñeca estaba sin vestir, tirada en la cama de Giorgio. Tenía que ponerle la ropa, y el sombrero. Tenía que llevar a pasear a su osito de peluche. Intenté arrebatarle la carta.

»—¡Déjame ver!

Giorgio se apartó rápidamente. Respiró hondo.

»—Yo soy tu ave del folleteo de culo pardo. Yo me ensuciaré las bragas y me tenderé boca abajo para que puedas besarme el culo entero y follarme por detrás, como un cerdo que monta a una gorrina. Y luego me agacharé sobre ti y me mearé en tu...

Dejó de leer y parpadeó.

»—¡Qué guarrería! —Quise reírme de nuevo, pero aquello ya no me parecía tan gracioso. Y Giorgio tampoco se reía—. ¿En tu qué? ¿En tu orinal?

»—Polla —Su voz había perdido la inflexión y se había vuelto inexpresiva—. Y pelotas.

»—¿Pelotas?

Yo sabía que una polla era una especie de ave, pero no entendía por qué mamá quería hacerse pis en un pollo. Ni por qué quería ensuciarse las bragas, en lugar de usar el orinal. Tampoco tenía sentido. ¿Y por qué hablaba de cerdos a Babbo, en una carta? ¿Y a qué pelotas se refería? ¿Unas como aquellas que nos lanzábamos en el parque?

Pero Giorgio ignoró mi pregunta y continuó leyendo. Movía los labios en silencio, frunciendo la frente.

»—¿Y no dice nada de mi gatito?

»—¿Harán e-e-esto todos los m-m-mayores? ¿Es así como mamá y Babbo nos hicieron a nosotros? —tartamudeó.

»—Podemos probar con mi muñeca —Señalé la muñeca, que estaba sobre la cama de Giorgio—. Necesita otro bebé. Podemos coger tu pelota del armario y hacer pis encima, como mamá.

»—¿Lo intentamos? —Su voz se había convertido en un susurro—. Rápido, Lucia. Levántate el camisón.

»—Bueno, pero si me ensucio las bragas... me la voy a cargar —protesté—. Y falta la pelota.

»—Yo tengo ganas de hacer pis —Me agarró el camisón—. Podemos hacer lo mismo que los mayores.

»—¿Me puedes hacer un bebé con lo de hacer pis?

Me levanté rápidamente el camisón. ¡Mi propio bebé! Entonces la muñeca y yo tendríamos cada una nuestro propio bebé. Me tumbé, con el camisón levantado por encima de la cintura.

»—Date la vuelta, Lucia. Primero yo te lo hago a ti y luego tú a mí, como mamá y Babbo.

Sentí los labios de Giorgio en el culo desnudo. Empezó a darme besos castos en las nalgas.

—¿Ya has hecho el bebé?

—Aún no.

Sentí el calor de su cuerpo cuando se agachó sobre mí, y luego el líquido caliente cuando me meó la espalda. Tenía debajo de la barriga las cartas de mamá, que se estaban arrugando.

—Date la vuelta, Lucia.

—¡En la cara, no! ¡Qué asco!

—Es para hacer el bebé, tonta.

Accedí a darme la vuelta. Tenía el camisón empapado y toda la habitación olía a orina, con ese olor acre y metálico. Giorgio se había quitado la camisa de dormir y se estaba preparando para agacharse sobre mi cara.

—Tienes que chupar esto.

Me señalo su pene diminuto.

—¿Sí? Pensé que tenía que chupar una pelota.

Miré a la muñeca. Ya me había cansado de aquel juegucito absurdo.

—Es mi polla, estúpida.

—¡Quiquiriquí!

Comencé a cacarear, y agarré el pene de Giorgio. Me pareció más grande de lo normal, un poco hinchado y como si se hubiera calentado. O como si estuviera lleno de picaduras de insecto. Me lo acercó a la cara y advertí que le temblaba todo el cuerpo. Y ahí me di cuenta, de repente, de que no quería jugar más. Giorgio me estaba asustando con aquella insistencia suya tan extraña. Los ojos se le habían puesto vidriosos y tenían una expresión oscura. No quería saber nada más de las cartas de mamá. Ni de las cosas que hacían los mayores, ni de hacer bebés. Quería poner a la muñeca su mejor sombrero y llevármela lejos, muy lejos. Cerré la boca y me tapé la nariz con los dedos. Le daría un beso en el pene, uno sólo, y me iría a jugar con la muñeca. Pero entonces sentí que algo me empujaba la boca, me apretaba los labios. Los fruncí para besar la cosa de Giorgio y luego lo sentí dentro, presionándome las encías.

Tengo mucho calor... hace demasiado calor en el despacho del doctor. Tengo que quitarme el abrigo de piel... Demasiado calor... Y el olor... Ese olor me ha seguido hasta aquí... ¡Aire! ¡Necesito aire fresco! El aire de la montaña. ¿Por qué no abre la ventana? Este olor acre que se ha concentrado aquí dentro es... insoportable... Me ahogo... como si tuviera una mordaza. Y él, ¿cómo es que no se ahoga él?

—Señorita Joyce... ¿por qué se tapa la nariz? ¿Qué es lo que huele? ¿Señorita Joyce? ¿Señorita Joyce? ¿Me oye?

La voz del doctor suena como si me llegara a través de un tubo muy largo, desde muy lejos. *Desde muy lejos... casi no la oigo... Tan lejos...*

—¿Fue esa la razón por la que su madre no les dejó seguir durmiendo en la misma habitación a Giorgio y a usted? ¿Lucia? ¿Lucia? ¿Me oye?

Ahora la veo. Veo a mamá de rodillas, gritando y perjurando y limpiando todo aquello. Está muy enfadada conmigo. Muy, muy, muy enfadada. Huele a quemado... Las llamas de la hoguera brillan y el fuego crepita en la rejilla. Lo está quemando todo. Las cartas, la camisa de dormir de Giorgio, que apesta, mi camison manchado. La habitación está llena de humo. Y me quema la mano. Me quema mucho. No, la mano no... ¡mamá! ¡La mano no, por favor! Queríamos hacer un bebé, mamá... Estábamos jugando, mamá... Pero me grita... ¡Esto lo has hecho tú, Lucia! Has sacado unas cartas, que son una cosa privada, has obligado a Giorgio a leerlas y le has calentado como si fueras una furcia, una ramera. No, mamá... sólo estábamos jugando... Y Giorgio no dice nada. Nada de nada.

—Lucia... ¿me oye?

Babbo está en la puerta... grita a mamá. Parece que le sale sangre de la cabeza; grita, se lleva las manos a la cabeza... la sangre le cae por los dedos, resbala hasta el suelo. Y a través del humo veo sus ojos enormes, púrpura, como ciruelas. Está llorando. Dice que no ve nada, que está ciego, que su vida se ha terminado. La sangre le sale del cráneo, espesa y con rapidez. Dice que está ciego, ha chocado contra una farola, ya no podrá volver a andar solo... su vida se ha terminado.

—¿Lucia? Lucia... ¿Me oye usted?

Mamá también está gritando. Le está llamando lunático y pervertido; dice que fue él quien la pervirtió a ella, con tanto putear y beber nos ha convertido a todos en una caterva de pervertidos. Y sus deseos demoníacos los ha heredado su hija, la ha convertido en una buscona, en una puta. La ha obligado a profanar a su propio hermano. Y ella ya está harta de todas esas enfermedades que ha cogido puteando por ahí... harta de que se porte como un cerdo... La mano me pica... me quema... tengo el pulgar reseco, chamuscado. Todo es culpa mía... mi maldad ha provocado todo esto... Porque fui yo la que quería un bebé... Yo obligué a Giorgio a hacerme un bebé... Y la habitación sigue oliendo a quemado y a pis... y el suelo está lleno de charcos de sangre... culpa mía... todo culpa mía... Y mamá todo el tiempo acariciando el pelo a Giorgio, gritando a Babbo... Y él llorando y sangrando. Y yo chupándome la mano, en un rincón...

—Lucia... ¡Míreme! ¿Puede respirar?

El doctor está arrodillado junto a mí, con los dedos sobre mis muñecas.

Yo me he vuelto a tapar los oídos. Las voces se van acallando, y el olor ha desaparecido. Pero viene la oscuridad, avanza hacia mí y me posee, me cubre entera. Viene en oleadas violentas. Yo busco a mi bestia. Pero no está. Se ha ido. La han desalojado. La jaula está vacía.

Inclino la cabeza hacia la ventana y abro la boca. Siento náuseas. Necesito aire. El doctor viene corriendo hacia mí y abre corriendo. Una cortina de nieve entra en la sala.

Miro al exterior a través de la nieve. ¿Dónde está el lago? ¿Dónde están los bosques? ¡Ah, y las montañas! Lo único que consigo distinguir son las montañas negro azulado del fondo, borrosas y azules, cubiertas de flores. De flores montañosas. Y la nieve sigue cayendo. Suave, silente.

El doctor está de pie a mi lado. Abre y cierra la boca, boquea como un pez moribundo. Oigo su voz que viene flotando hacia mí con un eco de esperanza, un tono que sube y baja.

—Yo puedo curarla, Lucia. Puedo curarla. Pero su padre se tiene que ir de Suiza. Y entonces, se lo juro por Dios, yo la curaré.

Su voz se apaga. Durante unos segundos no oigo nada. Y luego oigo música. No sé de dónde viene. Llega a través de la ventana abierta, la trae la nieve... un hilillo de música. Miro a lo lejos. Más allá de donde está el doctor, más allá del lago y de los bosques, más allá de las montañas azules con sus flores... a través de la nieve que cae como azúcar pasado por un tamiz.

A lo lejos, en la línea del horizonte, veo una delgada cinta rosa pálido. De ella sale algo... transportado por haces de luz trémula. Me muevo, bailo hacia la ventana. Y en ese cielo distante, de tonalidades rosadas, las veo a ellas. Mis criaturas del arcoíris. Veo cómo levantan los pies, miro los arcos azules que forman sus venas y sus huesos pequeños, de los dedos al talón... como muelles plegados. Veo cómo se mueven y se balancean... se resbalan como si fueran de agua y vienen hacia mí. ¡Ah! Su giro de cintura. El movimiento de sus hombros. Cómo comban sus espaldas de junco. Qué livianos son sus brazos y sus piernas. Avanzan en dirección a mí. Mis muchachas del arcoíris vienen... a buscarme.

EPÍLOGO

James Augustine Aloysius Joyce estaba sentado en su habitación del hotel: silenciosa, mullida, con gruesas alfombras y pesados cortinajes. Estaba pensativo, con la cabeza entre las manos. Su soledad parecía perseguirle aquellos días como una sombra de que no consiguiera zafarse. O tal vez era algo más parecido a una protuberancia, un tumor o un bulto que se le iba hinchando en la nuca. Tal vez el personal del hotel se reía a sus espaldas. Tal vez era tan obvio para todo el mundo como lo era para él. Tal vez aquel charlatán del doctor Jung también lo había visto.

Echaba de menos a Nora. Echaba de menos cómo le sacudía el polvo de los hombros. Él sabía que era caspa, pero ella siempre le decía: «No es más que polvo, Jim». Echaba de menos su manera de estirarle los puños y colocarle la pajarita y comprobar que llevaba bien atados los cordones de los zapatos. Echaba de menos su manera de deambular a su alrededor, con la barbilla estirada como la proa de un barco, guiándole y dirigiéndole para que no chocara con nada. Y su voz. Daría cualquier cosa por oír su voz. Pero ya la había telefoneado tres veces esa mañana, y la última su voz tenía un tono inequívoco de irritación. Tendría que volver a llamar más tarde. Y pedirle de nuevo, una vez más, que fuese a Zúrich a reunirse con él.

Cogió el lápiz azul con el que había estado intentando escribir. Tenía que escribir, al menos, otra palabra antes del mediodía. Mejor si eran cinco. Si conseguía escribir cinco palabras, se sentiría satisfecho. Una frase corta. Una frase corta cada día. Con eso tendría que bastar. Se quitó las gafas y se frotó los ojos enérgicamente. Los sentía acuosos, llenos de lágrimas. Ahora siempre los tenía llenos de lágrimas. Todo el mundo pensaba que le habían empeorado, pero no era cierto.

Ojos, acuosos, Señor Earwicker.¹⁰ Señor Earwicker, orejas, de mimbre.

Allí estaba todo, en su libro. El libro que no conseguía terminar. *Finnegans Wake*. El título seguía siendo un secreto, naturalmente. Pero precisamente el día anterior se lo había revelado a Lucia, mientras tonteaban por la habitación del hotel. Él había explicado todos los retruécanos, las capas de significado, los dobles sentidos. Y ella, claro, lo había entendido todo. Su reacción había sido la antítesis misma de la de su esposa. Cuando se lo contó a Nora, hacía ya tantos años, ella le había mirado con una expresión extraña y luego le había dicho: «Tú y tus palabras, Jim». Y eso había sido todo. Pero Lucia lo había entendido. Y cuando dijo «Este libro mantendrá ocupados a los eruditos durante trescientos años» ella había echado la cabeza atrás y se había reído con franco júbilo.

Sintió una súbita punzada de ira. ¿Por qué el doctor Jung no hablaba más que del efecto que provocaba él, Jim, sobre Lucia? A veces imaginaba que rodeaba con las manos el cuello grueso de aquel ignorante de Jung y lo estrangulaba. ¿Por qué nadie entendía el efecto que causaba ella en él? *Finnegans Wake* —ese tapiz de palabras tan tupido, esa red de estructuras gramaticales salpicada de lentejuelas— era el libro de Lucia. Sin ella no podría haberlo escrito. ¿Por qué todo el mundo hablaba de su genialidad, pero nunca de la de ella? Miró por la ventana y vio que la nieve había empezado a golpear los cristales. La intensidad de la luz le hacía daño a los ojos. Se colocó las gafas e intentó mirar con tal fuerza que sintió un dolor agudo, como si le cortaran la córnea. Pero vio algo en la manera en que se movía la nieve que le impidió echar las cortinas. La forma en que flotaba, en que caía planeando, sí; pero también el repentino golpeteo de un puñado de copos empujados por el viento que, al chocar con el cristal, sonaban como las uñas de los niños pequeños. Era como si la nieve llamara porque quería entrar...

Abrió la ventana una rendija. Una ráfaga de aire cargada de copos le golpeó la cara. Sintió el golpe en la frente, los copos que se ablandaban y se derretían, que se deslizaban por los cristales de sus gafas. Cerró la ventana y volvió a contemplar la escena de fuera. Los copos parecían bailar, girar y darse la vuelta en un frenesí salvaje de abandono. ¡Lucia! Había llegado hasta él. Y en ese momento, las palabras comenzaron a fluir por su cabeza. Cogió el lápiz y comenzó a escribir.

—«*Así y asá, de acá para allá, van de puntillas, abajo y arriba, son angelicales mirando altaneras, como si ellas pudieran... Y son tan hermosas,*

luminosas, atadas con lazadas, en la noche nupcial.»¹¹

Durante un segundo se vio... no escribiendo, sino bailando con las palabras. Se detuvo un momento y volvió a mirar por la ventana. La nieve cantaba y hacía piruetas. Él la sentía muy cerca, rodeándole. Cerró los ojos. Y allí estaba ella de nuevo. Ella estaba en todas partes, en cada copo de nieve, en cada filamento de su memoria, en cada fibra de su cuerpo, en cada palabra de aquel execrable libro suyo. Comenzó a escribir y las palabras parecían salir volando de su lápiz, de sus dedos.

«Y por última vez en su corta existencia, tan larga a la vez, ella compuso miríadas de mentes, de mentes huyentes en sólo una mente... Un vestido de luz que se agitaba. Y ella desapareció. Y en el río que había sido arroyo cayó una lágrima, una sola lágrima, la más bella de todas.»¹²

Todo aquel torrente de ideas y palabras... era como encontrar una veta de oro, pensó. Si picaba fuerte saldrían a la luz esquirlas de mineral dorado, lingotes relucientes. Y volarían por los aires. Y de qué manera tan astuta y hábil las captaba él. Dejó el lápiz sobre la mesa y las contó. Pero no lograba concentrarse. Contaba mal, una y otra vez; mezclaba las palabras y las frases, confundía las cifras dobles con las simples. Sentía que la sangre le corría despacio y que el corazón se le endurecía y se le encogía. Dejó de contar. Otra idea llegó nadando justo debajo de la superficie de su mente. Y subía. Asertiva. Estridente. Sentía que las ideas empezaban a fluir lentamente, a coagularse, como la arcilla cuando se endurece.

Se sentó, muy quieto. Sentía las palabras pugnando por salir, arrastrándose, de su boca. Quería decirlas en alto. «Ella no se va a curar mientras yo no acabe este libro.» Se quitó las gafas, se frotó los ojos con el talón de las manos. Aquellas lágrimas perpetuas... ¿Es que no iban a parar nunca? Volvió a ponerse las gafas y aspiró: «Cuando yo salga de esta noche oscura, ella se curará».

El aire le envolvía. La nieve golpeaba la ventana. Dejó caer la mano con cuidado sobre el manuscrito que tenía ante él. ¡Tenía que curarla! ¡Él la curaría! Pero sólo si acababa aquel libro maldito. Cogió de nuevo el lápiz.

«Me estoy desmayando. ¡Qué amargo final! Me voy a desvanecer antes de que se levanten. Nunca lo verán. Nunca lo sabrán. No me echarán en falta. Y es viejo y viejo es triste y viejo es triste y cansado y regreso a ti mi frío padre, mi padre frío y loco mi padre frío y loco que da miedo... Mis

páginas han huido de mí. Todas. Salvo una que se ha quedado prendida. La llevaré encima. De recuerdo. ¡Lff! Qué dulce es esta mañana, nuestra. Sí. ¡Llévame contigo, papi, como aquella vez cuando la feria de juguetes!.»¹³

NOTA HISTÓRICA

Después de cuatro meses en el sanatorio de Küsnacht, C. G. Jung se negó a continuar tratando a Lucia. Dijo que no había problema en continuar el psicoanálisis, pero el resultado era incierto y podía provocar un deterioro de la paciente. Joyce, que siempre había albergado cierto recelo tanto respecto al psicoanálisis como a Jung, sacó a Lucia de Küsnacht y la instaló en su hotel de Zúrich con una enfermera. Durante todo el proceso de psicoanálisis, Jung y sus ayudantes encontraron la existencia de un «secreto sexual» en el pasado de Lucia, pero cuando llegaba el momento ella siempre se cerraba y no respondía a las preguntas. Posteriormente Jung quemó todas sus notas y los archivos relativos a Lucia, pero se mantuvo en afirmar que Joyce era la causa de todos sus problemas. Posteriormente diría de ellos: «Ambos iban hacia el fondo del océano: él se tiró de cabeza, ella se hundió».

A principios de 1935 Harriet Weaver, mecenas de Joyce, y otras personas que le dieron su apoyo financiero comenzaron a perder la esperanza de que alguna vez terminara de escribir *Finnegans Wake*. Y consideraban a Lucia el obstáculo fundamental para su trabajo. Harriet Weaver y el asistente de Joyce, Paul Léon, conspiraron para que se la enviara a Londres y Joyce pudiera seguir trabajando. Lucia no se opuso, porque estaba deseando volver a ver a Beckett. Hizo el viaje a Londres bajo supervisión. Beckett, cuyo padre acababa de morir, se estaba sometiendo también a psicoanálisis. No existen pruebas de lo que sucedió entre ellos, salvo un comentario en una carta de Beckett: «El rescoldo de Lucia se reavivó y luego se extinguió».

A partir de ese momento Nora Joyce se negó a tener a Lucia en casa. Tras su estancia en Londres con Harriet Weaver Lucia se marchó a Irlanda, donde vivió unos cuantos meses con unos primos. Allí, según sus biógrafos, se hizo adicta al barbitúrico Veronal, que su padre enviaba en grandes cantidades

porque pensaba que le ayudaría a dormir. También intentó suicidarse tras leer una entrevista que hicieron a Giorgio para el *New Yorker*.

Lucia se escapó de casa de sus primos y la encontraron después en Dublín, malviviendo y durmiendo en las calles de las que su padre le había hablado toda su vida, y sobre las que había escrito. Llevaba en los bolsillos algunas páginas de *Finnegans Wake* que Joyce le había enviado, con las esquinas dobladas. Dijo a sus primos que ella había inspirado y protagonizado todas las secciones de *Finnegans Wake* que hablaban del amor, la danza y la locura. Rescatada por un amigo de Joyce regresó a Inglaterra, donde comenzó otro tratamiento con un médico que prescribió siete semanas de aislamiento. Como había sucedido antes, cuanto más se intentaba controlar a Lucia, más se rebelaba ella.

A partir de entonces Lucia pasó el resto de su vida internada en alguna institución. En los últimos tiempos en Northampton, Inglaterra. Tras numerosos diagnósticos distintos Joyce pasó gran parte del resto de su vida buscando alguna cura, algún médico nuevo, mejores enfermeras y sanatorios para su hija. Le escribía constantemente, hablaba de ella sin parar y solía enviarle regalos. Nunca cuestionó las tarifas que le pedían, a pesar de que pagarlas le dejó al borde de la ruina. Entre tanto Giorgio y Nora se mostraron de acuerdo en que Lucia debía estar «encerrada donde sea, y allí que nade o que se hunda» (frase que figura en una carta de Paul Léon a Harriet Weaver que cita Carol Loeb Schloss en *Lucia Joyce: To Dance in the Wake*). Nora nunca visitó a su hija.

Joyce sostuvo siempre que Lucia tenía clarividencia, y aseguraba que él y Nora habían visto «centenares de ejemplos» y que sus «intuiciones» eran «impresionantes».

Aunque Lucia no volvió a bailar en público sus capitulares iluminadas («*lettrines*») se publicaron en 1932 bajo el título de *Pomes Penyeach*, en 1934 como *The Mime of Mick y Nick and the Maggies*, y como *A Chaucer ABC* el día de su cumpleaños, en 1936. Aparecieron reseñas laudatorias en buen número de periódicos, entre ellos el *Daily Telegraph*, el *New York Herald*, *Paris-Midi* y *Mercure de France*.

Joyce visitó a su hija por última vez en 1939. En 1940 la Alemania nazi se había anexionado ya Austria, había invadido Checoslovaquia, Polonia, Noruega, Dinamarca, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia. En

junio de 1940 el ejército alemán entró en París, donde se encontraba Lucia ingresada en un hospital psiquiátrico. Aunque los nazis exterminaron a muchos enfermos mentales y personas impedidas, como parte de su programa de eutanasia, Lucia tuvo suerte y sobrevivió. Cuando acabó la guerra estaba en otro hospital, en el norte de Francia.

Las cartas de Joyce demuestran que durante todo este período trabajó sin descanso (también sin resultados) para que Lucia fuera trasladada a Suiza, un lugar seguro donde vivían entonces él, Nora y Giorgio. La comunicación con Lucia cesó cuando él falleció. Después de eso fue Harriet Weaver quien organizó todo para que Lucia regresara a Inglaterra, dado que allí podría estar más pendiente de ella.

Desde 1951 hasta su muerte en 1982 Lucia vivió tranquila (gracias al suministro de fenotiazina) en el St. Andrew Hospital de Northampton. Allí continuó pensando en el matrimonio, repasando su lista de antiguos amores, intentando decidir con quién se tendría que haber casado. Continuó también con su cruzada por la libertad (escribió incluso al general Charles de Gaulle, en un momento dado) y mantuvo su odio hacia todo lo que supusiera confinamiento. Las únicas personas que la visitaban fueron Harriet Weaver y su ahijada, Jane Lidderdale. Aparte de ellas recibió en una ocasión a un estudioso de la obra de su padre. Samuel Beckett no la olvidó nunca: siempre le enviaba un regalo por su cumpleaños y le estuvo escribiendo regularmente hasta su muerte. Cuando murió él entre sus pertenencias se encontró una fotografía de Lucia vestida de sirena en el Bal Bullier, el día del Concurso Internacional de Danza.

Lucia murió el 12 de diciembre (víspera de Santa Lucía) de 1982. A pesar de que había un hueco para ella en el panteón familiar que tenían los Joyce en el cementerio de Fluntern, en Zúrich, ella logró hacer valer su independencia y eligió para ser enterrada una tumba en el cementero de Kingsthorpe, en Northampton.

En 1938, después de diecisiete años, Joyce puso el punto final a *Finnegans Wake*. Después diría que veía una conexión muy profunda entre la redacción de la obra y los sufrimientos de Lucia. De acuerdo con la biógrafa de Lucia «la influencia que ejerció en la vida de su padre y en la forma y la sustancia de *Finnegans Wake* fue muy importante». Joyce murió dos años después en Zúrich, después de un año entero sin ver a su hija y destrozado

por lo que le había sucedido a ella. Nora murió en Zúrich en 1951. Giorgio estaba con ella. Las infames «cartas guarras» que escribió a James Joyce fueron destruidas, pero las que él le escribió a ella acabaron por hacerse públicas. Se ha sugerido que la participación de Nora en este infame intercambio de cartas fue su intento de evitar que Joyce siguiera acudiendo a los burdeles de Dublín, azotados por la sífilis, mientras vivían en Trieste y él iba a Irlanda por algún asunto.

Giorgio abandonó a su mujer, Helen (la señora Fleischman) en 1939. Le habían diagnosticado una «marcada tendencia neurótica» tras mostrar síntomas de depresión en fase inicial. Después cambiaron el diagnóstico por el de esquizofrenia. Visitó a Lucia cuando ella estaba en Inglaterra, sólo en una ocasión, en 1967.

Casi todas las cartas de Lucia fueron destruidas por su sobrino, el último descendiente de James Joyce. Entre ellas había cartas a Samuel Beckett y otras escritas por él, que el propio Beckett pidió que se destruyeran. Harriet Weaver, por su parte, ya había destruido todas las cartas que le había escrito Lucia. En su biografía puede verse una relación de este hecho (véase la sección de Agradecimientos).

POSFACIO

Samuel Beckett fue uno de los escritores más influyentes del siglo XX. En 1969 recibió el Premio Nobel de Literatura. Recibió también la Croix de Guerre y la Médaille de la Reconnaissance, del gobierno francés, por la valentía con la que formó parte de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Se cree que para uno de los personajes principales de su novela de juventud, *Dream of Fair to Middlign Women* se inspiró en Lucia.

Alexander Calder, creador de los famosos móviles, se convirtió en uno de los grandes escultores del siglo XX. Su obra puede verse en el Whitney Museum of American Art, de Nueva York, en el Museum of Modern Art de Nueva York (MoMA) y en la colección de Peggy Guggenheim de Venecia o el Centro Georges Pompidou de París, entre otros.

A Zelda Fitzgerald le diagnosticaron esquizofrenia crónica y a partir de 1930 pasó la mayor parte de su vida en instituciones psiquiátricas de Francia (en uno de los sanatorios en los que estuvo Lucia, bajo la supervisión del mismo médico), y luego en los Estados Unidos. Murió en un incendio en el Highland Hospital de Asheville.

Stella Steyn se fue de París para estudiar en la Bauhaus, en Alemania. Tras la oleada de racismo abandonó Alemania y pasó el resto de su vida en Londres, donde llevó una existencia tranquila pintando esporádicamente. Sus cuadros se exponen ahora en muchas colecciones de Irlanda y el Reino Unido, incluso la del 10 de Downing Street.

Alex Ponisovsky se libró por poco de que la familia Joyce le llevara ante los tribunales por romper su compromiso con Lucia. En 1940 ayudaría a sacar la colección de Peggy Guggenheim de París, pero los nazis le dieron caza en Montecarlo el 1942 y nunca más se supo de él.

Paul Léon murió a manos de los nazis en 1942, tras rescatar los papeles y

las pertenencias de los Joyce después de abandonar estos su apartamento de París, en 1939.

Emile Fernandez se casó, pero su matrimonio fracasó. Después de eso tuvo un hijo con una muchacha de quince años de Costa de Marfil. Su carrera musical nunca llegó a la altura de la de su primo, Darius Milhaud.

El método de Margaret Morris, pionero en posturas de danza, se sigue practicando en la actualidad en todo el mundo.

Para más información sobre todo lo anterior, puede visitarse el sitio web www.annabelabbs.com.

AGRADECIMIENTOS

Es enorme la deuda que he contraído con el excepcional trabajo realizado por Carol Loeb Schloss en su biografía *Lucia Joyce: To Dance in the Wake*. Schloss dedicó dieciséis años no sólo a investigar meticulosamente y a escribir su extraordinaria biografía de Lucia, sino a luchar contra el Joyce Estate en los tribunales por el derecho a acceder a los documentos de la familia Joyce.

Estoy también en deuda con el soberbio trabajo de muchos otros eruditos y biógrafos, demasiados para nombrarlos a todos aquí. Pero sí citaré a continuación las obras que más he consultado: *James Joyce*, de Gordon Bowker; *James Joyce* de Richard Ellmann; *Nora*, de Brenda Maddox (incluido el capítulo final, censurado, que agradezco al Centro Joyce de Zúrich); *Samuel Beckett*, de Deirdre Bair; *Damned to Fame: A Biography of Samuel Beckett*, de James Knowlson; *Beckett*, de Gerry Dukes; *Zelda*, de Nancy Milford; *A Little Circle of Kindred Minds: Joyce in Paris*, de Conor Fennell y *Dear Miss Weaver*, de Jane Lidderdale y Mary Nicholson.

La autobiografía de Alexander Calder, *My Life in Pictures*, también me ayudó mucho, así como sus esculturas, dibujos y joyas, que pueden verse en Internet y en muchos museos y galerías como el Whitney Museum de Nueva York. Su circo puede verse en YouTube.

Leer las obras de Joyce y Beckett fue algo esencial, especialmente *Ulises* y *Finnegans Wake* y la obra juvenil de Beckett (*The Complete Short Prose*, ed. S. Gontarski).

Para obtener información sobre el mundo de Joyce, los años veinte, París y la danza consulté: *Paris Was Yesterday*, de Janet Flanner; *Being Geniuses Together*, de Robert MacAlmon y Kay Boyle; *Sylvia Beach and the Lost Generation: A History of Literary Paris in the Twenties and Thirties*, de Noel

Riley Fitch; la autobiografía de Peggy Guggenheim, *Out of This Century*; *On Paris* y *A Moveable Feast*, de Ernest Hemingway; *The Crazy Years*, de William Wiser; *The Most Dangerous Book: The Battle for James Joyce's Ulysses*, de Kevin Birmingham; *Flappers*, de Judith Mackrell, *My Life in Movement*, de Margaret Morris; *Margaret Morris: Modern Dance Pioneer*, de Bev Trewhitt y Jim Hastie; *Constellation of Genius*, de Kevin Jackson; *Paris Between the Wars: Art, Style and Glamour in the Crazy Years*, de Vincent Bouvet y Gerard Durozoi; *Expatriate Paris*, de Arlen Hansen; *Save Me the Waltz* de Zelda Fitzgerald y *Autobiografía de Alice B. Toklas* de Gertrude Stein.

Para más información sobre Jung recomiendo consultar *A Dangerous Method*, de John Kerr; *Jung: Man and Myth*, de Vincent Brome, y *Dreams, Memories, Reflections*, del propio Jung.

De lectura más ligera son dos novelas gráficas: una, la galardonada *Dotter of Her Father's Eyes*, de Mary y Byan Talbot (sin la cual nunca habría conocido yo a Lucia) y *James Joyce: Portrait of A Dubliner*, de Alfonso Zapico.

Como se destruyó o se perdió tanta documentación sobre Lucia (cartas escritas o recibidas por ella, y cartas sobre ella, informes médicos, su novela y sus poemas), he imaginado los sentimientos y los pensamientos de la hija de Joyce a lo largo de todo ese proceso. Por eso esta novela es sólo un producto de mi imaginación, y no un ensayo. Sin embargo, siempre que encontré datos veraces los empleé con toda la fidelidad que me fue posible, dentro de los límites de la narrativa.

Se incluyen en el texto algunas citas no acreditadas, extraídas de las cartas y de la obra de Joyce (*Selected Letters of James Joyce*, ed. Richard Ellmann; *Dublineses, Retrato del artista adolescente, Ulises y Finnegans Wake*).

Por último, quiero dar las gracias a todos los que me han apoyado con tanta generosidad, ofreciéndome su tiempo y sus conocimientos: Barbara Abbs, Pam Royds, la doctora Lisa Dart, Sarah Williams, Emma Darwin, Clare Stevenson-Hamilton, Annie Harris, Claire Baldwin, Stephanie Cabot, Douglas Matthews y Thomasin Chinnery. Y muy especialmente a Sharon Galant de Zeitgeist Literary Agency, que creyó en esta novela desde el principio, y a David Lancett y Rachel Singleton de Impress Books, que me

otorgaron el premio y además resultaron ser excelentes editores. También a Natalie Clark y a todo el personal de Impress Books.

Gracias también a todos los que han respondido a mis preguntas sobre cuestiones diversas como el dialecto de Dublín, las frases hechas irlandesas, los pasos de ballet, la danza moderna y los emplazamientos más oscuros de París: Ali Mun-Gavin, Ann Marshall, Sandrine Marinho, Anna Carlisle y Bernie Flynn. Gracias a los bailarines de Margaret Morris, que tanta paciencia tuvieron conmigo cuando aprendí a bailar.

Y gracias a mis amigos lectores, aquellos con los que descubrí a Lucia: Amy, Alison, Catherine, Isis, Nina, Rachel y Susan.

Pero el mayor agradecimiento de todos es, naturalmente, para mi marido, Matthew, y nuestros hijos: Imogen, Bryony, Saskia y Hugo.

En memoria de Lucia Joyce, todo el dinero que se recaude en concepto de derechos de autor por este libro durante el primer año de ventas se destinará a la organización YoungMinds y su campaña para mejorar la salud mental y el bienestar de niños y jóvenes en el Reino Unido.

Por último... todos los errores que haya aquí, son míos y sólo míos.

NOTAS

¹ La autora imita aquí una de las rimas habituales en la obra de Joyce, que diría así: «A Kitten (o al gatito, que es lo que significa Kitten) le picó un avero malhadado, le embrujó un gato mayor cuando...». (*N. de la T.*)

² Oficialmente el pub más antiguo de Irlanda (se ha acreditado su apertura en 1198), The Brazen Head está en Lower Bridge Street, Merchants Quay (Dublín) y sigue siendo famoso por su restaurante y por sus sesiones de música en directo. (*N. de la T.*)

³ Últimos versos del poema «Among School Children», de William Butler Yeats: «O body swayed to music, o brightening glance, how can we know the dancer from the dance». El poema se compuso en 1926 pero no apareció publicado hasta 1933, en el volumen *The Poems of W. B. Yeats*, edición de Richard J. Finneran, Macmillan Publishing Company. (*N. de la T.*)

⁴ Verso 54, estrofa 6 de la «Oda a un rui señor», de John Keats, publicada en 1819. (*N. de la T.*)

⁵ *Finnegans Wake*, 2.1.226. (*N. de la T.*)

⁶ *Finnegans Wake*, 4.0.627. (*N. de la T.*)

⁷ *Finnegans Wake*. (*N. de la T.*)

⁸ *Finnegans Wake*, 2.2.278. (*N. de la T.*)

⁹ Juego de palabras con *grave*, «tumba» y *grove*, «bosquecillo». (*N. de la T.*)

¹⁰ Personaje de *Finnegans Wake*. (*N. de la T.*)

¹¹ *Finnegans Wake*, 2.1.226. (*N. de la T.*)

¹² *Finnegans Wake*, 1.6.159. (*N. de la T.*)

¹³ *Finnegans Wake*, 4.0.628. (*N. de la T.*)